



TESIS DOCTORAL

VIOLENCIA FILIO-PARENTAL DESDE LA JURISDICCIÓN DE MENORES: FACTORES DE RIESGO PSICOSOCIAL

Carmen M^a Padilla Falcón

PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

Conformidad del Director:

Fdo: Dr. Juan Manuel Moreno Manso

2020



TESIS DOCTORAL

VIOLENCIA FILIO-PARENTAL DESDE LA JURISDICCIÓN DE MENORES: FACTORES DE RIESGO PSICOSOCIAL

Carmen M^a Padilla Falcón

PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

2020

AGRADECIMIENTOS

“Solo hay dos legados duraderos que podemos esperar dar a nuestros hijos. Uno de ellos son raíces, el otro, alas”.

Johann Wolfgang von Goethe

Después de un intenso período de varios años, hoy gracias a Dios pongo fin a este proyecto. Fue el verano del 2013 cuando, sin grandes expectativas, decidí retomar un deseo universitario de algún día poder realizar la Tesis Doctoral.

Concluir este trabajo no ha sido fácil, la conciliación laboral familiar, social y doctoral a veces son incompatibles, aunque si echo la vista atrás, hoy puedo reconocer la experiencia de un sabio aprendizaje.

Por ello, me gustaría agradecer a todas aquellas personas que me han acompañado durante este tiempo.

- En primer lugar, a **mi director**.

Este trabajo ha sido realizado bajo la dirección y supervisión del Doctor Juan Manuel Moreno Manso, para quien me gustaría expresar un profundo agradecimiento. Por su estimable trato y cercanía, haciéndose ser sencillamente Juanma, por su dedicación y apoyo en el tema investigado, por el respeto a mis sugerencias, por permitir sin prisas que dispusiera de mi tiempo a razón de mi ritmo personal, y sin pausas, apretando finalmente para que este proyecto saliera adelante y se hiciera realidad. Sinceramente, GRACIAS

- Haciendo alusión a la frase inicial y siendo padres e hijos los principales protagonistas de esta Tesis Doctoral, es merecido el reconocimiento a **mi familia**.

A mis *raíces*, mis padres, por apoyarme incondicionalmente en todo lo que me he propuesto, por haberme dado *alas*.

A mi padre, porque desde la humildad siempre nos ha inculcado el valor del esfuerzo, el sacrificio y la constancia para poder alcanzar el éxito. A mi madre, por su plena confianza en mí, por infundirme el coraje de no temer a las adversidades, por la paciencia con la que cada día te has preocupado por el avance y desarrollo de esta tesis. Junto a ellos, mi querido hermano, siempre presente y dispuesto a escuchar, a ayudar, ... a sonreír. Te paso el testigo.

A mi marido, consciente de mis dudas y debilidades en el desarrollo de esta tesis, sin su presencia el recorrido de este camino no hubiera sido igual y sin su ayuda, cuando la cosa se torcía esto no hubiera visto la luz. Juntos trabajamos para ofrecer el mejor legado (*raíces y alas*) a nuestro hijo, quien nos recuerda lo difícil y maravilloso que es educar. Gracias a él, cuya mirada adolescente llena de alegría y en ocasiones, de rebeldía ha sido fuente de inspiración para poder desarrollar este trabajo.

- Agradezco a mi compañera de trabajo y amiga Esther González, por su estimulación a continuar, por su convicción de ver el final antes que yo misma, por estar, ...
- Finalmente, me siento indirectamente agradecida con todos aquellos padres que me han ensañado abiertamente su dolor e impotencia ante el desagravio de sus hijos.

Es por eso que esta tesis va destinada a todos esos padres que *solo* buscan... el respeto de sus hijos.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
--------------------	---

PRIMERA PARTE

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO I: LA VIOLENCIA QUE EJERCEN LOS HIJOS HACIA SUS PADRES	11
---	----

1.1 Violencia	12
1.2 La violencia en la familia	14
1.3 Ciclo de la violencia intrafamiliar	16
1.4 Definición de Violencia Filio-Parental	24
1.4.1 Componentes de la Violencia Filio-Parental	29
1.4.2 Factores explicativos de la Violencia Filio-Parental	34
1.4.3 Dimensión del problema desde un punto de vista jurídico	40

CAPÍTULO II: LOS PROTAGONISTAS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL	49
---	----

2.1 Características de los menores infractores	50
2.1.1 Características sociodemográficas.	50
2.1.1.1 Sexo.	50
2.1.1.2 Edad.	56
2.1.2 Características personales	61
2.1.2.1 Influencia del temperamento en la Violencia Filio-Parental	62
2.1.2.2 Influencia de la psicopatología en la Violencia Filio-Parental	65
2.1.2.3 Influencia del consumo de drogas en la Violencia Filio-Parental ...	69
2.1.2.4 Influencia de las TIC en la Violencia Filio-Parental	73
2.1.2.5 Influencia del grupo de iguales en la Violencia Filio-Parental	75
2.1.2.6 Influencia del entorno escolar en la Violencia Filio-Parental	77

2.2 Características de las familias víctimas	80
2.2.1 Características sociodemográficas	80
2.2.1.1 Dirección de la agresión	80
2.2.1.2 Edad	87
2.2.1.3 Hermanos	87
2.2.1.4 Estatus socio-económico	88
2.2.2 Influencia del estilo educativo familiar en la <i>Violencia Filio-Parental</i>	90
2.2.3 Influencia del modelo de familia en la <i>Violencia Filio-Parental</i>	96
2.2.4 Psicopatología de los progenitores y consumo de sustancias de los progenitores	98
 CAPÍTULO III: MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL.	 101
3.1 Modelos explicativos de la violencia	103
3.1.1 Teoría del Aprendizaje social de Bandura (1975)	103
3.1.2 Modelo de Coerción de Patterson (1982)	107
3.1.3 Modelo del Procesamiento de la Información Social de Dodge	112
3.1.4 Teoría Ecológica del Desarrollo Humano de Bronfenbrenner (1979)	118
3.2 Modelos explicativos de la Violencia Filio-Parental	122
3.2.1 Modelo integrador de Agnew y Huguley (1989)	122
3.2.2 El Modelo Ecológico Anidado de Cottrell y Monk (2004)	127
3.2.3 Teoría de sistemas, modelo sintomático de Micucci (1995)	130
3.2.4 Modelo de Euskarri (Pereira y Bertino, 2009)	132
3.2.5 Síndrome del Emperador (Garrido, 2005 y 2012)	134
 CAPÍTULO IV: PROGRAMAS DE INTERVENCIÓN	 139
4.1 En el ámbito judicial	141
4.1.1 Programa Step Up de Anderson y Routt (2004) y Routt y Anderson (2011)	142
4.1.2 Programa Educativo de Intervención con Menores en Violencia Filio-Parental de Moreno (2009)	144

4.1.3	Programa de intervención con familias y menores con conductas de maltrato de Sánchez (2008) y Sánchez, Ridaura y Arias (2010). Colonia San Vicente Ferrer.....	144
4.1.4	Prevención de la Violencia Filio-Parental: el modelo de Cantabria.....	146
4.1.5	Programa educativo y terapéutico por Maltrato Familiar Ascendente de la Agencia de la Comunidad de Madrid para la Reeducción y Reinserción del Menor Infractor (ARRMI)	152
4.2	En el ámbito clínico	160
4.2.1	Programa de la Escuela Vasco Navarra de Terapia Familiar (EVNTF). Protocolo de Intervención en Violencia Filio-Parental (Euskarri) de Pereira (2006, 2011)	160
4.2.2	Programa de tratamiento para Adolescentes que agreden a sus Padres (PAP) de González, Gesteira, Fernández-Arias y García-Vera (2009)...	163
4.2.3	Terapia en Violencia Filio-Parental para padres víctimas e hijos agresores de Gallagher (2004a y 2004b)	168
4.3	En el ámbito social	169
4.3.1	Madres agredidas por sus hijos/as. Guía de recomendaciones prácticas para profesionales de García de Galdeano y González (2007)	169
4.3.2	Programa de Resistencia desde la No-Violencia de Ollefs y Von Schlippe (2006)	173
4.3.3	Formación para Padres: Padres fuertes-hijos fuertes. Agencia alemana para la protección de la infancia (Kinderschutzbund) (Schnabel, 2008)	175
4.3.4	Mantener conexiones familiares cuando las cosas se ponen difíciles (Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton, 2002)	177
4.4	Programas de intervención en Violencia Filio-Parental aplicados en Extremadura	179
4.4.1	Programa de Intervención y Prevención de Violencia Intrafamiliar PIPVIA	179
4.4.2	Programa de Intervención Especializada en Violencia Intrafamiliar PIEVI.....	187

**CAPÍTULO V: EL PROCESO PENAL DE MENORES ANTE UNA DENUNCIA
POR VIOLENCIA FILIO PARENTAL 191**

5.1 Antecedentes legales en la jurisdicción de menores	192
5.1.1 Normativa nacional	192
5.1.2 Normativa internacional	198
5.2 Marco Jurídico actual	202
5.3 Procedimiento Judicial en la Violencia Filio-Parental	207
5.4 Las Medidas Judiciales	211
5.5 Actuación del Equipo Técnico del Juzgado de Menores en las distintas fases del proceso	220
5.5.1 Fase de instrucción	223
5.5.1.1 <i>Proceso de Mediación</i>	224
5.5.1.2 <i>Incoación del Expediente</i>	231
5.5.1.3 <i>Informe del Equipo Técnico</i>	231
5.5.1.4 <i>Medidas Cautelares</i>	235
5.5.2 Fase de audiencia	237
5.5.3 Fase de Ejecución	239
5.6 Delitos que se enmarcan en la violencia filio-parental	240

SEGUNDA PARTE:

MARCO EMPÍRICO

CAPÍTULO VI: OBJETIVOS E HIPÓTESIS	247
6.1. Objetivos	247
6.1.1. Objetivos generales	247
6.1.2. Objetivos específicos	247
6.2.Hipótesis	248

CAPÍTULO VII: METODOLOGÍA	249
7.1 Muestra	249
7.2 Instrumentos	250
7.3 Procedimiento	254
 CAPÍTULO VIII: RESULTADOS	 255
8.1 Características psicosociales de los menores	255
8.2 Características psicosociales y clínicas de las familias	264
8.3 Características clínicas de los menores.....	267
8.4 Intervención judicial	280
 CAPÍTULO IX: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	 289
9.1 Discusión y Conclusiones	289
9.2 Limitaciones del estudio y líneas futuras de investigación	302
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	 305
 ANEXOS.....	 349
Modelo de Informe	349

ÍNDICE DE TABLAS

MARCO TEÓRICO

Tabla 1. Diferencias entre agresividad y violencia (Alonso y Castellanos, 2006)	14
Tabla 2. Definiciones de Violencia Filio-Parental (adaptación de Pereira et al. (2017))	26
Tabla 3. Tipos de maltrato psicológico y conductas que lo definen (Aroca, 2010)	32
Tabla 4. Estudios nacionales e internacionales que indican mayor prevalencia de los varones en Violencia Filio-Parental	52
Tabla 5. Estudios nacionales e internacionales que indican mayor prevalencia de las mujeres en Violencia Filio-Parental.....	55
Tabla 6. Estudios nacionales e internacionales que no hallan diferencias de sexo en Violencia Filio-Parental.....	55
Tabla 7. Edad media de los menores según estudios nacionales	58
Tabla 8. Edad media de los menores según estudios internacionales.....	60
Tabla 9. Porcentajes de inadaptación escolar de los menores agresores.....	78
Tabla 10. Estudios nacionales e internacionales respecto a la dirección de la Violencia Filio-Parental.....	81
Tabla 11. Factores explicativos de la frecuencia de agresiones a la madre (Gallagher, 2004)	85
Tabla 12. Modelo integrador explicativo de la Violencia Filio-Parental (Agnew y Huguley, 1989)	126
Tabla 13. Taller para padres y madres: modelo de Cantabria (Fuente: elaboración propia; adaptado de Garrido, 2012)	148

Tabla 14. Programa educativo y terapéutico por maltrato familiar ascendente ARRM (Fuente: elaboración propia; adaptado de González et al., 2013)	154
Tabla 15. Programa tratamiento para adolescentes que agreden a sus padres (Fuente: elaboración propia; adaptado de González et al., 2009)	164
Tabla 16. Bloques y objetivos de intervención con los menores del programa PIPVIA	182
Tabla 17. Bloques y objetivos de intervención con los padres del programa PIPVIA.....	184
Tabla 18. Bloques y objetivos de intervención con el grupo familiar del programa PIPVIA.	185
Tabla 19. Medidas susceptibles de ser impuestas a los menores infractores, según el Art. 7 LORPM. (Fuente: elaboración propia)	213

MARCO EMPÍRICO

Tabla 20. Agresiones a los progenitores.	256
Tabla 21. Escolarización de los jóvenes.	257
Tabla 22. Problemas de disciplina escolar de los jóvenes.	259
Tabla 23. Relación de los jóvenes con sus iguales.	259
Tabla 24. Consumo de sustancias tóxicas de los jóvenes.	261
Tabla 25. Características psicosociales de los menores.	261
Tabla 26. Medias y desviaciones típicas en las escalas de validez del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A)	268
Tabla 27. Medias y desviaciones típicas en las escalas clínicas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A)	268

Tabla 28. Medias y desviaciones típicas en las escalas relacionadas con el tratamiento del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A)	271
Tabla 29. Medias y desviaciones típicas en las escalas de relación interpersonal del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A)	272
Tabla 30. t de Student relativa a las escalas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A) según el sexo	273
Tabla 31. t de Student relativa a las escalas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A) según la edad	277
Tabla 32. Intervenciones judiciales realizadas en los expedientes según sexo	281
Tabla 33. Intervenciones judiciales realizadas en los expedientes según edad	282
Tabla 34. Orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico según sexo	283
Tabla 35. Orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico según edad	283
Tabla 36. Orientación de la medida según Sentencia Judicial atendiendo al sexo	284
Tabla 37. Orientación de medida según Sentencia Judicial según la edad	285
Tabla 38. Recursos institucionales según sexo.....	286
Tabla 39. Recursos institucionales según edad.....	287

ÍNDICE DE GRÁFICOS

MARCO TEÓRICO

Gráfico 1. Agresiones a los progenitores.	257
Gráfico 2. Escolarización de los jóvenes.	258
Gráfico 3. Absentismo escolar de los jóvenes	258
Gráfico 4. Relación de los jóvenes con sus iguales	260
Gráfico 5. Comportamiento social agresivo	260
Gráfico 6. Tipo de unidad familiar	264
Gráfico 7. Conflictividad en las relaciones de pareja	265
Gráfico 8. Estilo educativo del padre	266
Gráfico 9. Estilo educativo de la madre	266
Gráfico 10. Consumo de sustancias tóxicas en los progenitores	267

ÍNDICE DE FIGURAS

MARCO TEÓRICO

Figura 1. Representación del Ciclo de la Violencia Filio-Parental (Aroca, 2010)	21
Figura 2. Conductas y actitudes de los sujetos implicados en la Violencia Filio-Parental (adaptación de Aroca et al., 2014)	23
Figura 3. Evolución de los procedimientos incoados sobre violencia sobre ascendientes y hermanos	46
Figura 4. Comparación entre el total de expedientes de reforma incoados por cualquier delito en un año y por violencia doméstica (Memoria de la Fiscalía General del Estado, 2019)	47
Figura 5. Triple Sistema de Respuesta, Cognitivo-Conductual.....	62
Figura 6. Modelo bidimensional de socialización. Fuente Musitu y García (2001)	92
Figura 7. Modelo de reciprocidad triádica del funcionamiento humano.....	103
Figura 8. Modelo de desarrollo de conducta antisocial de Patterson et al. (1989)	108
Figura 9. Reformulación Modelo Procesamiento Información Social (Crick y Dodge, 1994)	115
Figura 10. Teoría Ecológica de Bronfenbrenner (Fuente: elaboración propia)	122
Figura 11. Modelo Ecológico Anidado (Fuente: Elaboración propia, adaptado de Cottrell y Monk, 2004)	128
Figura 12. Adaptación de los Círculos de Influencia en la Violencia Filio-Parental adaptado de Cottrell y Monk (2004)	130
Figura 13. Las dos rutas hacia el síndrome del emperador (adaptado de Garrido, 2008).	137

Figura 14. Etapas y Actividades del Taller para hijos: modelo de Cantabria (Fuente: elaboración propia; adaptado de Garrido, 2012)	152
Figura 15. Procedimiento Judicial de Menores. (Fuente: elaboración propia)	211

MARCO EMPÍRICO

Figura 16. Comparación de los delitos de Violencia Filio-Parental y el resto de delitos en la Jurisdicción de Menores de la provincia de Badajoz durante los años 2012 y 2017	256
--	------------

INTRODUCCIÓN

La violencia es un problema existente en todos los tiempos y en todas las sociedades. A pesar de ser un problema de envergadura mundial, no fue hasta 1996 cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) estimó que la violencia era uno de los principales problemas de salud pública en todo el mundo, proponiendo así diferentes acciones para prevenirla. La OMS en 2002, la define como “toda acción u omisión intencional que, dirigida a una persona, tiende a causarle daño físico, psicológico, sexual o económico”.

La familia es el ámbito natural de desarrollo de los menores, tal como recoge la Convención de los Derechos del niño de las Naciones Unidas (1989). Se entiende como el contexto originario en el que se inicia el proceso de socialización y aprendizaje de los diferentes aspectos que conforman la identidad y personalidad. Es el marco en el que se desarrollan e integran los aspectos biológicos, psicológicos y sociales del individuo (Romero, Melero, Cánovas y Antolín, 2005).

La violencia en la familia no es algo nuevo, constituye un grave problema debido al sufrimiento y secuelas para sus víctimas (Echeburúa, 2003). La mayor parte de los estudios en el contexto de la violencia familiar, se han centrado en el maltrato infantil o en la violencia de género, pero estamos asistiendo con estupor a otro tipo de malos tratos y de violencia, la ejercida por los hijos hacia sus padres, la cual es denominada violencia ascendente o violencia filio-parental, término acuñado por Pereira en el 2006 y reflejado por primera vez en la Memoria de la Fiscalía General del Estado del año 2017.

La violencia filio-parental, tema central de esta tesis, ha seguido una evolución social parecida al resto de tipos de violencia intrafamiliar respecto a su ocultación por parte de las familias hasta que la situación se desborda y se pide ayuda institucional (Claver, 2017). Sánchez (2008) señala que muchos padres se han visto sorprendidos por las conductas agresivas de sus hijos y han intentado pedir ayuda a los distintos recursos a

su alcance, convirtiéndose en un problema social que requiere abordarse desde las instituciones públicas (Alonso y Castellanos, 2006), siendo la Administración de Justicia en muchos de los casos, la última instancia dónde acudir. Actualmente, las Memorias de la Fiscalía General del Estado señalan cifras preocupantes, calificando esta tipología delictiva como “lacra social”, aunque en realidad los datos oficiales solo reflejan una pequeña porción del problema real (Agustina y Romero, 2013).

A pesar de que este tipo de violencia ya se reseña en los años 50, en los últimos años ha surgido en España un creciente interés científico, social y clínico, ocasionado por la alarma social generada en los medios de comunicación y el aumento de denuncias por parte de los progenitores (Aroca, Lorenzo y Miró, 2014). Esta divulgación ha proporcionado un mayor conocimiento del fenómeno y ha logrado acuerdos compartidos entre los investigadores (Morán, 2013). Así, en la actualidad, encontramos que existe cada vez mayor consenso tanto en la definición del problema como en los factores de riesgo (Martínez, Estévez, Jiménez y Velilla, 2015; Pereira et al., 2017), proliferando los estudios e investigaciones destinadas a profundizar en el conocimiento del problema, especialmente en el último año, aunque Castañeda (2016) alerta que los datos disponibles en estos momentos respecto a la Violencia filio-parental deben ser interpretados con cautela teniendo en cuenta sus aparentes contradicciones. No obstante, es significativo indicar que son escasos los trabajos que se centran exclusivamente en el ámbito jurídico con muestras propias, ya que habitualmente proceden de servicios sociales, centros educativos, clínicas, centros residenciales, etc.

Actualmente, las diferentes investigaciones determinan que no hay una causa única ni determinante que explique la violencia filio-parental, sino más bien, una multitud de dinámicas interconectadas que contribuyen a que se dé este comportamiento, tomando como referencia el modelo ecológico anidado de Cottrell y Monk (2004), quienes señalan que en estos casos convergen diferentes variables de naturaleza multifactorial (Martínez et al, 2015).

En este sentido, algunos estudios se centran en los factores individuales o personales del menor (Bertino, Calvete, Pereira, Orúe y Montes, 2011; Calvete, Orúe y Sampedro, 2011; Calvete, Orúe, Gámez-Guadix, Del Hoyo-Bilbao y López de Arroyabe, 2015; Contreras y Cano, 2014; García y Gracia, 2010); otros en las variables familiares

(Calvete, Gámez-Guadix y Orúe, 2014; Calvete, Orúe y Gámez-Guadix, 2013; Calvete, Orúe y Sampedro, 2011; Contreras y Cano, 2015; Cuervo y Rechea, 2010; Ibabe y Jaureguizar, 2011); y otras investigaciones en los factores contextuales y sociales (Ibabe, Jaureguizar y Bentler, 2013; Martínez, Estévez y Carballo, 2013; Martínez, Estévez, Jiménez y Velilla, 2015).

En cuanto a los factores individuales o personales, algunos estudios señalan como factores de riesgo determinadas características de personalidad como el sexo y la edad, la falta de autocontrol, búsqueda de la gratificación inmediata, baja autoestima, consumo de sustancias tóxicas y bajo rendimiento académico, como variables más estudiadas. Asimismo, la mayor parte de las investigaciones señalan que este tipo de violencia no está perpetrada por menores que presentan trastornos psicológicos previos.

Respecto a las variables familiares, las investigaciones ponen de manifiesto una relación bidireccional entre los factores de riesgo familiares y los factores personales (Edenborough, Jackson, Mannix, y Wilkes, 2008; Ibabe, Jaureguizar y Díaz, 2009; Massa y Bergara 2008; Rechea, Fernández y Cuervo, 2008; Romero, Melero, Cánovas y Antolín, 2007; Stewart, Wilkes, Jackson y Mannix, 2006). Tal y como señalan estos estudios, algunos de los factores implicados en la violencia filio-parental son la transmisión intergeneracional de la violencia, la falta de referencias claras en las familias, la monoparentalidad, la inadecuación en el estilo educativo, la falta de comunicación, ... Las múltiples dinámicas e interacciones que se dan en el seno familiar confieren a este contexto una gran complejidad.

Por otro lado, los factores contextuales más relevantes en los estudios sobre violencia filio-parental son el ámbito escolar y la vinculación con grupos de iguales. Se observa una relación directa con este tipo de violencia, del bajo rendimiento escolar, dificultades del aprendizaje, absentismo escolar, dificultades de adaptación y actitudes de rechazo hacia la escuela (Cottrell, 2004; Romero et al., 2005; Sánchez, 2008). De igual manera, existe una mayor tendencia de estos menores a relacionarse con otros iguales que presentan otro tipo de relaciones disfuncionales (Romero et al. 2005).

En cuanto a los factores sociales y culturales que no están directamente relacionados con la violencia, pero que también inciden de una manera u otra en el aumento de este tipo de comportamientos, la literatura científica destaca la pérdida de

valores, la falta de respeto a la autoridad, el hedonismo, la permisividad, el relativismo, el consumismo, la búsqueda de la satisfacción inmediata, o el ocio desorganizado, entre otros (Rodríguez-Martín, 2015).

Tras lo expuesto, parece que el desarrollo de programas multi-componentes tanto a nivel preventivo como terapéutico parece fundamental (González, Morán y García, 2011). La intervención va a estar condicionada por el peso específico que le demos a unos factores u otros.

Tal y como señalamos anteriormente, son escasas las investigaciones, enmarcadas específicamente en el ámbito jurídico y menor representación tienen aquellas que utilizan exclusivamente muestras judiciales. En la literatura encontramos algunas investigaciones como la realizada por Romero *et al.* (2007) con 116 menores denunciados por maltrato a sus padres; Ibabe (2007), con 103 menores, en el que realiza un análisis comparativo entre jóvenes denunciados por Violencia filio-parental, jóvenes denunciados por otros delitos, y aquellos que tienen denuncias de violencia hacia sus padres y otros delitos; Sánchez (2008) con menores que han cumplido una medida de internamiento o convivencia con grupo educativo por maltrato familiar; García y Cerezo (2017) que analizan 502 expedientes y realizan un estudio exploratorio de las características personales y socio-familiares de menores condenados por violencia intrafamiliar ascendente; y Ortega (2017) que intenta cuantificar el fenómeno de la violencia filio-parental en Cataluña con población atendida en el ámbito de la justicia juvenil.

El incremento notable del problema conlleva la necesidad de profundizar en el estudio de la violencia filio-parental en este contexto, analizando los factores descritos anteriormente. Es necesario unificar criterios y adoptar soluciones eficaces frente a este intolerable fenómeno. Las cifras se consideran preocupantes, lo que requiere tratar este tipo de delito de forma multidimensional.

Es en el entorno judicial donde el fenómeno de la violencia filio-parental alcanza su máxima expresión, momento en el que los padres se ven debilitados y desbordados ante la conducta de sus hijos que, por el contrario, se sienten empoderados y superiores en grado extraordinario. Ante esta situación, recurren al ámbito jurídico con la intención de buscar ayuda más que como forma de sancionarlos.

La violencia filio-parental no existe tipificada como delito en el Código Penal, encuadrándose entonces como “malos tratos habituales en el ámbito familiar” en el artículo 173(2). La LORPM supuso un avance con respecto a la legislación anterior, la Ley Orgánica (L.O.) 4/1992. Fue aprobada el 12 de enero de 2000 y puesta en marcha el 13 de enero de 2001, para ser modificada 5 años después por la L.O. 8/2006, del 4 de diciembre. La Ley del menor constituye un marco jurídico para la reintegración social y la defensa de los derechos de los menores infractores (Gómez, 2012). Dicha ley se elaboró para exigir la responsabilidad penal de aquellos menores con edades comprendidas entre los 14 y 18 años que hubieran cometido algún delito o falta tipificadas como tal en el Código Penal y en las restantes leyes penales especiales (Nájera, 2011). La L.O. 5/00 garantiza que jueces y fiscales, cuenten en todo momento con el apoyo y la asistencia del Equipo Técnico, el cual, dentro de la jurisdicción de menores, se configura como un instrumento imprescindible, dependiente de la Fiscalía y adscrito al Juzgado, encargado de orientar la medida más adecuada para el menor, atendiendo a su situación psicológica, familiar, educativa y social, mediante la elaboración de informes preceptivos por ley. Entre las medidas susceptibles de ser impuestas a los menores, desde las Memorias de la Fiscalía General del Estado se considera la Convivencia con Grupo Educativo, como la más adecuada en los casos de violencia filio-parental, si bien la realidad es que en algunas Comunidades Autónomas la adopción de esta medida es inviable por la falta de recursos externos. Al igual que en cualquier otro supuesto delictivo, los menores que han realizado alguna conducta de violencia dentro de la familia habrían de someterse al procedimiento judicial y a las medidas judiciales que correspondan (Ibabe, Jauregizar y Díaz, 2007) como cualquier otro menor infractor, o bien atendiendo al art. 19.1. de la LO 5/2000, el Ministerio Fiscal podrá desistir de la continuación del expediente, atendiendo a la gravedad y circunstancias de los hechos y del menor, resolviéndose el expediente vía extrajudicial, es decir, por Conciliación o Reparación.

Con el presente estudio se pretende ofrecer un mayor conocimiento científico sobre el tema, desde el ámbito de la jurisdicción de menores, siendo consciente de que tan sólo se podrá llegar a explorar una parte del fenómeno de la violencia filio-parental, aquella que emerge en la Administración de Justicia a través de la interposición de una denuncia o la apertura de un expediente de reforma en la Fiscalía de Menores.

Por todo ello, este trabajo se contextualiza exclusivamente dentro del ámbito judicial, bajo el marco de la Ley Orgánica 5/2000 de responsabilidad penal del menor. El objetivo principal de este estudio es dar a conocer el tratamiento y abordaje que reciben los menores infractores por violencia filio-parental desde la jurisdicción de menores, para ello se pretende analizar las características psicosociales y clínicas de estos menores denunciados por maltratar a sus padres y el perfil de sus familias; determinar la presencia de diferencias significativas, teniendo en cuenta variables tales como el sexo y la edad; y analizar las medidas judiciales que les son impuestas a los menores, a fin de dar una perspectiva integral a esta problemática.

La presente Tesis Doctoral se ha estructurado en dos partes:

En **la primera parte** se realiza una revisión teórica de las investigaciones previas que de manera directa o indirecta abordan el tema de la violencia filio-parental. Está compuesta por cinco capítulos.

- El *capítulo 1* estudia la violencia que ejercen los hijos hacia sus padres, examinando los distintos conceptos que engloban el término desde el más general hasta los más específicos como son la violencia, la violencia en la familia, el ciclo de la violencia intrafamiliar y la definición de violencia filio-parental.
- El *capítulo 2* analiza las características más relevantes de carácter sociodemográficas y personales de quienes protagonizan la violencia filio-parental, que son los menores infractores y sus familias víctimas.
- El *capítulo 3* aborda los modelos teóricos más relevantes que explican la violencia ascendente, tanto desde una perspectiva de la violencia en general como más concreta, de la violencia filio-parental en particular.
- El *capítulo 4* profundiza en los distintos programas de intervención que se han llevado a cabo desde los distintos ámbitos como son el judicial, clínico y social, para terminar con una referencia a dos programas específicos llevados a cabo en la Comunidad Autónoma de Extremadura para el tratamiento de la violencia filio-parental.
- Y el *capítulo 5* estudia con rigor el proceso penal de menores ante una denuncia interpuesta por violencia a los padres. En este se procede a desarrollar la normativa legal nacional e internacional respecto a la jurisdicción de menores, para ahondar en el marco jurídico actual presentando el procedimiento judicial,

las medidas judiciales susceptibles de ser impuestas a los infractores y la específica actuación del Equipo Técnico en las distintas fases del proceso.

La **segunda parte** de la Tesis Doctoral se estructura en cuatro capítulos:

- Los objetivos e hipótesis de la investigación, en el *capítulo 6*.
- El *capítulo 7* aborda la metodología de carácter descriptivo y corte transversal en la que se describe la muestra, los instrumentos y el procedimiento utilizado para la recogida de datos.
- El *capítulo 8* presenta los resultados obtenidos y contrastados con las hipótesis planteadas en la investigación.
- Finaliza esta parte con el *capítulo 9*, sobre la discusión y conclusiones, así como las limitaciones encontradas y futuras líneas de investigación.

Por último, la Tesis Doctoral, finaliza con las Referencias Bibliográficas y los Anexos.

PRIMERA

PARTE

Marco

Teórico

“La violencia es siempre un acto de debilidad y generalmente la operan quienes se sienten perdidos”.

Paul Valéry

CAPÍTULO I: LA VIOLENCIA QUE EJERCEN LOS HIJOS HACIA SUS PADRES

1.1 Violencia

La violencia es una constante en la vida de gran número de personas en todo el mundo, y nos afecta a todos de un modo u otro. Para muchos, permanecer a salvo consiste en cerrar puertas y ventanas, y evitar los lugares peligrosos. Para otros no hay escapatoria, porque la amenaza de la violencia está detrás de esas puertas, oculta a los ojos de los demás. Y para quienes viven en medio de guerras y conflictos, la violencia impregna todos los aspectos de la vida.

(Brundtland, 2002, prefacio)

Esta opinión, que aparece en el primer Informe Mundial sobre Violencia y Salud (2002) al respecto de la violencia en general y se le atribuye a la Dra. Gro Harlem Brundtland, Directora General de la Organización Mundial de la Salud, podría ser aplicable a cualquier ámbito de la vida de las personas, entre ellos el familiar y más en concreto a la violencia que ejercen los hijos hacia sus padres.

Dicho informe, considera que la violencia es un fenómeno sumamente difuso y complejo cuya definición no puede tener exactitud científica, ya que es una cuestión de apreciación. La noción de lo que son comportamientos aceptables e inaceptables, o de lo que constituye un daño, está influida por la cultura y sometida a una continua revisión a medida que los valores y las normas sociales evolucionan. La amplia variedad de códigos morales imperantes en los distintos países hace de la violencia una de las cuestiones más difíciles y delicadas de abordar, tanto que no es hasta 1996 cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que la violencia es uno de los principales problemas de salud pública en todo el mundo. La OMS (2002) define la violencia como:

El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho, o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones. (p.5)

La clasificación utilizada en el Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud divide a la violencia en tres grandes categorías según el autor del acto violento: violencia dirigida contra uno mismo, violencia interpersonal y violencia colectiva. Del mismo modo, la naturaleza de los actos violentos puede ser: física, sexual, psíquica y privaciones o descuidos (dentro de esta se incluiría la negligencia). A pesar de la amplia gama de conductas violentas recogidas en esta definición, la literatura ha tendido a centrarse principalmente en los actos violentos de carácter físico, lo que infravalora el alcance real de la violencia en la sociedad (Pueyo y Redondo, 2007).

Asimismo, el Informe sobre la Situación Mundial de la Prevención de la Violencia (2014), se centra en la violencia interpersonal, es decir, la que ocurre entre miembros de una misma familia, en la pareja, entre amigos, conocidos y desconocidos, y que incluye el maltrato infantil, la violencia juvenil, la violencia en la pareja, la violencia sexual y el maltrato de las personas mayores. Sin embargo, no aparece de forma específica el maltrato de jóvenes adolescentes a sus padres, a pesar de ser un fenómeno emergente.

Por otra parte, es frecuente encontrar, cómo parte de la comunidad científica emplea de forma indistinta los términos violencia y agresividad. Hay autores que consideran la conducta agresiva como innata y no aprendida, y de forma contrapuesta, la conducta violenta como intencional y, por tanto, fruto del aprendizaje (Roperti, 2006; Rodríguez, 2007). En este sentido, Alonso y Castellanos (2006), postulan que la agresividad presenta un componente biológico e innato, y por lo tanto un sentido adaptativo y de supervivencia, sin propósito explícito de hacer daño, frente a la violencia la cual es básicamente cultural, siendo la característica principal la intención de destruir o dañar, sin que medie el instinto de supervivencia (Sanmartín, 2000). Lema (2015) señala que la agresividad nace del individuo, y por lo tanto es interna; mientras que la violencia proviene del ambiente, y por lo tanto es externa. En este sentido, plantea que aquellas conductas que provocan daño motivadas por un trastorno serán agresividad y no violencia. La agresividad es una respuesta adaptativa y forma parte de las estrategias de afrontamiento de los seres humanos ante las amenazas externas, gracias a la cual se puede salir airoso de situaciones peligrosas. La violencia por lo tanto se aprende, es producto de un largo proceso evolutivo condicionado por factores culturales, sociales y personales. Por lo tanto, se puede aprender, también, a no ser violento (Amante, 2008).

A continuación, la tabla 1 representa las diferencias entre agresividad y violencia según Alonso y Castellanos (2006).

Tabla 1. Diferencias entre agresividad y violencia (Alonso y Castellanos, 2006)

AGRESIVIDAD	VIOLENCIA
Innata	Humana
Inevitable	Evitable
Biológica	No biológica
La cultura puede inhibirla	Resultado de la evolución cultural
Impulso para la supervivencia	Utiliza instrumentos

1.2 La violencia en la familia

La **familia** es el ámbito natural de desarrollo de los menores, tal y como recoge la Convención de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas (1989). Se entiende como el contexto originario en el que se inicia el proceso de socialización y aprendizaje de los diferentes aspectos que conforman la identidad y personalidad. Es el marco en el que se desarrollan e integran los aspectos biológicos, psicológicos y sociales del individuo (Romero, Melero, Cánovas y Antolín, 2005). La familia constituye un agente educativo y socializador de suma importancia en la vida de los individuos (Aroca, 2010), se convierte en un espacio privilegiado para el aprendizaje de estos elementos sociales y culturales, que tiene lugar principalmente durante la infancia y la adolescencia (Castañeda, 2014).

La relevancia de la familia permanece vigente en todos los momentos vitales de la persona, desde la niñez hasta la vejez, así, el grado de apoyo, de afecto y de comunicación que el adolescente percibe en este contexto es un elemento que contribuye

de modo significativo a su bienestar psicosocial, así como al del resto de sus integrantes (Musitu, Estévez, Jiménez y Herrero, 2007).

Según un informe elaborado por el Centro Reina Sofía (2011), las normas, el afecto y la comunicación son tres pilares a tener en cuenta que rigen un adecuado funcionamiento familiar. Así, se requieren normas claras y precisas, pues el riesgo de maltrato es mayor en aquellas familias en las que las normas son rígidas y se imponen de forma autoritaria o cuando no se establecen límites definidos en la conducta de los menores. Del mismo modo, tanto la ausencia de afecto de padres a hijos, como el exceso del mismo ofreciéndole al menor todo lo que pide es motivo de problemas en el ámbito familiar. Por último, la falta de comunicación o la comunicación mal canalizada es frecuente en las familias que tienen instauradas conductas violentas.

La **violencia en la familia** no es algo nuevo, pero debido a las implicaciones morales y culturales, se ha mantenido durante años oculta al dominio público. Agustina y Romero (2013) señalan que a partir de la década de los sesenta comienzan a identificarse y a hacerse más visibles algunas formas de violencia doméstica. Primero, emerge con fuerza y se logra una mayor sensibilización del abuso físico y el maltrato de menores (1960). En segundo lugar, fue la violencia por razón de género la que emergió del ámbito privado de las relaciones familiares (1970), judicializándose el problema. Posteriormente, salieron a la luz nuevas formas de violencia intrafamiliar: los abusos sexuales a menores (1980) y el maltrato a personas ancianas (1990). Si bien, en los últimos años estamos asistiendo con estupor a otro tipo de malos tratos y de violencia, la ejercida por los hijos hacia sus padres, la cual es denominada violencia ascendente o violencia filio-parental, término acuñado por Pereira en el 2006 y reflejado por primera vez en la Memoria de la Fiscalía General del Estado (MEMFIS) en 2017.

El Consejo de Europa (1987), define la violencia familiar como “todo acto u omisión sobrevenido en el marco familiar por obra de uno de sus componentes que atente contra la vida, la integridad corporal o psíquica, o la libertad de otro componente de la misma familia, o que amenace gravemente el desarrollo de su personalidad”. En la misma dirección, Echeburúa (2003) establece que la violencia familiar son las agresiones físicas, psíquicas, sexuales o de otra índole, llevada a cabo reiteradamente por parte de un

familiar, y que causan daño físico y/o psicológico y vulnera la libertad de otra persona, por lo que la considera un grave problema debido al sufrimiento y secuelas para sus víctimas.

En sentido genérico, el término de violencia familiar hace referencia a diferentes víctimas y victimarios, al poder darse entre y hacia cualquiera de sus miembros. Es habitual que la víctima se encuentre en una situación de dependencia del agresor, sin embargo, en la Violencia filio-parental, esta situación se invierte dado que es el menor de edad, dependiente de la unidad familiar el que ejerce la violencia hacia sus descendientes (Gallego, Sanmartín y Vilariño, 2016).

Díez (2016) considera que las consecuencias que tiene la violencia familiar en las personas que la sufren es mayor que cuando se da en otros contextos, pues en su opinión desaparece el entorno de seguridad y protección que ofrece el núcleo familiar en sí mismo.

1.3 Ciclo de la violencia intrafamiliar

Resulta importante entender qué es la violencia en general y la violencia filio-parental en particular, para saber prevenirla, reconocerla y actuar en consecuencia. Son varios los autores que se han encargado de describir el ciclo de la violencia filio-parental (Aroca, 2010; Jakob, 2014; Micucci, 1995; Omer, 2004; Roperti, 2006).

La investigadora estadounidense Leonore Walker, describió en 1979 el círculo de la violencia en la pareja, observando que muchas mujeres describían patrones similares en el proceso de maltrato y que este se producía en tres fases que se repetían de modo cíclico:

- Fase de acumulación-tensión. Se caracteriza por una escalada gradual de tensión en la pareja, con el aumento de conflictos y actos violentos. El agresor demuestra su violencia y la víctima siempre intenta calmar a su pareja, complacerla y no realizar aquello que le moleste, con la creencia de que así evitará los conflictos.

- Fase de agresión. Es la fase en la que estalla la violencia.
- Fase de reconciliación (fase de luna de miel). El agresor suele pedir perdón, le dice que está muy arrepentido y que no volverá a pasar, la mujer le perdona, sin saber que esto refuerza la posición de él.

Las fases tienden a irse acortando en el tiempo y la última puede llegar a desaparecer.

Del mismo modo que la violencia de género, Roperti (2006) explica la evolución de la violencia ascendente bajo el mismo esquema y en forma de pirámide invertida, la cual se inicia mediante la tensión acumulada entre padres e hijos por el estrés que provocan los enfrentamientos y conflictos, que terminan derivando en la explosión inesperada de la conducta violenta y descontrolada de los hijos, para pasar a un falso arrepentimiento tras la descarga emocional que genera la liberación de agresividad, lo que supone de nuevo el principio de otro nivel de estallido de la violencia (Molla y Aroca, 2018). La principal crítica a este autor, según Echeburúa (2003) es que esta explicación representa cualquier tipo de conducta violenta de cualquier sujeto, independientemente de su relación con la víctima o el tipo de violencia ejercida.

En el caso de la violencia filio-parental, al igual que en el ciclo de la violencia de género (Walker, 1979), también podemos identificar un ciclo de interacciones negativas entre el menor maltratador y su/s víctima/s, que se repite cada vez con mayor intensidad haciendo difícil encontrar una salida y provocando el mantenimiento de la conducta problema. A través de este ciclo, el hijo se habitúa a aplicar la violencia para conseguir lo que quiere y sus progenitores se acostumbran a someterse a sus deseos para tratar de reducir la tensión o a reaccionar también de forma violenta, lo que agrava el problema (Vizoso, 2011).

Tanto Holt (2013) como Ekstein (2004) consideran que la dinámica de conductas que configuran la violencia filio-parental emerge gradualmente. Empieza con el abuso verbal, en sus formas más leves, que actúa como catalizador y predictor del posterior abuso físico y/o emocional.

Sancho (2015) describe que los padres maltratados por los adolescentes acatan un nuevo tipo de rol parental que conlleva una pérdida de poder. Según este autor se establece la siguiente secuencia:

- En el adolescente, esta violencia verbal va aumentando progresivamente su gravedad.
- Los padres, en un primer momento, van a emitir respuestas de control de la situación basadas en sanciones y planteamientos autoritarios que, no suelen ser consistentes y, en muchos casos, contradictorios.
- El adolescente ante estas respuestas va a dejar de respetar la autoridad parental, incrementando la violencia verbal y apareciendo la violencia material (golpes contra el mobiliario, ruptura de objetos con valor simbólico o emocional).
- Los padres descubren que las tácticas punitivas utilizadas aumentan la intensidad de los conflictos y les despojan de autoridad ante la negativa del menor a respetar las sanciones.
- Los adolescentes comienzan a tener las primeras experiencias de éxito con sus conductas inadecuadas.
- Los padres, ante la ineficacia de sus acciones, comenzarán a dejar de ejercer su autoridad parental y a emitir conductas que propician el incremento de la conflictividad, cambiando sus formas de comunicación y todas aquellas acciones que su hijo o hija puedan interpretar como un desafío, de tal modo que estos no se sientan retados ni amenazados. Llegados a este momento, los padres se preocupan más de prevenir la escalada de los episodios de conflicto que de mantener la autoridad parental.

Por tanto, las agresiones por parte del menor los llevará a percibir que están fracasando objetivamente como padres y el miedo a ser evaluados por otros como malos padres puede afectar a su autoestima en su rol de padres y educadores. Mientras tanto, el menor sentirá que tiene el poder y el control sobre la familia e irá descubriendo, ante la reacción de miedo e indefensión de los padres, que ya no le hace falta ejercer violencia de forma manifiesta, pues le bastará con mirar mal o cambiar el tono de voz para

conseguir lo que desee. Es en ese momento cuando aparecerá el último componente la violencia filio-parental, la violencia emocional-psicológica, en la que los padres se sentirán incapaces y desesperanzados y, cualquier acción que realicen en relación con su hijo adolescente irá encaminada a evitar que se des controle y aparezcan situaciones violentas.

Micucci (1995) describe un “ciclo sintomático”. Señala que las familias se encuentran crecientemente preocupadas por eliminar o controlar el síntoma, descuidando otros aspectos de sus vidas. Estas familias, centradas en las dinámicas de conflicto generadas a causa de la violencia filio-parental, producen inconscientemente la generación de un ciclo de síntomas. Según este autor, el ciclo adquiere la siguiente secuencia:

1. La familia identifica al adolescente como “el problema” y no responde a las cualidades positivas del mismo.
2. El adolescente etiquetado como problemático se siente incomprendido y no experimenta la familia como ayuda.
3. Sin el apoyo familiar y guía, el adolescente es más proclive a la conducta sintomática, de forma que continúa el ciclo.

Harbin y Madden (1979) afirman que los ataques contra los progenitores se producen, normalmente, cuando hay un desacuerdo entre estos y el hijo, porque la madre y/o el padre hacen algo que trastorna al joven agresor (por ejemplo: fijarle límites, darle una reprimenda por ingerir alcohol en exceso o castigarle por su mal comportamiento en la escuela). En este sentido, Aroca (2010, 2014) señala que la violencia filio-parental comporta un *modus operandi* específico entre agresor y víctima que adquiere, en ocasiones, la forma de ciclo coercitivo, al que denomina “círculo de la violencia filio-parental”.

Entender este fenómeno requiere comprender la dinámica de la violencia filio-parental desde el supuesto bidireccional sumisión-hostilidad y hostilidad-hostilidad. Micucci (1995) y Omer (2004) consideran que una vez que se inicia el ciclo de la violencia, los hijos se orientan cada vez más hacia el poder, mientras los padres lo hacen

hacia la indefensión. Esto hace que los padres se centren en los aspectos negativos de la relación con sus hijos, disminuyendo la atención y el reconocimiento hacia las cualidades positivas que sus hijos evidencian en la interacción con ellos.

De este modo se establecen dos tipos de escalada de la violencia, tal y como señalan Omer (2004) y Aroca, Lorenzo y Miró (2014).

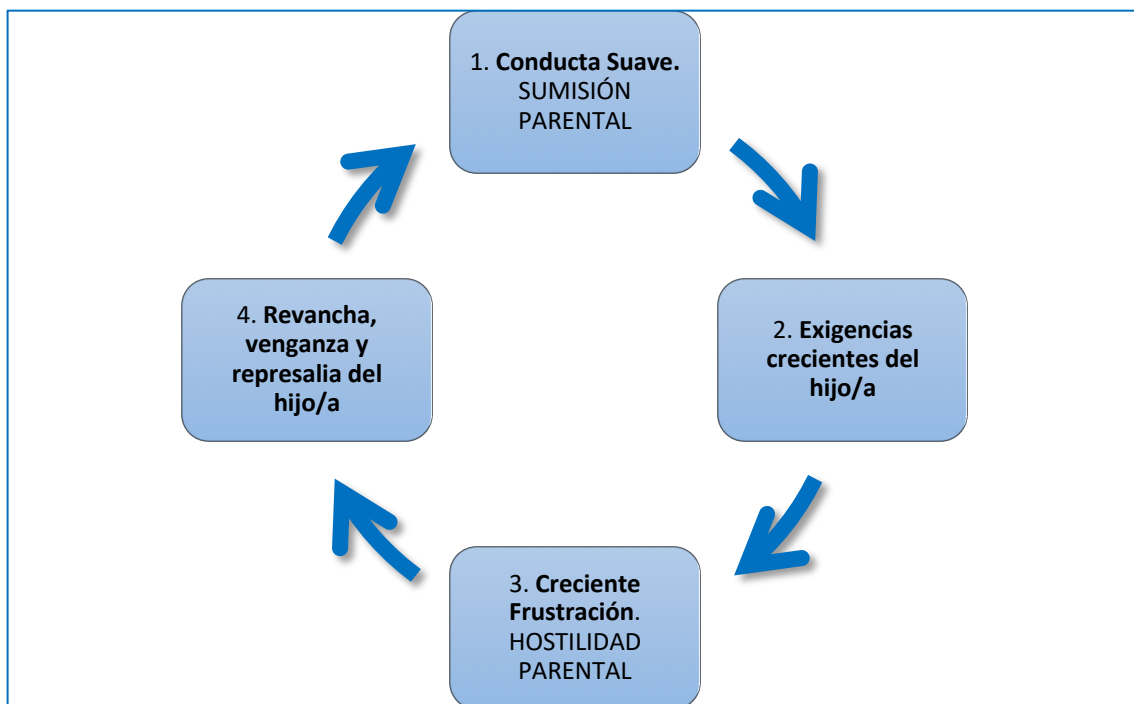
- *Escalada complementaria*: en la que la sumisión parental aumenta las demandas y la actitud violenta del hijo. Esta escalada es asimétrica y se caracteriza por las dinámicas de chantaje emocional ya que como indica Aroca et al. (2014) cuanto peor sea la conducta del hijo, más dispuestos se muestran los padres a “comprar” su tranquilidad mediante concesiones, interpretándolo aquel como un acto de debilidad, lo que refuerza su comportamiento que tiende a repetir, aprende a conseguir lo que quiere por la fuerza y los progenitores a someterse.
- *Escalada recíproca*: donde la hostilidad parental genera hostilidad filial. Cada parte siente que el otro es el agresor y que uno mismo solo actúa en defensa propia (Aroca et al., 2014).

Entre los distintos autores estudiados, Aroca es la autora que de forma más completa ha desarrollado el ciclo de la violencia filio-parental en nuestro país y sobre cuyos estudios hacen referencia la mayor parte de los investigadores posteriores. Aroca (2010, 2014) señala que:

- cuando los progenitores utilizan conductas suaves con una actitud negociadora y/o conciliadora con sus hijos con el fin de aliviar la tensión familiar...
- ...encuentran una respuesta de enfrentamiento y desprecio ante la sumisión parental, desde una posición de dominio que cree haberle otorgado su derrotado padre y/o madre, esto induce...
- ... que los padres reaccionen ante esa provocación de forma hostil, perpetuando las conductas violentas del hijo, quien no va a consentir que se le destrone, provocándole rabia y necesidad de venganza,
- para volver a mostrar de nuevo estos progenitores, una actitud comprensiva y complaciente con el hijo, reforzando su conducta y perpetuándose así el ciclo de violencia en el hogar.

Ante las primeras muestras de violencia de los hijos, los padres reaccionan de la misma manera, iniciándose un ciclo coercitivo y un deterioro progresivo de la convivencia. Aroca et al. (2014) proponen que cuando los padres utilizan las mismas actitudes hostiles de forma reactiva como respuesta a las demandas que los hijos, con gritos, amenazas, insultos o agresiones, se inicia una escalada de violencia de forma cíclica.

Figura 1. Representación del Ciclo de la Violencia Filio-Parental (Aroca, 2010)



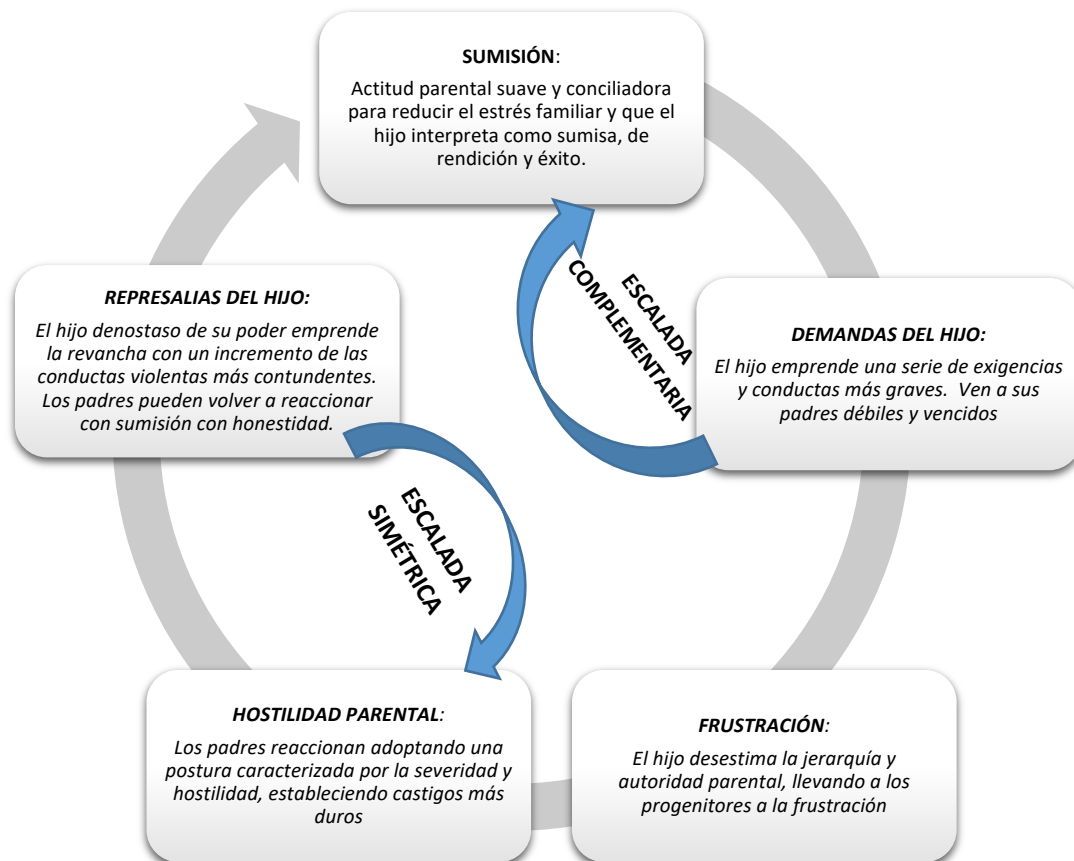
Para Bugental, Blue y Cruzcosa (1989) si los padres se muestran incapaces, equívocos, laxos, existe una mayor probabilidad de que pierdan la firmeza y el control llegando a mostrar una conducta violenta, lo cual genera una violencia mayor en sus hijos. La consecuencia entonces es la rendición de los progenitores para reanudar la tranquilidad del hogar.

Esta misma forma de proceder la explica Aroca et al. (2014). Cuando los padres corrigen de forma coercitiva o restrictiva, los hijos responden aumentando su actitud agresiva que los lleva a deponer su furia e intentar la compresión de su hijo, quien lejos de aceptar esa mano conciliadora reaccionan con mayor desconsideración. Por tanto, la relación parento-filial se ve inmersa en un proceso de acción-reacción, donde la actitud sumisa de los padres para intentar pacificar el hogar y convivir con menor tensión, provoca paradójicamente mayores y más frecuentes exigencias por parte del hijo. Así, este comportamiento dominante y negativo del hijo provoca una sensación de fracaso en los padres que lo compensan de nuevo con hostilidad hacían ellos, quienes contrarrestan con venganza incrementando sus agresiones. De manera que en ocasiones el ciclo comienza de nuevo y en otras ocasiones aparece una lucha de poder constante, pudiendo dar lugar a violencia filio-parental y violencia parento-filial (Aroca, 2010 y 2014).

En definitiva, a través de este ciclo, el hijo se acostumbra a utilizar la violencia para conseguir lo que quiere y, por su parte, sus padres se acostumbran a someterse a sus deseos para tratar de reducir la tensión o a reaccionar también de forma violenta, lo que agrava el problema (Vizcoso, 2011).

Visto lo anterior, Aroca et al. (2014) señala que supone un error que los padres intenten acercarse a sus hijos, porque en momentos de tensión establecen tanto pautas rígidas/hostiles como sumisas/dóciles que no logran fragmentar el círculo. Por ello, toda estrategia de prevención debe consistir en romper la dinámica coercitiva del círculo.

Figura 2. Conductas y actitudes de los sujetos implicados en la violencia filio-parental (adaptación de Aroca et al., 2014).



En la figura 2, se observa el modo en que ambas escaladas se retroalimentan mutuamente donde cuanto más hostiles sean los padres, más contundentes serán las conductas del hijo. De hecho, las víctimas refuerzan al menor declinando su autoridad ante el incremento de violencia de este, pensando que así lograrán que se restablezca la paz familiar. Igualmente, no podemos olvidar que las reacciones de los progenitores están condicionadas por la violencia continuada del hijo que deteriora no solo la convivencia familiar, sino también su salud mental y física. Como víctimas se sienten incompetentes, deprimidas, culpables y derrotadas, lo que, sin duda alguna, interferirá en su capacidad para enfrentarse al problema de una manera adecuada (Aroca et al., 2014). Al respecto, Bugental et al. (1989) manifiestan que cuanto más impotentes y confundidos se sientan los padres, más elevado será el riesgo de que pierdan el control de la situación y sobre ellos mismos.

1.4 Definición de Violencia filio-parental

El maltrato de los hijos hacia los padres no es algo nuevo, ya encontramos reseñas en los años 50, tales como la de Sears, Maccoby y Levin (1957). Sin embargo, apenas encontramos literatura científica que defina con claridad y exactitud las características generales y diferenciales de este tipo de violencia.

Morán, González-Álvarez, Gesteira y García-Vera (2012), señalan que el hecho de que no exista una definición consensuada sobre violencia filio-parental, puede estar generando confusión, pudiendo ser uno de los factores responsables de la amplia variabilidad de los datos de prevalencia. En esta línea Pereira et al. (2017) consideran que a pesar de que los distintos trabajos tengan el mismo objeto de estudio (violencia filio-parental), sin embargo, el hecho de no partir de una misma definición, puede ser un factor explicativo de la disparidad de resultados que se muestran.

A partir del año 2000, este fenómeno empieza a adquirir gran relevancia, surgiendo en España un creciente interés científico, social y clínico en torno a la violencia filio-parental, encontrándonos actualmente en un momento de proliferación en el conocimiento del problema, lo que nos aporta mayor consenso de sus distintas características definitorias, y entre ello, de su conceptualización.

Las primeras definiciones que aparecen en la literatura científica sobre el fenómeno de la violencia filio-parental son excesivamente breves y genéricas (Agustina y Romero, 2013).

Harbin y Madden (1979), pueden considerarse los precursores del concepto, lo definen como “ataques físicos o amenazas verbales y no verbales o daño físico”. Se refieren al fenómeno como “síndrome de los padres maltratados”. Con posterioridad, Laurent y Derry (1999), y también Wilson (1996), se refieren a este fenómeno como una agresión (física) repetida a lo largo del tiempo, realizada por el menor contra sus padres.

Cottrell (2001), entiende el maltrato parental como cualquier acto de los hijos que provoque temor en los padres y que se dirija a hacer daño a estos. Este mismo autor en 2004 aporta una definición que hoy en día es ampliamente aceptada por la comunidad

científica. Cottrell y Monk (2004) entienden por maltrato parental “aquellas acciones realizadas por los adolescentes que intentan causar daño financiero, psicológico o físico a sus padres y/o padrastros, con el objetivo de obtener poder y control sobre ellos”.

En España, son referentes en este sentido, autores tales como Garrido (2005), Urra (2006), Pereira (2009), Aroca (2010), si bien la Asociación Altea-España (2008), define ampliamente la violencia filio-parental como: “todo acto realizado por los hijos contra sus padres, tutores o guardadores, con la finalidad de utilizarlos o tiranizarlos. Con esta actuación los hijos buscan causar daño y/o molestia permanente, utilizando la incomprensión como axioma; amenazan o agreden para dar respuesta a un hedonismo y nihilismo creciente; muestran conductas de desapego, trasmitiendo a los padres que no los quieren. Se trata, en cualquier caso, de conductas reiteradas de violencia física (agresiones, golpes, empujones,), verbal (insultos repetidos, amenazas...) o no verbal (gestos amenazadores, ruptura de objetos apreciados...), dirigidas a los padres o tutores, por lo que debemos diferenciarla de los casos de violencia aislada (un único episodio), de la vinculada a trastornos mentales graves, al consumo de tóxicos, y el parricidio”.

Asimismo, la extensa revisión realizada por Sancho (2016), recoge diferentes definiciones en función del foco al que se presta atención. De esta manera, hay definiciones centradas en las conductas que los menores realizan (Harbin y Madden, 1979; Straus, 1979; Kumagai, 1981; Dugas, Mouren y Halfon, 1985; Cottrell y Monk, 2004; Pereira, 2006; SEVIFIP, 2014); definiciones centradas en la instrumentalización de la conducta que los niños y adolescentes llevan a cabo (Cottrell, 2001; Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton, 2002; Cottrell, 2003; Gallagher, 2004; Aroca, 2010; Coogan, 2011; Pereira, 2011; Holt, 2013; Urra, Sancho, Atarés, Buale e Isabel, 2015); y definiciones centradas, además de en las conductas y la instrumentalización de las mismas, en las características personales del menor perpetrador (Urra, 2002; Garrido, 2005, 2012; Roperti, 2006; Asociación Altea-España, 2008).

La tabla 2 recoge las definiciones más reconocidas nacional e internacionalmente de los últimos años.

Tabla 2. Definiciones de Violencia Filio-Parental (adaptación de Pereira et al. (2017)).

DEFINICIONES RELACIONADAS CON LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL		
Año	Nacionales	Definición
1994	Urta	Adolecen hasta del intento de comprender que piensa y siente su interlocutor “domado”. Poseen escasa capacidad de introspección y autodominio.
2005	Garrido	Un chico (también chica) de clase no marginal (aunque pueda ser humilde) que mientras vive en su casa extorsiona a sus padres para obtener cosas o privilegios, mediante el empleo de amenazas explícitas o veladas, o bien se hace servir de una violencia verbal explícita incluso física para lograr ese objetivo. Con el tiempo, tienes casos de mayor gravedad (que son los psicópatas), puede estar más motivado por el mero hecho de disfrutar del control y el dominio de la situación. Se creen con derecho a imponer su voluntad sobre unos padres a los que considera que son indignos de cuidarle.
2006	Pereira	Conductas reiteradas de violencia física (agresiones, golpes, empujones, arrojar objetos), verbal (insultos repetidos, amenazas) o no verbal (gestos amenazadores, ruptura de objetos apreciados) dirigida a los padres o a los adultos que ocupan su lugar.
2008	Altea	Todo acto realizado por los hijos contra sus padres, tutores o guardadores, con la finalidad de utilizarlos o tiranizarlos. Con esta actuación los hijos buscan causar molestia permanente, utilizando la incomprensión como axioma; amenazan o agreden para dar respuesta a un hedonismo y nihilismo creciente; muestran conductas de desapego transmitiendo a los padres que no los quieren.

2010	Aroca	Es aquella donde el hijo o la hija actúa intencional y conscientemente con el deseo de causar daño, perjuicio o sufrimiento en sus progenitores, de forma reiterada a lo largo del tiempo, y con el fin inmediato de obtener poder, control y dominio sobre sus víctimas para conseguir lo que desea por medio de la violencia psicológica, económica o física.
2015	Urre	Todo acto realizado por los hijos contra los padres, con la finalidad de tiranizarlos. Buscando causar daño y/o molestia permanente, utilizando incompreensión, axioma. Amenazan o agreden para imponer su poder y control. Muestran desapego. Transmitiendo los padres que no los quieren. Ocasionalmente puede relacionarse con trastornos y adicciones, pero estos no son la causa de esta violencia que tiene por objeto la sumisión absoluta de la víctima.
Año	Internacionales	Definición
1979	Harbin y Madden	Ataques físicos o amenaza verbales y no verbales o daño físico.
1979	Strauss	Comportamientos violentos como morder, golpear, lanzar objetos, empujar, maltrato verbal y amenazas.
1981	Kumagi	Los actos violentos del niño contra los miembros de su familia directa como los padres, hermanos o abuelos.
1985	Douglas, Mouren y Halfon	Aquellos actos de agresividad acompañados o no de amenazas verbales y de insultos, acompañados de acciones repetitivas en contra de uno o los dos padres o de sus sustitutos con la exclusión del parricidio.
1996	Herzberger	Es normalmente la respuesta del niño a un patrón consistente de crianza violenta.

2001	Cottrell	Cualquier acto de un hijo/a dirigido a causar daño físico como psicológico o económico para ganar poder y control sobre un progenitor.
2002	Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton	Se considera violencia hacia los padres si los miembros de la familia se sienten amenazados, intimidados o controlados por la conducta violenta y si ellos creen que deben ajustar su propia conducta para acomodarse a las amenazas o anticiparse a la violencia.
2004	Cottrell y Monk	Cualquier acción de los adolescentes, dirigidas a causar daño económico, psicológico o físico a padres y/o a las personas que ocupan su lugar.
2004	Gallagher	La violencia física de los niños, la agresión verbal, la tendencia destructiva y el abuso emocional son parte de un patrón de conducta aparentemente dirigido al control, o al menos a desempoderar, a los padres.
2006	Roperti	Es aquel que emite comportamientos de maltrato hacia sus padres, que resuelve los problemas o descarga la tensión emitiendo conductas destructivas hacia el hogar, preferiblemente contra sus progenitores.
2011	Coogan	Un abuso de poder a través del cual el niño o adolescente intenta coaccionar y controlar a los otros en la familia.
2013	Holt	Un patrón de comportamiento que usa medios verbales, económicos, físicos o emocionales para practicar poder y ejercer control sobre los padres.

Como se ha indicado anteriormente, el incremento notable de interés por el problema ha conllevado la necesidad de definir con claridad la violencia filio-parental. En este sentido, en el año 2013 se crea en España la Sociedad para el estudio de la violencia filio-parental (SEVIFIP), y posteriormente el equipo formado por Pereira et al. (2017), tras una revisión del tema, seleccionan y analizan las principales definiciones disponibles, para consensuar una definición precisa y práctica, que entienda el maltrato parental de una forma mucho más omnicomprendensiva expresada en un lenguaje con perspectiva de género, con el objetivo de que pueda ser utilizada por todos los profesionales que trabajan en este ámbito.

La definición final de violencia filio-parental propuesta por el Grupo de Expertos de SEVIFIP (Pereira et al., 2017), fue la siguiente: “conductas reiteradas de violencia física, psicológica (verbal o no verbal) o económica, dirigida a las y los progenitores, o a aquellas personas que ocupen su lugar” (p. 220). Se excluyen las agresiones puntuales, las que se producen en un estado de disminución de la conciencia que desaparecen cuando esta se recupera (intoxicaciones, síndromes de abstinencia, estados delirantes o alucinaciones), las causadas por alteraciones psicológicas (transitorias o estables) (el autismo o la deficiencia mental severa) y el parricidio sin historia de agresiones previas. Esta definición no tiene en cuenta ni la intencionalidad del agresor, aspecto presente en la mayor parte de las definiciones, ni la edad de este.

1.4.1 Componentes de la Violencia Filio-Parental.

Una vez vistas las distintas definiciones aportadas para conceptualizar el fenómeno de la violencia filio-parental, es importante delimitar las formas que este tipo de violencia adopta para llegar a manifestarse.

A pesar de que encontramos en la literatura científica múltiples clasificaciones y subclasificaciones sobre este fenómeno, señalamos la que establece Cottrell (2001), entendiendo que, aunque con ligeras matizaciones, presenta una clasificación breve, muy descriptiva y operativa. Esta autora considera que cualquier comportamiento que sea deliberadamente dañino para los padres y se use como una forma de control puede

definirse como abuso. El abuso puede ser *físico, psicológico* (incluye el verbal) o *económico* y considera que la mayor parte de los maltratos pueden contener más de una forma de abuso.

- **Violencia Filio-Parental de tipo físico:** se trata quizá del tipo de violencia más fácil de identificar, pues origina un impacto inmediato en el cuerpo de la víctima, ya que suele dejar marca. Se corresponde con las conductas más visibles, dirigidas contra los padres o contra el hogar (Estévez, Martínez y Jiménez, 2016), con el fin de producirles un daño no accidental, utilizando la fuerza física o alguna clase de objeto que pueda causarles o no lesiones. Las conductas habituales son: golpear, pegar, abofetear, dar patadas, empujar, escupir, romper cosas, tirar/tirarles cosas, dañar objetos, ...

Eckstein (2004) opina que en este momento los padres se hacen conscientes de la dinámica de abuso en la que están inmersos. Morán (2013) refiere que para algunos autores como Neidig (1986) las amenazas de tipo físico también se han considerado un factor dentro de este tipo de violencia. Esta conclusión está en consonancia con la idea de que el maltrato físico está en relación con el maltrato psico-emocional (Aroca y Garrido, 2005; Garrido, 2001).

En su trabajo, Cottrell (2001) expresa que con la violencia que ejercen los adolescentes hacia las cosas envían a los padres el inconfundible mensaje: "Si puedo hacer esto a la pared, puedo hacerlo contigo. Yo tengo el control" (p.4).

Las descripciones de los padres que sufren abuso físico a manos de sus hijos adolescentes llegan a ser muy gráficas y aterradoras. A continuación, se presentan algunos extractos de violencia física recogidos en expedientes incoados por violencia doméstica en la Fiscalía de Menores de Badajoz:

- *La madre manifiesta que su hijo ha mantenido una discusión con su padre, llegando este a esgrimir las tijeras presentadas e intentar clavárselas en el pecho y que le ha golpeado en numerosas ocasiones mediante puñetazos, manotazos y patadas. El padre finalmente ha abandonado el domicilio familiar. La madre manifiesta que su hijo le profiere amenazas de muerte tales como te voy a cortar el cuello cuando estés dormida.*
- *Mario se ha acercado de forma amenazante a su madre y le ha dicho que se lo iba a dar por las buenas o por las malas y como me ponga de malas te vas*

a enterar. Que propina a su madre un fuerte empujón con las dos manos haciendo que chocara violentamente contra el marco de la puerta. En ese momento ha cogido un montón de carpetas y se las ha lanzado golpeándole en la cara y otras partes del cuerpo. Ha realizado la misma operación con unos libros, silla, pelotas y otros objetos. También ha descolgado un cuadro y lo ha lanzado al suelo rompiendo y una lámpara.

- **Violencia Filio-Parental de tipo psicológico:** engloba el maltrato verbal, no verbal y emocional, por ello no es una forma de conducta, sino un conjunto de comportamientos y actitudes de los hijos que tratan de causar temor, intimidar y controlar a sus padres. En contraposición con la violencia física, se corresponde con las conductas más invisibles, se trata de un tipo de violencia silenciosa y la antesala del resto de violencias. Por el mecanismo psicológico de habituación, las víctimas pueden no ser conscientes de que la situación de maltrato emocional que viven en manos de sus hijos no es normal. Según Cottrell (2001) la violencia verbal es el primer tipo de abuso y más frecuente que atenta contra los sentimientos y las necesidades afectivas de una persona. Aunque se percibe como el menos perjudicial y grave, es una forma destructiva de comunicación que se centra en un ataque implícito del autoconcepto de los padres.

Puede ser intencionada o no intencionada. Es decir, el agresor puede tener conciencia de que está haciendo daño a su víctima o no tenerla. Eso es desde el punto de vista psicológico. Desde el punto de vista jurídico, tiene que existir la intención del agresor de dañar a su víctima. Aroca y Garrido (2005) definen la violencia psicológica como aquella que atenta contra los sentimientos y las necesidades afectivas de una persona, provocándole muchos conflictos personales, frustraciones y traumas de origen emocional que pueden llegar a ser permanentes. Las conductas más habituales son:

- De tipo verbal: insultos, acusaciones, gritos, usar términos peyorativos, vejaciones sobre su aspecto o personalidad (Eckstein, 2004).
- De tipo emocional: intimidar a los padres, atemorizarlos con estrategias maliciosas y juegos psicológicos, intentar que piensen que están locos,

hacerles demandas poco realistas, no decirles lo que van a hacer o están haciendo intencionalmente, mentir, fugarse de casa o permanecer fuera toda la noche, amenazar con suicidarse o con irse de casa sin intención real, manipular, degradar... (Cottrell, 2001, 2004). Sancho (2016) añade conductas que, aunque para los propios menores supone un grave perjuicio, mayor es el daño que llegan a experimentar sus progenitores, tales como: descuidar la propia salud (no medicarse en enfermedades crónicas), la práctica promiscua y sin protección de relaciones sexuales y las autolesiones.

Eckstein (2004), señala que cuando los progenitores no logran detener la violencia verbal ejercida por el hijo, este pasa a maltrato emocional, y de este al físico. Esto pone de manifiesto, que el maltrato verbal es un claro anunciador del maltrato emocional y/o físico posterior (Aroca y Garrido, 2005; Berkowitz, 1990; Gelles, 1994; Infante, 1995; Marshall, 1994; Garrido, 2001). Asimismo, destaca que el emocional es el que más “duele” y “destroza” a las víctimas, y durante más tiempo. En la investigación de Eckstein (2004), los progenitores minimizaron el daño físico ante el emocional, señalando que “los moratones desaparecen”.

Aroca (2010), establece una categorización y descripción exhaustiva de este tipo de maltrato. Para ello adapta la clasificación propuesta por Fernández y García (2007) de la violencia en la pareja, a la violencia filio-parental (véase la tabla 3).

Tabla 3. Tipos de maltrato psicológico y conductas que lo definen (Aroca, 2010)

DESCALIFICACIÓN	DOMINIO	DESAUTORIZACIÓN	VIOLENCIA INDIRECTA
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Denegar ▪ Hacer críticas ▪ Insultar ▪ Denigrar 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Acechar ▪ No dejar hablar ▪ Amenazar y extorsionar ▪ Atemorizar 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Ignorar ▪ Ningunear ▪ Cosificar ▪ Patologizar 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Sustraer ▪ Esconder ▪ Destruir cosas ▪ Agredir a mascotas

<ul style="list-style-type: none"> ▪ Desacreditar ▪ Hacer peticiones desmesuradas 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Ser ambiguo ▪ Imponer los temas ▪ Aislar ▪ Buscar aliados ▪ Chantaje emocional ▪ Manipulación ▪ Control psicológico ▪ Culpabilizar 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Negligencia ▪ Retirar el afecto 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Romper objetos ▪ Golpear objetos ▪ Desaparecer de casa ▪ Exponer a ruidos insoportables
---	---	--	--

A continuación, se presentan algunos argumentos de violencia psicológica recogidos en expedientes incoados por violencia doméstica en la Fiscalía de Menores de Badajoz, siendo uno de los tipos más frecuentes:

- *Que eres una mala madre, eres una puta, ojalá te mueras, qué asco te tengo, ... A continuación, se asoma al balcón del domicilio y tras pasarse al otro lado de la barandilla grita que se iba a suicidar.*
- *Guarra, mira la paya esta que es una guarra, puta, que te salga un cáncer, que te mate un camión, que te mueras ya, mala madre, drogadicta. Te tengo que matar donde no haya testigos. Fracasada, suicídate ya.*
- *En numerosas ocasiones le ha dicho a su abuelo que se va a autolesionar y después lo va a denunciar para que lo metan en la cárcel. Cuando la abuela estaba cocinando patatas la menor se las ha tirado al suelo y seguidamente con la sonrisa en los labios le dicho: “uy se te ha caído”. Después de discutir desapareció de casa dos días.*

- **Violencia Filio-Parental de tipo económico o financiero:** con este tipo de violencia, los hijos dañan la capacidad de sus padres para utilizar el dinero que ganan. La violencia material es vivida por los padres como poco significativa (Eckstein, 2004), pero simbólicamente tiene un carácter amenazador enormemente poderoso (Sancho, 2016). Las conductas más habituales son: robar dinero y pertenencias a los padres, vender bienes propios o de sus padres, destruir la casa o los bienes de los padres, incurrir en deudas que los padres deben cubrir,

comprar cosas que no se pueden permitir, exigir dinero (Cottrell, 2001, 2004; Eckstein, 2004; Holt, 2013).

A continuación, se recoge un ejemplo textual de las diligencias policiales:

➤ *Que su hijo habitualmente le pide dinero no pudiéndoselo dar ya que tiene pocos ingresos, por lo que ha empezado a insultarla y amenazarla de muerte, ha golpeado una de las puertas del domicilio produciendo un gran agujero, ha roto otros mobiliarios del inmueble, la amenaza con una bola de cristal de grandes dimensiones diciéndole textualmente si no me das dinero te la rompo en la cabeza.*

- **Violencia Filio-Parental de tipo virtual:** cada vez es más frecuente encontrar padres que comunican el trato vejatorio e insultante que reciben de sus hijos a través del teléfono móvil con el afán de ridiculizarlos y/o humillarlos. Las conductas más habituales son: maltrato verbal, amenazas..., a través de redes sociales, principalmente la aplicación WhatsApp.

A continuación, se recogen ejemplos de violencia a los padres a través de redes sociales recogida de un expediente de reforma:

- *Tras una discusión familiar motivada por la imposición de normas, el menor se va de casa y manda WhatsApp donde les dice: “en mí no manda nadie. Sois unos hijos de puta, sois un asco de familia, te voy a matar, te tengo que matar”.*
- *Putas, drogadictas, enganchadas, vete a mamarla por ahí, me cago en tus muertos pisoteados, te voy a matar como llames a la policía.*

1.4.2 Factores explicativos de la Violencia Filio-Parental.

Ortega (2017), señala que no se puede generalizar los factores que desencadenan la violencia a los padres y por tanto el modelo teórico que le precede, pero la literatura científica permite delimitar una serie de indicadores comunes o factores de riesgo.

En epidemiología, los factores de riesgo son aquellas características que se presentan asociadas con el fenómeno estudiado y aumentan la probabilidad de que aparezca. Aunque los factores de riesgo no son necesariamente las causas, pueden estar asociados al suceso. Como constituyen una probabilidad medible, tienen valor predictivo y pueden usarse con ventajas tanto en prevención individual como en la comunidad. Los factores de riesgo a menudo se presentan individualmente. Sin embargo, en la práctica, no suelen darse de forma aislada. A menudo coexisten e interactúan entre sí.

En esta línea y atendiendo a la violencia filio-parental, Fernández (2012) señala que nunca podremos identificar ningún hecho concreto y aislado como un único factor causante de un problema de maltrato en el ámbito familiar, sino precipitantes de la aparición de la conducta violenta en menores que de por sí pueden presentar una predisposición para la aparición de dichos comportamientos.

Por ello, es importante destacar los principales factores de riesgo que, desde diversos estudios, se han identificado como antecedentes o, al menos, variables relacionadas con la violencia filio-parental. Su identificación es clave para poder abordar adecuadamente el maltrato hacia los padres.

A pesar de encontrar múltiples clasificaciones en la literatura, se pueden establecer tres grandes bloques de factores favorecedores de la violencia filio-parental: factores individuales, familiares y socio-ambientales.

1. Factores individuales: los que se recogen en la mayor parte de las investigaciones son:

- El sexo del menor que ejerce la violencia (Cuervo y Rechea, 2010; Gámez y Calvete, 2012; Ibabe y Jaureguizar, 2011).
- La edad del agresor (Cottrell y Monk, 2004; Chinchilla et al., 2005; Rechea y Cuervo, 2009; Pérez y Pereira, 2006).
- El consumo de sustancias tóxicas (Calvete, Orúe y Gámez-Guadix, 2013; Calvete, Orúe y Sampedro, 2011; Cottrell y Monk, 2004; González-Álvarez, Morán y García-Vera, 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Lozano, Estévez y Carballo, 2013; Pagani et al., 2009).
- La dirección de la conducta agresiva (Ibabe y Jaureguizar, 2011).

- Las características de la personalidad del agresor o determinadas variables psicológicas de distinta índole: poca capacidad de empatía (Cottrell y Monk, 2004; González-Álvarez, 2012; Ibabe, Jaureguizar y Díaz, 2009; Lozano, et al., 2013), alta impulsividad (Calvete et al., 2011; González-Álvarez, 2012; Rechea, et al., 2008; Rosado, Rico y Cantón-Cortés, 2017), baja tolerancia a la frustración (Bertino, et al. 2011; Roperti, 2006), baja autoestima (Kennedy, Edmonds, Dann y Burnett, 2010), dificultades para controlar la ira y un modo egoísta de actuar (Aroca-Montolío et al., 2014; Ibabe, et al., 2007; Rechea y Cuervo, 2010; Romero et al., 2005; Sempere, Losa del Pozo, Pérez, Esteve y Cerdá, 2007), escasa capacidad de introspección y autodomínio (Urra, 1994), locus de control externo (Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2014), conductas antisociales fuera del ámbito familiar (Cuervo, Fernández y Rechea, 2008; Romero et al., 2005).
- La presencia de sintomatología y trastornos psicopatológicos como: sintomatología depresiva (Calvete, Orúe y Gámez-Guadix, 2013; Castañeda, Garrido-Fernández y Lanzarote, 2012; Ibabe, et al., 2014), trastornos del estado de ánimo y/o de ansiedad, trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad, trastornos de vinculación, trastorno disruptivo y/o del aprendizaje, trastorno negativista desafiante, el trastorno disocial, trastorno explosivo intermitente y trastorno antisocial (Cottrell y Monk, 2004; Cuervo et al., 2008; Garrido, 2007; Ibabe et al., 2007; Kethineni, 2004; Pereira, Bertino y Romero, 2009; Urra, 2006). La categoría diagnóstica más relevante es el trastorno negativista desafiante (26.3%), seguido del trastorno explosivo intermitente (17.5%) y el trastorno disocial (7.9%) (González-Álvarez, 2012).

2. **Factores familiares:** Lozano et al., (2013) opinan que la familia constituye el sistema de apoyo más importante para el bienestar y ajuste del adolescente. Sin embargo, la familia, puede al mismo tiempo predecir la conducta antisocial del hijo adolescente (Musitu, Martínez y Murgui, 2006) o ser una fuente de conflictos o riesgos en forma de maltrato o abandono (Aroca, Cánovas y Alba, 2012; Garrido, 2005).

Los factores familiares más estudiados y relevantes que inciden en la aparición de las conductas agresivas de los hijos hacia los padres son:

- El estilo educativo. Esta es una de las principales variables a considerar en los casos de violencia filio-parental. Martínez et al. (2015) ponen de manifiesto como diversos autores destacan el estilo negligente (Ibabe et al., 2009), el autoritario (Cottrell y Monk, 2004; Sánchez, 2008) y el estilo sobreprotector o permisivo (Rechea et al., 2008; Rechea y Cuervo, 2010; Romero et al., 2005), como climas familiares favorecedores de dinámicas agresivas en las familias y, en particular, en el comportamiento de los hijos. Diferentes estudios señalan, que el estilo permisivo generalmente está en la base del problema (Coogan, 2012; Garrido, 2005; Tew y Nixon, 2010).
- La existencia de violencia precedente entre los padres. Los estudios que analizan la variable “ser testigo de violencia en la familia” concluyen que entre el 50%-60% de los hijos que han observado violencia en la pareja, manifiestan un comportamiento agresivo hacia sus progenitores (Gallagher, 2004; Kennedy et al, 2010; Routt y Anderson, 2011).
- Problemas en la convivencia, distintos a la violencia filio-parental (Ibabe et al., 2007), como frecuentes conflictos familiares, comunicación inadecuada y baja cohesión afectiva en la familia, son factores relevantes.
- La estructura familiar. Los resultados en este sentido son dispares y contradictorios. Algunos estudios destacan que el mayor porcentaje de casos se encuentra entre familias biparentales (Rechea y Cuervo, 2010), otros han observado más casos de violencia ascendente en familias extensas y reconstituidas (Romero et al., 2005) y monoparentales (Gallagher, 2009; Ibabe et al., 2009; Kennedy et al., 2010; Routt y Anderson, 2011).
- El nivel socioeconómico. La violencia filio-parental puede presentarse en cualquier tipo de familia, así encontramos estudios donde el maltrato a los progenitores llega a estar presente tanto en familias de estatus socioeconómico medio-alto, como en familias de bajos ingresos (Calvete et al., 2011; Cottrell y Monk, 2004; Romero et al., 2005; Routt y Anderson, 2011).
- Problemas propios de los padres, como consumo de sustancias tóxicas o trastornos psicológicos (Cuervo et al., 2008).

Crespo y Jiménez (2012) describen varias características observadas en las distintas familias:

- Síntomas psicopatológicos e inadaptación de los padres.
- Pautas de crianza disciplinarias especialmente duras o, por el contrario, demasiado laxas; irregulares e inconsistentes.
- Padres tendentes a dar órdenes y a recompensar la conducta «desviada».
- Formas de comunicación familiar inadecuada, insuficiente y de menos apoyos para las familias.
- Modelos de conducta inadecuados.
- Maltrato entre los padres o diversos conflictos familiares.

3. Factores sociales: Las variables sociales poseen una dinámica constante y por eso es imposible considerar situaciones estables dentro del cambio social (Torres, 1967). La violencia filio-parental no puede considerarse un hecho aislado e independiente del entorno y los estímulos sociales. Dentro de este bloque se consideran relevantes todos aquellos cambios socio-ambientales, educativos y/o culturales que de alguna manera han ido modificando la estructura familiar y la relación de sus miembros, pudiendo precipitar junto con otros factores un ciclo de violencia de hijos a padres. En este sentido, es importante tener en cuenta:

- Los cambios sociales. Es aceptado por todos, la instauración de una cultura de consumo en la sociedad occidental, donde prima la búsqueda inmediata del hedonismo. Para Garrido (2005), esto supone una transformación de la noción moral del éxito, donde existen muchas posibilidades de prácticas insanas (violencia, pornografía, drogas...). Asimismo, la Asociación Altea (2008), señala que vivimos en una sociedad excesivamente permisiva donde parece no haber normas y que todo está permitido. Esto lleva a la satisfacción de todos los deseos independientemente de cuáles sean, y crea en los niños el convencimiento de que todos sus deseos deben cumplirse y, cuando no, hay que rebelarse violentamente contra quienes les ponen coto (los padres). Ortega (2017) sugiere que muchos jóvenes se encuentran inmersos en la superficial “sociedad del escaparate”, en la que son escasos los contactos sólidos. Por tanto, los modelos de identificación se presentan ambiguos e inestables, basados en muchas ocasiones en la alta competitividad, en el estrés como respuesta derivada de la inmediatez señalada anteriormente, en la falta de cooperación y solidaridad; y en una primacía por tener, consumir y estar al

frente de las modas emergentes (p.80). Urra (2006) destaca la importancia de los factores sociológicos como razones que generan o mantienen la violencia, señalando entre estos: la existencia de valores sociales violentos en las sociedades actuales, la búsqueda del éxito fácil, y la permisividad sobre comportamientos inaceptables

- El sistema educativo. Entre los principales factores escolares de socialización que pueden dar explicación a las conductas antisociales de los jóvenes se encuentra el bajo rendimiento académico, dificultades del aprendizaje, fracaso escolar, absentismo escolar, dificultades de adaptación y actitudes de rechazo a la escuela, expulsiones, etc. (Cottrell, 2004; Nieto-Morales, 2005; Romero et al., 2005; Sánchez, 2008). Por otro lado, la Asociación Altea (2008) propone como factores de riesgo a nivel educativo, las diferencias educativas entre los padres y los hijos, el aumento de la desconfianza recíproca entre padres y maestros, la falta de reconocimiento social a la escuela, la delegación de las funciones parentales a la institución educativa y la falta de reconocimiento de la autoridad del Maestro.
- El modelo de familia. Los cambios sociales en los últimos tiempos han provocado cambios en las familias. Ortega (2017) apunta transformaciones en la esfera familiar provocadas por el acceso de la mujer al mercado de trabajo. Algunas de las consecuencias derivadas de ello y que en ocasiones dificultan el mantenimiento de la autoridad de los padres, son la menor presencia de los padres en el hogar, por lo que el control educativo de los hijos pasa a otras personas o instituciones, los niños pasan demasiado tiempo solos, el incremento de las familias monoparentales, el descenso de los índices de natalidad, el incremento de divorcios y separaciones, la paternidad tardía y un aumento de relaciones de convivencia no institucionalizadas o ajenas a la forma tradicional de la familia conyugal (Garrido, 2005; Musitu y Herrero, 1994; Pereira y Bertino, 2009; Urra, 2006).
- La relación con sus iguales. En relación con el grupo de iguales se ha señalado que existe una mayor tendencia de estos adolescentes a relacionarse con otros iguales que también ejercen violencia filio-parental o que presentan otro tipo de relaciones disfuncionales: escasez o pobreza en los vínculos de amistad, relación con grupos disociales o que muestran los mismos problemas de

adaptación social lo que suele generar conflictos y discusiones en el hogar (Cottrell y Monk, 2004; Romero et al. 2005)

Todos estos factores comentados se insertan en un modelo explicativo de la violencia filio-parental que posteriormente se describirá con mayor detalle en la Tesis Doctoral.

1.4.3 Dimensión del problema desde un punto de vista jurídico.

Castañeda (2016) señala que los datos de los que disponemos actualmente en relación a la violencia filio-parental deben ser interpretados con cautela y contempladas sus aparentes contradicciones bajo diversos condicionantes: como el tamaño y la elección de las muestras, unas representativas de la población general y otras específicas; unas con atención exclusiva a la violencia física y otras que incluyen la violencia psicológica y financiera; así como las diferencias sociales y culturales existentes entre los países donde se han desarrollado estos estudios.

Entre los principales impedimentos metodológicos, cabe destacar la disparidad en: el tamaño de las muestras, su naturaleza (clínica, judicial, comunitaria), el uso de instrumentos diferentes para la recogida de datos (entrevistas, cuestionarios, análisis de expedientes clínicos, policiales o revisión de casos particulares), la caracterización del tipo de violencia o la edad de los agresores (González-Álvarez, 2012; Morán, 2013).

Prácticamente, la totalidad de las investigaciones coinciden en afirmar que conocer su frecuencia es complicado, debido a factores metodológicos y culturales que condicionan la estimación fiable de su extensión (Aroca et al., 2014; Estévez y Navarro, 2009; Ulman y Straus, 2003).

En lo que sí se está de acuerdo, es que, si analizamos la evolución del fenómeno de la violencia intrafamiliar cometida por menores, hay cifras que nos llevan a una cierta preocupación, tal y como indican las Memorias de la Fiscalía General del Estado (MEMFIS); y sin embargo estos datos sólo representan una pequeña parte de las agresiones que en realidad se producen. El porcentaje de denuncias tramitadas solo

significan la punta del iceberg, reflejando los datos oficiales publicados, una pequeña porción del problema real (Agustina y Romero, 2013).

La violencia filio-parental aparece tipificada en el artículo 173(2) del Código Penal español, denominándose “malos tratos habituales en el ámbito familiar”, donde lo determinante no es solo la relación biológica entre hijo maltratador y progenitor maltratado, sino también la relación civil o de convivencia de la víctima con el agresor (familia de acogida, familia adoptiva o familia reconstruida) (Molla y Aroca, 2018).

La violencia filio-parental, aparece como uno de los delitos más desconcertantes en Justicia Juvenil, por ello sus profesionales demandan más formación y programas de intervención específicos para este tipo de jóvenes (Romero, Melero, Cánovas y Antolín, 2007).

Gracias al aumento en la interposición de denuncias, se ha dado mayor visibilidad a este fenómeno que ha emergido a la luz pública. Si atendemos a los datos que ofrece la Fiscalía General del Estado (FGE) en sus memorias anuales, podemos observar que, en 2007, alertada por las distintas Fiscalías Provinciales sobre el incremento de los asuntos incoados por violencia de los hijos a los padres, se comienzan a contabilizar los expedientes de reforma abiertos a menores de edad bajo la rúbrica “violencia doméstica hacia ascendientes y hermanos” (Jiménez, 2017).

Se considera de interés conocer la evolución respecto al delito de la violencia doméstica a padres que se presentan en las distintas Memorias publicadas por la Fiscalía General del Estado durante esta última década.

Es en la MEMFIS 2009, cuando los datos estadísticos revelan un preocupante incremento en lo referente a violencia ejercida por los hijos adolescentes sobre sus progenitores, constituyéndose en objeto de un especial tratamiento en las Memorias de las Fiscalías, por ello desde las Secciones de Menores se intenta reaccionar con la máxima urgencia, promoviendo la adopción de medidas cautelares. Observan que en este tipo de delitos no hay distinción de clases sociales (Secciones de Menores de Sevilla, Málaga), y en un gran número de ocasiones, se identifica como origen del problema el padecimiento

de psicopatologías o consumo de sustancias estupefacientes o alcohol por parte del agresor (p. 927).

La MEMFIS 2010 (p.1009) lamenta que la violencia doméstica hacia los ascendientes y hermanos siga incrementándose en casi todas la Secciones de Menores, y señalan que la vía jurisdiccional no es en muchas ocasiones la solución del problema. Asimismo, se constata en el quehacer diario que cuando los padres interponen la denuncia, es porque usualmente se ha llegado a una situación límite y la convivencia se torna imposible. A veces los padres acuden a las Fiscalías sólo para preguntar que pueden hacer con su hijo y no para denunciar. Se señalan como aspectos causantes, una educación en exceso permisiva y detectan casos en que los menores pueden, a su vez, ser maltratados en su entorno familiar. Estos expedientes suelen tramitarse de forma preferente y la medida suele depender de los recursos de que disponen las Entidades Públicas de cada provincia. La más demandada para este tipo de conflictos es la de convivencia con grupo educativo, medida que hasta hace pocos años tenía un carácter residual y que ahora está demostrando su eficacia.

La MEMFIS 2011 informa de un descenso, aunque no lo suficientemente relevante, de las cifras globales de este tipo de violencia intrafamiliar. En dicha Memoria anual, la Fiscalía General del Estado se hace eco de la creciente preocupación social por los delitos de maltrato que cometen algunos menores de edad contra sus ascendientes y dicta, por ello, una Circular sobre la cuestión, la número 1/2010, de 23 de julio, a los efectos de unificar criterios y adoptar soluciones eficaces frente a este intolerable fenómeno, teniendo en cuenta las aportaciones y sugerencias de los profesionales (directivos, psicólogos y educadores) de centros donde se ejecuta la medida de convivencia con grupo educativo.

Esta Circular proporciona a los Fiscales criterios interpretativos y pautas de intervención para optimizar las previsiones legales y los recursos materiales de cara a la reeducación de los agresores, el restablecimiento de los vínculos afectivos y, cuando es posible, de la convivencia familiar.

La Circular recuerda a los Fiscales la particular exigencia que presenta en este ámbito el principio de celeridad propio de la Justicia Juvenil; la necesidad de una especial

delicadeza y sensibilidad en el trato a las víctimas, especialmente en el momento –muchas veces dramático– de interposición de la denuncia contra el hijo o hija, la conveniencia de acordar medidas cautelares proporcionales.

La Memoria indica que, la experiencia acuñada de años anteriores, unida a la conciencia existente acerca de la gravedad del problema en las Secciones de Menores, ha permitido agilizar y optimizar –dentro de las dificultades que cada caso lleva consigo– los niveles de respuesta, tales como:

- Tramitación preferente
- Se aconseja acudir a medidas no privativas de libertad, dado que ordinariamente, los menores maltratadores no suelen cometer actos delictivos fuera de su entorno familiar, sin perjuicio de medidas más severas para supuestos de habitualidad o extrema violencia.
- El objetivo de cualquier medida que se adopte será el deseable regreso del menor a un entorno ya normalizado, aunque exista un alejamiento temporal
- Se indica también que la petición de alejamiento del menor de sus familiares debe posibilitar tanto terapias familiares como contactos entre el menor y la familia cuando los Técnicos encargados de la ejecución los consideren convenientes
- La convivencia con grupo familiar o educativo es ordinariamente la medida más indicada que debe imponerse, con la extensión temporal suficiente para completar con éxito la intervención individual y familiar (no inferior a 10 o 12 meses). Se destaca la conveniencia de contar, al finalizar la misma, con un refuerzo educativo a través de la libertad vigilada en orden a facilitar la más eficaz socialización del menor en el seno familiar, al igual que ocurre con las medidas de internamiento.

Respecto a la medida de convivencia con grupo educativo, ya se indica que a pesar de que haya provincias en las aún sigue sin crearse el recurso, en otras comienza a saturarse.

A pesar de que la denuncia de los padres se produce cuando la situación se hace insostenible, con cierta frecuencia encontramos que posteriormente el denunciante en el acto del juicio oral se retracta de sus declaraciones previas acogiéndose a su derecho a no declarar conforme al artículo 416 Ley de Enjuiciamiento Criminal; entendiéndose el conflicto cognitivo entre el deber de decir la verdad y los vínculos de afectividad que les unen. Ya se empieza a apreciar una toma de conciencia por parte de los abogados que, aunque conozcan tal posibilidad, prefieren muchas veces negociar una conformidad en el acto del juicio.

En la MEMFIS 2012 se desglosa por primera vez los asuntos de violencia de género de los de violencia familiar, y a pesar de ello, de nuevo hay que lamentar el ascenso de esta tipología delictiva de la violencia juvenil. El Fiscal General del Estado, al respecto de este constante crecimiento de las cifras, concluye en la Memoria, que el problema tiene su anclaje en la propia sociedad y sus modelos educativos y ante ello se impone un serio replanteamiento de los patrones educativos aplicados desde la más temprana infancia, en las familias y en la escuela.

Esta Memoria explica que el paulatino aumento de denuncias sugiere que los padres están perdiendo sus reticencias a denunciar las conductas disruptivas de sus hijos, de nuevo reivindica más dotaciones para su tratamiento, en particular recursos para ejecutar la medida de convivencia con grupo educativo. Destaca que la actuación de las Secciones de Menores frente a este fenómeno delictivo ha sido particularmente dinámica en aplicación de los criterios señalados en la Circular 1/2010, sobre el tratamiento desde el sistema de Justicia Juvenil de los malos tratos de los menores hacia sus ascendientes (p. 956).

En la MEMFIS 2013, algunas Secciones de Menores destacan que el género de los imputados tiende cada vez más a equipararse. Se informa que esta lacra social se mantiene en los términos cuantitativos y cualitativos de los años anteriores, y aunque la atención de las Fiscalías de Menores sigue siendo prioritaria, se considera que los esfuerzos de la Justicia y las entidades públicas de reforma no son suficientes para paliar el problema sin políticas y estrategias de prevención que partan de un replanteamiento

general de los valores de educación que deberían inculcarse tempranamente en la familia, la escuela y los medios de comunicación (p. 414).

La MEMFIS 2014 de nuevo lamenta la insuficiencia de políticas y prácticas preventivas de refuerzo a las habilidades parentales, a pesar de ser la modalidad delictiva a la que más empeño dedican las distintas Secciones de Menores. Esta Memoria aborda cuestiones de interés general que se abordan a través de dictámenes. Se destaca el Dictamen 6/2013, sobre la medida de convivencia con persona, familia o grupo educativo, que analiza los supuestos de indicación de esta medida, los delitos que la reclaman y el perfil aconsejado del destinatario, así como una serie de aspectos procedimentales (p.435).

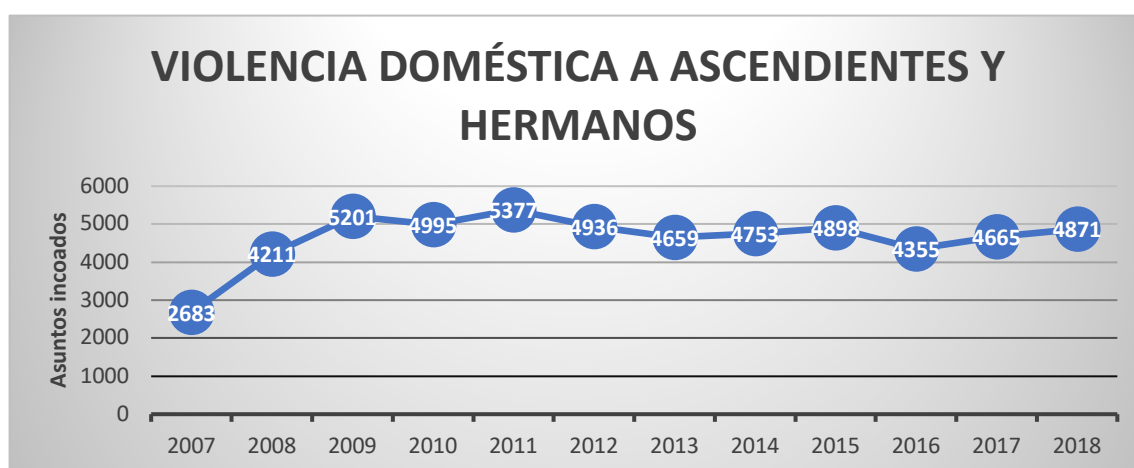
En las MEMFIS 2015 y 2016 se insiste en lo ya dicho en Memorias anteriores al respecto de esta modalidad delictiva, poniendo el énfasis en que los esfuerzos y medidas que se aplican a diario en la jurisdicción de menores (Fiscalía y Juzgados de Menores) y en las Entidades Públicas de reforma, son insuficientes para atajar un problema social que hunde sus raíces en una profunda crisis de valores y principios educativos dentro de las relaciones paternofiliales. Las distintas Secciones de Menores insisten en el papel fundamental de prevención y educación de las Instituciones. También señala la memoria 2015 el daño que produce la reducción de recursos como consecuencia de la crisis económica y los recortes presupuestarios y de personal. Por primera vez se registra en una Memoria (2015) el término específico de **violencia filio parental**.

La MEMFIS 2017, señala la cifra más baja de casos de violencia filio-parental en lo que va de década. Asimismo, en esta memoria, se argumenta que cuando este delito viene desencadenado por factores como el consumo de sustancias tóxicas o trastornos graves del comportamiento, la medida de convivencia con grupo educativo tan útil en otros casos tiende a fracasar.

La MEMFIS 2018 refleja un nuevo ascenso de los procedimientos incoados por esta modalidad delictiva y reflexiona sobre la escasa repercusión mediática frente a otros tipos de delincuencia juvenil, no obstante, desde las Fiscalías se ofrecen respuestas concretas a estas infracciones cuando se denuncian, consiguiendo resultados eficaces generalmente. La memoria destaca un crecimiento no solo en la violencia hacia los

padres, también la violencia de género y los delitos contra la libertad sexual y refleja que “estos delitos no están asociados –necesariamente– a la marginalidad, sino a una deficiente educación, a una pobre formación en valores y a la ausencia de la mínima empatía y consideración hacia los demás”. Aunque de nuevo alude a la necesaria prevención, considera que esta no debe ser reduccionista, sino que obliga a una revisión en profundidad del sistema educativo, de la educación en los hogares y en los centros escolares, promoviendo una sólida y profunda formación en conocimientos y valores, donde el sentido crítico y el desarrollo individual se compaginen con el respeto a la convivencia, la igualdad y la diversidad. Asimismo, insta a los poderes públicos a una mayor implicación.

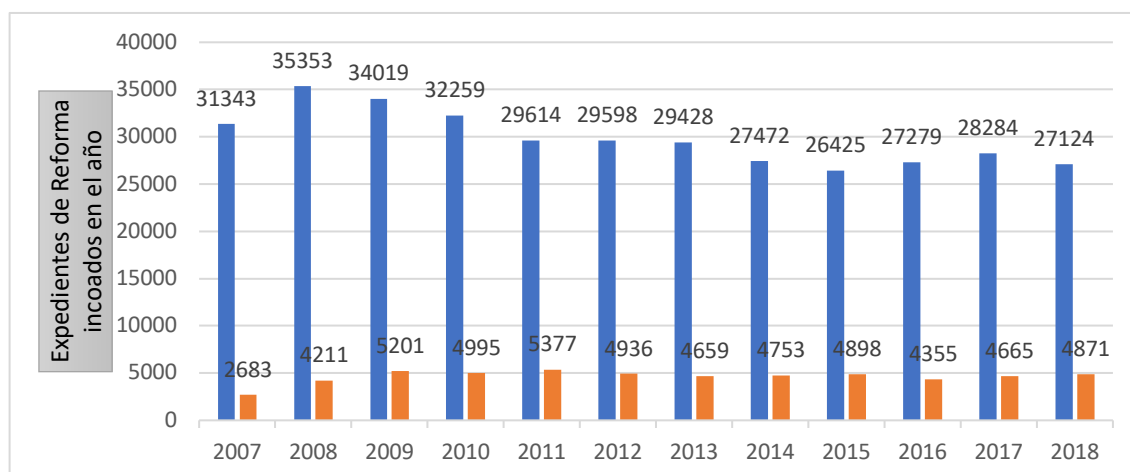
Figura 3. Evolución de los procedimientos incoados sobre violencia sobre ascendientes y hermanos



En la figura 3 observamos como fluctúa el número de casos, pasando de un incremento inicial del 2007 hasta el 2011, a un momento de estabilización más que de reducción de los asuntos incoados.

Ante estas cifras, resulta interesante comparar el número de procedimientos incoados por violencia doméstica con la cifra total de expedientes abiertos a menores por cualquier tipología delictiva y observar la evolución experimentada. Jiménez (2017) señala que no se ha incrementado tanto la delincuencia propiamente juvenil, ya que se observa un descenso progresivo y continuo desde 2008, sino más bien ciertas formas de delincuencia violenta entre las que se encuentra la violencia filio-parental.

Figura 4. Comparación entre el total de expedientes de reforma incoados por cualquier delito en un año y por violencia doméstica (Memoria de la Fiscalía General del Estado, 2019).



“¿Qué les pasa a nuestros jóvenes? No respetan a sus mayores, desobedecen a sus padres. Ignoran las leyes. Hacen disturbios en las calles inflamadas con pensamientos salvajes. Su moralidad decae. ¿Qué será de ellos?”

Platón

(427-347 A.C)

CAPÍTULO II: LOS PROTAGONISTAS DE LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

Como si de una película de acción, miedo o tragedia se tratara, los profesionales nos encontramos en nuestro día a día que la realidad que se describe en algunos hogares supera con creces a la ficción. Los protagonistas principales llevan a cabo las acciones más importantes de una historia de dolor familiar, que viene marcada por actos de agresividad y violencia hacia los antagonistas, quienes, aunque nunca quisieron participar de esta obra, tratan de poner obstáculos a los objetivos del personaje principal con la colaboración de otros personajes secundarios.

Todos estos personajes tienen unas características particulares que se tratarán de describir en este capítulo.

2.1 Características de los menores infractores

2.1.1 Características sociodemográficas.

2.1.1.1 Sexo.

El sexo de los menores que agreden a sus padres ha sido, una de las variables sociodemográficas más estudiadas. Existe un importante número de investigaciones que resaltan la prevalencia de los varones frente a las mujeres a la hora de emitir conductas violentas dirigidas a sus padres (Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Howard, 2011; Kennedy, et al., 2010; Langhinrichsen-Rohling y Neidig, 1995; Pagelow, 1989; Routt y Anderson, 2011; Walsh y Krienert, 2009). Los datos enmarcados dentro de nuestro país se muestran consistentes con estos hallazgos (Ibabe, 2007; Ibabe et al., 2009; Romero et al., 2005).

La mayor parte de los trabajos informan del predominio masculino en un porcentaje superior al 60%. Así por ejemplo, en investigaciones nacionales se encuentra el estudio de Rechea et al. (2008) con un 62,3% de varones frente al 37,7% de mujeres, y el estudio de Ibabe (2007) con un 85% de chicos frente al 15% de las chicas, ambos con muestras judiciales. En el plano internacional, el estudio de Walsh y Krienert (2009)

señala el 62,6% de varones de una muestra de 2.096 jóvenes de entorno judicial, y el estudio de Jackson (2003) señala que el 100% de una muestra comunitaria fue masculino. Sánchez (2008) señala que la superioridad de los varones está influida por estereotipos masculinos en los que se fomenta el uso del poder y el control en las relaciones (Cottrell y Monk, 2004).

Algunos autores describen diferencias en la prevalencia de la violencia filio-parental según el sexo dependiendo de si el estudio es clínico o epidemiológico, indicando que en el primer caso la violencia filio-parental es eminentemente masculina y en el segundo existe una distribución similar entre varones y mujeres (Asociación-Altea, 2008; Castañeda, 2014; Sancho, 2016; Terceño, 2017). En este sentido, Pagani *et al.*, (2004; citado en Aroca, 2010) afirman que si la metodología es clínica o forense se concluye que los varones son los perpetradores más habituales y probables frente a las hijas; y si los estudios son epidemiológicos, entonces no se encuentran diferencias en torno a la variable sexo. Como posible explicación, Gallagher (2008) considera que los varones son más fácilmente denunciados o derivados a servicios de salud que las hijas, pudiéndose generar así un sesgo en los resultados.

En todos los estudios revisados cuya muestra es judicial, prima el varón como principal responsable de la violencia ejercida hacia sus padres, no habiendo encontrado ningún trabajo en el que las mujeres sean más prevalentes. En muestras clínicas y epidemiológicas nacionales apenas se encuentran trabajos donde las mujeres protagonicen este tipo de agresión. El estudio de Calvete y Orúe (2013) evidencia una mayor proporción de mujeres que ejercen violencia psicológica y física, tanto en términos generales como específicamente hacia la madre. También se ha puesto de manifiesto en varias investigaciones internacionales que las mujeres ejercen mayor violencia ascendente que los varones (Carlson, 1990; Livingston, 1986; Pagani *et al.*, 2003; Pelletier, *et al.*, 1999).

Por otra parte, es importante tener en cuenta tal y como señalan Rechea *et al.* (2008) que aunque en términos generales las mujeres cometan menos delitos que los hombres, el delito de violencia filio-parental cometido por las mujeres es proporcionalmente más alto que el resto de delitos. En este sentido, la Fiscalía General

del Estado en 2013 indica que las diferencias entre sexos tienden a equipararse cada vez más. Al respecto, Cottrell (2004) considera que, aunque los chicos sean más agresivos, las chicas son en la actualidad más violentas de lo que eran en el pasado.

Asimismo, diferentes investigaciones relacionan el tipo de agresión (física o psicológica) realizada con el sexo del perpetrador (Archer, 2004; Bobic, 2002; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Pagani et al., 2004, Paulson, Coombs y Landsverk., 1990; Walsh y Krienert, 2007). Estos estudios ponen de manifiesto que las conductas externas como es la agresión física es más masculina, sin embargo las conductas más internalizantes como el abuso psicológico o emocional es más frecuente en las mujeres.

Con la intención de clarificar los datos aportados por las distintas investigaciones respecto al sexo de los menores que ejercen violencia filio-parental se presentan las tablas 4, 5 y 6.

Tabla 4. Estudios nacionales e internacionales que indican mayor prevalencia de los varones en Violencia Filio-Parental

	% VARONES	% MUJERES
MUESTRA COMUNITARIA		
Nacional		
González et al. (2010)	70,1%	29,9%
González et al. (2011)	70,7%	29,3%
González (2012)	70,2%	29,8%
Castañeda et al. (2012)	64,3%	35,8%
Rodríguez-Martín (2014)	75%	25%
Carrasco (2014)	65,3%	34,7%
Internacional		
Pagelow et al. (1989)	90%	10%
Monk (1997)	66%	34%

Eckstein (2002)	82%	18%
Jackson (2003)	100%	0%
Pagani et al. (2004)	70-80%	20-30%
McKenna (2006)	61%	39%
Stewart et al. (2007)	70%	30%
Edenborough et al. (2008)	62,7%	29,2%
MUESTRA JUDICIAL		
Nacional		
Romero et al. (2005)	79,3%	20,7%
Ibabe et al. (2007)	85%	15%
Sánchez-Heras (2008)	67,1%,	32,9%
Rechea et al. (2008)	62,3%	37,7%
Rechea y Cuervo (2009)	70%	30%
Altea-España (2008)	Aprox. 70%	Aprox. 30%
Garrido (2012)	82,6%	17,4%
Ibabe et al. (2009)	80%	20%
Rodríguez-Martín (2014)	75%	25%
Ibabe et al. (2014)	75%	25%
Martínez-Pastor (2017)	61.70%	38.30%
Internacional		
Evans y Warren- Sholberg (1988)	65%	35%
Cochran et al. (1994)	78%	22%
Kethineni (2004)	62,7%	37,3%
Daly y Nancarrow (2007)	83%	17%
Gebo (2007)	52,8%	21,9%
Walsh y Krienert (2007)	63,3%	36,7%
Walsh y Krienert (2009)	62,6%	37,4%
Kennedy et al. (2010)	70%	30%
Routt y Anderson (2011)	70%	30%
Daly y Nancarrow (2007)	83%	17%
Jill Murphy–Edwards (2012)	73,4%	26,6%

MUESTRA CLÍNICA		
Internacional		
Inamura (1980)	71%	29%
Dugas et al. (1985)	94%	6%
Mouren (1985)	94%	6%
Charles (1986)	66%	44%
Honjo (1988)	80%	20%
Cairos et al. (1988)	75%	25%
Gadoros (1990)	82%	18%
Langhinrichsen-Rohling y Neidig (1995)	74,7%	24,3%
Laurent (1997)	76%	24%
Sheehan (1997)	78%	22%
Dubois (1998)	75%	25%
Laurent y Derry (1999)	73%	27%
Rybski (1999)	65%	35%
Nock y Kazdin (2002)	70,3%	29,7%
Seales (2003)	73%	27%
Cottrell y Monk (2004)	70-80%	20-30%
Gallagher (2004)	86%	14%
Gallagher (2009)	74%	26%
Gallagher (2011)	70%	30%
Haw (2010)	76%	24%

Asimismo, son varios los estudios en los que se distribuye la violencia filio-parental de forma semejante en ambos sexos (Agnew y Huguley, 1989; Brezina, 1999; Cornell y Gelles, 1982; Cottrell, 2001; Kennair y Mellor, 2007; McCloskey y Lichter, 2003; Paulson et al., 1990; Ulman y Straus, 2003; Wilson, 1996). Por el contrario, son escasas las investigaciones que indican una mayor prevalencia femenina como responsables de la violencia filio-parental (Carlson, 1990; Livingston, 1986; Pagani et al., 2003; Pelletier, 1999).

Tabla 5. Estudios nacionales e internacionales que indican mayor prevalencia de las mujeres en Violencia Filio-Parental

% VARONES		% MUJERES
MUESTRA COMUNITARIA		
Nacional		
Calvete y Orúe (2013)	92,4% (agresión psicológica) 7% (agresión física)	95,3% (agresión psicológica) 10,8% (agresión física)
Internacional		
Livingston (1986)	44%	56%
Pelletier (1999)	48%	52%
Pagani et al. (2003)	47,8%	52,2%
MUESTRA CLÍNICA		
Internacional		
Carlson (1990)	20%	52%
Nock y Kazdin (2002)	11,4%	14,6%
MUESTRA JUDICIAL		
Internacional		
Elliott et al. (2011)	49,1%	50,9%

Tabla 6. Estudios nacionales e internacionales que no hallan diferencias de sexo en Violencia Filio-Parental

% VARONES		% MUJERES
MUESTRA JUDICIAL		
Nacional		
Rechea y Cuervo (2010)	53%	47%

Ibabe y Jaureguizar (2011)	No hay diferencias en el abuso psicológico y emocional	
Urra y Urra (2015)	58%	41%
Sancho (2016)	59,64%	40,35%
	En igual proporción entre hombres y mujeres	
MUESTRA CLÍNICA		
Internacional		
Boxer et al. (2009)	57,4%	49,1%
MUESTRA COMUNITARIA		
Internacional		
Cornell y Gelles (1982)	54,7%	45,3%
Livingston (1986)	44%	56%
Agnew y Huguley (1989)	50%	50%
Browne y Hamilton (1998)	57,4%	49,1%
Pelletier (1999)	48%	52%
Pagani et al. (2003)	47,8%	52,2%

2.1.1.2 Edad

La edad, junto con el sexo, son las dos variables socio-demográficas más estudiadas y en ambos casos encontramos resultados dispares. No obstante, al igual que existe un acuerdo en considerar una mayor prevalencia del varón, ocurre lo mismo en señalar el intervalo de edad comprendido entre los 12 y 17 años, como el más representativo (Brezina, 1999; Calvete et al., 2013; Cornell y Gelles, 1982; Evans y Warren-Sholberg, 1988; Ibabe y Jaureguizar, 2007; Kennedy et al. 2010; Kethineni, 2004; Laurent y Derry, 1999; Peek et al., 1985; Ridaura, 2014; Walsh y Krienert, 2007).

Una de las limitaciones que se plantea en el estudio de la edad es el tipo de metodología empleada, la cual condiciona enormemente los resultados obtenidos. Así, en los estudios que utilizan una base de datos judicial el intervalo de edad siempre va a venir marcado por el rango que establece la Ley Orgánica de Responsabilidad Penal del Menor

que son entre los 14 y 18 años, la cual en la Exposición de Motivos y atendiendo al grado de madurez, diferencia a su vez dos tramos, entre los 14-15 años y los 16-17 años. Aroca (2010) diferencia dos variables: la edad de inicio y la edad en la que se produce el mayor número de agresiones de los hijos, cuyos resultados varían dependiendo de la muestra utilizada.

Tras revisar los estudios españoles que utilizan muestras judiciales, el segundo rango de edad (16-17) es el que presenta una mayor incidencia respecto al primero, aunque no es muy significativa (Ibabe et al., 2007; Rechea y Cuervo, 2009; Rechea et al., 2008; Romero et al., 2007; Sempere et al., 2007). Por otro lado, la edad más destacada en las investigaciones que provienen del ámbito clínico o social es inferior a los 14 años o al inicio de la edad penal: entre los 9 y 13 según Aroca, y a los 12 años o incluso antes se producirían los primeros incidentes según Routt y Anderson (2011). Altea-España (2008) establece la edad de inicio en los 12-13 años, aumentando las agresiones en frecuencia e intensidad con la edad.

Melero et al. (2005), teniendo en cuenta el sexo y la edad, señala que a los 14 años el porcentaje de varones es casi el doble que el de mujeres, para igualarse a los 15 y comenzar a diferenciarse de nuevo a partir de los 16, aumentando entonces el porcentaje de mujeres más rápidamente y en mayor proporción que el de los varones.

Sin embargo, no pocas investigaciones consideran que la violencia de los varones crece con la edad y la violencia de las mujeres decrece, aunque con ciertos matices. Según algunos autores, las diferencias según el sexo, pueden ser consecuencia de las diferencias en los análisis metodológicos llevados a cabo en las investigaciones (Agnew y Huguley, 1989).

Otros estudios señalan, sin embargo, que la violencia filio-parental en general no decrece con la edad, a excepción de las agresiones emocionales dirigidas a los padres, que tienden a disminuir en la última etapa de la adolescencia (Ibabe y Jaureguizar, 2011).

Asimismo, la principal limitación de las muestras forenses para delimitar la edad, es que de ellas no podemos deducir la edad de inicio de la violencia filio-parental, ni

tampoco la edad final, ya que al cumplir los 18 años los menores salen del sistema judicial juvenil y no se disponen de datos posteriores.

Lo que si señalan algunos estudios, es que aquellos menores que se inician antes en las conductas de violencia hacia sus padres llegan a presentar comportamientos más extremos (Cota-Robles, Neiss y Rowe, 2002). Es habitual pasar por alto estas conductas cuando ocurren a edades muy tempranas, de manera que los padres tienden a subestimarlas en esos momentos, para llegados a la adolescencia recordarlas como comportamientos inadecuados de su hijo/a a los que no prestaron la suficiente atención por ser considerados en su momento como irrelevantes o simples pataletas. Ulman y Strauss (2003) corroboran en su estudio lo descrito anteriormente. En un estudio realizado con menores con violencia filio-parental, hallaron que estos jóvenes entre los 3 y 5 años de edad mostraban un alto porcentaje de violencia hacia los padres y madres, pero que estos episodios no fueron definidos por los progenitores como tal, sino que los calificaron como meras rabietas (Terceño, 2007).

En base a la literatura revisada, podemos concluir que la edad media de inicio de la violencia filio-parental ronda los 11 años, con extremos que van desde los 3 hasta las 24 años según la metodología empleada (Pérez y Pereira, 2006).

Las tablas 7 y 8 recogen la edad media del agresor/a en los principales estudios nacionales e internacionales según el ámbito.

Tabla 7. Edad media de los menores según estudios nacionales

ESTUDIOS NACIONALES		
	ÁMBITO	EDAD
González et al. (2010)	Clínico	15-16 años
González-Álvarez (2012)	Clínico	5-21 años / Media 14,5 años 11-15 años (52,7%) 16-21 (40,3%)

Ibabe et al. (2007)	Comunitario	14-18 años / Media 15,33 años
Ibabe y Jaureguizar (2011)	Comunitario	12-18 años / Media 15 años
Calvete, Gámez-Guadix y Orúe (2014)	Comunitario	12-17 años / Media 14.09
Carrasco (2014)	Comunitario	Media 14,33 años (inicio VFP) Media 16,72 años (intervención)
Romero et al. (2005)	Judicial	14 años (7,8%) 15 años (20,7%) 16 años, (31,9%) 17 años (39,7%)
Asociación Altea (2008)	Judicial	14-17 años 15 y 17 años, aprox. el 30% 16 años, aprox. 22%
Rechea et al. (2008)	Judicial	9-18 años 14 años (23,4%) 15 años (21,3%) 16 años (15,4%) 17 años (19,1%)
Sánchez-Heras (2008)	Judicial	14 años (20%) 15 años (37,6%) 16 años, (18,8%) 17 años (23,5%)
Rodríguez-Martín (2014)	Judicial	14 años (6,62%) 15 años (12,5 % %) 16 años, (22,06%) 17 años (33,82 % 18 años (16,18 %)
Ortega (2014)	Judicial	15 años (20,4%) 16 años (24,2%) 17 años (34,7%)

Martínez-Pastor (2017)	Judicial	14-18 años / Media 16 años 14 años (6.38%) 15 años (21.28%) 16 años, (17.02%) 17 años (40.42%) 18 años (14.89%)
-------------------------------	----------	--

Tabla 8. Edad media de los menores según estudios internacionales

ESTUDIOS INTERNACIONALES		
	ÁMBITO	EDAD
Harbin y Madden (1979)	Comunitario	13 - 24 años
Livingston (1986)	Comunitario	14 - 15 años
Paulson et al. (1990)	Comunitario	12 – 14 años 15 - 17 años
Pelletier et al. (1999)	Comunitario	12-15 años
Jackson (2003)	Comunitario	14 - 16 años
Ulman y Straus (2003)	Comunitario	3 y 5 años
Stewart et al. (2006)	Comunitario	13 - 15 años (42,9%) 16 - 18 años (18,7%)
Sheehan (1997)	Clínico	11 - 14 años (50%) 15-17 años (32%)
Cottrell (2001)	Clínico	12 - 14 años
Nock y Kazdin (2002)	Clínico	4 - 14 años

Cottrell y Monk (2004)	Clínico	12 - 16 años
Howard y Rottem (2008)	Clínico	13 - 19 años / Media 15,5 años
Haw (2010)	Clínico	13 - 21 años / Media 15 años
Evans y Warren-Sohlberg (1988)	Judicial	15 y 17 años / Media 15,7 años
Adams y Doherty (1994)	Judicial	15 - 17 años
Cochran et al. (1994)	Judicial	15-16 años (32%) 17 años (61%)
Kethineni (2004)	Judicial	15 -16 años/ Media 15 años
Gebo (2007)	Judicial	10-16 años
Walsh Krienert (2007)	Judicial	14 - 17 años
Walsh Krienert (2009)	Judicial	Menores de 13 años (15,2%) 14 - 16 años (47,5%) 17 - 21 años (37,3%)
Routt y Anderson (2011)	Judicial	Menores de 12 años (23%) 12 años (15%) 13 años (14,66%) 14-16 años (12%) 17 años (9%)

2.1.2 Características personales.

De nuevo se examina una variable que al igual que las anteriores viene marcada por la inconsistencia de los datos. Los aspectos personales más estudiados, como factor de riesgo de la violencia filio-parental han sido:

- La empatía frente a la frialdad emocional.
- Impulsividad frente al autocontrol.
- Autoestima.
- Tolerancia a la frustración.
- Adaptación al estrés.
- Habilidades sociales.
- Locus de control externo.

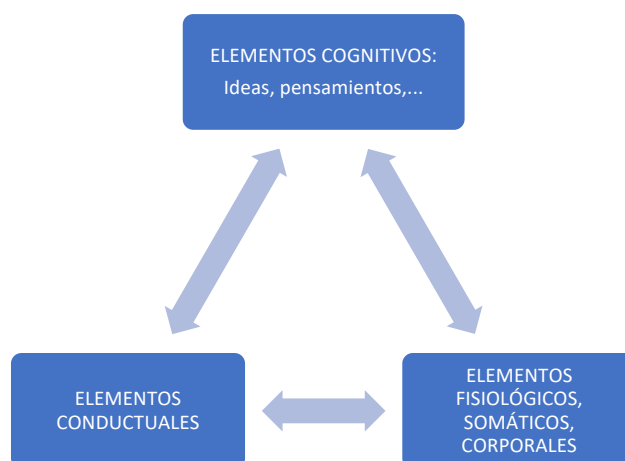
Sancho (2016) señala como las principales respuestas individuales sobre el origen y mantenimiento de la violencia filio-parental: el temperamento difícil, la psicopatología y el uso/abuso de sustancias tóxicas. Por claridad expositiva, a continuación vamos a mantener esta estructura.

2.1.2.1 *Influencia del temperamento en la violencia filio-parental.*

Se analiza en este apartado el triple sistema de respuesta que configura la violencia y permite acercarnos a la comprensión del fenómeno de la violencia filio-parental: la dimensión cognitiva, la fisiológica-emocional y la conducta–motora.

El conocimiento de estos tres niveles nos ayuda a identificar y describir mejor el temperamento en el contexto de la violencia filio-parental.

Figura 5. Triple Sistema de Respuesta, Cognitivo-Conductual



El temperamento es extremadamente importante en el desarrollo de la conducta violenta e influye en características como la tozudez, la impulsividad o la inestabilidad emocional (Gallagher, 2004), rasgos presentes en la violencia filio-parental. Sánchez-Heras (2008) señala que la violencia en sí misma no es parte del temperamento, sino una condición claramente aprendida.

La literatura pone de relieve un peor ajuste emocional en los menores que ejercen violencia filio-parental. Podemos identificar la *ira* como la principal respuesta emocional de la violencia. Izard (1977, 1991) describe la ira como una emoción primaria que se presenta cuando el organismo es bloqueado en la consecución de una meta o en la obtención o satisfacción de una necesidad. La ira es la expresión emocional de la agresividad. García y González (2007) señalan que los progenitores de hijos maltratadores los describen como tiranos, obstinados y caprichosos. Urra (2006) los describe como pequeños dictadores, y Garrido (2005) como emperadores. En todas las descripciones que se realizan de ellos la ira es la manifestación principal.

Los modelos cognitivos han mostrado un importante peso en la explicación y mantenimiento de la conducta agresiva (Huessman y Guerra, 1997). Beck (2003) señala que la ira no depende directamente del suceso previo, sino de la interpretación que la persona da a una situación, siendo esos pensamientos automáticos lo que nos dirigen finalmente a la acción. Hay estudios que demuestran una relación entre la conducta agresiva en los menores y una serie de distorsiones cognitivas, tales como la tendencia a percibir la realidad de forma absolutista y dicotómica, con generalizaciones excesivas, soluciones agresivas y creencias de que el mundo es un lugar hostil (Dodge y Crick, 1990; Slaby y Guerra, 1988). Calvete (2008, 2011, 2014) pone de manifiesto que los menores que agreden a sus padres presentan creencias de grandiosidad y de justificación de la violencia en mayor medida que los menores que no emiten estos comportamientos.

Si los menores creen que el uso de la violencia es aceptable, aumentará la probabilidad de que se manifiesten comportamientos agresivos (Huessman y Guerra, 1997; Zelli et al., 1999). La investigación realizada por González-Álvarez (2012) puso de manifiesto que la presencia de pensamientos hostiles en los menores y la justificación que estos hacían de las agresiones perpetradas a los padres, predecían el 9% de la violencia filio-parental.

La *empatía* también ha sido objeto de estudio en diversas investigaciones sobre violencia filio-parental. La mayor parte de los resultados son congruentes en el sentido de que los jóvenes agresores presentan una baja capacidad de empatía, desde el trabajo de Cottrell y Monk (2004) hasta las investigaciones más recientes. Son relevantes los

trabajos de Garrido (2005), que relaciona a los menores que agreden a sus padres con la incapacidad para desarrollar emociones como la empatía; McCloskey y Liether (2003) que evidencian que los menores con capacidad de empatía presentan menor predisposición a manifestar conductas de violencia; Sempere et al., (2006) que señala que la falta de empatía hacia las víctimas como una de las características psicológicas de los hijos maltratadores; e Ibabe (2007) que pone de manifiesto que el 77,5% de los menores agresores puntúan bajo en la capacidad de empatía. También Lozano, Estévez y Caballo (2013) y González-Álvarez (2012) hallaron una correlación positiva entre la empatía y la violencia filio-parental.

Por tanto, la mayor parte de los estudios confirman que un número importante de menores que agreden a sus progenitores presentan bajos niveles de empatía (Ibabe et al., 2007 y 2009; Roperti, 2006; Sánchez et al., 2010; Urra, 2006), aspecto que facilita otro tipo de conductas desadaptadas como la relación con iguales conflictivos (Garrido, 2005; Lykken, 1995; Urra, 1994).

Asimismo, diferentes investigaciones demuestran que la *impulsividad* es uno de los factores explicativos más importantes de la conducta violenta (Patterson, 1992). Diversos estudios sobre violencia filio-parental concluyen que la impulsividad es un rasgo de personalidad presente en los menores que agreden a sus padres (Calvete et al., 2011; Ibabe 2007, Rechea et al., 2008).

El estudio realizado por González-Álvarez (2002) señala que una alta impulsividad llega a predecir el 25% de la agresión a los padres. Calvete (2011) compara a menores que ejercían violencia filio-parental con otros que no lo hacían, demostrando que los primeros son más impulsivos. En esta misma línea, Bertino et al. (2011) también correlaciona la violencia filio-parental con una elevada impulsividad y una baja tolerancia a la frustración. Ibabe (2007) evidencia un 85% de menores con violencia filio-parental con problemas de impulsividad, y el 75% con baja tolerancia a la frustración. La impulsividad y como consecuencia la ausencia de control de la ira y la baja tolerancia a la frustración aparece como una de las características psicológicas más habituales en el estudio de Rechea y Cuervo (2009).

Por último, hay que señalar que una baja *autoestima* también se relaciona con la agresión hacia los progenitores (Calvete et al., 2011; Ibabe et al., 2009; Paulson et al., 1990). Ibabe (2007) concluye en su investigación, que quienes han cometido el delito de violencia filio- parental tienen una autoestima más desvalorada, en concreto el 55% la tenían baja. Y Elliot et al. (2011) refiere que la autoestima baja explica el 50% de la violencia filio-parental.

2.1.2.2 *Influencia de la psicopatología en la violencia filio-parental.*

Ante lo inexplicable e ilógico que pueda parecer el hecho de que haya hijos que agredan a sus padres, se ha tendido a justificar este comportamiento por la presencia de problemas de salud mental en los menores.

Diferentes estudios en el campo de la violencia filio-parental apuntan a las características psicopatológicas de los menores como un importante factor de riesgo, si bien estas variables no se han valorado en profundidad (Haw, 2010) y parece que los diversos estudios no llegan a un acuerdo acerca de la categoría diagnóstica más relacionada con este fenómeno. Asimismo, el uso de diagnósticos para explicar la violencia filio-parental pueden justificar la conducta agresiva tanto en los menores como en sus padres (Hemphill, 1996) por lo que hay que ser cautelosos.

Las investigaciones tienden a exponer los porcentajes sobre la presencia de diferentes etiquetas nosológicas, sin diferenciar si estas son causa o consecuencia de la problemática familiar en la que se ven inmersos estos menores (Moran, 2013). De manera que no se han podido establecer relaciones causales claras entre la presencia de problemas de salud mental y la violencia filio-parental (Cottrell y Monk, 2004; Marcelli, 2002; Rechea y Cuervo, 2010). Pero tal y como proponen Laurent y Derry (1999) y Sánchez (2008), sí se ha encontrado que estos jóvenes presentan problemas en la regulación emocional, en el control de impulsos y en las habilidades interpersonales, variables que facilitan y potencian el conflicto entre padres e hijos, con independencia de la existencia o no de un trastorno clínico subyacente. Sánchez (2008) señala que los pocos estudios que analizan esta variable concluyen que la prevalencia de enfermedad mental en las

familias víctimas de violencia filio-parental es bajo. Nowakowski et al. (2014) plantean que alrededor del 25% de los menores padece algún problema psicológico. Y Rosado et al., (2017) señalan que los problemas de salud mental en los menores que agreden a sus padres correlacionan positivamente con la violencia filio-parental, aunque su efecto es diferente en función del sexo.

Es frecuente que los niños que presentan violencia filio-parental se diagnostiquen como menores con trastornos de conducta (Garrido, 2009). Asimismo, algunos de los diagnósticos más habituales son: el trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH), el trastorno negativista-desafiante y el trastorno disocial. Si bien el diagnóstico de trastorno disocial muchas veces incluye a los anteriores (Garrido, 2007, 2008; Ibabe et al., 2007).

Entre los distintos trastornos psicológicos que podemos encontrar, vamos a describir aquellos que han sido más investigados en la literatura sobre violencia filio-parental:

- *Trastornos depresivos y de ansiedad.* Según algunos estudios, estos menores presentan una importante afectación emocional con sintomatología ansiógena y depresiva (Calvete et al., 2014; Ibabe et al., 2007; Laurent y Derry, 1999; Pereira y Bertino, 2009) que expresan a través de conductas agresivas. Aunque algunos autores no evidencian una relación causal entre salud mental y violencia filio-parental, admiten que estos jóvenes presentan unas características psicológicas “no adecuadas u óptimas”, haciendo alusión a problemas del estado emocional como depresión, trastorno de ansiedad, baja autoestima, miedos y fobias (Cottrell y Monk, 2004; García de Galdeano y González, 2007; Paulson et al., 1990; Pérez y Pereira 2006). Diversos estudios describen la ansiedad y el miedo como los síntomas más frecuentes (Jiménez, 2016), en concreto miedo a la oscuridad y la agorafobia (Mouren et al., 1985).

El trabajo de Perera (2006) señala el trastorno obsesivo compulsivo, representado por un 25% de la muestra como el diagnóstico más prevalente, seguido en un 15,6% por trastornos de ansiedad, si bien es destacable que la sintomatología ansiosa estuvo presente en más del 56.3% de los participantes, un 53,1% presentaba pensamientos

obsesivos con o sin rituales y un 50% tuvieron bajo estado de ánimo. Calvete et al. (2011) informan de mayor presencia de sintomatología depresiva en menores que agreden a sus padres en comparación con aquellos que no emiten estas conductas. Asimismo, Romero et al. (2005) pusieron de manifiesto que del 47,3% de los menores agresores de su estudio, el 10,3%, presentaron conductas desadaptadas de carácter internalizante. González-Álvarez (2012) engloba en un porcentaje inferior al 1% la presencia de trastorno depresivo mayor, TOC, trastorno de comportamiento perturbador y ansiedad fóbica en los menores con conductas agresivas en el hogar. Esta autora señala que el comportamiento violento asciende en un 21% si los problemas afectivos coexisten con problemas de conducta. Y en el estudio de Rechea y Cuervo (2010), el 5,9% presentaron trastornos de ansiedad.

A nivel internacional, Routt y Anderson (2011) pusieron de manifiesto que el 40% de los menores agresores fueron diagnosticados, siendo el trastorno bipolar el diagnóstico más frecuente (18%). Kethineni (2004) encontró que el 62,7% de los menores que agredían a sus padres presentaban problemas emocionales o de salud mental de los cuales el 12% se relacionaba con sintomatología depresiva, el 31,3% con problemas de insomnio, estrés o alucinaciones, el 12% con deseos de muerte y el 27,7% con la presencia de ira. Además, el 1,2% presentaba TOC. Omer (2003) destaca la sintomatología obsesivo-compulsiva de estos menores, mediante conductas de aislamiento de sus progenitores (se encierran en sus habitaciones, donde sus padres no tienen acceso). El poco contacto se transforma en violencia verbal y/ física.

- *Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH)*. Es el trastorno con mayor presencia en los estudios sobre violencia filio-parental (Cottrell, 2003 y 2004; Cottrell y Monk, 2004; Gallagher, 2004; Garrido, 2012; Ibabe et al., 2007; Pereira y Bertino, 2009; Price, 1996; Routt y Anderson, 2011; Sánchez et al., 2010; Williams y Press, 2015), aunque en muchos casos se ha sobre diagnosticado, como indican Urra et al. (2015).

El estudio realizado por Ibabe et al. (2007) puso de manifiesto que un 74% de los menores con patología psíquica que manifestaban violencia filio-parental, presentaban trastorno por déficit de atención con comportamiento perturbador y de

estos un 71% fueron diagnosticados a su vez de trastorno disocial. Para Rechea y Cuervo (2010) el diagnóstico de TDAH fue el más frecuente (23,5%) en la muestra de su estudio con respecto a los demás. El 15,6% y el 3,5% son los datos que aportaron las investigaciones de Perera (2006) y González-Álvarez (2012), respectivamente. Fuera de nuestro país, el TDAH ha estado representado en las investigaciones realizadas por Kethineni (2004) con un 13,3% de su muestra, y Routt y Anderson (2011) en una proporción similar (13%).

- *Los trastornos disruptivos del control de los impulsos y de la conducta* (DSM-5, APA, 2014) incluyen afecciones que se manifiestan con problemas en el autocontrol del comportamiento y las emociones, estos trastornos se traducen en conductas que violan derechos de los demás (por ej., agresión, destrucción de la propiedad...), o llevan al individuo a conflictos importantes frente a las normas de la sociedad o las figuras de autoridad. Algunos de los trastornos que el DSM-5 incluye en este apartado son el trastorno negativista desafiante, el trastorno explosivo intermitente y el trastorno de la conducta (anteriormente denominado trastorno disocial). Tras el TDAH, sería el siguiente grupo que goza de mayor representación en los menores que agreden a sus padres y que presentan algún diagnóstico de salud mental (Cottrell y Monk, 2004; Garrido, 2012; Laurent y Derry, 1999; Royo, 2008; Sánchez et al., 2010). Dodge (2008) justifica este comportamiento violento como respuesta a un sesgo en la interpretación que hacen los menores de la conducta de sus padres. Otros autores han descrito cómo la falta de empatía podría estar relacionada con el trastorno disocial que ha sido diagnosticado en muchos menores que abusan de sus padres (Garrido, 2005; Ibabe y cols., 2007; Roperti, 2006), si bien este diagnóstico se corresponde con lo que podríamos definir como la delincuencia en la edad juvenil (Garrido, 2008).

Para González-Álvarez (2012) los trastornos del comportamiento son los más prevalentes de su estudio, principalmente el trastorno negativista desafiante representado por un 26,3%, seguido del explosivo intermitente (17,5%) y finalmente del trastorno disocial (7,9%). Perera (2006) halla un 15,6% de menores maltratadores diagnosticados de trastorno de conducta; proporción similar la que maneja en su estudio Romero et al. (2005), donde las alteraciones de conducta aparecen en un 16,4% de los casos. Ibabe et al., (2007) encuentran el trastorno disocial combinado con el

TDAH, en un 71% de los menores. En la investigación de Rechea y Cuervo (2010) el 5,9% recibe la categoría diagnóstica de trastorno negativista desafiante. Sin embargo, sólo el 1,2% de los menores con violencia filio-parental presentan problemas de conducta en el estudio de Kethineni (2004).

- *Trastornos de la personalidad.* Apenas han recibido atención los trastornos de la personalidad en la infancia y la adolescencia. Los profesionales se cuidan mucho de emitir este diagnóstico, por el hecho de que la personalidad no termina de formarse hasta al menos los 18 años, siendo entonces cuando los trastornos de la personalidad podrían diagnosticarse, según indica el DSM. No obstante, los autores sí describen síntomas o patrones de personalidad duraderos desde la infancia. El trastorno límite de la personalidad es el más mencionado en la población adolescente (Calvete et al., 2014; Dugas et al., 1985; Ibabe et al., 2007; Laurent y Derry, 1999; Pereira y Bertino, 2009; Royo, 2008). Ibabe et al. (2007) cuantifica un 13% de trastornos de personalidad sin indicar el tipo, y González-Álvarez (2012) indica que un 1,7% de los jóvenes presenta trastorno antisocial de la personalidad.
- *La discapacidad intelectual y los trastornos del espectro autista* son trastornos que, a pesar de emitir ocasionalmente conductas agresivas, no deben ser consideradas como fenómenos asociados a la violencia filio-parental, sino que, muy al contrario, este tipo de violencia es una expresión del cuadro diagnóstico (Pereira, 2006; SEVIFIP, 2015).

2.1.2.3 *Influencia del consumo de drogas en la violencia filio-parental*

Durante la adolescencia, una de las principales conductas de riesgo es el consumo de sustancias tóxicas, variable que ha recibido mucha atención en los estudios sobre violencia filio-parental (Calvete et al., 2011; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Ibabe y Jaureguizar, 2009; Kennair y Mellor, 2007; Potter-Efronn y Potter- Efron, 1985; Routt y Anderson, 2011) llegando a demostrarse la relación que guarda con este fenómeno (Charles, 1986; Ellickson y McGuigan, 2000; Jackson, 2003; Pelletier y Coutu, 1992).

Según la literatura revisada, encontramos varias posturas en la relación consumo y violencia filio-parental.

- a. El consumo como causa de la violencia filio-parental, es decir como factor precipitante.*

Para Price (1996) considerar el consumo como la causa principal del comportamiento desajustado de los menores es una explicación sesgada. En 2009, la vicepresidenta de la Sección de Derecho Penal del Colegio de Abogados de Barcelona, Olga Arderiu, relaciona el aumento del consumo de drogas como una de las causas principales para el incremento de las conductas de violencia filio-parental. El consumo se menciona como un factor que influye en la violencia filio-parental, más que como un factor que explica el origen de la misma. Llega a precipitar una conducta violenta cuando se está bajo sus efectos (desinhibe, pudiendo perder la persona el autocontrol).

- b. El consumo como consecuencia de la violencia filio-parental.*

En el estudio llevado a cabo por Rechea y Cuervo (2009), la mitad de la muestra inició el consumo tras comenzar el maltrato contra sus progenitores.

- c. No existe relación entre ambas.*

Existen trabajos que no parecen probar la relación entre ambas variables, más que considerarlo como un factor de riesgo no determinante (Harbin y Madden, 1979; Cottrell y Monk, 2004; Rechea et al., 2008, Sempere et al., 2006). Estos estudios afirman una falta de concurrencia, de manera que el consumo no es motivo suficiente para explicar la violencia filio-parental.

- d. Es síntoma de otro tipo de problemas.*

Cottrell y Monk, (2004) plantea el consumo como un síntoma de la existencia de problemas intrafamiliares.

Se constata que el comportamiento violento en general y la violencia filio-parental en particular, no tiende a producirse bajo el efecto de las drogas, pero sí está en la base

de las discusiones familiares que se producen (Calvete et al., 2013, Evans y Warreng-Sholberg, 1989). Los padres refieren un cambio drástico en el comportamiento de sus hijos y un incremento de conflictos con ellos ante el consumo (Cottrell, 2004), por lo que se considera que su influencia es indiscutible (García de Galdeano y González, 2007). Por tanto, aunque no se pueda afirmar que haya una relación causa-efecto, sí se puede comprobar que cuando entra una adicción en la familia el ambiente se convierte en insano y más proclive a enfrentamientos psicológicos y físicos (Abadía, 2015). Además, se produce un claro efecto potenciador de las conductas agresivas de los hijos (Sempere et al., 2006).

Otero (1994; citado en Abadía 2015) diferencia entre delincuencia funcional e inducida. Si trasladamos esta conceptualización al ámbito que nos ocupa, podemos diferenciar entre *violencia filio-parental funcional* y *violencia filio-parental inducida* en relación con el consumo de drogas.

Entendemos por *violencia filio-parental funcional*, la que se produce para poder conseguir algo, como dinero, para drogarse; y *violencia filio-parental inducida*, la que se produce bajo los efectos directos de las drogas.

- En el primer caso, el hecho de pedir dinero para proveerse de drogas conlleva, en no pocas ocasiones, una negativa por parte de los padres pudiendo encontrar una respuesta filial en forma de exigencia y/o amenaza.
- En el segundo caso, encontramos que las drogas tienen un claro efecto desinhibidor y de pérdida de control de la conducta, lo que permite que se genere con mayor facilidad, un acto violento (Aroca, 2010) por parte de quienes buscan situaciones de confrontación.

En el estudio de Cottrell (2004) y constatado por Bertino et al., (2011), los jóvenes reconocían abusar de sus padres cuando estaban “colocados” o “de bajón” (violencia filio-parental inducida), pero la mayoría de las veces la violencia se precipitaba cuando los padres y el adolescente discutían respecto a cuestiones relacionadas con el abuso de sustancias (violencia filio-parental funcional).

Las investigaciones destacan el cannabis, el alcohol y en menor proporción la cocaína como las principales sustancias que consumen los menores que agreden a sus padres (Ibabe et al., 2009; Rechea et al., 2008; Sánchez et al., 2008).

Las principales investigaciones en el ámbito nacional que han tratado este tema son:

- Romero et al. (2007) determinan que al 58,6% de los menores infractores por violencia filio-parental tienen un consumo regular, frente a un 41% que no lo hace. El principal consumo es derivado de cannabis (26,7%) y en un 54,3% hay policonsumo.
- Sempere et al. (2007) concluyen que, de 12 menores, 10 consumen hachís.
- Ibabe et al. (2007) señalan que el 86% eran consumidores, de ellos el 67% consumían hachís.
- Castañeda (2007) concluye que el 100% de los menores que maltrataban a sus padres consumían drogas.
- Rechea y Cuervo (2009) estudiaron si el consumo era previo o posterior al inicio de la violencia filio-parental, y los resultados determinaron que, aunque en un principio no existen diferencias significativas entre los que consumen y los que no, una vez instaurada la conducta agresiva, aumentan los consumidores. El cannabis fue el consumo principal en un 58,8%.
- Sánchez-Heras (2008) observa un mayor consumo de todo tipo de sustancias en menores que agreden a sus progenitores, frente a los datos relativos a la población general.
- González-Álvarez (2012) halló que el 46,5% eran consumidores de cannabis y el 9,6% eran policonsumidores.
- Carrasco (2014) halla en su investigación que el 87,8% de la muestra consume drogas.

2.1.2.4 *Influencia de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) en la violencia filio-parental*

Las TICs están llamadas a facilitarnos la vida, pero también a complicárnosla (Echeburúa y De Corral, 2010). Los adolescentes han incorporado las TICs de manera habitual en su vida utilizándolas como herramientas de ocio para la comunicación e información y como forma de adquisición de conocimientos. En el ámbito familiar uno de los principales motivos de preocupación respecto a las relaciones que mantienen los adolescentes con las TICs es la posibilidad de que aparezcan comportamientos adictivos que puedan trastornar el desarrollo personal y social. Cualquier actividad realizada de forma desmedida puede convertirse en adicción generando dependencia y limitando la libertad al ser humano.

Cuando su uso se convierte en abuso y en adicción podemos encontrar situaciones parecidas a las discutidas en el apartado anterior sobre el consumo de sustancias, en aquellos casos donde exista una predisposición a la conducta violenta, siendo la retirada de aparatos tecnológicos o del acceso a Internet el precipitante para las discusiones familiares y posterior situación de violencia. Al igual que ocurre con las adicciones químicas las personas adictas a una determinada conducta experimenta un síndrome de abstinencia cuando no pueden llevarla a cabo, caracterizado por un profundo malestar emocional (estado de ánimo disfórico, insomnio, irritabilidad, ...). Difícilmente, el menor se va a considerar adicto, serán sus padres quienes pidan ayuda ante el fracaso escolar, trastornos de conducta, mentiras frecuentes, aislamiento social, ... (Echeburúa, 2001; Echeburúa, Amor y Cenea, 1998). De Vega (2011) señala que cada vez son más los adolescentes que presentan problemas familiares por no respetar normas, horarios, no trabajar, ni estudiar a consecuencia de una adicción de este tipo; conflictos personales y relacionales por adicciones a redes sociales; bajo rendimiento académico; y, gastos excesivos por adicciones a servicios telefónicos y/o juegos de azar por internet.

Aunque no se puede afirmar con rotundidad que los menores que agreden a sus padres lo hacen ante la prohibición del uso de las nuevas tecnologías, sí puede ser la excusa que desencadena el conflicto y finaliza en una agresión, una vejación o una amenaza (Instituto internacional de estudios sobre la familia, 2016) Que un padre le

niegue a su hijo el uso de algún dispositivo (móvil, ordenador, tablet, consola...) o de una aplicación relacionada con redes sociales o videojuegos, puede ser el motivo del hecho delictivo.

Jiménez (2017) alude que no sorprende que, en muchas ocasiones, los episodios de violencia filio-parental surjan por una disputa con los padres sobre el excesivo gasto de móvil, porque intenta que su hijo se desconecte, porque le reprende por estar jugando o conectado de madrugada, porque le pide que lo apague, porque baja su rendimiento académico, porque no sale a la calle o no se relaciona con nadie, etc.

En un estudio realizado en la Comunidad de Madrid por el Instituto internacional de estudios sobre la familia (2016) sobre una muestra de 129 menores que cumple la medida de libertad vigilada como consecuencia de maltrato en el ámbito familiar, se les pide que valoren en una escala de 1 a 5 (1: nula incidencia y 5: Incidencia extrema) la influencia de las TICs como generadoras de conflictos en las relaciones padres e hijos. Los resultados señalan que en un 66,6% de los casos no presentaron ninguna problemática o no constan episodios de conflictos por este motivo y solo en un 3,8% de los casos, la problemática era muy frecuente. En un 12,4% consideraron problemas ocasionales y en el 4,6% cotidianos. Este mismo estudio se realizó a 74 menores que cumplieron la medida de convivencia con grupo educativo por los mismos hechos delictivos, y los porcentajes obtenidos fueron que el 49,3% de los menores puntuaron nula incidencia, el resto se repartieron entre el 16,8%, el 14,3% y el 1,3% con extrema incidencia, deduciéndose que, en más del 30% de los casos se registraron incidencias.

Otro estudio relevante es el de Calvete et al. (2014), en el que todos los menores de la muestra relacionaron la violencia filio-parental con la exposición de la violencia televisiva y los videojuegos, argumentando que ver escenas violentas en estos medios contribuyeron a la activación de su estado de ánimo hostil. Del mismo modo, el estudio realizado por Murphy-Edwards (2012), reveló que, de los 30 padres entrevistados, la mayoría atribuían la violencia filio-parental principalmente a la exposición a la violencia en televisión, aunque también a los juegos violentos de ordenador y a la música violenta.

Por tanto, el uso abusivo de las nuevas tecnologías ha ocasionado nuevas patologías psicosociales cuyos síntomas generales se asocian con la tendencia al

aislamiento y depresión, falta de comunicación con amigos y familiares, bajo rendimiento escolar o laboral y propensión a la agresividad (Barbolla, Masa y Díaz, 2011), pero también desde discusiones leves hasta conductas de violencia filio-parental.

2.1.2.5 Influencia del grupo de iguales en la violencia filio-parental.

El grupo de iguales cobra una especial importancia en la adolescencia convirtiéndose en el agente socializador fundamental, de relevancia semejante a la familia. Para Coleman (1985) el proceso de vinculación con el grupo de iguales se ve potenciado por la progresiva desvinculación de la familia en un intento de autoafirmación e independencia.

Formar parte de un grupo de pares contribuye al correcto desarrollo social en esta etapa de la vida. Normalmente se caracteriza por estar formado por miembros aproximadamente de la misma edad que interactúan entre sí y que ejercen algún tipo de influencia recíproca de unos sobre otros. Por tanto, el grupo de iguales llega a ejercer como modelo tanto para la transmisión de valores positivos y fundamentales, como para los negativos, ya que el adolescente tiene la necesidad de sentirse identificado con el grupo al que pertenece. Los amigos se convierten en el principal apoyo emocional con los que se comparten creencias y formas comunes de actuación, sean estas adaptativas y ajustadas a las normas establecidas o no lo sean. Es decir, las amistades, según Patterson (1989) pueden llegar a reforzar las creencias, actividades y argumentos a favor de la conducta violenta ofreciendo mayor probabilidad para cometer conductas ilegales

En relación a la violencia filio-parental, la mayor parte de los autores concluyen en sus estudios que los menores que maltratan a sus padres suelen asociarse a iguales con problemas similares en sus hogares y presentan conductas desadaptadas fuera del hogar (Calvete et al., 2011; Hong et al., 2012; Kennedy et al. 2010; Rechea et al., 2008).

Jiménez (2017) realiza un análisis de las distintas investigaciones nacionales más relevantes y observa dos tipos de relación con el grupo de iguales de los menores que agreden a sus padres. Por un lado, se encuentran aquellos que disponen de una amplia red de amistades y pasan la mayor parte del tiempo en la calle, y por otro, aquellos que no

tienen amigos o ningún grupo de referencia y pasan la mayor parte del tiempo aislados en casa, estos oscilan entre el 5,1% (González et al., 2011) y el 16% (Sánchez-Heras, 2008).

Una de las investigaciones pioneras y más relevantes citadas por los distintos autores en relación a la influencia que ejercen los iguales en el maltrato a sus padres es la realizada por Cottrell y Monk (2004). Estas autoras señalan tres motivos por la que los jóvenes pueden actuar violentamente hacia sus progenitores:

1. Cuando son víctimas de sus iguales, utilizando la violencia como forma de compensar sus sentimientos de impotencia y de expresar su ira en un contexto seguro.
2. Cuando aprenden por modelaje como sus iguales usan conductas violentas como estrategia para ejercer poder y control.
3. Cuando los padres intentan establecer límites provocados por las discusiones que se generan ante la realización de actividades ilícitas y antinormativas con el grupo de iguales.

Diferentes estudios guardan semejanzas en los resultados obtenidos, concluyendo que los menores que ejercen violencia filio-parental se relacionan con grupos disfuncionales en contraposición con aquellos adolescentes que no ejercen conductas agresivas. Así por ejemplo podemos citar los siguientes trabajos:

- Romero et al. (2005), concluyen que un 61.2% de adolescentes se relacionaban con un grupo disfuncional, en contraposición con el 23,3% de adolescentes que lo hacían con un grupo sin problemas personales ni sociales.
- Rechea et al. (2008), hallan que el 50,7% de los menores tienen relaciones con grupos antisociales, y alrededor de un 25% no se relacionan con grupos problemáticos.
- Rechea y Cuervo (2009), evidencian que el 70,6% de los jóvenes se relacionan con adolescentes problemáticos.
- Ibabe et al. (2007), concluyen que el 65% de los menores que maltratan a sus padres se relacionan con grupos disociales y violentos.
- Kennedy et al. (2010), hallan que el 64,9% de los menores agresores se asociaban con grupos de amigos que cometían actos delictivos.

2.1.2.6 *Influencia del entorno escolar en la violencia filio-parental.*

Durante la adolescencia se adquieren una serie de comportamientos como la empatía, tolerancia a la frustración, control de los impulsos, pensamiento racional, adaptación al cambio, etc., siendo la familia y la escuela los principales agentes responsables de potenciar su adquisición (Villanueva, 2013).

Este mismo autor señala, que en los últimos años la colaboración entre escuela-familia se ha ido deteriorando hasta verse en ocasiones enfrentadas, complicando aún más la necesidad de apoyo mutuo en aquellos casos donde aparecen en los menores problemas de conducta, oposición a la normativa establecida por la institución,...

Asimismo, diferentes investigaciones constatan una relación inversa entre el nivel intelectual y la conducta antisocial o delictiva (Gibbs, 1993; Garrido y López-Latorre 2005; Henggeler, 1989). Sin embargo, Aroca (2010) señala que esta relación entre las habilidades intelectuales y las conductas violentas no se pueden determinar con exactitud.

Lo cierto es que la literatura científica constata un elevado porcentaje de menores con bajo rendimiento académico en las muestras estudiadas sobre violencia filio-parental (Ellickson y McGuigan, 2000; González et al., 2010; Hawkins y Lisher, 1987; Pelletier y Coutu, 1992; Romero et al., 2005; Wilson y Herrnstein, 1985). Asimismo, la conducta disruptiva en clase y en el centro educativo, las faltas de respeto al profesorado o los conflictos con los compañeros pueden ser un predictor de violencia filio-parental (Cottrell, 2004; Holt, 2013; Ibabe et al., 2007; Kennair y Mellor, 2007; Pagani et al., 2003; Rechea et al., 2003; Routt y Anderson, 2011), de igual manera ocurre con la experiencia de fracaso, la falta de interés y motivación tanto por el aprendizaje como por la institución escolar pueden abocar al absentismo y predisponer al maltrato ascendente (Holt, 2013; Rechea et al., 2003; Roperti, 2006; Routt y Anderson, 2011; Sánchez et al., 2010).

Para Sancho (2016; citado en Moya, Aroca y García, 2018) el comportamiento disruptivo es el principal factor que predice la violencia a los padres, seguido de las dificultades con las figuras de autoridad, el absentismo escolar, el bajo rendimiento académico y el fracaso escolar. Este autor determina que estas variables pedagógicas

mencionadas guardan una correlación positiva con la violencia filio-parental. Respecto a menores infractores, Ibabe (2007) concluye que los que presentan violencia filio-parental tienen más problemas académicos que aquellos infractores que no son denunciados por este tipo de delito.

Generalmente, el tema académico suele ser uno de los principales focos de interés para los padres, no obstante cuando aparecen en los hijos conductas de violencia hacia ellos, se convierte entonces en algo secundario y poco relevante para estos.

Aunque la mayor parte de las investigaciones correlaciona la violencia filio-parental con dificultades en el aprendizaje, lo cierto es que encontramos menores que a pesar de maltratar a sus padres están perfectamente adaptados al entorno escolar, así lo refleja el 16,6% de la muestra de estudio de Rechea (2008), en un 14,7% el trabajo de Romero et al. (2005), y en un 3% el de Ibabe (2007). En otros casos encontramos menores que doblagan a sus padres en el hogar cuando ellos son doblegados al mismo tiempo por sus iguales en el centro educativo, siendo víctimas de acoso escolar. Urra (2015) explica que las mismas conductas de abuso las manifiestan en el hogar (su zona de confort) trasladando los sentimientos de rabia y dolor.

A continuación se presenta la tabla 9 con los datos obtenidos en distintas investigaciones.

Tabla 9. Porcentajes de inadaptación escolar de los menores agresores

BASE DE MUESTRA INADAPTACIÓN ESCOLAR DATOS			
Romero et al. (2005)	Judicial	116	67,2% fracaso escolar 74,1% absentismo 35,5% conductas agresivas en el aula
Ibabe, et al. (2007)	Judicial	88	76,4% bajo rendimiento académico 54,5% absentismo 46,6% problemas de aprendizaje

			52,3% problemas de adaptación escolar
Sempere et al. (2007)	Judicial	12	100% problemas de adaptación 50% expulsados
Asociación Altea (2008)	Judicial	148	más del 70% fracaso escolar y absentismo
Sánchez-Heras (2008)	Judicial	85	30% expulsado 83,5% absentismo
Rechea et al. (2008)	Judicial	146	62,3% bajo rendimiento académico 52,1% absentismo 45,2% problemas de conducta aula
Rechea y Cuervo (2009)	Judicial	10	40% problemas de conducta 80% absentismo 80% bajo rendimiento académico
Rodríguez-Martín (2014)	Judicial	136	64 % comportamiento disruptivo 78,8% actitud “baja” hacia el aprendizaje 59 % absentismo
Martínez-Pastor (2017)	Judicial	47	Más 50% problemas de conducta 51% absentismo 64% bajo rendimiento académico
González, et al. (2010)	Clínica	97	80,5% bajo rendimiento académico
González, et al. (2011)	Clínica	82	88,4% bajo rendimiento académico 48,8% repetidores 36,6% conductas disociales
Carrasco (2014)	Comunitaria	72	90,7 % fracaso escolar (abandono y expulsiones)

Sancho (2016)	Comunitaria	3.062	21,2% familias describen fracaso escolar en su hijo/hija 38% dificultades con las figuras de autoridad 30,5% comportamientos disruptivos en aula 36,5% absentismo 52,9% bajo rendimiento académico
Sancho (2016)	Comunitaria	296	37,3% comportamientos disruptivos 49,7% absentismo 63,9% bajo rendimiento académico
Zuñeda et al. (2016)	Comunitaria	34	73,5% repetidores 8,8% no escolarizados

2.2 Características de las familias víctimas

2.2.1 Características sociodemográficas.

2.2.1.1 Dirección de la agresión.

La agresión de los hijos puede ir dirigida tanto hacia las madres como hacia los padres, en exclusividad, pero también hacia ambos o hacia otros familiares (hermanos, abuelos, tíos, parejas de los progenitores...).

El sexo de las víctimas de violencia filio-parental es la variable en la que existe mayor consenso entre las distintas investigaciones dedicadas al estudio de este fenómeno. Los resultados de la mayor parte de los estudios nacionales e internacionales, indican que la madre es la principal perjudicada de la violencia filio-parental, ya sea biológica o

adoptiva, sea sola o en compañía de otros miembros de la familia, con cifras que rondan en ocasiones más del 70% (Aroca, 2010; Asociación Altea, 2008; Bobic, 2002; Brezina, 1999; Cornell y Gelles, 1982; Cottrell y Monk, 2004; Evans y Warren-Sohlberg, 1988; Gallagher, 2004; Garrido, 2005; Harbin y Madden, 1979; Huguley y Agnew, 1989; Holt, 2013; Ibabe, 2007; Melero et al., 2005; Pagani et al. 2003; Pelletier y Coutu, 1992; Sempere et al., 2007). Incluso las madres son quienes tienen más probabilidad de sufrir maltrato físico grave (Robinson et al., 2004). En algunos casos el porcentaje de padres al que se dirige el maltrato es nulo.

De forma extraordinaria, apenas se encuentran estudios que concluyan que la agresión se dirija al padre en exclusividad (Peek et al., 1985). No obstante, varios estudios indican que el maltrato de los hijos se dirige con mayor frecuencia hacia ambos padres (Calvete et al., 2011; Gallagher, 2008; Ibabe et al., 2011; Kethineni, 2004; Nock y Kazdin, 2002; Perera, 2006; Romero et al., 2005; Walsh y Krienert, 2007). A veces, la violencia se llega a generalizar a otros miembros de la familia. Cochran et al. (1994), Romero et al. (2005), Rechea et al. (2005), Ibabe et al. (2005), entre otros, incluyen en sus resultados la violencia ejercida a hermanos y abuelos.

Tabla 10. Estudios nacionales e internacionales respecto a la dirección de la Violencia Filio-Parental

DIRECCIÓN DE LA AGRESIÓN			
	Madre	Padre	Ambos
MUESTRA COMUNITARIA			
Nacional			
González et al. (2010)	41,5%	4,2%	44,7%
González et al. (2011)	35,4%	-	64,6%
Castañeda et al. (2012)	100%		14,3%
Carrasco (2014)	56,9%	4,2%	38,9%
Morán (2013)	96,6		91,1

Internacional			
Agnew y Huguley (1989)	6,4%	3,1%	
Cornell y Gelles (1982)	11%	8%	
Peek et al. (1985)	2-6%	5-8%	
Paulson et al. (1990)	47,1%	31,1%	
Browne y Hamilton (1998)	8,5%	6,1%	
Ulman y Strauss (2003)	20%	13%	
Jackson (2003)	100%		
MUESTRA CLÍNICA			
Nacional			
Perera (2006)	90,6%	3,1%	
Internacional			
Dugas et al. (1985)	55,5%	44,5%	
Honjo (1988)	73%	26%	
Monk (1997)	83%	17%	
Laurent y Derry (1999)	45,5%	9%	45,5%
Nock y Kazdin (2002)	93,4%	2,7%	
Cottrell y Monk (2004)	94%	6%	
Gallagher (2004)	98%	16%	
Hellin, Cooper y Bourdin (2004)	100%		
McKema (2006)	92%	8%	
Gallagher (2009)	76%	3%	
Haw (2010)	21%		21%
Gallagher (2011)	73%	2%	
MUESTRA JUDICIAL			
Nacional			
Romero et al. (2005)	87,7%		15,5%
Ibabe et al. (2007)	67%	5%	15%
Sánchez-Heras (2008)	56,5%	5,9%	36,5%
Rechea et al. (2008)	26,3%	0%	16%

Altea-España (2008)	56,1	5	18,7
Ibabe et al. (2009)	62%	5%	15% 18% (otros)
Martínez-Pastor (2017)	43%	2%	9%
Díaz (2012)	100%		53%
Internacional			
Evans y Warren- Sholberg (1988)	49%	16%	
Cochran et al. (1994)	85%	14%	
Kethineni (2004)	74%	26%	
Daly y Nancarrow (2007)	66%	33%	
Gebo (2007)	52,4%	9,5%	
Walsh y Krienert (2007)	70,5%	29,5%	
Walsh y Krienert (2009)	71,9%	28,1%	
Routt y Anderson (2011)	72%	28%	

La principal limitación que encontramos en los datos aportados es que los estudios generalmente no aclaran si el porcentaje que señalan de cada progenitor se refieren exclusivamente a la violencia ejercida sobre ese padre o junto con otros familiares.

Morán (2013) explica que a pesar del consenso al respecto del sexo de los progenitores que sufren violencia filio-parental, hay estudios que discrepan de ello. Esta autora analiza los distintos resultados a razón de la metodología utilizada. De forma similar a lo descrito en el apartado del sexo de los menores agresores, cuando la base de datos es clínica o judicial se observa una mayor diferencia respecto a la agresión que reciben las madres respecto a los padres, divergencia que no se aprecia cuando los datos se extraen del ámbito comunitario, incluso los resultados son contrarios siendo los padres los principales perjudicados (Peek, 1985).

Por otro lado, es destacable el hecho de que a pesar de ser la madre el principal foco de las agresiones de sus hijos, paradójicamente ella es por la que sienten más afecto

(Rodríguez-Martín, 2014). En este sentido, Sempere et al. (2007) demostró como la hostilidad que sentían hacia el padre, o quien ejerciera su rol, se dirigía hacia la progenitora a pesar de reconocer sentirse más queridos por estas. Castañeda (2014; citado en Jiménez, 2017) describe como los menores de su estudio percibían al padre “con mano dura” y a la madre “buena, fuente de apoyo y ayuda” considerando como consecuencia de esta victimización el hecho de ser la que más cariño da.

Distintos autores han intentado aportar una explicación a la realidad de por qué la madre es la principal víctima de la violencia filio-parental (Bertino et al., 2011; Gallaguer, 2004; Ibabe et al., 2007; Kennair y Mellor, 2007; Thompson, et al., 2002; Walsh y Krienet, 2009):

- Las maneras que cada sexo tiene de enfrentarse a la violencia, mostrando los varones conductas más externalizantes y las mujeres más internalizantes (Contreras y Cano, 2014; Gámez-Guadix y Calvete, 2012).
- Las pautas de crianza de las madres hacia sus hijos/as, con mayor dedicación hacia ellos. La madre puede ser la principal (y a veces la única) responsable de la educación de los hijos, lo que comporta mayor probabilidad de enfrentamientos con ellos (Patterson, 1982; Synder y Patterson, 1995)
- La influencia de los procesos de socialización, estando la mujer en posición de inferioridad frente al rol masculino. Los jóvenes aprenden que controlar y dominar a las mujeres es aceptable.
- El tipo de familia (monoparentales – biparentales).
- Aprendizaje observacional de la conducta del padre hacia la madre. Cuando se ha sido testigo de violencia de género, en ocasiones los/las adolescentes representan el papel del padre violento. Los hijos imitan e interiorizan los modelos de relación observados, así como también aprenden a legitimar la violencia como medio para la consecución de objetivos (Cottrell y Monk, 2004).

Tabla 11. Factores explicativos de la frecuencia de agresiones a la madre (Gallagher, 2004)

▪ Las madres generalmente son físicamente más débiles que los padres.
▪ Es menos probable que se defiendan ante las agresiones.
▪ En familias monoparentales, los hijos habitualmente suelen vivir con las madres.
▪ Las madres pasan más tiempo con sus hijos.
▪ Es más probable que las madres hayan vivido situaciones de maltrato.
▪ Existen prejuicios sociales que permiten a los hombres sentirse superiores a las mujeres.
▪ Las mujeres han vivido más situaciones de abuso que los hombres.
▪ Las madres tienden a sentirse culpables o responsables del mal comportamiento de sus hijos.
▪ Por lo general las mujeres son menos asertivas tanto de disciplina como de afecto (aunque también menos agresivas).
▪ Las agresiones de las hijas es una forma de alejarse de la imagen de vulnerabilidad de las madres, los padres se perciben como duros y dominantes.
▪ Generalmente, las madres siguen siendo las principales cuidadoras y responsables de la crianza de los hijos, culpándose de la conducta negativa que estos llegan a emitir.

Entre todas las posibles causas reseñadas anteriormente, la hipótesis de la bidireccionalidad es una de las más estudiadas, la cual explica la violencia filio-parental como una respuesta aprendida, por haber sido testigo de maltrato durante la infancia o víctima directa de ella. Esta situación se entiende como un importante factor de riesgo del comportamiento agresivo hacia los progenitores ya que el sujeto la interioriza como forma adecuada de resolver los conflictos. Tanto autores nacionales como internacionales son referentes en este sentido (Meredith , Abbot y Adams, 1986; Bragg, 2003; Bravo, 2009; Calvete, Orúe, y Sampedro, 2011; Cornell y Gelles, 1982; Cottrell y Monk, 2004; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Gewirtz y Eldenson, 2004; Hartz, 1995; Ibabe, 2015; Ibabe y

Jaureguizar, 2011; Kennedy et al., 2010; Kratcoski, 1985; Laurent y Derry, 1999; Mahoney y Donnelly, 2000; Margolin y Gordis, 2004; McMahon et al, 2012; Montero Gómez, 2006; Orue y Calvete, 2012; Pagani et al., 2004; Patró y Limiñana, 2005; Osofsky, 1999; Paulson, et al., 1990; Peek et al., 1985; Ulman y Straus, 2003; Villar, Luengo, Gómez y Romero, 2003; Wilson, Stover, y Berkowitz, 2009).

Muchos de los menores que son violentos con sus padres pueden haber experimentado la agresividad en el hogar de forma directa o indirecta (Hong, Kral, Espelage y Allen-Meares, 2012; Routt y Anderson, 2011). En el primer caso, la conducta agresiva se debe a una reacción por las agresiones previas sufridas, en el segundo se interioriza la agresividad por aprendizaje social (Bandura, 1977), teoría que puede explicar esta conducta.

El ser víctima de malos tratos explica la violencia filio-parental como defensa propia, como defensa a la madre ante el agresor, otras veces se agrede a quien considera que debiera haberle protegido y no lo hizo (Cottrell, 2004; Eckstein, 2004; Gallagher, 2004; Kennair y Mellor, 2007; Routt y Anderson, 2011).

Al ser testigos de violencia de género, los niños aprenden a comportarse violentamente a través de la observación y de la experimentación directa de las conductas provenientes de sus progenitores, llegando a interiorizar creencias sobre la violencia y modelos comportamentales agresivos (Pons y Del Barrio, 1995).

Por tanto, los menores que emiten violencia filio-parental han aprendido que la violencia es útil para sobrevivir o para eliminar la tensión que producen los conflictos o desacuerdos (Pereira y Bertino, 2009). Asimismo, los jóvenes pueden llegar a extender esta actitud a las futuras relaciones de pareja que mantengan (McKloskey y Lichter, 2003).

Gallagher, (2004) alerta de victimizar a estos jóvenes por lo que han vivido, lo que puede excusarles de su responsabilidad y sentir que su comportamiento está justificado, culpando por ello a los progenitores exclusivamente, quienes consciente del inadecuado desempeño de ejercer la disciplina evitan corregirlos, minimizando así la gravedad de la conducta agresora.

2.2.1.2 *Edad de los progenitores víctimas de Violencia Filio-Parental*

La edad de los padres que son víctimas de violencia filio-parental es otra de las variables en la encontramos resultados contradictorios, motivado por la escasez de estudios empíricos en torno a la violencia filio-parental (Morán, 2013).

Algunos trabajos señalan que los padres mayores, consecuencia de una parentalidad tardía, son más propensos a sufrir agresiones de sus hijos adolescentes (Harbin y Madden, 1979; Wells, 1987). A estos padres los autores los consideran padres “añosos” (Cottrell y Monk, 2004; Dugas et al., 1985; Kumagai 1981; Livingston 1986; Peek et al. 1985; Pereira y Bertino, 2009). Por tanto, la edad avanzada supone un factor de riesgo de sufrir violencia filio-parental, posiblemente debido al mayor vigor físico que comparativamente tienen los hijos respecto a sus progenitores (Aroca, et al., 2012; Wells, 1987).

Hay estudios que sitúan una edad concreta como más prevalente de sufrir violencia filio-parental. Los diferentes trabajos fijan rangos de edad donde la manifestación de este fenómeno es más común (Romero et al., 2005; Edenborough et al., 2008; Sancho, 2016).

La mayor parte de los estudios marcan la década de los 40 como la edad más proclive de sufrir violencia filio-parental (Agnew and Huguley, 1989; Holt, 2013; Morán, 2013; Stewart, Burns y Leonard, 2007; Walsh y Krienert, 2007). Esta edad suele coincidir habitualmente con el momento en el que los padres de esta edad tienen a sus hijos en plena adolescencia (Holt, 2013; Morán, 2013). Es cierto que, en épocas anteriores, los padres cuando tenían a sus hijos adolescentes, ellos eran más jóvenes para afrontar este momento, si bien no hay datos que demuestren que lo hicieran mejor o que tuvieran menos enfrentamientos.

2.2.1.3 *Hermanos*

Apenas existen estudios que relacionen el puesto que ocupa cada hermano con la violencia filio-parental. Tanto la literatura nacional como internacional consultada refiere que los menores que maltratan a sus padres suelen tener hermanos. El estudio de González *et al.* (2011) establece un 84,1% frente al 15,9% de hijos únicos. A su vez diferentes

estudios señalan que suelen ser los primogénitos los agresores (Dugas, Mouren y Halfon, 1985; Romero et al, 2005, Rechea y Cuervo, 2009; Rechea et al., 2008; Sempere et al., 2007; Ibabe et al., 2007). Los hijos mayores en los casos de violencia filio-parental serían los dueños de la casa, dominando a padres y hermanos mediante el ejercicio de conductas de poder y control.

2.2.1.4 Estatus socio-económico

Parece ser que existe un consenso en las investigaciones realizadas, en cuanto a que podemos encontrar violencia filio-parental en todos los estamentos sociales y en todo tipo de familias con mayores o menores recursos económicos (Agnew y Huguley, 1987; Calvete et al., 2011, 2013; Coogan, 2011; Cornell y Gelles, 1982; Eckstein, 2004; Gelles, 1985; Hong et al., 2012; Kennair y Mellor, 2007; Pereira, 2006; Rechea et al., 2008; Rechea y Cuervo, 2010; Routt y Anderson, 2011; Wells, 1987). La violencia filio-parental no está relacionada con situaciones socioeconómicas desfavorecidas como en un principio cabría pensar. Asimismo, se afirma que puede darse en cualquier grupo cultural o étnico (Cottrell, 2004).

Varias investigaciones concluyen que los hijos maltratadores provienen de familias de clase alta (Agnew y Huguley, 1987; Cornell y Gelles, 1981; Cottrell 2004; Eckstein, 2004; Dugas et al., 1985; Ibabe et al. 2007; Kumagai, 1981), si bien otros confirman lo contrario, que proceden de clase baja (Cottrell y Monk, 2004; Ridaura, 2014; Stewart et al., 2007), pero según la revisión realizada por Sancho (2016), es la clase media la más prevalente (Calvete et al., 2011; Romero et al., 2005).

Como ocurre en otras variables ya estudiadas, esta disparidad puede estar determinada por el tipo de metodología utilizada, de manera que los resultados pueden variar a razón de la selección de las muestras. En este sentido, cuando las bases de datos provienen de instancias judiciales, las familias de los menores presentan con mayor frecuencia un bajo o medio nivel socioeconómico, ya que posiblemente las familias con mayores posibilidades económicas evitan denunciar por el estigma social que conlleva, acudiendo a recursos privados para buscar solución al problema (Rechea et al., 2008). Cuando las muestras son comunitarias, entonces podemos encontrar que las familias pertenecientes a cualquier estrato social pueden ser víctimas de violencia filio-parental.

Aunque la violencia filio-parental puede estar presente en cualquier hogar, sin embargo, las causas de su presencia en los distintos estratos sociales pueden ser diferentes.

- Si la relacionamos con el estilo educativo, en las familias más favorecidas algunos trabajos sugieren que los padres se muestran más permisivos, incluso indulgentes ante las conductas desafiantes de sus hijos, provocando una falta de asunción de las normas educativas (Martínez-Pastor, 2017). No obstante, como factor de protección las familias más acomodadas recurren a utilizar el razonamiento, permitiendo a sus hijos más libertad de elección y autonomía, mostrando estilos de crianza igualitarios, expresando afecto positivo hacia los niños y apoyo cognitivo y académico (Gecas, 1979; Hess, 1970; citados en González, 2012). Las familias más desfavorecidas suelen utilizar un estilo educativo más autoritario para controlar la conducta de sus hijos, con menos refuerzos positivos y menor estimulación verbal y cognitiva, siendo poco eficaces en la disciplina (Patterson et al., 1989).
- Por otro lado, la inestabilidad económica se relaciona con la inestabilidad laboral y habitualmente, esto conlleva bajos ingresos económicos, lo cual puede afectar negativamente a la estabilidad familiar y por ende a la convivencia. El hecho de disponer de dinero suficiente para satisfacer las necesidades básicas de la familia y convivir de forma armoniosa, son dos aspectos que en muchas ocasiones se encuentran interrelacionados (Martínez-Pastor, 2017), pues los problemas económicos pueden alterar el estado de ánimo tanto de los padres y el clima familiar, generando situaciones de ansiedad, depresión e irritabilidad, que además de limitar unas pautas adecuadas de crianza, a su vez pueden desencadenar situaciones de violencia doméstica en general y ascendente en particular.

Otro aspecto importante a tener en cuenta y relacionado con el anterior, no es sólo la ocupación laboral en sí misma, sino el grado de satisfacción logrado en el puesto de trabajo, lo cual permite que las personas vivan de manera más adaptativa su día a día, repercutiendo este factor en el ámbito familiar (Martínez-Pastor, 2017).

2.2.2 Influencia del estilo educativo familiar en la violencia filio-parental.

La familia se constituye como un contexto social básico donde los niños comienzan a entender cómo es el mundo, el porqué de las relaciones sociales, así como a configurar un sistema de valores personales y una identidad propia (Castañeda, 2014).

Terceño (2017) recuerda que la socialización familiar no debe considerarse un proceso unidireccional de padres a hijos, aunque son estos los más influyentes, todos los miembros de la familia forman parte, destacando el papel principal de los propios hijos e hijas quienes, ya sea por su temperamento o por la influencia de los distintos agentes externos, los que determinan que la socialización familiar sea ante todo de carácter bidireccional. A su vez, se trata de un proceso interactivo, más dinámico y complejo de lo que pueda parecer y en constante evolución, en el que destacan dos aspectos fundamentales: un aspecto de contenido (lo que se transmite) y un aspecto formal (cómo se transmite). Es decir, se transmite el sistema de valores tanto de los progenitores como del entorno sociocultural, mediante las pautas de crianza que regulan la conducta de los hijos.

En el estilo parental, son las actitudes y creencias que conforman el contexto en el que se dan las prácticas parentales, las conductas específicas que los padres usan para socializar a sus hijos (Darling y Steinberg, 1993) y crear un clima emocional favorecedor del bienestar y desarrollo de los niños. Los tipos de estilos parentales se conforman mediante la combinación de las prácticas parentales específicas.

Es muy amplia la literatura que describe los distintos tipos de estilos educativos. Baumrind (1967, 1968, 1971), identifica tres tipos basándose en el control parental:

- *Estilo autorizativo o democrático*, en el que padres y madres intentan controlar la conducta de sus hijos e hijas a través de la razón, más que de la imposición, fomentando la autonomía y expresando afectividad. Los niños tienden a mostrar buena autoestima, conductas prosociales y se configura como un importante factor de protección de problemas de conducta (Baumrind, 1977; Griffin, Botvin, Scheier, Díaz y Miller, 2000; Otiz et al., 1993).

- *Estilo autoritario*, cuando padres y madres se centran en la obediencia y limitan la autonomía del hijo o hija, se muestran rígidos y pueden comportarse de forma violenta, sin apenas dar muestras de apoyo, pudiendo desencadenar respuestas agresivas en los hijos al llegar a la adolescencia (Becoña, 2003; Echeburúa 1988).
- *Estilo permisivo*, cuando padres y madres no ejercen prácticamente ningún tipo de control sobre sus hijos e hijas y les confieren un grado muy elevado de autonomía. Los niños pueden ser impulsivos, agresivos, y con dificultades en el área social y para asumir responsabilidades (Becoña, 2003).

Posteriormente, hacia los años 80, se establece la dimensión del afecto y apoyo emocional de los padres en combinación con los estilos educativos comentados anteriormente.

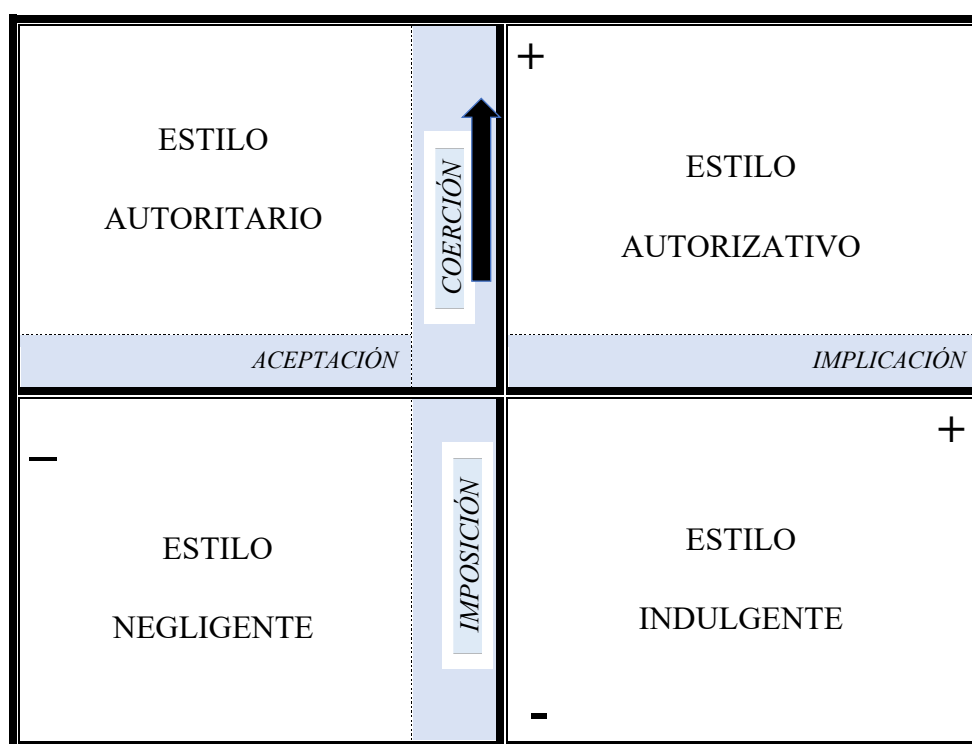
En nuestro país y en la misma línea, Musitu y García (2001) establecen una tipología de cuatro estilos de socialización en función de las dimensiones implicación/aceptación y severidad/imposición: (véase figura 6)

- *Estilo autorizativo*: se caracteriza por una alta aceptación/implicación y una alta severidad/imposición. En este caso los padres muestran a sus hijos su agrado cuando se comportan adecuadamente y les transmiten su aceptación como personas, pero cuando la conducta es inadecuada pueden combinar la utilización del diálogo y el razonamiento con el control y la coerción. Tratan de coaccionarle (física y/o verbalmente) para que no vuelva a realizar esa conducta.
- *Estilo indulgente*: se caracteriza por una alta implicación y aceptación del hijo y una escasa severidad/imposición. Estos padres son comunicativos con sus hijos, pero cuando se comportan de manera incorrecta, suelen utilizar únicamente el diálogo y el razonamiento como forma para establecer límites a la conducta de sus hijos, sin coerción ni imposición de normas.
- *Estilo negligente*: se caracteriza por pobre aceptación del hijo, poca implicación en su conducta y bajo nivel de severidad e imposición de las normas. Se caracteriza por la escasez tanto de afecto como de límites. Ante un comportamiento adecuado se mantienen indiferentes, y cuando transgreden las

normas no dialogan con ellos ni restringen su conducta. Son padres poco afectuosos que apenas supervisan.

- *Estilo autoritario*: se caracteriza por baja aceptación/implicación y alta severidad/imposición. Estos padres son muy exigentes con sus hijos. Se muestran indiferentes ante las conductas adecuadas y muy poco atentos y sensibles a sus necesidades y deseos. Esos padres dan gran importancia a la obediencia e intentan controlar la actitud de sus hijos sin atender a sus demandas.

Figura 6. Modelo bidimensional de socialización. Fuente Musitu y García (2001)



Actualmente, una de las principales áreas de estudio en el ámbito de las relaciones filio parentales es determinar qué estilo educativo, así como las prácticas de crianza que le son propias, se relaciona con el mejor ajuste psicosocial de los hijos (Berns, 2011; García y Gracia, 2010). La literatura afirma que tanto las prácticas educativas abusivas y basadas en el poder, como las que están carentes de afecto se constituyen en factores de riesgo relevantes para el bienestar psicológico del menor (Kolko y Kazdin, 1990; Goldberg, 1990; Mann y Mackenzie, 1996; Ramírez, 1999, 2002).

En estudios anglosajones, existe consenso en considerar que el estilo autorizativo es el que se relaciona con el mejor ajuste psicosocial de los hijos y el estilo negligente con el peor, encontrándose en una posición intermedia los estilos autoritarios e indulgentes (Steinberg, Lamborn, Darling, Mounts y Dornbusch, 1994; Steinberg, Lamborn, Dornbusch y Darling, 1992). Aunque estos resultados se ven corroborados por otras investigaciones, también se encuentran estudios que los contradicen debido a que parece que no existe un estilo de socialización parental óptimo y universal, sino que está en función de valores propios de cada cultura (Gómez-Espino, 2013; Gavazzi, 2013).

Si nos centramos en la violencia filio-parental, interesa identificar cuál o cuáles son los estilos educativos que se relacionan con el hecho de que los menores ejerzan conductas agresivas hacia sus padres, pues tanto la investigación como la creencia popular, han señalado las pautas educativas y normativas como el factor principal que determina la presencia de este fenómeno.

La literatura describe ciertos estilos educativos que predisponen a la presencia de la violencia filio-parental. Sánchez (2008) señala a los padres sobreprotectores, demasiado permisivos e incoherentes como responsables de este tipo de conductas. Sin embargo, otros autores determinan el estilo autoritario basado en medidas punitivas, con la presencia del castigo físico y ausencia de afecto, como el estilo que con mayor probabilidad condiciona la presencia de agresiones hacia los progenitores (Cornell y Gelles, 1982; Cottrell y Monk, 2004; Kratcoski, 1985; Pagani et al., 2004). No obstante, algunos autores han relacionado el estilo autoritario en ausencia de castigo físico, como un método eficiente para evitar conductas antinormativas (Cottrell y Monk, 2004; Ulman y Straus, 2003).

Otros estudios específicos sobre violencia filio-parental establecen pautas de crianza asociadas a formas de educar como predictoras de la agresión de los menores a sus padres (González-Álvarez 2012), como son:

- Escasa supervisión: los menores gozan de amplia autonomía y libertad y se les evita que asuman las consecuencias de sus actos, a la vez que se sienten inmunes, no saben enfrentarse a las dificultades que le vienen. Esto puede desencadenar la aparición de conductas violentas (Charles, 1986; Cottrell, 2001a; Haw, 2010;

Laurent y Derry, 1999; Wilson, 1996) en un intento de tomar el control de sus vidas (Sancho, 2016).

- Alta sobreprotección: los menores se rebelan ante el excesivo control parental en la búsqueda de su autonomía, pudiendo dar lugar a la aparición de comportamientos agresivos (Laurent y Derry, 1999).
- Cambio de rol: cuando los adolescentes asumen el papel parental, aceptan una carga abrumadora que les puede llevar a responder con violencia (Laurent y Derry, 1999) ante una responsabilidad que no son capaces de manejar (Harbin y Madden, 1979).
- Incoherencias educativas entre los progenitores: los desacuerdos pueden potenciar o iniciar la violencia filio-parental (Cottrell y Monk, 2004; Roperti, 2006). Estas discrepancias facilitan que el menor se acerque al progenitor que ceda ante sus intereses, y se enfrente al otro que es más permisivo.

Los autores más relevantes que han relacionado la influencia de los estilos educativos con la violencia filio-parental han sido:

- Paulson et al., (1990): concluye que tanto los padres como las madres que son agredidos por sus hijos utilizan en mayor proporción una disciplina más permisiva (27% padres, 25% madres). Sin embargo, no encuentran resultados significativos que relacionen la violencia con el estilo autoritario.
- Peek et al. (1985): establecen 4 estilos de crianza que se relacionan con la violencia filio-parental: el estilo punitivo y estricto; estilo estricto, pero no punitivo; estilo ni punitivo ni estricto; y estilo violento. Encontraron una clara relación entre los estilos “violento” y “punitivo, pero no estricto” (arbitrario y sin normas claras) y la violencia filio-parental.
- Romero et al. (2005) e Ibabe et al. (2007): diferencian entre estilo adecuado, autoritario, permisivo y negligente. Concluyen que el estilo educativo más frecuente para las madres era el permisivo, seguido del negligente; si bien en los padres se caracterizan por ser negligentes, seguido de permisivos y autoritarios. En ambos estudios destaca el alto porcentaje de familias con *discrepancias educativas*. El 65% y 53%, respectivamente.

- Sempere et al. (2007): concluyen que los padres no se interesan por las necesidades básicas de sus hijos.
- Sánchez (2008): compara a ambos progenitores y distingue 5 estilos educativos: autoritario, permisivo, sobreprotector, negligente e incoherente. Señala que los padres utilizan principalmente el estilo autoritario (28,4%) frente a las madres (2,4%). Las madres tienden a ser más permisivas (34,5%) que los padres (17,9%). Ambos progenitores utilizan el estilo incoherente en proporciones similares, siendo el segundo tipo de estilo más frecuente en ambos padres (28,4% padres, 29,8% madres), seguido del estilo negligente con un 23,9% en los padres y un 19% en las madres. Por tanto, las madres son las más permisivas e incoherentes, y los padres, más autoritarios e incoherentes.
- Rechea et al. (2008): establecen que los estilos parentales, por orden de mayor a menor frecuencia, son inconsistentes (31,5%), permisivos (15,1%), autoritarios (8,2%) y violentos (13%). En un estudio posterior Rechea y Cuervo (2010) encuentran que el principal estilo educativo en los casos donde existe violencia ascendente es el inconsistente (58,8%), seguido de padres sobreprotectores (11,8%), autoritarios (5,9 %) y permisivos (5,9%).
- Calvete et al. (2011): concluye que en los hogares donde aparece violencia filio-parental predomina una baja supervisión del padre y ausencia de castigos físicos y psicológicos por parte de la madre.
- Bertino et al. (2011): afirman que la permisividad es el estilo principal que ejercen los padres que sufren violencia filio-parental.
- Gámez-Guadix et al. (2013): diferencian entre el estilo democrático, negligente, autoritario e indulgente. Observan que el estilo negligente se relaciona con el abuso físico y verbal, y el autoritario con una mayor probabilidad de abuso verbal.
- Rodríguez-Martín (2014): señala que un 41,2% corresponde al estilo permisivo-indulgente de los progenitores hacia las hijas. El estilo autoritario del padre principalmente se dirige a los hijos (14,7%) y el de la madre hacia las hijas (11,8%). Los padres tienen una actitud más democrática con las hijas (5,9%) que con los hijos (2,9%). Y destaca, la ambivalencia en la crianza de las hijas por parte de la madre en un 14,7% de los casos.

Podemos resumir que los diversos estudios relacionan el *estilo permisivo, bien liberal o inconsistente*, como el más frecuente en los casos de violencia filio-parental (Agnew y Huguley, 1995; Contreras y Cano, 2014; Ibabe et al., 2007; Hong et al., 2007; Kennair y Mellor, 2007; Micucci, 1995; Pereira y Bertino, 2009; Rechea et al., 2008, Romero et al., 2005), seguido del *estilo autoritario* (Calvete et al., 2011; Hong et al., 2007; Romero et al., 2005) y del *ausente-negligente* (Calvete et al., 2011; Ibabe et al., 2007; Rechea et al., 2008; Romero et al., 2005; Roperti, 2006).

Sancho (2016), señala que en cuanto el estilo sobreprotector y democrático, apenas hay datos, a pesar de ser mencionados en las investigaciones. Sí existe acuerdo sobre el factor protector del afecto. Por lo que podría confirmarse que la expresión de afecto por parte de los progenitores protege frente a la violencia filio-parental (Gámez-Guadix et al., 2012; Musitu y García, 2004).

Aunque parece que ha quedado clara la influencia de un estilo educativo inadecuado en la aparición de la violencia filio-parental, algunos autores no han encontrado relación entre estos dos factores (Rechea y Cuervo, 2010; Widom, 1992).

2.2.3 Influencia del modelo de familia en la violencia filio-parental.

Las familias han ido evolucionando al mismo ritmo de la sociedad, por lo que se han ido transformando y diversificando con el paso del tiempo en nuevos tipos de familia que se adaptan a nuestro estilo de vida.

Actualmente, convivimos en nuestra sociedad con los siguientes tipos de familia:

- Familia nuclear o biparental, conformada por madre, padre y sus hijos biológicos.
- Familia monoparental, cuando solo la madre o el padre se hace cargo de la unidad familiar. Aunque el motivo principal para formar este tipo de familia es la separación o el divorcio, hoy en día, muchas mujeres están optando por tener hijos sin una pareja, a través de métodos de reproducción asistida.
- Familia adoptiva, cuando una pareja establecida decide adoptar un hijo.

- Familia de padres separados, a diferencia de las monoparentales, los dos padres siguen cumpliendo con su compromiso ante la crianza de sus hijos y comparten funciones.
- Familia reconstituida, está compuesta de varias familias nucleares. Los hijos conviven con su madre y su nueva pareja, y/o al mismo tiempo con la nueva pareja de su padre y los hijos de esta.
- Familia homoparental, se caracteriza por tener a dos padres o madres homosexuales.
- Familia compleja, cuando varios miembros de la familia extensa conviven y asumen la crianza de los hijos.

Las investigaciones sobre el fenómeno que nos ocupa discrepan en sus resultados, al igual que ha ocurrido en el estudio de otras variables, de manera que no podemos concluir exhaustivamente que la pertenencia a un tipo de familia u otro garantice la violencia filio-parental.

Algunos estudios confirman que el pertenecer a una familia monoparental condiciona una mayor presencia de casos de agresiones de hijos a padres (Agnew y Huguley, 1989; Carrasco, 2014; Contreras y Cano, 2014; Cottrell, 2001; Cottrell y Monk, 2004; Gallagher, 2004; Ibabe et al., 2007; Ibabe y Jaureguizar, 2009; Romero et al., 2005; Routt y Anderson, 2011; Stewart et al., 2007; Ulman y Straus, 2003). Tal y como hemos comentado anteriormente, uno de los principales motivos de esta configuración familiar es la separación o divorcio entre los progenitores, lo cual no es problema en sí mismo para que los menores desarrollen conductas inadecuadas hacia los padres, sino la cantidad de ajustes que se producen en la familia como consecuencia de ello, perjudicando las relaciones filio-parentales (Pagani et al., 2003).

Otros trabajos señalan lo contrario, siendo las familiares biparentales donde existe mayor violencia filio-parental (Calvete et al. 2013; Evans y Warren- Sohlberg, 1988; Laurent y Derry, 1999; Pagani et al., 2003; Perera, 2006; Rechea et al., 2008; Romero et al., 2005; Stewart et al., 2007).

Son pocos los estudios que reflejan el riesgo de las familias adoptivas de padecer violencia filio-parental. Sin embargo, estos menores adoptados pueden llegar a manifestar

violencia por razones biológicas y experiencias vividas, principalmente cuando proceden de familias altamente desestructuradas con presencia de desamparo y maltrato. Estas vivencias pueden dificultar un adecuado ajuste social y el desarrollo de un apego apropiado (Laurent y Derry, 1999; Selwyn Wijedasa, y Meaking, 2014; Royo, 2014; Urra, 2006; Urra et al., 2015).

También debemos mencionar varios estudios, donde no se ha hallado una relación significativa entre la estructura familiar y la violencia filio-parental (Agnew y Huguley, 1989; Harbin y Madden, 1979; Peek et al., 1985; Peterson et al., 2002).

2.2.4 Psicopatología de los progenitores y consumo de sustancias de los progenitores

Son numerosas las investigaciones que consideran la presencia de psicopatología en los padres asociada a problemas de conducta en los menores (Costello, Farmer, Angold, Bums y Erkanli, 1997; Wasserman et al., 2003). En esta línea, se ha observado una amplia variabilidad de posibles problemas en los progenitores, que van desde la presencia de comportamientos antisociales, al abuso de sustancias o la presencia de sintomatología psiquiátrica. Si bien, no siempre estas circunstancias se explican por las vivencias de abuso por parte de los hijos, no pudiendo discernir si realmente son causas o consecuencias de la presencia de violencia filio-parental.

Tanto las adicciones de los progenitores como los problemas de salud mental afectan a las habilidades para gestionar la familia y a las pautas de crianza implícitas, alterando la comunicación intrafamiliar y desencadenando altos niveles de estrés familiar que incrementan los problemas de relación. Esta circunstancia facilita el establecimiento de patrones coercitivos en el hogar y la aparición de violencia filio-parental (Browne y Hamilton, 1998; Ibabe, 2007; Pagani et al., 2004; Pagani et al., 2009). Se ha demostrado cómo las cogniciones negativas que caracterizan a los procesos depresivos inciden en la calidad de las pautas de crianza de las madres, la evitación de los conflictos y el aislamiento, favoreciendo así un peor ajuste en los menores (Weaver, Shaw, Dishion, Thomas y Wilson, 2008).

Cottrell y Monk (2004) consideran que cuando existen problemas de salud mental en los padres, el nivel de conflicto familiar es superior, debido al resentimiento que sufren los menores al verse obligados a adoptar el papel de cuidadores. Romero et al. (2005), hallan un 13,8% de los progenitores con problemas psicopatológicos, principalmente en las madres, y un 8,6% con problemas de adicciones, con mayor incidencia de alcohol en los padres. Ibabe et al. (2007), encuentran psicopatología en el 8,4% los padres y en un 8,6% problemas de adicciones. Según esta autora, los problemas de salud mental pueden afectar muy negativamente en las relaciones entre padres e hijos, pero no parece ser de los factores más importantes en la violencia filio-parental.

La Asociación Altea-España (2008), informa de un 26% de padres con adicción a sustancias tóxicas, así como un 14% de madres con problemas psicológicos. Sánchez (2008) pone de manifiesto, que un cuarto de los progenitores tiene problemas de consumo de sustancias tóxicas, concluyendo también, que son las madres las más afectadas de problemas emocionales, en un 23,5%. Y Rechea y Cuervo (2010), en consonancia con los estudios anteriores establecen que la adicción a las drogas es más frecuente en los padres (28,6%), mientras que las madres sufren en mayor proporción problemas psicopatológicos (66,7%).

“La violencia es el último recurso del incompetente”

Isaac Asimov

***CAPÍTULO III:
MODELOS EXPLICATIVOS DE LA
VIOLENCIA FILIO-PARENTAL***

Para un mayor conocimiento de la violencia filio-parental, se hace necesario una explicación que permita entender las variables que predisponen a la aparición del fenómeno (Fernández-Méndez, 2015).

Son escasas las teorías específicas que pretenden explicar la violencia filio-parental, aunque dado el creciente interés sobre el tema, algunos autores sí han formulado modelos específicos para explicar sus causas (Martínez, 2017). Generalmente, para su comprensión se ha recurrido a modelos sobre la violencia general, la violencia de género y/o la delincuencia juvenil, ya que comparten variables semejantes, si bien no parece que estas teorías explicativas sean lo suficientemente válidas (Sancho, 2015). También algunos investigadores han propuesto qué teorías son las que pueden explicar la violencia filio-parental, pero sin realizar estudios específicos del fenómeno apoyados en el modelo explicativo propuesto (Aroca, Bellver y Alba, 2012). En este sentido, la Teoría del Aprendizaje Social de Bandura (1971), la Teoría de la Coerción Recíproca de Patterson (1982), el Modelo Sintomático de Micucci (1995) y el Modelo Procesual, son ejemplos de modelos explicativos, cuyo origen no guarda relación directa con la violencia filio-parental. Mientras que el Modelo Ecológico Holístico de Cottrell y Monk (2004), y el Síndrome del Emperador de Garrido (2005) son teorías que intentan explicar directamente este fenómeno, el primero desde una posición más global y el segundo con un enfoque más individual (Nebot, 2013; Salazar, 2018).

Sancho (2016), expone muy exhaustivamente las distintas teorías que pretenden explicar el fenómeno de la violencia filio-parental, combinando dos perspectivas: la primera clasificación comprende las teorías que se basan en el control social, la asociación diferencial y factores estresantes (Contreras y Cano, 2014), y para la segunda clasificación se apoya en Urra, Sancho, Artares, Buclee e Isabel (2015), quienes consideran que el fenómeno puede ser explicado desde las teorías del aprendizaje, las contextuales-ecológicas o las que se basan en las características individuales o familiares.

Martínez (2017) agrupa en su trabajo, las distintas teorías estudiadas en dos grandes modelos: por un lado, los modelos generales que analizan la violencia filio-parental como un componente más del ser humano; y, por otro lado, los modelos específicos del fenómeno que se centran de forma más pormenorizada en las variables

individuales y familiares. Siguiendo este enfoque, en este capítulo pasamos a describir los modelos más relevantes.

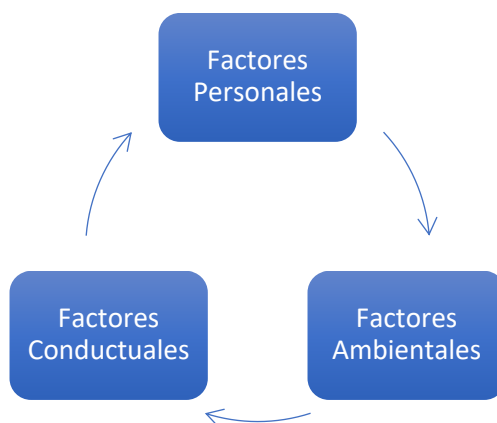
3.1. Modelos explicativos de la violencia

3.1.1. Teoría del Aprendizaje social de Bandura (1975).

Esta teoría intenta explicar la actividad humana desde un modelo de reciprocidad “triádica” en el que la conducta, los factores personales como las cogniciones y los acontecimientos ambientales se determinan recíprocamente (Yubero, 2005). Es decir, la conducta se aprende por el determinismo recíproco entre persona-conducta-ambiente (Cruzado, Labrador y Muñoz, 1993).

Figura 7. Modelo de reciprocidad triádica del funcionamiento humano

(Fuente: Bandura, 1987)



Para Yubero (2005) esta teoría concede especial atención a una serie de factores personales desde el momento en que la conducta se origina hasta que finalmente se emite:

- Procesos simbólicos. Las conductas observadas se representan a nivel interno y se toman esas representaciones como guía de acción conductual. Nuestros procesos mentales nos permiten comprender y prever conductas futuras.

- Procesos vicarios. No sólo aprendemos por experiencia directa, de ensayo y error, sino observando la conducta de otros, de modo que los otros funcionan como ejemplos y a través de su observación podemos adquirir nuevos comportamientos.
- Procesos autorreguladores. La conducta está también motivada por criterios internos y autoevaluaciones y, por tanto, no exclusivamente determinada por variables externas. Por ello, tenemos capacidad de anticipar las consecuencias de la conducta y poder manipular determinadas variables ambientales en la dirección adecuada para conseguir la meta anticipada.

Según esta teoría, aprendemos las pautas de comportamiento de dos maneras distintas: por propia experiencia (aprendizaje directo) o a través de la observación de la conducta de otras personas (aprendizaje vicario) (Bandura, 1973). Bandura consideraba que el comportamiento de otras personas tiene mucha influencia en el aprendizaje, pero también la propia conducta. Según la teoría del aprendizaje social, las conductas de cierta complejidad sólo pueden aprenderse a través del ejemplo o de la influencia de modelos de comportamiento. Así, gran parte de nuestras conductas antisociales o prosociales han sido aprendidas mediante la imitación de modelos, que no tienen por qué ser necesariamente reales, sino que pueden ser ficticios. En sociedades desarrolladas, los avances tecnológicos permiten la observación de modelos lejanos en el espacio y en el tiempo, sin dejar por ello de ejercer su influencia.

Es importante tener en cuenta que, según esta teoría, para que una persona pueda aprender debe pasar por 4 fases fundamentales:

1. Atención. Si se desea aprender algo por observación, no es suficiente con la mera exposición del modelo, sino que también es necesario que se le preste atención y que se extraigan las consecuencias de su comportamiento. Son diversos los factores que influyen en la atención, los cuales dependen principalmente de los atributos del modelo (posición social, competencia, poder, interés, atractivo, valor afectivo...), los atributos del observador (capacidades y tendencias perceptivas, nivel de activación, preferencias...) y del valor funcional de la conducta modelada.

2. Retención. Se trata de la capacidad de almacenar en la memoria la información a la que se ha prestado atención para reproducirla a continuación. En este momento, la imaginación y el lenguaje entran en juego, pues se retiene en la memoria lo que se ha visto hacer al modelo en forma de imágenes mentales o descripciones verbales.
3. Reproducción. Es la habilidad de recrear el modelo observado con anterioridad, para ello se hace necesario tener la capacidad motora para realizar esos movimientos, repetir la conducta correctamente y, además, tener la capacidad cognitiva para poder conseguir la recuperación simbólica (Sánchez, 2017).
4. Motivación. Según Bandura, para tener éxito en el aprendizaje, debemos poner todo nuestro empeño. Sin motivación es muy complicado aprender. La teoría del aprendizaje distingue entre adquisición y ejecución. Es un hecho el que las personas no realizan todo lo que aprenden. Las discrepancias entre aprendizaje y ejecución se producen con mayor frecuencia cuando la conducta adquirida tiene escaso valor funcional o comporta un elevado riesgo. De este modo, cuando la conducta modelada comporta resultados valiosos para el individuo tiene mayor probabilidad de llevarse a cabo, que aquella cuyos efectos son negativos, o bien carece de gratificación. Los criterios personales de la conducta, además de aquellas conductas que parecen resultar eficaces para los demás, representan otra fuente de motivación (Yubero, 2005).

Una de las claves de esta teoría, es que el aprendiz no es un sujeto pasivo, sino que participa activamente en el proceso e, incluso, tiene expectativas. Por tanto, también hay que tener en consideración el factor cognitivo, al que se le reconoce un papel fundamental en la decisión de imitar o no cierto comportamiento. Para Serrano (1996) son factores mediadores de la conducta, ya que ayudan a la persona a auto-regularse, de manera que el comportamiento va a depender de la situación pero también de los objetivos que tenga la persona y las consecuencias que prevea.

Gracias a estos procesos, el aprendizaje observacional ha demostrado ser muy eficaz tanto para la adquisición de conductas que sean o no socialmente aceptadas, como el caso de la violencia. Actualmente, esta es la teoría más completa para explicar la

conducta antisocial, violenta y delictiva según diferentes autores (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006; Redondo y Andrés-Pueyo, 2007). Bandura y Walters (1977) explican la “conducta desviada” desde los principios del aprendizaje social, incidiendo en tres aspectos: 1) las características de comportamiento de los modelos sociales, a los que el niño ha estado expuesto (aprendizaje por observación o imitación); 2) las contingencias de refuerzo de su historia de aprendizaje; y 3) los métodos de instrucción que se han utilizado para desarrollar y modificar su conducta social.

Akers, (1997; citado en Agustina y Romero, 2013) considera que los comportamientos delictivos se aprenden en grupos y entornos ciertamente próximos al individuo, particularmente en el núcleo familiar. La reproducción de los patrones violentos podrá venir de la misma familia, de la sociedad, de los medios de comunicación y también de personas que tienen relevancia para la persona en cuestión (Bandura y Huston, 1961). No obstante, por el hecho de ver y/o vivir conductas violentas, ello no garantiza la actuación similar, pues es necesario la cognición del sujeto que llevará a reproducir conductas violentas no solamente de forma inmediata, sino de forma diferida (Abadías, 2015; Morán 2013).

Sancho (2016), señala que al igual que este aprendizaje puede explicar cualquier tipo de conducta en general, también se aplica para aquellas conductas relacionadas con la violencia en particular y en concreto con la violencia filio-parental. Las conductas de violencia filio-parental, son conductas violentas que puede observar el individuo en su día a día. Cuando estas conductas son ejercidas por personas significativas para él (modelado) y, obtienen resultados satisfactorios o así entendidos por el individuo (reforzamiento), este puede intentar reproducirlas. Esto estaría relacionado, dentro del ámbito familiar, con todas aquellas explicaciones que señalaban que la violencia filio-parental puede ser debida a ser testigo de violencia doméstica entre los progenitores y/o haber podido padecer abusos en la infancia (Sancho, 2016). Es decir, numerosas investigaciones explican la violencia filio-parental mediante el aprendizaje observacional, a través de la presencia previa de violencia en el entorno familiar (Aroca, et al., 2012). Estos autores concluyen que el maltrato infantil está vinculado con la violencia filio-parental, siendo un factor de riesgo más importante que el de la violencia de género. Según Lema (2015) los progenitores que sufren la violencia de sus hijos,

siguiendo el argumento expuesto, se puede decir que la gestaron, ya que las formas violentas de relacionarse con sus hijos y de resolver los conflictos las terminaron imitando con quienes se la enseñaron.

El adolescente que emite conductas de violencia a sus progenitores se encuentra condicionado por sus características personales (biológicas, psicológicas, ...), por su forma de elaborar cogniciones, y por factores ambientales externos (respuesta del entorno ante las conductas). Cuando lleva a cabo las conductas de violencia filio-parental, estas pueden ser aprendidas por la reacción del entorno que reforzará o no las mismas y por las propias experiencias de éxito o no que obtenga la persona. Esta respuesta personal y ambiental podrá modificar las cogniciones que tiene el individuo y facilitará o no, volver a emitirlas (Sancho, 2016).

3.1.2. Modelo de Coerción de Patterson (1982)

Este modelo se basa en las teorías del aprendizaje social y el condicionamiento operante, dejando a un lado los procesos cognitivos, emocionales y biológicos que subyacen a la conducta antisocial (Granic y Patterson, 2006). Esta teoría intenta explicar cómo se va formando la conducta antisocial (Patterson, 1982; Patterson, 2002; Snyder y Stoolmiller, 2002), entendiendo que esta conducta es aprendida y reforzada desde la primera infancia a partir de la interacción familiar, la cual posteriormente y a medida que el individuo se desarrolla, se generaliza a otros contextos sociales (Patterson, 2002; Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989). Patterson (1982) señala que las interacciones parento-filiales negativas promueven ciclos de interacción coercitiva a través de un proceso de reforzamiento que se extiende con el tiempo. El mecanismo principal en la coerción está basado en los principios básicos de refuerzo y castigo, específicamente en el refuerzo negativo (Martínez, 2017).

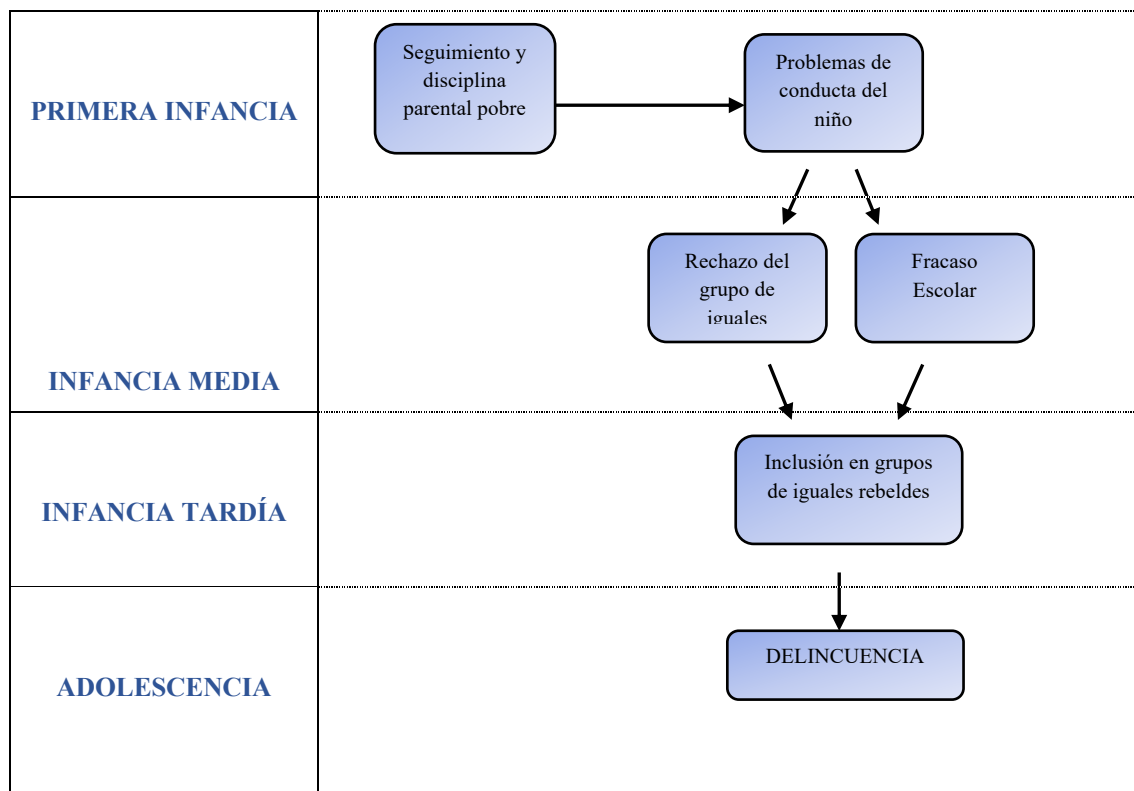
Esta teoría describe un proceso de refuerzo mutuo durante el cual los cuidadores refuerzan inadvertidamente los comportamientos difíciles de los niños, lo que a su vez provoca negatividad del cuidador, y así sucesivamente hasta que la interacción se interrumpe cuando uno de los participantes "gana". Comienza cuando el niño reacciona

con enojo o resistencia a la solicitud de un cuidador, evoca la ira y la hostilidad del cuidador, que a menudo se intensifica a medida que aumenta el ciclo coercitivo (Snyder, Edwards, McGraw, Kilgore y Holton, 1994). Por lo tanto, los niños aprenden un patrón de relación dentro de la familia que luego se traslada a las interacciones con otros fuera de la familia, como compañeros y maestros.

De la Peña (2010) considera que lo específico de este modelo es el hincapié que hace en las prácticas disciplinarias que tienen lugar en el medio familiar. Para este modelo el comportamiento antisocial se desarrolla en una serie de etapas secuenciales que predisponen al sujeto hacia un estilo de vida delictivo (Morán, 2013).

Figura 8. Modelo de desarrollo de conducta antisocial de Patterson et al. (1989)

(Fuente: elaboración propia)



En la primera etapa, es fundamental la influencia de las experiencias familiares en general y pautas parentales en particular, adquiriendo una importancia relevante como factores facilitadores de la presencia de problemas de conducta en los niños (Morán, 2013). Los estilos educativos ineficaces que explican la conducta negativa del menor se basan en el uso de una disciplina severa, inconsistente y por falta de supervisión de las actividades de los niños, o por la presencia de violencia en el hogar (Loeber, Dishion y Patterson, 1984). Morán (2013) describe que este comportamiento coercitivo se desarrolla, por un lado, cuando las respuestas agresivas de los menores determinan que los padres frenen en sus peticiones, dando fin a la interacción conflictiva (Dodge y Pettit, 2003; Granic y Patterson, 2006; Patterson, 1982); y por otro lado, si los padres responden con violencia a las peticiones de los hijos, se produce un entrenamiento por parte estos para posteriormente reproducirlas, resultando ineficaz la técnica de disciplina empleada y facilitando un proceso de escalada de violencia (Patterson et al., 1975; Patterson, 1984) que es recíproca por parte de los padres y los hijos ante el comportamiento coercitivo, lo que genera un aumento de la violencia por las dos partes y el fin de las demandas de los padres (Omer, 2001). Este hecho conlleva en los menores, un refuerzo positivo de estas acciones, al valorar cognitivamente su comportamiento como muy funcional, mientras que en el caso de los progenitores se da un proceso de refuerzo negativo asociado a la finalización de la conducta hostil o violenta de los niños (Carrasco y González, 2006; Patterson, 1982, 1986; Patterson et al., 1989).

De la Peña (2010), señala que si las prácticas de crianza (ausencia de normas claras, los padres no refuerzan en el sentido oportuno las conductas del hijo) no son adecuadas, el niño llega a percibir que la emisión de conductas aversivas (llorar, romper objetos, pegar, explosiones emocionales) le resulta “beneficioso” al escapar de situaciones desfavorables, o le permite conseguir refuerzos positivos. Esas son las primeras “conductas antisociales” del individuo. Este aprendizaje hace que el niño ejerza conductas “coercitivas” o manipuladoras sobre el resto de los miembros de la familia. Patterson considera que las conductas coercitivas son resultado de un refuerzo positivo a los niños que obtienen premios por ejecutar conductas disruptivas y un refuerzo negativo a los padres, quienes evitan el malestar que dicha conducta les provoca dejándoles actuar como quieren.

A medida que el niño aprende habilidades más coercitivas, la disciplina se vuelve más complicada (Patterson, 1986), y con el paso del tiempo y el entrenamiento, el niño y otros familiares aumentan gradualmente la intensidad de los comportamientos de coacción, lo que a menudo conduce a un incremento en la intensidad de las conductas, dando lugar a la aparición de golpes y/o ataques físicos (Patterson et al., 1989).

Morán (2013) destaca que este modelo determina que el comportamiento agresivo es a la vez causa y efecto de un intercambio coercitivo, lo que lleva finalmente a que el niño aprenda a controlar a los miembros de la familia a través de medios coercitivos, y a que se dé una falta de formación de habilidades prosociales (Patterson et al., 1989).

La segunda etapa en el desarrollo de la conducta antisocial se inicia en el ámbito educativo donde el contexto social “reacciona” ante la conducta del niño (De la Peña, 2010). Además de las reacciones en el contexto familiar, los comportamientos antisociales también pueden generar consecuencias en el entorno social, dando lugar, en numerosas ocasiones, a reacciones de rechazo idénticas a las de los padres (González, 2012). Como consecuencia de dicho rechazo en el contexto familiar y social, normalmente, se da también un impacto en el ámbito escolar (González, 2012). De la Peña (2010), señala que la falta de habilidades de interacción en el contexto escolar, el rechazo de los compañeros, las conductas de evitación de las tareas académicas o el desajuste escolar, enfrentan al niño a sus primeros “fracasos” en el mundo. Esta falta de habilidades sociales y académicas conduce a una mayor exposición a los procesos de riesgo y una menor exposición a las oportunidades de aprendizaje prosocial en el desarrollo temprano de la adolescencia (Smith et al., 2014). La crianza coercitiva, rigurosa y descontrolada durante la primera infancia contribuye a las dificultades de adaptación en Educación Primaria y a los problemas de conducta (Campbell, Shaw y Gilliom, 2000; McFadyen-Ketchum, Bates, Dodge y Pettit, 1996; Shaw, Owens, Giovannelli y Winslow, 2001).

En la tercera etapa, el adolescente se implica con iguales inadaptados y perfecciona las habilidades antisociales (De la Peña, 2010). El fracaso académico recurrente y el rechazo por parte de los compañeros hace que el sujeto se sienta excluido del mundo prosocial y, busca relacionarse con jóvenes semejantes a él. Las actividades antisociales se van ampliando y se hacen cada vez más severas.

Por último, en la cuarta etapa, el adulto desarrollará una “carrera” antisocial duradera (De la Peña, 2010). Según González (2012), la conducta antisocial es estable en el tiempo (Loeber y Dishion, 1984) y abarca desde la primera infancia hasta la edad adulta (Kazdin, 1987). El desarrollo de problemas de conducta en la primera infancia es uno de los predictores más importantes de comportamientos delincuentes en períodos de desarrollo posteriores (Loeber y Dishion, 1983).

Patterson (1986) en su teoría contempla dos posibles vías, un inicio temprano frente a una aparición más tardía de estas conductas:

- La aparición temprana, está condicionada por variables como el temperamento difícil de los hijos (Kellam, Brown, Rubin y Esminger, 1983), así como por la falta de habilidades de crianza de los padres y las desigualdades sociales (Patterson, 1986). El comienzo precoz en forma de trastorno negativista desafiante en la infancia evoluciona hacia síntomas más graves en la adolescencia, como el consumo de sustancias (Webster-Stratton, 1990), problemas en las interacciones sociales y en la adquisición de habilidades adaptativas (Patterson, 1986).
- En el inicio tardío, la historia de desarrollo social del menor en Educación Primaria ha sido normal, pero en la adolescencia comienzan los problemas de conducta (Webster-Stratton, 1990). Teniendo en cuenta la atribución que Patterson (1986) da a las prácticas de crianza, se entiende que el cambio en la conducta viene determinado por una variación en las pautas educativas de los progenitores.

Actualmente, esta teoría ha sido replanteada por Granic y Patterson (2006), quienes consideran necesario explicar la evolución de la conducta antisocial durante el desarrollo del menor, incidir en los procesos cognitivos, emocionales y biológicos que subyacen a dicha conducta, así como reemplazar el planteamiento lineal o bidireccional del origen de la conducta violenta por una interacción circular o de causalidad entre las variables (González, 2012; Martínez, 2017; Morán 2013).

Martínez (2017), destaca entre las posibles causas de la violencia filio-parental que se plantean desde el Modelo de Coerción de Patterson, los estilos educativos ineficaces basados en la coerción, la excesiva permisividad o la sobreprotección, la falta

de vinculación emocional con los padres (principalmente con las madres) y el haber sido testigo de conductas violentas, traumas por abuso o abandono (Patterson, 2002). En la actualidad, esta teoría no puede considerarse un modelo específico que explique la violencia filio-parental, ya que por el momento la mayoría de sus conclusiones están avaladas por investigaciones relacionadas con la conducta antisocial y delictiva en general.

3.1.3. Modelo del Procesamiento de la Información Social de Dodge

Las teorías de la cognición social y, en concreto, las teorías del procesamiento de información social tienen implicaciones para el desarrollo social y emocional de las personas, y han contribuido en comprender los procesos cognitivos subyacentes en la emisión de conductas socialmente competentes o no (Lemerise, Gregory y Fredstrom, 2005). Según estas teorías sociocognitivas, el comportamiento agresivo y antisocial estaría asociado a la presencia de alteraciones en la interpretación de determinadas situaciones sociales (Roncero, Andreu y Peña, 2016)

El modelo del Procesamiento de la Información Social propuesto por Crick y Dodge (1994) es una de las teorías más influyentes en la explicación de la conducta desadaptativa infantil y adolescente (Nummenmaa, Peets y Salmivalli, 2008). Se trata de un paradigma biopsicosocial que trata de explicar la conducta social de los menores, mediante la interacción entre la predisposición biológica, el contexto sociocultural y la presencia de factores de riesgo (pobreza, pautas de crianza, barrio, experiencias de rechazo por parte de padres o iguales), lo cual va a determinar cómo los niños procesan e interpretan las situaciones sociales y ejecutan unas conductas sobre otras (Crick y Dodge, 1994; Dodge, Bates y Pettit, 1990). El modelo plantea que los procesos cognitivos distorsionados que favorecen la conducta agresiva o antisocial surgen y se desarrollan a partir de la interacción entre las condiciones biológicas del sujeto y sus experiencias vitales (Dodge, 1993; Huesmann y Eron, 1989); una vez aprendidos, esos procesos cognitivos erróneos sirven de marco de referencia para la interpretación de situaciones

sociales futuras, de manera que se mantienen estables en el tiempo, retroalimentándose a sí mismos (Dodge, 2006).

Primero Dodge (1986) y posteriormente Crick y Dodge (1994) intentaron explicar los procesos cognitivos subyacentes a la agresión mediante un modelo teórico donde plantean que las personas, a la hora de afrontar una situación social, llevan a cabo una serie de pasos cognitivos previos a la emisión de la conducta. Los cuatro pasos antes de llevar a cabo la respuesta son (Roncero, Andreu y Peña, 2016):

1. Atención y codificación de señales sociales: supone la búsqueda y recogida de información disponible en el entorno, centrando la atención en la información social relevante.
2. Representación e interpretación de esas señales, lo que supone dotarles de significado e integrarlas en la memoria.
3. Búsqueda mental de posibles soluciones posibles ante la situación.
4. Toma de decisión o selección de una respuesta a partir de la evaluación de las consecuencias potenciales de cada una de las soluciones posibles.

En 1994, Crick y Dodge reformulan su modelo y proponen un procesamiento más dinámico e interactivo, en el que el camino que sigue un determinado estímulo hasta convertirse en una respuesta conductual puede ser distinta en cada caso, asumiendo que muchas operaciones mentales pueden darse en paralelo. Los pasos cognitivos que se llevan durante el procesamiento de la información, en este caso se amplían de cuatro a seis:

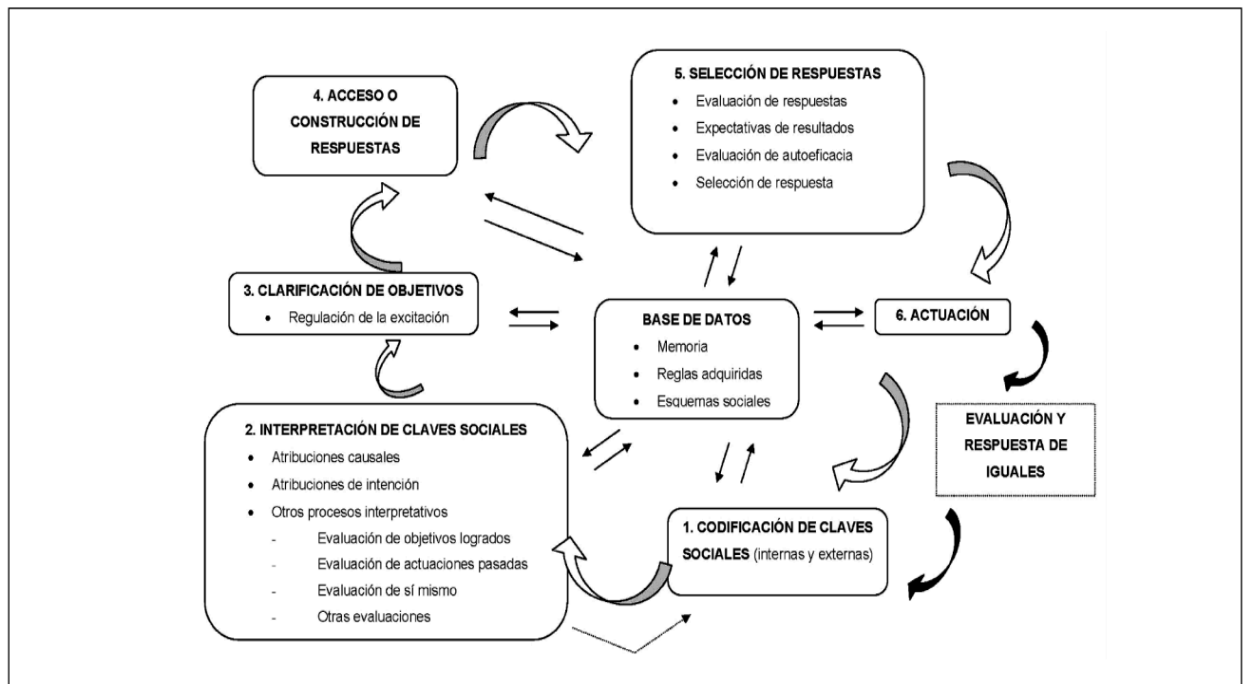
1. Codificación de señales internas y externas. Las estructuras de conocimiento social determinan que los niños con una conducta violenta atiendan selectivamente a señales hostiles internas y externas ante una interacción social y las codifiquen en la memoria de trabajo (Morán, 2013).
2. Interpretación y representación mental de esas señales, que supone dotar de significado a la información. El menor ha de intentar adivinar la intencionalidad del emisor en una interacción social, dándose una interpretación hostil cuando la intención es ambigua, siendo, además,

habituales los errores de interpretación cuando la intención es clara (Waldman, 1996).

3. Clarificación o selección de una meta, tras la interpretación hostil, internas (como el mantenimiento o la regulación de la emoción) o externas (como la consecución de objetivos instrumentales) en función del estado de activación que presenten (Morán, 2013).
4. Selección de las posibles respuestas conductuales o, en el caso de situaciones novedosas se generan nuevas respuestas en función de la interpretación hostil realizada en ese momento (Crick y Dodge, 1994).
5. Elección de la respuesta, en función de la anticipación de los resultados deseados (González, 2012). Este paso cognitivo supone la evaluación de las respuestas agresivas como moralmente aceptables (Dodge y Pettit, 2003).
6. Dar la respuesta elegida, a través de la conducta motora y de la conducta verbal (Crick y Dodge, 1994).

A su vez, estos 6 pasos pueden agruparse en dos. El primero integrado por los dos primeros pasos de codificación e interpretación de las señales, y el segundo por los cuatro últimos orientados hacia el origen y emisión de una respuesta (Roncero, Andreu y Peña, 2016).

Figura 9. Reformulación Modelo Procesamiento Información Social (Crick y Dodge, 1994).



Para Roncero, Andreu y Peña (2016), estos seis pasos hacen referencia a acciones de *pensamiento inmediato*, en la medida en que aparecen al tiempo de procesar y emitir la respuesta, pero el modelo también contempla otras *estructuras mentales latentes* que influyen indirectamente en la conducta. Estas estructuras constituyen el conocimiento social y se forman a partir de experiencias sociales previas almacenadas en la memoria que ayudan a interpretar las señales internas o externas. Las estructuras mentales latentes y el procesamiento inmediato interactúan continuamente a través de un procesamiento bidireccional, ya que el resultado de las respuestas se almacenará en la memoria como parte del conocimiento social para ser recuperado en situaciones futuras (Crick y Dodge, 1994), de tal manera que los esquemas continuamente pueden alterarse en función de las experiencias interpersonales (Roncero, Andreu y Peña, 2016).

Lemerise y Arsenio (2000) consideraron esencial aportar el componente afectivo al modelo del procesamiento de la información social. Estos autores afirman que las situaciones interpersonales frecuentemente implican una activación emocional, por lo que las estructuras mentales latentes que conforman la base de datos también deben incluir enlaces a acontecimientos afectivos. Por tanto, se debe tener en cuenta el estado de ánimo

previo a la situación de interacción, la naturaleza de la relación afectiva de los interlocutores, la percepción de la emoción que experimenta el otro o la capacidad de empatía.

A partir del planteamiento general del modelo, las conductas agresivas se conciben como el resultado de determinados déficits en los diferentes pasos del procesamiento de la información social. Fundamentalmente una propensión a atribuir intenciones hostiles al comportamiento de los demás (déficit en el paso segundo de interpretación de señales) o una tendencia a evaluar más positivamente las soluciones agresivas, que sería propio del paso quinto de elección de la respuesta (Dodge y Tomlin, 1987; Lochman y Dodge, 1994). Así, cada uno de estos déficits daría lugar a patrones agresivos diferenciados, de tal manera que el sesgo de atribución hostil sería característico de la agresión reactiva, mientras que una evaluación favorable de la agresión sería el factor principal para comprender la agresión proactiva o instrumental (Crick y Dodge, 1996; Dodge y Coie, 1987).

En el caso de la agresión reactiva, se considera que el desencadenante es la percepción de una amenaza. En estos casos, el elemento clave es un error de procesamiento denominado estilo de atribución hostil (Dodge, 2006); este sesgo hace referencia a una tendencia a interpretar de manera incorrecta las señales sociales, atribuyendo una intención hostil e intencionada ante un perjuicio sufrido en una situación social ambigua. No todos los niños aprenden a identificar las señales de una manera adecuada y algunos pueden desarrollar una tendencia a atribuir intenciones hostiles en función de esquemas disfuncionales que nacen de determinadas experiencias de diversa índole en etapas tempranas de la vida, como puede ser haber sufrido abusos físicos, el aprendizaje por modelado de tendencias de atribución hostil por parte de los referentes adultos, los fracasos en la superación de tareas vitales importantes o incluso otros factores culturales, como crecer en una sociedad que valora positivamente la agresión, la autodefensa o la venganza (Roncero, Andreu y Peña, 2016). Así, parece que los adolescentes violentos presentan una mayor tendencia a atribuir intenciones negativas a los demás en condiciones estímulares ambiguas en comparación con los adolescentes no agresivos (Crick y Dodge, 1996; Lochman y Dodge, 1994).

La percepción de amenaza no es un elemento necesario para la agresión proactiva (Berkowitz, 1996), pues en este subtipo de agresión tiene una gran importancia la valoración favorable de las respuestas agresivas. El déficit característico se producirá, al considerarse la agresión como una manera adecuada para conseguir los propios objetivos (Crick y Dodge, 1994, 1996; Dodge y Coie, 1987).

Dodge plantea que si el niño está expuesto a experiencias tempranas de modelos agresivos, apego inseguro o abuso físico, concebirá el mundo como un lugar hostil que requerirá de conductas agresivas para conseguir sus metas (Fernández y Olmedo, 1999). La repetición de estas experiencias fortalece las estructuras de conocimiento previas haciendo estos patrones más automatizados, lo que conduce a un trastorno de la conducta, a no ser que pueda experimentar otras situaciones o experiencias que pongan en duda estas estructuras.

Roncero, Andreu y Peña (2016) consideran que el modelo del procesamiento de la información social ha sido uno de los planteamientos teóricos más relevantes en los últimos años para entender el comportamiento agresivo, especialmente en cuanto a su desarrollo desde la niñez hasta la adolescencia. Este modelo cuenta con un amplio soporte empírico (Fontaine et al., 2010).

Adrian, Lyon, Oti y Tininenko (2010) han estudiado el procesamiento de la información social y las relaciones entre padres e hijos. Estos autores señalan que el apego seguro y los estilos y las prácticas parentales son dos aspectos claves de las relaciones familiares, que influyen sobre el procesamiento de información social de los niños.

El apego seguro es más propenso a fomentar un procesamiento de información social adaptativo y el desarrollo de niveles adecuados de independencia y competencia social, mientras que los vínculos inseguros a menudo se relacionan con estrategias desadaptativas (Rubin y Rose-Krasnor, 1992).

Algunos de los estudios que analizan la relación entre las prácticas de crianza y el procesamiento de la información social en niños de edad preescolar, han hallado que la autoridad materna se asocia a la evitación en la resolución de problemas, mientras que el apoyo materno correlaciona negativamente con la dependencia de los niños en la

intervención de los adultos para resolver sus problemas (Jones, Rickel y Smith, 1980). En niños de edad escolar, el procesamiento de la información prosocial correlaciona positivamente con la calidez y el apoyo parental (Domitrovich y Bierman, 2001), mientras que los niños educados con prácticas de crianza rígidas pueden adquirir sesgos atributivos hostiles y estrategias agresivas en la resolución de problemas (Nelson, Mitchell y Yang, 2008).

Rah y Parke (2008) consideran que el procesamiento de la información social podría actuar como un mediador en la relación entre los estilos de crianza y el ajuste social y la aceptación por parte del grupo de iguales. Los investigadores han encontrado un vínculo directo entre las prácticas de crianza y el procesamiento de la información social en los niños, en el sentido de que las prácticas menos severas fomentan procesos cognitivos sociales más adaptativos en la resolución de conflictos con los iguales.

3.1.4. Teoría Ecológica del Desarrollo Humano de Bronfenbrenner (1979)

El modelo propuesto por Cottrell y Monk se basa en la Teoría ecológica del desarrollo humano de Bronfenbrenner (1979, 1987), quien observó que la forma de ser de los niños cambiaba a en función del contexto en el que crecían. Su teoría comprende el estudio científico de la progresiva acomodación mutua entre un ser humano activo, en desarrollo, y las propiedades cambiantes de los entornos inmediatos en los que vive la persona en desarrollo, en cuanto que este proceso se ve afectado por las relaciones que se establecen entre estos entornos, y por los contextos más grandes en los que están incluidos los entornos (Bronfenbrenner, 1987, p. 40). En el planteamiento podemos considerar dos conceptos principales de su modelo:

- La noción de *entorno* entendido como un espacio de interacción directo entre la persona en desarrollo y otros significativos (Bronfenbrenner, 1987). Este concepto permite a Bronfenbrenner conceptualizar el ambiente (ecología) del niño como un sistema de ambientes anidados uno dentro de otro e interconectados entre sí, en el que todos influyen en el desarrollo del niño, pero en una variedad de

grados distintos (McGuckin y Minton, 2014). El ambiente ecológico es como un conjunto de estructuras seriadas, donde cada una, cabe dentro de la siguiente (Bronfenbrenner, 1987).

- El término *desarrollo*, entendido como “un cambio perdurable en el modo en que una persona percibe su ambiente y se relaciona con él” (Bronfenbrenner, 1987, p. 23). Este autor destaca que el desarrollo humano involucra cambio y continuidad (Bravo, Ruvalcaba, Orozco, González y Hernández, 2018).

Por tanto, el modelo bioecológico establece que el desarrollo de las personas responde a la interacción de múltiples factores, tanto biológicos, psicológicos, familiares, culturales, ambientales y temporales. Esta aproximación teórica es un reflejo de la complejidad de la naturaleza humana (Bravo et al., 2018). Este planteamiento teórico es útil para comprender la influencia dinámica de múltiples factores en el desarrollo del niño o adolescente. Para este modelo, el desarrollo humano es un proceso dinámico, bidireccional y recíproco donde el niño reestructura de modo activo su ambiente y recibe el influjo de los factores vinculados con él. El modelo está compuesto por cuatro núcleos que están interrelacionados: *persona*, *proceso*, *contexto* y *tiempo*.

1. La *persona*, con sus características innatas, biológicas, emocionales y con aquellas constituidas por el contacto con el ambiente (Bravo et al., 2018).
2. El *proceso*, es la forma en que la persona interactúa con el contexto, sus características particulares, la forma cómo vive sus experiencias y el rol que desempeña en su vida (Casoll y De Antoni, 2006).
3. El *contexto*, formado por cuatro sistemas concéntricos con interconexiones, agrupados, interdependientes y dinámicos. Son niveles que ocurren simultáneamente y que van desde el contacto más íntimo del niño con los responsables de sus cuidados, hasta los contextos sociales más amplios. Estos sistemas son:
 - **Microsistema:** es en el ambiente inmediato del niño desde un punto de vista físico, social y psicológico en el que aprende sobre el mundo (Bravo et al., 2018). No se refiere simplemente al espacio en el que el niño se desenvuelve sino a “un patrón de actividades, roles y relaciones interpersonales que la persona en desarrollo experimenta en un entorno determinado

(Bronfenbrenner, 1987). El microsistema por excelencia es la familia; posteriormente, la escuela y el grupo de pares conforman otros microsistemas relevantes para el desarrollo del niño. Las relaciones que se fraguan en el sistema familiar servirán como base para las interacciones en los demás sistemas (Walsh, 2004). La relación entre este sistema y el desarrollo del niño es evidente, pero se produce en ambas direcciones (Rodríguez, 2018).

- **Mesosistema:** comprende las relaciones de 2 o más entornos en los que la persona participa activamente (Bronfenbrenner, 1987). En el mesosistema se representa las interacciones sociales entre miembros de distintos microsistemas del niño. Este sistema incluye vínculos entre familia y escuela, o familia y grupo de amigos, relación que se va modificando o ampliando en el curso del desarrollo (Morelato, 2011).
 - **Exosistema:** Bronfenbrenner (1987) lo define como uno o más entornos que no incluyen a la persona en desarrollo como participante activo, pero en los cuales se producen hechos que le afectan. En el exosistema el niño no presenta ningún rol directo, y tampoco tiene experiencias en estos entornos. Sin embargo, se ve afectado por las interacciones que suceden entre estos, aunque puede que nunca entre en contacto directo con ellos (Bravo et al., 2018). Por ejemplo, el espacio laboral de los padres, los vínculos entre familia y comunidad, representando principalmente los ambientes sociales y organizaciones (Morelato, 2011).
 - **Macrosistema:** es la capa más externa en el entorno del niño. Está compuesto por los patrones culturales vigentes tales como creencias, ideologías, valores, sistemas políticos y económicos, organización de instituciones sociales y comunitarias (Bronfenbrenner, 1987). Este conjunto tiene mucho poder en las formas de relación que ocurren en los sistemas anteriores, ya que son internalizados de forma activa por el individuo, influenciando sus comportamientos. En general, se relaciona con los valores, las leyes y la cultura (Morelato, 2011).
4. El *tiempo* o **cronosistema**, hace referencia a la influencia de los cambios en el desarrollo de la persona a través del tiempo en el ambiente en el que vive. Este

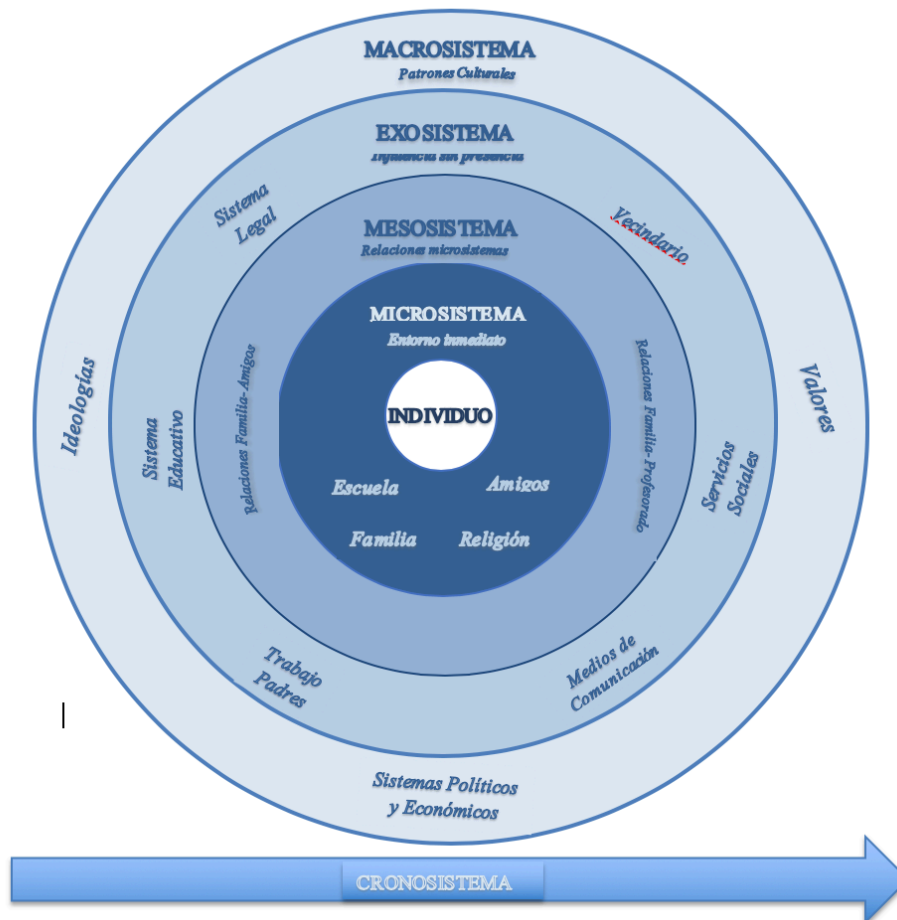
sistema involucra eventos y rutinas de la persona a lo largo del ciclo vital, así como los acontecimientos históricos de una determinada época (Shaffer, 2000).

Addison (1992), señala que nuestro devenir económico ha propiciado inestabilidad e imprevisibilidad en la vida familiar, lo que supone la fuerza más destructiva para el desarrollo de un niño, debido a que esta circunstancia imposibilita que los niños tengan una interacción constante con los adultos, la cual es necesaria para su desarrollo. De acuerdo con la teoría ecológica, si las relaciones en el microsistema inmediato se rompen, el niño no tendrá las herramientas para explorar otras partes de su entorno. Los niños que busquen las afirmaciones que deben estar presentes en las relaciones niño/padre, al no encontrarlas, lo acabarán haciendo en lugares inadecuados. Estas dificultades se manifestarán principalmente en la adolescencia, a través de conductas antisociales, falta de autodisciplina e incapacidad para proporcionar autodirección (Addison, 1992).

Bronfenbrenner (1979), define la violencia como un fenómeno relacional en el que convergen variables de distinto orden de repercusión, desde lo individual hasta lo macrosocial. Es decir, se convierte en un proceso interpersonal. Por lo tanto, si aplicamos la perspectiva ecológica a este razonamiento, obtenemos que no es solo el intercambio individual, sino que también afectan a dicho intercambio el contexto en el que este se produce, incluyendo el clima emocional y afectivo.

Gracias a este modelo teórico podemos comprender más fácilmente el nacimiento y el desarrollo de la violencia como respuesta a ciertos acontecimientos y experiencias que han ocurrido en alguna de las estructuras que rodean al individuo y que, en lugar de proporcionarle un modelo conductual adecuado, proporcionan un modelo basado en el desafecto (Ortega y Mora, 1997).

La teoría ecológica de Bronfenbrenner no está exenta de limitaciones, no obstante, tiene aplicaciones en numerosas disciplinas (educativas, sanitarias, sociales, ...). Es una de las mejores teorías sobre cómo influyen los distintos grupos sociales en la vida de una persona. (Rodríguez, 2018).

Figura 10. Teoría Ecológica de Bronfenbrenner (*Fuente: elaboración propia*)

3.2. Modelos explicativos de la Violencia Filio-Parental.

3.2.1. Modelo integrador de Agnew y Huguley (1989)

En 1989, Agnew y Huguley explican la violencia filio-parental partiendo de una combinación de teorías procedentes de la violencia familiar y de la delincuencia juvenil, integrando una teoría más equilibrada (Abadías, 2015; González, 2010; Martínez, 2017; Sancho, 2016). Respecto a las teorías de la delincuencia se centran en las tres más representativas: *teoría del control social*, *teoría de la asociación diferencial* y *teoría de la tensión*. Todas incluyen variables inherentes a la violencia familiar como son el aislamiento social, las diferencias de poder, el estrés, el abuso de drogas y la exposición previa a la violencia. González (2010), referenciando a Cornell y Gelles (1982) y Harbin

y Madden (1979) considera que estos autores justifican esta combinación entendiendo la Violencia filio-parental como una forma de delincuencia.

a. La teoría del control social de Hirschi (1969) establece que el adolescente aprende a respetar las normas familiares y sociales a partir del proceso de socialización, donde se construye como ser social a través de mecanismos internos (normas que surgen a partir de la conciencia, normas morales, religiosas) y mecanismos externos relacionados con las normas impuestas por la sociedad, que hacen que el adolescente ajuste su conducta a las pautas sociales (Martínez 2017). Para Hirschi es el control social el que puede evitar la comisión de delitos. Con esta base, Agnew y Huguley consideran que existe una relación inversa entre la conducta desviada y, el control interno o autocontrol y externo o control social. De manera que los adolescentes con un bajo control interno y externo tenderán a mostrar comportamientos violentos. Hirschi (1969) encontró evidencia empírica en relación a la correlación entre control social y conformidad, y evidencia contraria en cuanto a la asociación entre frustración y desviación (Teijón, 2018). Las personas que carecen de vínculos sociales estarán más predispuestas a delinquir que aquellas que tienen fuertes vínculos con la sociedad (Vázquez, 2003), por el contrario, la falta de vinculación aumenta la vulnerabilidad del sujeto para realizar una conducta antisocial. Esta teoría establece cuatro mecanismos de vinculación, como mecanismos de control:

1. El *apego* es un vínculo de carácter afectivo, se refiere al conjunto de lazos emocionales que se establecen con otras personas, como padres y profesores, y que se traducen en afecto, admiración e identificación con ellas.
2. El *compromiso* es un vínculo de carácter utilitario, se entiende como el grado en que las personas encuentran su sitio en la sociedad convencional, especialmente con la escuela y otras ocupaciones juveniles habituales.
3. La *participación* o nivel de implicación de los individuos, definido en cantidad de tiempo y energía dedicado a realizar habitualmente alguna actividad convencional que les permitan adquirir valores y técnicas que los alejen del delito. Este aspecto representa un importante factor de control social (Vázquez 2003).
4. La *creencia* representa un vínculo de carácter ideológico, que se refiere al conjunto de convicciones favorables a los valores establecidos, y contrarios al delito.

Y el origen de la conducta delictiva sería el resultado de la ruptura de los procesos de vinculación comentados anteriormente:

- Ruptura del vínculo con los padres. El apego emocional a los padres se considera la variable más relevante en la etiología de la conducta delictiva. Existe evidencia criminológica de que los jóvenes delincuentes se hayan menos vinculados a sus padres que los que no lo son. Este aspecto podría explicar la violencia filio-parental.
- Falta de vinculación a la escuela.
- Desconexión del grupo de compañeros y amigos (prosociales).
- Ruptura de la vinculación con las pautas de acción convencionales.

Hirshi resalta la importancia de dos sistemas convencionales de control social, mediante los cuales los adolescentes pueden desarrollar adecuadamente sus vínculos con la sociedad: la familia y la escuela. El cariño y afecto a los padres, así como el ser un buen estudiante, fortalece su moral y hará menos probable la comisión de delitos (Binder, Geis y Bruce, 2001). De manera que la aplicación de esta teoría supone que mejorando el arraigo social de los jóvenes (apego a los padres, compromiso con valores prosociales, participación en actividades constructivas y fortalecimiento de las creencias morales) se conseguirá una reducción del comportamiento delictivo de los jóvenes (Barberet, 1999). En esta misma línea, para Agnew y Huguley (1989) la conducta delictiva se reducirá en la medida que el adolescente establezca relaciones de apego seguro con sus padres y profesores, aumente su nivel de compromiso con las actividades sociales formales como la educación u otras actividades de la vida cotidiana y aumente su compromiso con los valores sociales (Martínez, 2017).

b. La teoría de la asociación diferencial de Sutherland. Esta teoría fue elaborada por Sutherland en 1924 y la desarrolló en su libro “Principios de criminología”. (Pérez-López, 2011). Parte de la hipótesis de que el comportamiento desviado o delincuencial, al igual que el comportamiento normal o social, es aprendido (Vázquez, 2011). El principio fundamental de esta teoría es el de la *asociación diferencial*. La causa de que los sujetos se conviertan en delincuentes es el contacto excesivo con otras personas (amigos, padres u otros modelos próximos) que proporcionan valores favorables a la delincuencia. Las personas, y concretamente los jóvenes, al vivir en sociedad establecen

continuamente relaciones interpersonales, pudiendo convivir y relacionarse tanto con personas respetuosas de la ley, como con personas cuyo comportamiento no respeta la ley y fomenta la violación de la misma. En este sentido, en la adolescencia, el grupo de iguales es una variable importante a tener en cuenta, ya que es con quien el joven agresor comparte creencias y conductas delictivas, y a su vez recibe apoyo y refuerzo de la conducta violenta (Martínez, 2017). En este sentido, la teoría de Sutherland destaca que una persona se vuelve delincuente o tendrá más posibilidades de delinquir cuando las actitudes positivas frente al comportamiento desviado superan cuantitativamente a los juicios negativos. Esto se debe a que ha aprendido a definir con más frecuencia una situación en términos de violación de la ley que en términos de respeto a la misma (Vázquez, 2011). Para Sutherland, la asociación diferencial con grupos antisociales o no antisociales sería la única posible explicación del comportamiento criminal. Esto es criticable por su marcado carácter reduccionista. El propio Sutherland señaló posteriormente que su teoría incumplía, entre otras cuestiones, algunas consideraciones de oportunidad para cometer actos delictivos (Binder, Geis, y Bruce, 2001).

c. La teoría de la tensión de Agnew (1990) pone énfasis en las relaciones negativas, los estímulos nocivos y sucesos vitales estresantes. Según Agnew (1990), los jóvenes son impulsados a la delincuencia por estados emocionales negativos, tales como la ira, la frustración o el resentimiento, de ello resultaría una mala relación con su entorno que podría llevarlos a la puesta en marcha de acciones contra las fuentes que les causan tensión emocional. Esta teoría identifica tres fuentes susceptibles de producir furia y frustración hasta tal punto de llevar al crimen y la delincuencia:

1. La tensión experimentada ante la imposibilidad de alcanzar objetivos sociales positivos. Por ejemplo, el fracaso ante alguna tarea del niño o adolescente, lo que puede producir una valoración negativa sobre sí mismo mermando su autoestima.
2. La privación de aquellas gratificaciones que un individuo ya posee o que espera poseer. Por ejemplo, por sucesos estresantes de la vida de los jóvenes como una ruptura de lazos o relaciones personales (Vázquez, 2003).
3. La exposición a situaciones negativas o aversivas de las cuales no se puede escapar. Por ejemplo, experiencias personales traumáticas que constituyan una amenaza para el futuro del niño o joven.

Agnew, considera que la situación de frustración se produce cuando la persona no es tratada por los demás como quisiera ser tratada. La conducta desviada o delincuente puede ser la solución a la frustración, que algunas personas utilizan para mejorar sus logros, aportar nuevos estímulos que sustituyan a los perdidos o para huir de estímulos negativos (Vázquez, 2003).

Partiendo de esta teoría, Sancho (2016) entiende la violencia filio-parental, como una respuesta reactiva y adaptativa a las agresiones que los menores reciben dentro del hogar familiar por parte de sus progenitores.

El modelo integrador de Agnew y Huguley (1989), explica la violencia filio-parental partiendo de las tres teorías mencionadas anteriormente. Estos autores destacan como causas de la violencia filio-parental, que los adolescentes tengan amigos que aprueban la violencia o incluso que también agredan a sus padres, que perciban un bajo control interno y externo sobre su conducta (escasa posibilidad de ser denunciado) y una baja vinculación con los padres (Martínez, 2017). Los propios autores consideran que este modelo no está exento de limitaciones, y consideran que para valorar más específicamente la influencia de los procesos y variables que llevan a la violencia filio-parental, es necesario centrarse también en variables psicológicas y biológicas más objetivables y exploradas longitudinalmente.

Tabla 12. Modelo integrador explicativo de la Violencia Filio-Parental (Agnew y Huguley, 1989)

FACTORES DE CONTROL SOCIAL INTERNO	<ul style="list-style-type: none"> • Creencias • Lazos • Consumo de sustancias 	
FACTORES DE CONTROL SOCIAL EXTERNO	<ul style="list-style-type: none"> • Formal 	
	<ul style="list-style-type: none"> • Informal 	- Compromiso

		- Posibilidad de sanción por parte de padres u otros
FACTORES DE ASOCIACIÓN DIFERENCIAL	<ul style="list-style-type: none"> • Creencias sobre la conducta delictiva • Relaciones con otros que se dedican a la violencia 	
FACTORES DE Tensión	<ul style="list-style-type: none"> • Estrés • Nivel Socio-económico • Logro de los objetivos inmediatos • Adversidad del medio ambiente 	

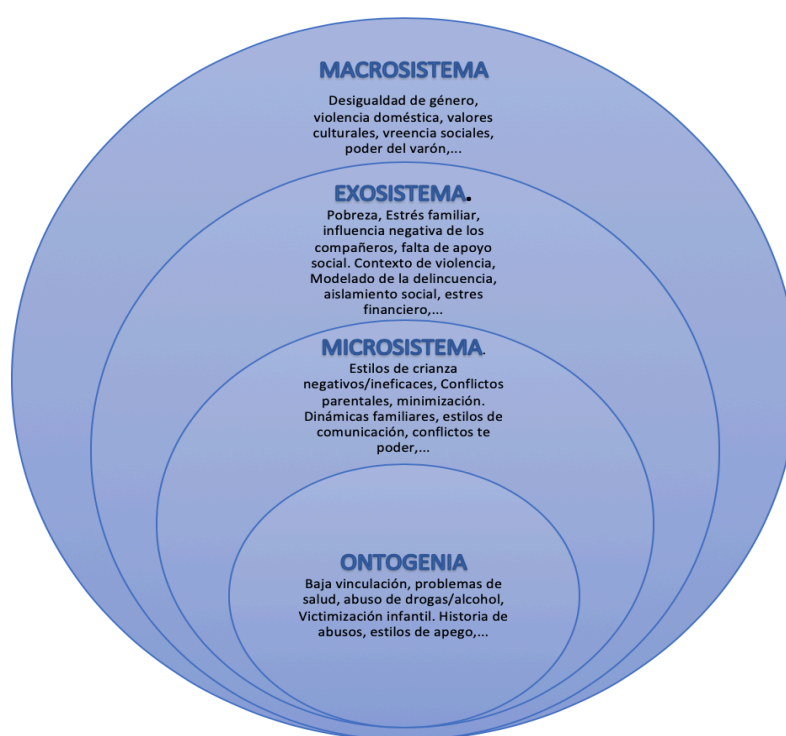
3.2.2. El Modelo Ecológico Anidado de Cottrell y Monk (2004)

Cottrell y Monk, basándose en el modelo ecológico de desarrollo humano de Bronfenbrenner (1979, 1987) adaptan la Teoría Ecológica Anidada sobre el maltrato doméstico (infantil y de género) (Belsky, 1980; Dutton, 1985) para explicar la violencia filio-parental (Sancho, 2015). Señalan que la interacción entre los efectos de la cultura (macrosistema), la subcultura (exosistema), la familia (microsistema) y las características individuales/aprendidas (ontogenéticas), son un buen marco explicativo de la naturaleza de la violencia en las relaciones familiares (Emery, 1989; Emery y Launmann-Billings, 1998; Frías-Armenta, López-Escobar y Díaz-Méndez, 2003; Straus, Gelles y Steinmetz, 1980).

Como hemos visto en el modelo ecológico, el entorno con el que interacciona la persona está formado por estos 4 niveles primarios de influencia, que influyen en la persona e interactúan recíprocamente. El modelo de Cottrell y Monk (2004) permite comprender los factores que implica la violencia filio-parental (figura 11). Este modelo señala que en la violencia ascendente existen factores determinantes en cada uno de los niveles de influencia del individuo, y considera que cuantos más factores estén presentes, más posibilidades existen para la aparición de violencia filio-parental. Estos autores

destacan diferentes factores que pueden influir directa o indirectamente en la violencia filio-parental, y por ello pueden ser entendidos como factores de riesgo y protección.

Figura 11. Modelo Ecológico Anidado (Fuente: Elaboración propia, adaptado de Cottrell y Monk, 2004)



Niveles formados por factores psicológicos, familiares y sociales (de riesgo y protección) que afectan a la violencia filio-parental:

- **Macrosistema:** valores culturales y sistemas de creencias que intervienen y justifican el uso de la violencia contra otros. En la violencia filio-parental, son los factores relacionados con el modelado social de poder del varón, y de la mujer como víctima, las madres como la víctima principal, la exposición a violencia en los medios de comunicación (Morán, 2013).
- **Exosistema:** estructuras sociales que influyen en el funcionamiento familiar e individual, dando lugar a un escenario en el cual ejercer violencia está reforzado. Con respecto a la violencia filio-parental se incluyen el estrés personal y económico (pobreza), el aislamiento social, influencias sociales negativas y la ausencia de apoyos comunitarios (Cottrell y Monk, 2004 citado)

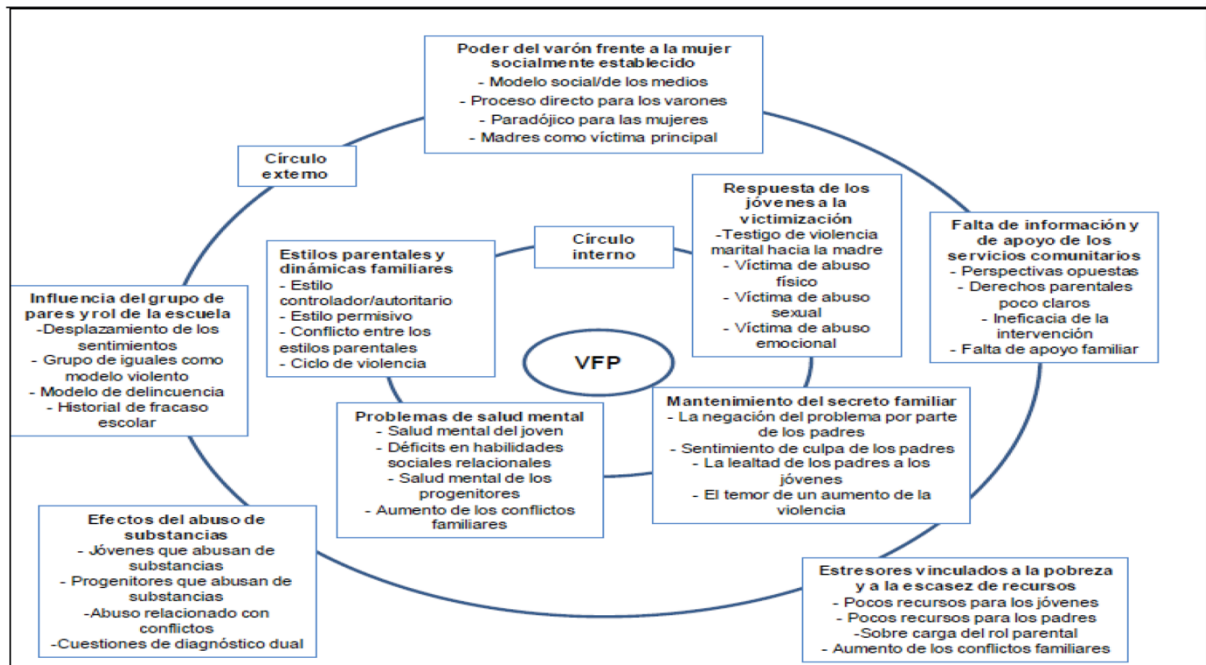
en Sánchez 2008; Sancho, 2015).

- **Microsistema:** patrones de interacción dentro de la familia que contribuyen a la aparición y el desarrollo de la violencia filio-parental, e incluyen desigualdades en las dinámicas de poder, estilos de comunicación negativos, y habilidades de resolución de conflictos deficitarias. La violencia filio-parental incluye los estilos de crianza inadecuados, los conflictos maritales y los problemas en el afrontamiento activo de los problemas familiares (González, 2012).
- **Ontogenia:** características individuales y experiencias que una persona violenta lleva a la relación. Estos factores están influenciados por los tres niveles anteriores (anidado). Algunos ejemplos en la violencia filio-parental son el escaso apego hacia los padres, problemas de salud (principalmente de salud mental del menor), el uso/abuso de drogas y las experiencias de victimización tempranas (Cottrell y Monk, 2004).

Los niveles que afectan a la violencia filio-parental, Cottrell y Monk (2004) los organizan e interrelacionan en dos grandes círculos de influencia (véase la figura 12).

- En el *círculo de influencia interno* están los factores que influyen de un modo más directo en la violencia filio-parental: los estilos parentales y dinámicas familiares, el mantenimiento de la privacidad familiar, la respuesta de los jóvenes a la victimización y la salud mental y los problemas médicos.
- En el *círculo de influencia externa*, se encuentran los factores relacionados con el poder del varón frente a la mujer socialmente establecido, la falta de información y de apoyo por parte de los servicios comunitarios, los estresores vinculados a la pobreza y a la escasez de recursos, los efectos del abuso de sustancias, la influencia del grupo de iguales y el rol de la escuela.

Figura 12. Adaptación de los Círculos de Influencia en la Violencia Filio-Parental adaptado de Cottrell y Monk (2004)



Aunque que se trata de un buen modelo teórico para entender la violencia filio-parental, también tiene limitaciones. Ibabe et al. (2007), señalan la dificultad de este modelo para medir las influencias macrosistémicas (valores y creencias culturales) y su consiguiente influencia sobre el resto. Otro hándicap es la cantidad de variables que tiene en cuenta el modelo, lo que dificulta poder diseñar investigaciones que estudien las premisas de esta teoría. Los autores reconocen la necesidad de mayor investigación para determinar el poder de cada variable (Cottrell y Monk, 2004).

3.2.3. Teoría de sistemas, modelo sintomático de Micucci (1995)

Micucci basándose en la teoría general de sistemas y la terapia familiar, plantea en 1995 el modelo sintomático para explicar la violencia filio-parental. La entiende como un síntoma (Martínez, 2017). Para este autor los síntomas que aparecen durante la adolescencia se encuadran en un contexto de aislamiento interpersonal, caracterizado por la aceptación condicional y los intentos por controlar al otro. Los intentos de la familia por controlar el síntoma expresado por el adolescente generarían un contexto donde las

relaciones entre los miembros de la familia con el exterior se deterioran, al tiempo que el adolescente es identificado como el problema, lo que le genera una mayor sensación de incompreensión y aislamiento (Rojas, Vázquez y Llamazares 2016). Estas circunstancias dan lugar a lo que Micucci denomina el **ciclo sintomático**, donde el aislamiento interpersonal alimenta los síntomas y los síntomas generan más aislamiento.

Para Arenas y Ramírez (2008), el ciclo sintomático está formado por los esfuerzos que realizan los miembros de la familia para intentar controlar o eliminar el síntoma, dando lugar a unos patrones rígidos y repetitivos como forma de relacionarse, lo que a la vez les impide utilizar otros aspectos positivos de sí mismos que podrían ser mejores y más adecuados para solucionar el problema.

Morán (2013), señala como Micucci (1995) aplica su modelo a la violencia filio-parental, la cual parte de la identificación de los ciclos sintomáticos o de las secuencias repetitivas y recurrentes de la interacción entre los miembros de la familia, que provocan y mantienen la violencia ascendente. Las familias preocupadas por controlar o eliminar el síntoma (de su hijo adolescente), descuidan los demás aspectos de sus vidas, incluidos los aspectos positivos del problema (Sancho 2015), por lo que lejos de solucionar dicho problema consiguen el efecto contrario, agravarlo aún más, incrementar la violencia y aumentar el aislamiento y el sentimiento de incompreensión (Velilla, 2014).

Este modelo se organiza en 5 patrones de relación familiar que explican la violencia filio-parental:

1. *Las relaciones familiares se organizan en torno a la violencia*, cuando los hijos emiten esta conducta con sus padres, entonces se empieza a prestar mayor atención al síntoma y los esfuerzos por evitar, eliminar o contener la violencia condicionan la interacción familiar.
2. *Los miembros de la familia descuidan otros aspectos de sus vidas* (Martínez 2017), de manera que en los padres se produce un mayor aislamiento social que limita el acceso a recursos de apoyo efectivos, y en el adolescente se produce un aislamiento respecto del resto de miembros de la unidad familiar (Micucci, 1995).

3. *La familia etiqueta al adolescente como "problema" ante sus conductas agresivas*, ya que alteran las dinámicas familiares, esto provoca en los padres emociones de ira y de rechazo hacia sus hijos, lo que supone una falta de responsabilidad compartida tanto en el origen y mantenimiento del problema, como en la búsqueda de soluciones (Morán, 2013; Martínez, 2017).
4. *Complementariedad de percepciones sesgadas*. Cada miembro de la familia tiene una opinión diferente (no compartida), sobre el motivo de la conducta del hijo adolescente, esto hace que se atienda de forma selectiva a conductas que confirman sus creencias y condicione la forma de actuar al atribuir a otro la responsabilidad del problema (Morán, 2013; Martínez, 2017).
5. *Aceptación condicional*. Micucci (1995) propone que la conducta violenta del adolescente conlleva en muchos casos el que los hijos no cumplan con las expectativas de los padres, lo que lleva a una expresión abierta o encubierta de reproches por parte de los padres y madres con el fin de intentar cumplir con esas aspiraciones, encontrando ante ello más respuestas opositoras, y manteniéndose así el ciclo de violencia (Morán, 2013).

Una de las limitaciones del modelo es que no considera la influencia del entorno social y cultural, y que únicamente atiende al contexto familiar. Además, concede mucha importancia a las interacciones familiares en detrimento de la responsabilidad del adolescente que lleva a cabo la conducta agresiva. También es cuestionable la aparente simplicidad del modelo, entendiendo que el cambio en uno de los miembros garantiza una solución al problema o cambio en la dinámica familiar (Rojas et al, 2016).

3.2.4. Modelo de Euskarri (Pereira y Bertino, 2009).

Este modelo explica la violencia filio-parental desde la teoría ecológica, señalando como los factores personales, familiares y sociales influyen en la aparición y mantenimiento de las conductas agresivas hacia los padres, pero a su vez también incluye la perspectiva de la terapia sistémica (Sancho, 2015).

Este modelo se apoya en el planteamiento de Harbin y Madden (1979), y considera 3 áreas que evidencian una disfunción familiar:

1. *Organización jerárquica y de señalamiento de normas.* Los padres admiten su incapacidad para establecer normas y límites y reclaman que un agente externo se responsabilice de ello. Esta situación puede provocar que un hijo asuma el rol parental y cuando la situación le sobrepase, emita conductas violentas como forma de control, que en un principio puede dirigir hacia algún hermano y posteriormente hacia los padres.
2. *Protección de la imagen familiar.* Generalmente la intención de las familias maltratadas por sus hijos es dar una imagen de “armonía” con el fin de proteger la imagen familiar, negando, minimizando y tolerando situaciones de violencia ante la vergüenza y el fracaso educativo que supone ser agredido por un hijo. Esta conspiración de silencio favorece el aislamiento y dificulta la intervención, agravando el problema.
3. *Separación y fusión.* En las familias que solicitan ayuda se observa una fusión emocional entre hijo-padre/s o agresor-agredido, previa a desencadenarse el comportamiento agresivo. Esta cercanía no favorece en la familia la necesaria diferenciación de roles y además el adolescente puede vivirla como presión, manifestando una conducta rebelde como forma de distanciamiento que le es eficaz como forma de control y poder, aspectos que mantienen la violencia.

Pereira y Bertino (2009), detallan una secuencia típica de manifestación de la conducta violenta. El primer paso es un desacuerdo entre progenitor e hijo que este no tolera, para desencadenar una discusión en un plano de igualdad, terminando con el intento de retirada de uno de ellos sin resolver el conflicto, circunstancia que la otra parte no permite mediante la instigación y el acoso, lo que incrementa la tensión y el conflicto que llega a materializarse mediante la actitud agresiva del acosado (padre o hijo) que disminuye la tensión. Llegados a este punto, el mantenimiento de la conducta violenta se basa en los beneficios secundarios que se obtienen de su utilización, principalmente poder y dominación, aspectos que el adolescente violento consigue llegando a casa a la hora que se desee, obteniendo más dinero, decidiendo qué y cuándo se come, ...

Para estos autores la intervención de la violencia filio-parental debe centrarse en tratar simultáneamente las 3 áreas disfuncionales y reconstruir el vínculo parento-filial afectado por la situación.

3.2.5. Síndrome del Emperador (Garrido, 2005 y 2012).

Garrido es el primer autor español que trata de explicar la violencia filio-parental. Para ello, hace una analogía entre los menores que maltratan a sus padres y los emperadores romanos, quienes de forma soberana doblegaban a otros reyes, ya que debían respetar su voluntad para no levantar sus hostilidades. Sancho (2015) considera que más que una explicación de la violencia filio-parental, este autor lo que hace es una descripción del mismo, basándose en los aspectos individuales y contextuales que rodean al menor y su familia, acercándose al modelo ecológico.

Garrido (2007, 2008, 2009), plantea 4 causas explicativas para que los menores agredan a sus padres:

- Haber sido víctima de malos tratos por parte de los padres, por comisión u omisión.
- Haber sido testigos de violencia doméstica en el hogar.
- Padecer un trastorno mental como esquizofrenia.
- Presentar consumo de drogas.

Señala también la influencia, sin ser determinante, que pueden ejercer en el aprendizaje de la violencia de otras causas sociales como: los iguales, los medios de comunicación o el estilo educativo permisivo.

Garrido (2009) señala que aproximadamente, un 10% de menores que presentan violencia filio-parental, no pueden justificarse por ninguna de las razones anteriores, y califica a estos jóvenes como *emperadores o afectados por el síndrome del Emperador*. Este síndrome se define por la disposición psicológica que caracteriza a los hijos que maltratan a sus padres (psíquica o físicamente) de forma continuada o habitual (principalmente a la madre), sin que estos puedan ser considerados “malos padres” (o

negligentes), y sin que existan causas sociales que expliquen esta violencia. Esta perspectiva desculpabiliza a los padres y entiende que el agresor es el único responsable de sus actos dada su condición mental. Garrido (2007) defiende una postura innata y biologicista en contraposición con las teorías del aprendizaje social (Salazar, 2018), sin descartar plenamente las influencias sociales o familiares.

Según Garrido (2007), la violencia filio-parental exige que el menor no haya desarrollado la conciencia (principios morales que incluye el sentimiento de culpa), una empatía muy limitada y unas creencias distorsionadas (o desadaptadas) acerca de la relación padres-hijos. Para Garrido (2009), estos jóvenes se concentran en conseguir sus metas egocéntricas, y no respetan la autoridad que sus padres tienen para imponerles normas y castigos si las quebrantan. El resultado de todo eso es una gran ira que se canaliza en forma de insultos, actos de vejación y conducta agresiva hacia los padres.

Rabadán y Giménez (2014) destacan que es esa ausencia de conciencia, lo que los lleva a presentarse como una tabula rasa en el plano emocional, apartándose de cualquier tipo de vinculación afectiva con los demás, incluso con sus padres, de manera que esta circunstancia les hace más temibles al no tener esa capacidad de relación emocional con los demás.

Según Garrido (2007) citado en Rabadán y Giménez (2014), otras características propias del ámbito psicológico-personal de estos adolescentes son: el temperamento, la inexistencia de miedo o repulsión hacia el castigo y la ausencia de empatía y culpa que les hace sentirse libres en sus acciones sin ningún tipo de remordimiento intrínseco posterior. Además, muestran distorsiones perceptivas que les hacen interpretar erróneamente las situaciones y tomar decisiones coherentes, dejándose llevar por su impulsividad y escaso autocontrol. Estos hijos, extorsionan a sus padres usando cualquier medio (amenazas, violencia tanto física como verbal) para obtener lo que quieren. Si el menor consigue tener el control de la situación, su comportamiento puede estar más motivado sólo por el hecho de disfrutar del control y de dominar la situación (Fernández, Cruz, Domínguez, Abellereira y Amado, 2009).

Garrido (2005), describe diferentes tipos de emperador que ordena de mayor a menor gravedad en función del nivel de ausencia de conciencia, incapacidad de empatía

y amor al prójimo, como escaso juicio moral: 1º el hijo psicópata, violento y explotador; 2º el irresponsable y vago; 3º el delincuente y drogadicto; 4º el temerario, impulsivo y buscador de riesgos; 5º el encantador y seductor y, en 6º lugar, el mentiroso y manipulador.

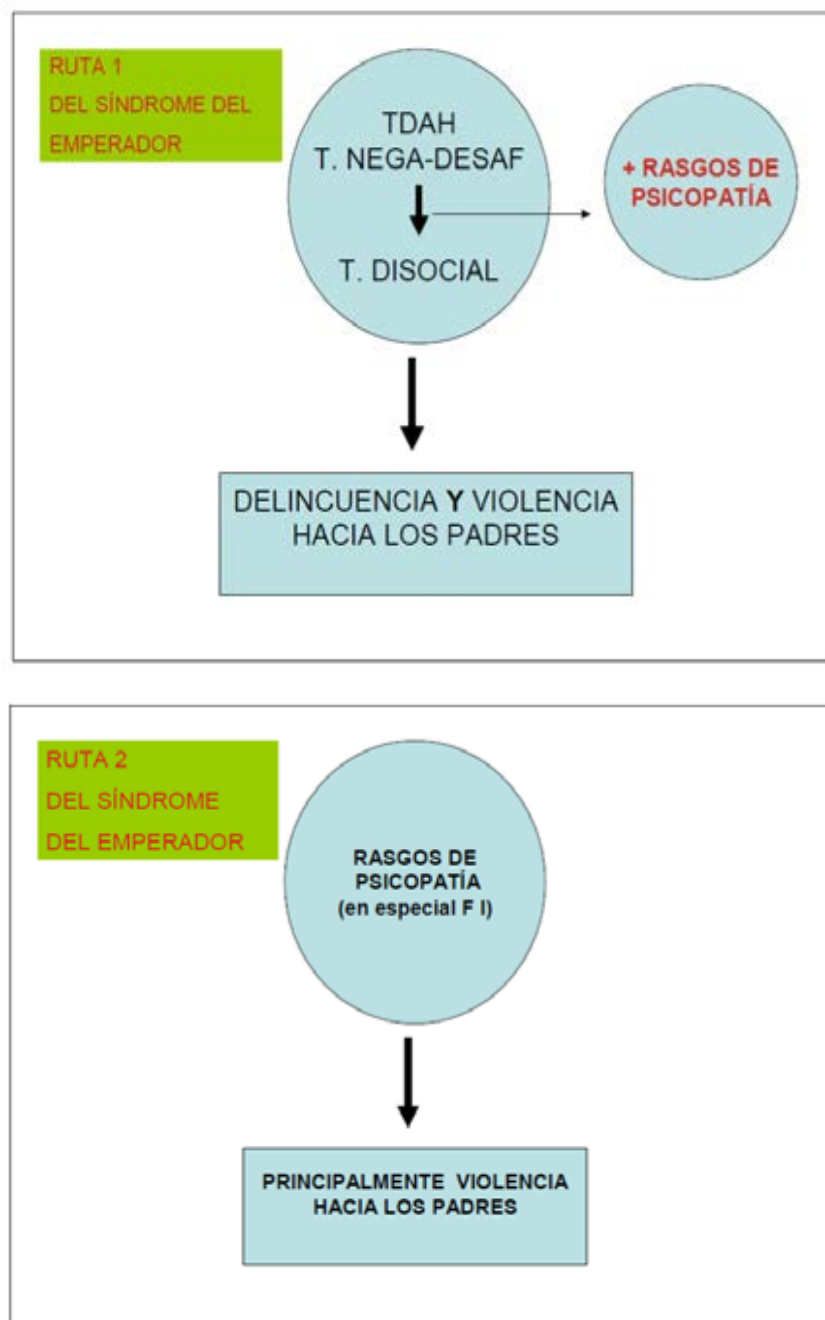
Los cuatro primeros tienden a aislarse, pensar de forma reiterada sobre los agravios y las humillaciones experimentadas y son más propensos a llevar a cabo conductas violentas, mientras que los dos últimos son jóvenes inteligentes, sin problemas en el ámbito escolar, con habilidades de negociación en el ámbito familiar, y con tendencia al riesgo (Garrido, 2005).

Este autor señala que los padres no son maltratadores de sus hijos, ni negligentes ni tampoco más permisivos de lo que se considera normal, y que la naturaleza de este tipo de violencia es la personalidad de estos menores (Fernández, 2015).

Los menores pueden desarrollar el síndrome del emperador a través de dos vías: por un lado, se pueden encontrar adolescentes que además de maltratar a sus padres cometen otros delitos, y por otro, adolescentes adaptados socialmente que sólo utilizan la violencia en su entorno familiar (Martínez, 2017).

- Los menores que presentan un diagnóstico psicopatológico relacionado con el trastorno de conducta, como el TDAH, el trastorno negativista-desafiante, y en los casos más graves el trastorno disocial. Esta psicopatología, los puede llevar a cometer actos delictivos, sin que previamente lleguen a ejercer violencia filio-parental. No obstante, si en estos menores concurren a su vez rasgos de psicopatía como la insensibilidad emocional, impulsividad y narcisismo, entonces además de delinquir, también agredirán a sus progenitores (Garrido, 2008)
- Los menores que únicamente presentan rasgos de psicopatía. Esta condición es suficiente para emitir violencia filio-parental, especialmente aquellos rasgos que definen una personalidad sin capacidad para sentir culpa o remordimiento, sin capacidad para establecer vínculos afectivos significativos y de responsabilidad hacia los demás, un profundo egocentrismo y/o ausencia de empatía. No es necesario la presencia de una conducta antisocial o delictiva fuera del hogar.

Figura 13. Las dos rutas hacia el síndrome del emperador (adaptado de Garrido, 2008).



"La fuerza lo conquista todo, pero sus victorias son a corto plazo"

Abraham Lincoln

CAPÍTULO IV:

PROGRAMAS DE INTERVENCIÓN EN VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

Son escasos los recursos específicos dedicados al tratamiento de la violencia filio-parental, la intervención está aún en vías de desarrollo, sin que se puedan determinar programas concretos con resultados eficaces (Martínez, 2017) ni con la suficiente evidencia científica (González, 2012). La investigación, se ha centrado más en intentar explicar el fenómeno que en buscar alternativas de solución (Downey, 1997; citado en González, 2012). Si bien, dada la creciente visibilidad que ha ido adquiriendo el fenómeno en los últimos años, se ha convertido en foco de atención para los expertos en la materia, quienes solicitan formación y recursos para poder prevenir e intervenir en este tipo de maltrato, al verse en ocasiones incompetentes (Romero et al., 2005).

Martínez (2017), señala que las familias que demandan esta ayuda recurren a servicios generales que atienden principalmente a jóvenes con problemas de conducta o tratan otras formas de violencia juvenil o familiar, y estos son: los servicios de protección, los servicios sociales y en última instancia el juzgado de menores. También el contexto clínico es otra vía en el intento de mejorar el problema.

La investigación de Aroca, Bellver y Alba (2013), pone de manifiesto los recursos y respuestas que los progenitores encontraron cuando fueron a pedir ayuda o asesoramiento ante el conflicto filio-parental que vivían. La mayoría de las familias tuvieron algún tipo de contacto con recursos comunitarios, hospitales de día o de atención ambulatoria, sin obtener ayuda o, cuando la recibieron, no fue eficaz; y aquellos que recurrieron a los Servicios Sociales y a la Justicia, vivían una situación familiar muy deteriorada. Los padres encontraron que las instituciones les culpaban o minimizaban la experiencia de maltrato (Omer, 2004). De igual manera, la policía ha sido un recurso empleado con frecuencia, si bien suelen llamar a las fuerzas de seguridad ante un primer episodio agresivo, no suelen hacerlo en un segundo, al no encontrar ayuda ni apoyo (Edenborough et al., 2008; Omer, 2004). Los servicios públicos no tenían recursos ni respuestas coherentes para este tipo de violencia, algunos padres encontraron recomendaciones educativas poco eficaces para sus hijos adolescentes, tratados como niños desobedientes.

Según la Asociación Altea-España (2008), para conseguir un abordaje eficaz de la Violencia filio-parental se requieren respuestas combinadas y coordinadas que

contemplen diferentes niveles e instituciones (Servicios Sociales, Educación, Sanidad y Justicia).

En este capítulo se van a plantear los programas de intervención más relevantes y destacados que se están llevando a cabo actualmente para el abordaje de la violencia filio-parental, diferenciando los distintos ámbitos de trabajo.

Martínez (2017) indica que la mayor parte de estos programas carecen de una evaluación rigurosa, se interpretan de forma subjetiva, utilizan diferentes tipos de muestras y variables, o proceden de distintos ámbitos como el clínico, el comunitario o el judicial (Aroca-Montolío et al., 2014). Sin embargo, son la base para futuras investigaciones y programas, con rigor científico.

Los tratamientos dirigidos al abordaje de la violencia filio-parental parten de otros ya reconocidos e instaurados en el ámbito de los trastornos de conducta en la adolescencia o del comportamiento antisocial que establecen la necesidad de trabajar aspectos relacionados con la solución de problemas, el entrenamiento en aserción, en el control de la ira y el área cognitiva desde una perspectiva familiar (Chamberlein y Smith, 2003; Kazdin y Weisz, 2003; Henggeler y Lee, 2003; Huey y Rank, 1984; Lochman, Barry y Pardini, 2003).

4.1 En el ámbito judicial

En este sentido es importante tener en cuenta que algunos de estos jóvenes pasan por la jurisdicción de menores y en estos casos la Ley Orgánica de Responsabilidad Penal del Menor es la encargada de proveer a los infractores la intervención específica ajustada a sus características personales y familiares a la hora de ejecutar las medidas impuestas en sentencia. Tal y como señala Abadías (2015), el artículo 54.3 establece que los menores internos en centros de reforma llevarán a cabo programas de intervención educativa, y el artículo 56 g) especifica el derecho a un programa de tratamiento individualizado.

4.1.1 Programa Step Up de Anderson y Routt (2004) y Routt y Anderson (2011)

Anderson y Routt desarrollaron en Seattle una intervención específica para abordar la violencia filio-parental, debido al alto índice de casos detectados en 1997 (King County, 2012). Tras 7 años de trabajo, en 2004 presentan de forma pionera el programa Step-up, convirtiéndose en uno de los programas más destacados y reconocidos actualmente, adaptado y aplicado internacionalmente (Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2014).

Los principales objetivos del programa Step-Up se dirigen a introducir cambios en el sistema de justicia juvenil, con el fin de responsabilizar a los agresores y proteger a las víctimas (Martínez, 2017) y para ello se plantean:

- Detener la violencia y el abuso hacia los padres.
- Desarrollar relaciones familiares de respeto para ayudar a los miembros de la familia a sentirse seguros en el hogar.

Se trata de un enfoque multicomponente de corte cognitivo-conductual que ofrece una intervención terapéutica integral formada por 21 sesiones semanales de 90 minutos de duración dirigidas a grupos tanto de adolescentes como de padres, existiendo también la posibilidad de realizar sesiones familiares (Buel, 2002; Routt y Anderson, 2011). El programa tiene carácter voluntario y se ofrece a los padres vía judicial, tras la interposición de la denuncia.

El primer paso de la intervención incluye la elaboración de un plan de seguridad con la familia, previa evaluación de los peligros, la salud mental y el consumo de sustancias por parte del adolescente. Posteriormente, se proporcionan a los padres, estrategias para hacer frente a los abusos perpetrados por sus hijos. Finalmente, se inicia la intervención terapéutica, tanto de forma individual (menor y padres) como conjunta (Howard, 2011).

La intervención con los padres se dirige a conocer la historia familiar, prestando atención en posibles violencias familiares previas y en la conducta infantil. A su vez, se les ofrece psicoeducación sobre las características propias de la etapa adolescente y los cambios implícitos, y sobre la influencia de los estilos educativos violentos en el comportamiento del niño. Se les entrena en habilidades para establecer reglas y límites adecuados, así como en el uso de estrategias eficaces como el tiempo fuera, el refuerzo positivo, la comunicación asertiva y la resolución de conflictos (Anderson y Routt, 2004a).

Respecto a la intervención con los hijos adolescentes se establece prioritario la necesidad de responsabilizar al menor de su comportamiento abusivo y hacerle ver las consecuencias que esta conducta provoca en sus padres y en ellos mismos (Anderson y Routt, 2004b). Para ello se requiere el aprendizaje de habilidades propias para prevenir la conducta violenta como técnicas de resolución de conflictos, de empatía, reestructuración cognitiva y control de la ira. Asimismo, se promueve la participación activa de los adolescentes en el contexto escolar o en el trabajo (Howard, 2011).

La intervención conjunta en la familia se dirige a que padres e hijos aprendan a detectar señales y factores de riesgo asociados con la violencia, practicar el "tiempo fuera" y mejorar la comunicación mediante juego de roles (Buel, 2002).

El programa Step Up de Anderson y Routt ha sido evaluado en tres ocasiones por investigadores independientes, encontrando resultados prometedores. Morán (2013) informa que se han encontrado mejoras significativas al finalizar la intervención, donde el 95% de los adolescentes finalizaban el tratamiento con éxito, siendo del 8,3% la tasa de reincidencia (Organizational Research Services, 2005; citado en Routt y Anderson, 2011).

4.1.2 Programa Educativo de Intervención con Menores en Violencia Filio-Parental (Moreno, 2009)

Moreno desarrolló en 2009 un programa para menores infractores con medidas judiciales por violencia doméstica desde el Instituto de Reintegración Social de Bizkaia (IRSE) con el objetivo principal de eliminar la conducta agresiva del adolescente hacia sus padres. La intervención terapéutica consta de tres fases: una primera de evaluación de carácter individual (3 sesiones), la segunda de aplicación del programa con formato grupal de 6 adolescentes (10 sesiones), y la tercera de seguimiento alternado 3 sesiones individuales para los menores y sus familias y 1 conjunta. En total son 17 sesiones de 90 minutos.

Primero se evalúa la historia del menor en cuanto a su comportamiento violento, con el fin de hacerle responsable de dicha conducta y de sus consecuencias negativas, asimismo el tratamiento pretende cambiar las creencias distorsionadas sobre la violencia, mejorar la comunicación, la empatía, aumentar la autoestima, el autocontrol, la tolerancia a la frustración, solucionar conflictos y aprender a respetar a los demás y a la familia (González, 2012; Morán, 2013). En la actualidad no se cuenta con datos sobre la eficacia de este tratamiento.

4.1.3 Programa de intervención con familias y menores con conductas de maltrato de Sánchez (2008) y Sánchez, Ridaura y Arias (2010). Colonia San Vicente Ferrer

Este programa se lleva a cabo en 2004, en la Colonia San Vicente Ferrer de la Comunidad de Valencia, centro residencial destinado exclusivamente a la ejecución de medidas judiciales de internamiento, firmes o cautelares, en régimen abierto, semiabierto y cerrado para menores con edades comprendidas entre los 14 y 18 años, según LORPM y que cumplen medidas por violencia en el ámbito familiar.

La intervención terapéutica es de orientación cognitivo-conductual, modelo que ha demostrado mejores resultados y menor reincidencia (Landenberger y Lipsey, 2005; McGuire, 2001, 2002), y las técnicas empleadas son las propias de este tipo de tratamientos, como por ejemplo el análisis funcional, el refuerzo, los contratos conductuales, el role-playing, técnicas de negociación, etc. (Martínez, 2017).

Este programa va dirigido tanto a los menores infractores como a sus familias, basándose en un plano multidimensional. Sánchez (2008) entiende los conflictos familiares como un problema dimensional, en el que tanto padres como hijos son responsables y por ello, todos deben intervenir en el proceso psicoeducativo (Boboaca, 2016) con el fin de disminuir y eliminar la conducta violenta de los adolescentes y ofrecer herramientas a padres e hijos que mejoren las relaciones entre ellos, evitando la reincidencia (Martínez, 2017).

La metodología de trabajo ha sido desarrollada por Sánchez, Riadura y Arias (2010) y consta de 4 fases organizadas en sesiones semanales de carácter individual, grupal y familiar de 60 minutos.

- Fase de evaluación que comprende 2 sesiones individuales: por un lado, con los padres y por otro con los hijos. El objetivo es empatizar con ellos, ofrecerles información y recoger información para una intervención adecuada. Además, se intenta responsabilizar al menor de sus actos. Para ello las técnicas utilizadas son la entrevista semiestructurada, cuestionarios, autorregistros y el análisis funcional.
- Fase de hipótesis: trata de conocer el origen y mantenimiento del problema mediante 2 sesiones con los padres, una de forma individual y otra en formato escuela de padres.
- Fase de intervención: se organiza en 5 bloques estructurados con una periodicidad de 11 sesiones, cuyas técnicas principales son la psicoeducación, role-playing, tareas para casa, visionado de películas (Martínez, 2017).

1. Bloque I. Mediante una intervención individual con los padres se trata de que estos reconozcan su responsabilidad en el problema (González, 2012),

asimismo interesa que aprendan a reforzar positivamente y manejen las distorsiones cognitivas (Morán, 2013).

2. Bloque II. Mediante una intervención individual con los hijos se trata de que estos reconozcan su responsabilidad en el problema (González, 2012) y aprendan a resolver los conflictos y cumplir las normas familiares, para ello se abordan las emociones, los pensamientos irracionales y el control de la ira (Morán, 2013).
3. Bloque III. Intervención familiar en su conjunto donde se establecen contratos de convivencia ante los permisos de salida del centro, hablar sobre el problema, habilidades de relación (González, 2012).
4. Bloque IV. La creación de la Escuela de padres ofrece un lugar para informar sobre las características de la adolescencia, definir qué es educar y aprender habilidades de comunicación y estrategias para disminuir o aumentar conductas, así como saber imponer una disciplina adecuada.
5. Bloque V. El grupo de adolescentes entrena habilidades sociales como aprender a recibir críticas, hacer peticiones, hacer y aceptar cumplidos, ...

- Fase de seguimiento: aunque los menores permanecen en el centro, se trabaja para su salida e inicio de la libertad vigilada.

Este programa viene avalado por datos empíricos. Sánchez (2008), concluye que la violencia filio-parental mejora con el internamiento y mejora aún más con la administración de un tratamiento específico.

4.1.4 Prevención de la Violencia Filio-Parental: el modelo de Cantabria

El modelo Cantabria para la prevención de la violencia filio-parental ha sido realizado por un grupo de trabajo formado por profesionales del Instituto Cántabro de Servicios Sociales (ICASS) y de las entidades que colaboran con el Gobierno de Cantabria en la ejecución de medidas judiciales, dirigidos por Garrido entre los años

2008-2012. Aporta conocimientos y herramientas educativas a los profesionales que trabajan en casos de violencia filio-parental y ofrece un modelo pionero de intervención con padres que sufren la agresión de sus hijos y un programa experimental para los menores.

El programa ofrece un taller para padres cuyos hijos ejercen una violencia habitual hacia ellos y otro para adolescentes que están cumpliendo una medida judicial en medio abierto o cerrado, aunque también es aplicable para niños que dependen del servicio de protección de la Administración, con edades comprendidas entre los 11 y 18 años.

El taller para padres es exclusivo para ellos y no atiende directamente a los menores, aunque se entiende que el profesional trabajará la modificación del comportamiento de estos. Se plantea como el objetivo último de este taller que los padres puedan presentarse ante sus hijos como figuras de autoridad y de amor, actitud necesaria en toda relación positiva entre padres e hijos. Por ello se enfatiza el poder conservar los vínculos afectivos entre los padres y los hijos e intentar la “reconciliación” familiar.

El taller se basa en las teorías aportadas por diferentes autores y trabajos como son la Terapia Familiar Estratégica (programa estructurado de Price y Margerum, 2003), la Terapia sobre la Resistencia no Violenta de Omer (2004), el modelo Responsive Parent Therapy de Cavell (2000) y la Terapia de la Realidad y la Teoría de la Elección de Glasser (1965, 1998).

El taller se estructura en 5 sesiones de 2 horas cada una, más 1 sesión opcional de seguimiento, desarrolladas en formato grupal (6-12 padres) con una problemática homogénea y basadas en técnicas psicoeducativas (fichas de apoyo, tareas para casa, role-playing, etc.), en las que se invita a los padres a pensar, analizar, discutir y descubrir quiénes son y qué hacen como padres (Martínez, 2017).

Tabla 13. Taller para padres y madres: modelo de Cantabria (Fuente: elaboración propia; adaptado de Garrido, 2012)

SESIONES	OBJETIVOS
<p>SESIÓN 1. El comienzo</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Empatizar con los padres. • Muchos padres tienen problemas como los suyos. • Implicar a los padres en el taller. • Aclarar algunas ideas erróneas. • Generar esperanza de que el cambio de los hijos es posible.
<p>SESIÓN 2. Cuando los hijos toman el control: respuesta reactiva</p>	<p>La idea general de esta sesión es enseñar a los padres a manejar la situación de violencia sin estrategias reactivas y sin la presión del momento.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Identificar la gravedad de la agresión del hijo. • Identificar la manipulación en los hijos y las respuestas reactivas de los padres. • Los dos tipos de respuestas reactivas.
<p>SESIÓN 3. La resistencia no violenta (RNV): la respuesta proactiva o afirmativa</p>	<p>La norma es evitar la confrontación, y abstenerse de sermonear, moralizar y discutir o explicar.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Presentar la idea de la RNV y la recuperación de la figura de ser padres. • Identificar la respuesta afirmativa como expresión esencial de la RNV y el principio de la respuesta demorada. • Aprender formas de responder ante una mala conducta. • Destacar la importancia de la elección en el hijo violento.
	<ul style="list-style-type: none"> • Comprender la relación existente entre información y poder.

<p>SESIÓN 4.</p> <p>Obtener información y la creación de una red de apoyo</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Ser capaz de identificar las lagunas de información que tienen respecto a sus hijos. • Aprender a obtener información y a crear una red de informantes. • Identificar y elegir respuestas razonables ante una nueva información.
<p>SESIÓN 5.</p> <p>Métodos de control de la violencia de los hijos y refuerzo del vínculo</p>	<p>La clave es revelar el abuso y evitar el aislamiento.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Desarrollar un grupo o red de apoyo. • Fortalecer el vínculo filio-parental y los “gestos de reconciliación”. • El castigo: la retirada de privilegios y “padres en huelga”. • Conocer respuestas de emergencia y la contención física.
<p>SESIÓN ADICIONAL.</p> <p>Supervisión en el seguimiento (para trabajo individual o en el grupo del taller)</p>	<p>De carácter grupal o individual.</p> <p>Número de sesiones indeterminada, según los casos.</p> <p>Se debe prestar mayor atención durante el primer mes que es más crítico, los cambios pueden hacerse esperar al 2º o 3º mes.</p> <p>Se recomienda un seguimiento más exhaustivo durante el primer mes tras la finalización de la intervención.</p> <p>Se refuerzan los objetivos y contenidos trabajados a lo largo del taller.</p>

Garrido (2012), propone a los formadores del taller que las sesiones sean dinámicas y para ello describe una serie de rasgos esenciales como la empatía y actitud de escucha, dinamizador, resolutivo, honesto y asertivo, ...

El taller para los hijos plantea 3 metas generales como objetivos de la intervención:

- Que el menor perciba su situación de manera realista, sin distorsionarla ni justificarla.
- Que el menor aprenda estrategias cognitivas, emocionales y conductuales que le permitan afrontar los conflictos sin violencia, y tomar decisiones eficaces, ya que las conductas de desafío (negarse a ir a la escuela, o a estudiar) solo suman dificultades, por ello se hace necesario eliminarlas.
- Que el menor pueda mantener una vinculación con aquellos adultos que le aporten una influencia positiva, principalmente con sus padres o familiares.

La intervención toma como referencia los presupuestos teóricos, derivados de la psicología evolutiva, la psicología de la personalidad, y los ámbitos del tratamiento y la prevención psicoeducativa. En concreto, se considera el modelo de la psicología positiva y los estudios de resiliencia, la terapia basada en la esperanza (Snyder, 1994; Snyder, Rand y Sigmon, 2002), el modelo transaccional o recíproco (Bell, 1968; Belsky, 1984; Sameroff, 1975, 1995) y la psicología narrativa dentro de las teorías sistémicas de terapia familiar.

En el taller se tienen en cuenta los recursos de que disponen tanto el joven como la familia. Se plantea que los adolescentes tengan una meta a la que dirigirse y adquieran los medios y la confianza necesaria para lograrlo. Se considera que el desarrollo personal es producto del ajuste con su familia y el contexto social, y se busca que los adolescentes elaboren una historia positiva y realista respecto a la relación con sus padres (Martínez, 2017).

El taller está diseñado para realizarse en grupo, pero se puede complementar con sesiones individuales atendiendo a las características personales, y en los casos en los que resulte conveniente. No se establecen sesiones, sino actividades con una duración total entre 10 y 15 horas. Aunque puede realizarse de forma independiente al taller de los padres, cuando se realiza conjuntamente tiene mayor sentido.

Garrido (2012) propone 6 niveles de violencia según el grado de agresión aplicado, y el objetivo del programa es alcanzar el nivel 1. El nivel 1 se considera el nivel mínimo de violencia y se caracteriza por conductas de manipulación. El nivel 2 emplea la violencia verbal sin amenazas (insultos, gritos). El nivel 3 amenazas verbales directas sin violencia física. En los niveles siguientes el hijo exhibe violencia física a sus padres, bien de forma intencional (violencia instrumental) o bien de manera impulsiva (violencia reactiva). El nivel 4 se cumple cuando se emplean amenazas verbales directas con violencia física indirecta (sobre objetos). En el nivel 5 el adolescente demuestra violencia física directa de baja/moderada intensidad. Y por último el nivel 6, es el más grave, caracterizado por violencia física de alta intensidad.

La estrategia terapéutica radica en que el menor conozca la secuencia que lleva a la violencia y así adquiera habilidades para interrumpirla, controlar su conducta y seguir las normas familiares. El profesional que trabaja con el menor interviene sobre las distintas etapas que derivan en el comportamiento violento, aportándole estrategias para impedir que acceda a la siguiente etapa (véase figura 14).

El taller se estructura en 4 etapas, pero previamente deben llevarse a cabo otras 2 que son el establecimiento de rapport y la etapa de evaluación, momento en el que ya se debe intentar que el menor pase a la etapa primera y terminar con una etapa de consolidación de lo aprendido a nivel cognitivo, emocional y conductual.

- | |
|--|
| <ol style="list-style-type: none">1. Etapa de decisión para el comportamiento negativo.2. Etapa de realización del comportamiento negativo.3. Etapa de confrontación con el padre/madre.4. Etapa de retirada y de escalada del conflicto. |
|--|

Figura 14. Etapas y Actividades del Taller para hijos: modelo de Cantabria (Fuente: elaboración propia; adaptado de Garrido, 2012)



4.1.5 Programa educativo y terapéutico por Maltrato Familiar Ascendente de la Agencia de la Comunidad de Madrid para la Reeducción y Reinserción del Menor Infractor (ARRMI)

Este programa surge de la colaboración entre Clínica Universitaria de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid y la Agencia de la Comunidad de Madrid para la Reeducción y Reinserción del Menor Infractor (ARRMI), y se basa en un trabajo que previamente estaba dirigido para menores infractores. En el año 2006, González se encarga de coordinar del programa para dar respuesta a los casos de violencia filio-parental (Aroca, 2010), y se presenta en 2013 por González, García-Vera, Graña, Morán, Gesteira, Fernández, Moreno y Zapardiel.

La Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores, establece en el punto 12 de su exposición de motivos que la ejecución de las medidas judicialmente impuestas corresponde a las entidades públicas de protección y reforma de menores de las Comunidades Autónomas, bajo el inexcusable control del Juez de Menores. En la Comunidad de Madrid, la Agencia para la Reeducción y

Reinserción del Menor Infractor es el organismo que ejerce las competencias en materia de reforma de menores y por tanto la encargada de cumplir las medidas adoptadas en sentencia.

El objetivo del programa ARRFMI es atender de forma específica a todos aquellos menores infractores que deben cumplir una medida judicial relacionada con la violencia a sus padres, y aunque son los menores los principales responsables de llevar a cabo la intervención judicial propuesta, el programa entiende la necesidad de trabajar el conflicto familiar y su forma de relación con todos los miembros de la familia. Por ello el modelo plantea tres intervenciones interdependientes de carácter flexible y adaptadas al contexto: una dirigida a los menores, otra a los progenitores y un tercer tratamiento centrado en la familia. Aunque el programa está pensado para su aplicación individual, por su diseño puede llevarse a cabo de forma grupal (González et al., 2013).

El programa toma como marco de referencia la Teoría del Aprendizaje Social de Bandura (1987b) y el Modelo de Coerción de Patterson (1982), ya que se consideran los dos modelos explicativos de la violencia filio-parental con mayor apoyo empírico (Martínez, 2017).

La intervención está compuesta por módulos en los que se ofrece una breve introducción teórica y las variables a trabajar. Cada módulo se desarrolla en sesiones, y en cada una de ellas se enumeran los conceptos clave, las técnicas empleadas, el material necesario, los objetivos generales y específicos a conseguir tras la sesión mediante los contenidos y actividades. Por último, se sugieren tareas para casa con el fin de practicar y consolidar lo aprendido. Se debe conseguir la asimilación y comprensión de los objetivos para terminar una sesión y avanzar a la siguiente, para ello los profesionales valoran al menor, padres o familia mediante fichas de evaluación (González et al., 2013).

En la tabla 14 se describe el contenido a trabajar. Para los menores se plantean 6 módulos compuestos de 16 sesiones; para los padres 5 módulos con 8 sesiones y 7 sesiones repartidas en 3 módulos para las familias. Se recomiendan sesiones semanales de 90 minutos, con modificaciones según el caso y una aplicación completa del programa para su eficacia.

Tabla 14. Programa educativo y terapéutico por maltrato familiar ascendente ARRM (Fuente: elaboración propia; adaptado de González et al., 2013)

Intervención con menores	Intervención con padres	Intervención con las familias
Módulo I. La motivación en el proceso de cambio <div>Sesión 1: Aumentando la motivación y el compromiso.</div>	Módulo I. Favoreciendo la motivación y el compromiso y entendiendo cómo funciona la violencia <div>Sesión 1: Creando disonancia para fomentar la participación activa. La desculpabilización y el funcionamiento de la violencia.</div>	Módulo I. Encuadre terapéutico y definición del problema <div>Sesión 1: El encuadre terapéutico.</div> <div>Sesión 2: La conceptualización del problema.</div>
Módulo II. Comprensión del comportamiento violento <div>Sesión 2: Conceptualización y tipología de la violencia.</div> <div>Sesión 3: Funcionamiento de la violencia.</div>	Módulo II. La importancia de los pensamientos para el manejo de las conductas <div>Sesión 2: La importancia de los pensamientos.</div> <div>Sesión 3: El manejo de los pensamientos.</div>	Módulo II. Práctica conjunta de habilidades <div>Sesión 3: Modificación de pensamientos en familia.</div> <div>Sesión 4: Las emociones positivas y negativas en la familia.</div> <div>Sesión 5: Normas y límites en el contexto familiar.</div> <div>Sesión 6:</div>

		Solución de problemas en la familia.
Módulo III. Las cogniciones implicadas en la agresión <div>Sesión 4: Los pensamientos y su relación con la violencia.</div> <div>Sesión 5: El manejo de los pensamientos agresivos.</div> <div>Sesión 6: Las creencias que justifican la violencia y cómo cambiarlas.</div>	Módulo III. Las emociones y su peso en la conducta violenta <div>Sesión 4: Las emociones y su regulación.</div>	Módulo III. Consolidación de habilidades <div>Sesión 7: Prevención de recaídas en familia.</div>
Módulo IV. Las emociones implicadas en la agresión <div>Sesión 7: Las emociones en general.</div> <div>Sesión 8: Identificación y manejo de la ira.</div> <div>Sesión 9:</div>	Módulo IV. Las conductas alternativas a la violencia <div>Sesión 5: Pautas educativas.</div> <div>Sesión 6: Desarrollo de habilidades de comunicación y validación.</div> <div>Sesión 7: Entrenamiento en solución de problemas.</div>	

Desarrollo de la empatía.		
Módulo V. Las conductas alternativas a la violencia	Módulo V. Consolidación y mantenimiento de los cambios	
Sesión 10: El manejo apropiado de los conflictos.	Sesión 8: Prevención de recaídas y narración de la historia personal.	
Sesión 11: Desarrollo de habilidades de comunicación.		
Sesión 12: Entrenamiento en solución de problemas I.		
Sesión 13: Entrenamiento en solución de problemas II.		
Módulo VI. Consolidación y mantenimiento de los cambios		
Sesión 14: Prevención de recaídas I.		
Sesión 15: Prevención de recaídas II.		

Sesión 16: Narración de la historia personal.		
---	--	--

En la intervención con el menor, es preciso motivar para el cambio con el fin de que el menor llegue a construir una nueva identidad basada en un nuevo sistema de actitudes y valores que le permita desarrollar estrategias alternativas a la violencia. El instrumento utilizado para alcanzar este propósito es la entrevista motivacional de Rollnick y Miller (2009).

Mediante el análisis funcional de las principales conductas agresivas del menor, se trata de que conozca cómo se aprende y mantiene la conducta violenta, cuál es su utilidad y cómo se puede desaprender, aunque sea con esfuerzo, hasta llegar a aplicar otras conductas alternativas a la violencia que le resulten más eficaces. El adolescente debe terminar asumiendo la responsabilidad de sus actos para dar solución al problema.

El programa se basa en la terapia cognitivo-conductual. Por tanto, las actividades y sesiones que se plantean están orientadas a la extinción del síntoma o conducta problema, centrándose en el presente (Martínez, 2017). El menor debe conocer la influencia de sus pensamientos en su forma de sentir y actuar, y ser capaz de identificar aquellas creencias que justifican la hostilidad para buscar otras alternativas que no provoquen sentimientos de ira y no generen conductas de agresión y violencia. Esto supone un trabajo de reestructuración cognitiva, que lleva implícito comprender como las emociones pueden favorecer la violencia, lo que hace necesario aprender estrategias adecuadas de control. Asimismo, se recomienda el aprendizaje de habilidades sociales y de comunicación alternativa a la violencia para resolver los conflictos.

En el tratamiento con el menor es recomendable mantener los logros alcanzados promoviendo un sentimiento de autoeficacia hacia los problemas en general.

En la intervención con los padres se prioriza la consecución de un buen rapport que facilite su inclusión en el programa, así como el trabajo terapéutico posterior orientado a desculpabilizarlos, principalmente cuando ha habido denuncia previa, para

que asuman adecuadamente su parte de responsabilidad en el problema, muestren motivación para el cambio y comprendan el funcionamiento de la violencia filio-parental (González et al., 2013).

Se destaca la importancia de los pensamientos, emociones y conducta en el conflicto familiar y la interacción entre ellos. Se potencia la expresión de las emociones hasta llegar a normalizarlas, circunstancia que va a permitir la movilización en los padres en el proceso de cambio. El siguiente paso es abordar la importancia de los pensamientos y emociones en la conducta, por ello se hace necesario aprender a identificar la influencia que la interpretación negativa de una situación (neutra) provoca en la expresión de las emociones (enfado) y emisión del comportamiento (agresividad). Por tanto, si se logra cambiar los pensamientos automáticos negativos se reducirá el nivel de malestar y se eliminarán conductas disfuncionales relacionadas con la ira y la hostilidad. Esto requiere saber técnicas que controlen estas emociones relacionadas con la violencia, como el control de la ira o las habilidades que fomenten la empatía.

En el siguiente paso de la intervención con los padres, conlleva explicarles los aspectos básicos de una disciplina positiva que requiere el uso del trato asertivo, el diálogo y el ejemplo personal, sin descartar la imposición de límites firmes y positivos. El programa entrena a los padres en pautas educativas, de disciplina y control concretas y libre de conflictos, como el patrón de conducta participativo y las estrategias conductuales de refuerzo, castigo positivo, extinción y tiempo fuera, asimismo se les enseña habilidades de comunicación mediante el uso adecuado del lenguaje. El tratamiento finaliza con el objetivo de prevenir recaídas y consolidar los cambios alcanzados que les permitan manejar correctamente futuras interacciones violentas. Mediante técnicas psicoeducativas y narrativas se estimula a que los padres creen un nuevo discurso basado en la autoeficacia parental (Martínez, 2017). Se enfatiza en la fuerza que tienen nuestros pensamientos en la conducta.

La intervención familiar es el último paso del programa. Se trata de poner en práctica de forma conjunta, los conocimientos adquiridos a nivel individual, con el fin de establecer nuevas relaciones dentro de la familia para que padres e hijos no convivan patológicamente. El tratamiento comienza con el encuadre terapéutico y la definición del

problema, siendo imprescindible en los momentos iniciales disculpar a cada uno de los miembros de la familia para fomentar la cohesión, permitiendo comprender los acontecimientos sobrevenidos.

Se entiende que la violencia filio-parental no es un problema individual dentro del entorno familiar. El programa trata de transformar esta concepción en una más amplia, es decir, considerarlo como un problema de toda la familia, una “patología de relación”. Entender la corresponsabilidad del problema es fundamental para que cada miembro llegue a adoptar una perspectiva resolutive del mismo a través del trabajo en grupo.

Con el fin de consolidar las habilidades adquiridas en la intervención individual, estas se ponen en común de forma conjunta, comenzando con el manejo de los pensamientos, conocer qué piensan los unos sobre los otros trata de reducir las discusiones familiares y evitar la crítica destructiva. Posteriormente, la familia está preparada para gestionar sus emociones negativas atendiendo principalmente a la expresión de la ira como precursora de la escalada de la violencia. Intervenir sobre pensamientos y emociones facilita que se genere una dinámica positiva relacional entre los miembros de la familia, y se pueda comenzar a trabajar sobre las pautas de crianza desarrolladas individualmente con los padres, haciendo partícipe al menor en el proceso educativo (Martínez, 2017).

El paso final de esta intervención consiste en reforzar y consolidar las habilidades de comunicación y solución de problemas como aspectos prioritarios, para que las familias modifiquen las dinámicas de relación y se evite de esta manera el uso de la violencia. Entendiendo que el problema de la violencia filio-parental ha sido generado por miembros de la familia que después de esta intervención, vuelven a vivir juntos. Es necesario que los miembros de la familia sepan identificar situaciones de riesgo, se anticipen y sepan cómo solucionarlos de forma pacífica y negociada en el futuro, en el caso de que aparezcan (Abadías, 2015).

El Programa de intervención por maltrato familiar ascendente, cuenta con resultados muy positivos. La tasa de reincidencia tras la implementación del programa es baja.

4.2 En el ámbito clínico

Algunas propuestas de intervención concretas en el ámbito clínico llevadas a cabo a nivel nacional son las de Pereira, Bertino, Romero y Llorente (2006) y González, Gesteira, Fernández y García-Vera (2009).

Pereira et al. (2006) han elaborado un Protocolo de Intervención en violencia filio-parental de corte terapéutico, cuyo objetivo se dirige no sólo al cese de la conducta violenta sino también a la realización de cambios en el funcionamiento y estructura familiar que prevengan la reincidencia.

González et al. (2009) han desarrollado un Programa de Adolescentes que Agreden a sus Padres (PAP), que incluye un tratamiento estándar para los adolescentes, los padres y el conjunto familiar, donde el objetivo es dotarles de herramientas y recursos para manejar de forma no violenta las situaciones conflictivas cotidianas, incluyendo orientaciones para casos específicos (Martínez, Estévez, Jiménez y Velilla, 2015).

4.2.1 Programa de la Escuela Vasco Navarra de Terapia Familiar (EVNTF). Protocolo de Intervención en Violencia Filio-Parental (Euskarri) de Pereira (2006, 2011)

Euskarri es un Centro de Intervención en violencia filio-parental ubicado en Bilbao (Vizcaya) y creado por la Escuela Vasco Navarra de Terapia Familiar (EVNTF). Explica la violencia filio-parental desde el modelo ecológico, incluyendo la perspectiva de la terapia familiar sistémica (Martínez, 2017; Sancho, 2015)

Los autores responsables (Pereira, 2006 y 2011; Pereira, Bertino, Romero y Llorente, 2006) consideran necesario desarrollar un protocolo de intervención adaptable a cada caso, con unos objetivos claros y etapas definidas y ordenadas. El objetivo es erradicar la conducta violenta, y realizar cambios en la estructura familiar para evitar futuras recaídas.

La intervención se graba en vídeo, ya que permite la revisión, consulta y análisis posterior de lo que transcurre en cada sesión (Martínez, 2017). La intervención se inicia con la familia, buscando su colaboración y responsabilidad compartida, siempre en formato de co-terapia (dos profesionales con la familia y otros dos tras el espejo unidireccional (Martínez, 2017)). Posteriormente se pueden concertar entrevistas con la pareja, hermanos u otros familiares, bajo la supervisión de un solo terapeuta.

El protocolo establece como criterio de inclusión para la intervención, aquellos menores que de forma habitual agreden física y/o emocionalmente (verbal o no verbal) a sus padres o tutores legales. Y como criterio de exclusión, aquellos casos de violencia con episodio único y los que presentan trastornos de alteración de la conciencia por consumo de sustancias, discapacidad intelectual grave o trastorno psicopatológico grave.

El protocolo de intervención consta de 3 fases, que son posteriores a un punto de partida donde se aclara que la violencia es inadmisible y que el terapeuta tratará de ayudar y no juzgar, contando con la colaboración de toda la familia para solucionar el problema.

La Fase Inicial se lleva a cabo con todos los miembros de la familia con una periodicidad intersecciones de 15 días y con el objetivo de dar una lectura relacional al problema de la violencia filio-parental. A través de 4 entrevistas se trata de hacer una descripción detallada de la conducta violenta y su afectación al sistema familiar, conocer el funcionamiento familiar y su conexión con los problemas presentados, buscar las soluciones intentadas, se formaliza el Pacto de la No Violencia y se formula un Plan Terapéutico. Tras finalizar la Fase Inicial, se procede a la revisión de objetivos y a la 1ª supervisión del caso.

La Fase Media busca cambios en el funcionamiento familiar que hagan innecesaria la conducta violenta. Esta fase no tiene un número determinado de sesiones/entrevistas, ya que éstas vienen determinadas por las particularidades de cada caso y del logro de los objetivos planteados, si bien es necesario un mínimo de 4 sesiones para pasar a la fase final (Martínez, 2017). Tras las entrevistas familiares iniciales puede valorarse la posibilidad de un trabajo individual paralelo al familiar. Con el paciente identificado se trata de identificar los pensamientos y emociones, principalmente la ira, que favorecen la

conducta agresiva, explorar las áreas de sufrimiento que causa la violencia, reforzar el control de impulsos y el apoyo social externo del menor y/o de la familia (Pereira, 2006).

En la Fase Final se hace un balance de la intervención mediante una sesión clínica del caso que propone el Equipo Terapéutico, y junto con la familia se decide la finalización del tratamiento y se acuerdan las actuaciones post-terapia (terapéuticas, educativas, etc.) y los contactos de seguimiento.

El protocolo de intervención plantea también una serie de Intervenciones Específicas en familias que acuden de forma obligada a terapia como las que vienen derivadas por sentencia judicial. En estos casos la idea de circularidad se hace más difícil de establecer dado que el menor acude obligado como el culpable de los conflictos, no así el resto de la familia, esto requiere mayor esfuerzo en trasladar a la familia la diferencia entre el contexto terapéutico y el coercitivo sancionador, así como la necesidad de la colaboración de todos los miembros.

En 2011, Pereira amplió los objetivos iniciales a la intervención respecto a los planteados en 2006, con el fin de impulsar pautas de interacción positivas entre los miembros de la familia, proporcionándoles un entorno de ayuda que les permita conseguir un funcionamiento competente, autónomo y estable, así como apoyar a los padres en caso de que los menores no consientan la terapia (Boboaca, 2016). El programa presenta ligeras modificaciones al anterior, planteándose 4 fases:

- | |
|---|
| <ul style="list-style-type: none">a) Coordinación y derivación.b) Intervención, valoración, diagnóstico y tratamiento.c) Supervisión.d) Seguimiento. |
|---|

Pereira (2011), divide la fase de intervención en dos periodos, un primer momento de valoración y diagnóstico, y un segundo momento en el que se lleva a cabo el tratamiento (González, 2012; Martínez, 2017; Morán 2013).

4.2.2 Programa de tratamiento para Adolescentes que agreden a sus Padres (PAP) de González, Gesteira, Fernández-Arias y García-Vera (2009)

Este programa consta de un tratamiento estándar, que puede complementarse con una serie de módulos específicos, e incluye un protocolo de evaluación pre, inter y post tratamiento.

El protocolo de evaluación utiliza como herramienta principal la entrevista semiestructurada y varios cuestionarios. Se compone de 3 sesiones para los menores y 2 para los padres. En la evaluación inicial se aplica una batería de instrumentos que evalúa tanto la conducta problema como la conducta prosocial del menor. Con la evaluación intersesiones se pretende analizar el éxito o fracaso de la intervención y ajustarla llegado el caso, y con la evaluación post-tratamiento se pretende conocer el efecto del programa, planteando la realización de seguimientos prolongados de más de un año.

El tratamiento estándar se aplica a los menores con conductas agresivas, a los padres que son agredidos por sus hijos y a la familia (véase tabla 15).

La intervención con el menor se estructura en 6 módulos compuestos por 16 sesiones semanales de 1 hora, y una duración aproximada de 5 meses. Es importante abordar la motivación a la terapia desde el inicio, para después centrarse en las cogniciones que justifican y mantienen la conducta agresiva y sustituirlas por otros pensamientos más apropiados que consigan reducir o eliminar la alteración emocional y/o conductual que causan. Se utilizan técnicas que les permitan manejar las emociones, principalmente la ira y agresividad, y desarrollar conductas alternativas incompatibles con los conflictos, como son el entrenamiento en habilidades sociales, de comunicación y autocontrol, adquisición de empatía, solución de problemas, ... Recursos que les ayuden a afrontar los problemas interpersonales de forma más adaptativa y sin recurrir a la violencia. El tratamiento finaliza, trabajando la prevención de recaídas.

La intervención con los padres se organiza en 5 módulos y durante 2 meses se lleva a cabo un tratamiento de 9 sesiones de 1 hora. La terapia pretende que los padres

adquieran y muestren aquellas habilidades que deben demandar a sus hijos y aprendan a gestionar situaciones conflictivas mejorando la comunicación y manejando contingencias. Las técnicas utilizadas son similares a las utilizadas con los menores, además del control de contingencias.

La intervención con la familia se organiza en 3 módulos en los que se prevé trabajar durante 2 meses, 6 sesiones de 2 horas que faciliten practicar de forma conjunta todo lo aprendido en el manejo adecuado de las situaciones conflictivas cotidianas, reforzando la comunicación de cada uno de los miembros de la familia, y terminando con 1 sesión dedicada a mantener los objetivos conseguidos en el proceso terapéutico. Las técnicas utilizadas en la intervención familiar son técnicas narrativas y de juegos, donde el profesional aumenta progresivamente la implicación emocional de las situaciones conflictivas que plantea, para moldear las estrategias empleadas por cada miembro del sistema familiar.

El tratamiento específico pretende dar respuesta a determinadas necesidades específicas que pueden presentar determinadas familias y pueden interferir en el problema. Las problemáticas pueden ser la negativa por parte del menor a acudir a terapia, la presencia de ideación suicida o la posible presencia de trastornos comórbidos como el TDAH o el consumo sustancias tóxicas. En estos casos además de ofrecerles información sobre el problema, si se estima oportuno se les deriva a recursos de intervención específicos.

Tabla 15. Programa tratamiento para adolescentes que agreden a sus padres (Fuente: elaboración propia; adaptado de González et al., 2009)

Tratamiento del menor	Tratamiento de los padres	Tratamiento de las familias
Módulo 1.	Módulo 1.	Módulo 1.
Empezar con buen pie	Dando los primeros pasos	Me gustaría decirte
Sesión 1:	Sesión 1:	que...

Favorecer y fomentar la motivación al cambio a través de entrevista motivacional.	<ul style="list-style-type: none"> Favorecer y fomentar la motivación al cambio. Comprender el concepto de violencia y su funcionalidad a través de psicoeducación. 	Sesión 1: Proseguir con el fortalecimiento de la nueva identidad adquirida por el menor y las habilidades aprendidas por los padres mediante técnicas narrativas en familia.
Módulo 2. Comprender la violencia y su porqué	Módulo 2. La importancia de lo que se nos pasa por la cabeza	Módulo 2. Poniendo a prueba lo aprendido
Sesión 2 y 3: Comprender el concepto de violencia y su funcionalidad a través de psicoeducación.	Sesión 2 y 3: Modificar los pensamientos y creencias que justifican la violencia (reestructuración cognitiva).	Sesión 2, 3 y 4: Fortalecer las estrategias trabajadas a lo largo de todo el proceso terapéutico mediante la práctica conjunta de las mismas a través del juego.
Módulo 3. Aprender a pensar sin violencia	Módulo 3. Las emociones y su relación con la violencia	Módulo 3. Detectando mis situaciones de riesgo
Sesión 4, 5 y 6: Modificar los pensamientos y creencias que justifican la violencia a través de reestructuración cognitiva y su relación	Sesión 4 y 5: <ul style="list-style-type: none"> Mejorar el manejo emocional mediante psicoeducación sobre emociones. Mejorar el autocontrol de los padres a través 	Sesión 5 y 6: Favorecer el mantenimiento de los cambios mediante la prevención de recaídas.

con la violencia.	<p>de la técnica del semáforo.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Mejorar la respuesta empática mediante role-playing e inversión de roles. 	
<p>Módulo 4</p> <p>Emociones que nos acercan o nos alejan de la violencia</p> <p>Sesión 7, 8 y 9:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Mejorar el manejo emocional mediante psicoeducación sobre emociones. • Mejorar el autocontrol del menor a través de la técnica del semáforo. • Mejorar la respuesta empática del menor mediante role-playing e inversión de roles. 	<p>Módulo 4.</p> <p>Encontrando alternativas y poniéndolas en práctica</p> <p>Sesión 6, 7 y 8:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Mejorar el manejo de contingencias de los padres mediante técnicas operantes. • Mejorar las habilidades sociales mediante role-playing, feedback y modelado. • Mejorar las habilidades de solución de problemas mediante el entrenamiento en la técnica de solución de problemas (TSP). 	
<p>Módulo 5.</p> <p>Una nueva forma de relacionarse con los demás</p> <p>Sesión 10, 11, 12 y 13:</p> <ul style="list-style-type: none"> – Mejorar las 	<p>Módulo 5.</p> <p>Una nueva historia que contar</p> <p>Sesión 9:</p> <p>Favorecer el fortalecimiento de la</p>	

<p>habilidades sociales del menor mediante role-playing, feedback y modelado.</p> <p>– Mejorar las habilidades de solución de problemas del menor mediante el entrenamiento en la técnica de solución de problemas (TSP).</p>	<p>nueva identidad adquirida por el menor y las habilidades aprendidas por los padres mediante técnicas narrativas.</p>	
<p>Módulo 6.</p> <p>Consolidación y mantenimiento de los cambios</p> <p>Sesión 14, 15 y 16:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Favorecer el mantenimiento de los cambios mediante la prevención de recaídas. • Favorecer el fortalecimiento de la nueva identidad adquirida por el menor mediante técnicas narrativas. 		

4.2.3 Terapia en Violencia Filio-Parental para padres víctimas e hijos agresores de Gallagher (2004a y 2004b)

En 2004, Gallagher propone una intervención clínica no estructurada para abordar los casos de violencia filio-parental basada en su amplia experiencia clínica con adolescentes (Aroca, 2010). Esta intervención aparece en dos estudios. En el primer estudio plantea los objetivos y algunas pautas de actuación para los padres que son víctimas de sus hijos (Gallagher, 2004a); y en segundo estudio (Gallagher, 2004b), recomienda el plan de intervención con los adolescentes desde la terapia conductual, específicamente técnicas de asesoramiento “counselling” (Aroca, 2010).

Gallagher (2004a), se plantea como objetivo a trabajar con los padres, reducir y redistribuir la culpa que sienten derivada del conflicto con sus hijos, definir las normas y establecer las consecuencias ante el incumplimiento de las mismas, todo ello mediante el ejercicio de una parentalidad positiva que favorezca la independencia de los hijos y limite la sobreprotección, dado que ésta merma la asunción de responsabilidad de los jóvenes. Estos objetivos vienen acompañados de advertencias a los progenitores sobre pautas de actuación recomendables ante las reacciones previsibles de sus hijos como una posible escalada de violencia, el desinterés por asistir a las terapias, ...

Gallagher (2004b), postula también la intervención con los menores agresores, y plantea como objetivo principal, motivarles para que no sean violentos, para ello evita tratar la conducta agresiva dirigida a los padres en la primera sesión, enfocándose en otros temas de su interés, si bien indicándoles que la cuestión será abordada en una segunda sesión. Además, se les informa sobre el trabajo que se llevará a cabo con ellos, quienes se mostrarán más firmes en el establecimiento de las pautas educativas (Aroca, 2010). El trabajo con los menores irá dirigido al control de la ira, entrenamiento en habilidades sociales y solución de problemas, así como refuerzos y castigos inmediatos a la conducta violenta, todo ello desde la técnica de counselling, con la finalidad de estimular las actitudes prosociales y relegar las actitudes violentas (Sánchez, 2008). Este autor recomienda crear una buena relación de trabajo, de empatía, que permita a los jóvenes ver el precio de mantener una conducta agresiva en el hogar, y así renuncien a estos

comportamientos.

En 2011, esta intervención evoluciona hacia un protocolo de actuación diseñado por Gallagher, e implementado en Victoria (Australia) conocido como *Who's in Charge?*, cuyo fin principal es conseguir un cambio en la conducta de los padres. Considera que los cambios de comportamiento de los adultos favorecerán cambios en las actitudes de los menores.

Se realiza un programa grupal compuesto por 9 sesiones psicoeducativas/terapéuticas orientadas a los padres de jóvenes violentos y una última sesión de seguimiento a los 2 meses. Se ayuda a los padres a minimizar su sentimiento de aislamiento y de culpa, que les permita interiorizar la posibilidad del cambio, estableciendo límites a los comportamientos que son inadmisibles y consecuencias ante la conducta inaceptable. Se trabaja el cuidado personal con el entrenamiento en habilidades que les sirvan de soporte emocional. El programa ofrece ayuda específica ante el abuso de sustancias, las redes sociales, los diagnósticos de salud mental y las relaciones negativas con los iguales.

4.3 En el ámbito social

En el ámbito de los Servicios Sociales las aportaciones son escasas (Martínez, 2017). Cuando las demandas llegan a Servicios Sociales, e incluso Justicia, generalmente, la relación entre progenitores e hijos/as se ha agravado, por lo que la intervención resulta complicada (García de Galdeano y González, 2007).

4.3.1 Madres agredidas por sus hijos/as. Guía de recomendaciones prácticas para profesionales de García de Galdeano y González (2007)

Las madres víctimas de violencia filio-parental, al igual que otras víctimas de violencia tienden a negar el problema, tolerarlo y justificarlo, consiguiendo con ello

mermar su autoimagen y perpetuar el conflicto (Harbin y Madden, 1979; Sluzki, 2002). Al mismo tiempo, con este silencio protegen a sus hijos y evitan dar publicidad a una circunstancia que entienden como un fracaso personal y familiar, que les genera tristeza y ansiedad (García de Galdeano y González, 2007). Por ello, no es fácil que pidan ayuda y cuando lo hacen en Servicios Sociales o en Instancias Judiciales es porque la relación parento-filial se ha agravado considerablemente.

Los autores consideran que, en estos extremos, la intervención, que está dirigida principalmente a las madres, resulta dificultosa y por ello los profesionales deben reunir una serie de características para lograr una mayor eficacia, como son: ante todo, una formación específica al respecto, además de habilidades básicas de escucha activa y empatía, que ofrezcan a las madres una actitud de apoyo, y se les traslade la expectativa de solución del problema. En aquellos casos derivados desde el ámbito judicial se requiere que el técnico sepa aportar información sobre el procedimiento y las consecuencias legales implícitas, así como desculpabilizar a las madres y enseñarlas a percibir la denuncia como una forma de ayuda. El profesional debe dedicar el tiempo necesario a elaborar un proceso terapéutico adecuado.

García de Galdeano y González (2007) desarrollan una guía de entrevista dirigida a las madres, a través de la cual recogen información sobre la situación que está viviendo la familia. En la primera entrevista interesa abordar aspectos como sus sentimientos, se les pide una descripción de la situación a la que se ven expuestas, qué tipo de agresiones han recibido, posibles antecedentes de violencia familiar, tipo de parentalidad ejercida y estructura familiar.

Partiendo de la premisa, de que estamos ante un problema familiar, se requiere que la intervención recaiga en todos los miembros para que sea efectiva. No obstante, el programa permite intervenir solo con los padres si el hijo agresor decide no acudir a la terapia. En función de la situación y de determinados factores externos, cada familia requerirá una intervención específica y en ocasiones complementaria a la que se pueda desarrollar desde los Servicios Sociales, por lo que en estos casos será necesaria la derivación a otros profesionales.

Los *objetivos en la intervención* que las madres víctimas de violencia filio-parental deben alcanzar en función de si esta acude a terapia sola, acompañada de su pareja o de toda la familia son:

Cuando la atención a la madre es individualizada será preciso:

- Concienciarlas sobre sus propios derechos, puesto que permiten comportamientos abusivos que empoderan al hijo y las someten a sus deseos.
- Trabajar el sentimiento de culpa por el mal comportamiento de su hijo/a, explicando que la conducta violenta no depende sólo del estilo educativo.
- Mejorar una autoestima generalmente dañada.
- Abordar la motivación para el cambio, creando expectativas de posible solución del problema y de mejora de la relación con el hijo.
- Explorar la familia de origen e historia vital de las madres.
- Proporcionar pautas educativas, normativas y de control.
- Ayudarlas a retomar su rol de madres y responsabilizarlas del mismo.

Cuando la atención a la madre va acompañada del cónyuge/pareja:

- Abordar los conflictos de pareja que pueden influir en el ejercicio parental.
- Consensuar entre ambos las pautas educativas, tanto en el establecimiento de normas como en el cumplimiento de castigos.

Cuando el trabajo es grupal:

- Creación de una red de apoyo, para abordar el sentimiento de soledad.
- Favorecer el sentimiento de aceptación y seguridad, no sentirse únicas.
- Compartir experiencias.
- Intentar nuevas estrategias para abordar la violencia en la familia.
- Fomentar habilidades sociales en la comunicación en grupo.

- Promover la motivación personal, a través de la terapia de grupo.

Cuando el trabajo es familiar y terapéutico:

La intervención familiar se inicia con el pacto del cese de la violencia de todos los miembros, reconociendo el sufrimiento de cada uno de ellos.

- Conocer las interacciones familiares entre los miembros.
- Emplear el espacio terapéutico para resolver conflictos familiares.
- Entender por qué se da la violencia.
- Establecer como objetivo de la intervención la ausencia de violencia como forma de bienestar para todos los miembros de la familia.
- Evitar la interdependencia de los miembros, en familias monoparentales.
- Aprovechar el espacio terapéutico para mejorar la relación familiar, en casos de asistencia obligada por derivación judicial.

La intervención en violencia filio-parental exige crear recursos más específicos para conseguir un abordaje más eficaz:

- A nivel preventivo, es necesario realizar una acción divulgativa, tanto desde los medios de comunicación como en los centros educativos y sanitarios, estableciendo pautas de actuación comunes y fomentando escuelas de padres y grupos de autoayuda donde se les permita a los progenitores expresar y compartir experiencias, además de lograr estrategias educativas diferentes y útiles con sus hijos.
- A nivel formativo, se requiere promover investigaciones representativas en población española para conseguir un mayor conocimiento sobre la violencia filio-parental y su evolución a largo plazo. Asimismo, se insta a desarrollar protocolos para profesionales donde se recojan pautas de actuación comunes y los recursos específicos disponibles para derivar a las familias que sufren esta problemática.

- A nivel de intervención, se requiere crear servicios especializados para abordar los casos de violencia filio-parental fomentando la coordinación entre los distintos profesionales que trabajan con los miembros de la familia.

4.3.2 Programa de Resistencia desde la No-Violencia de Ollefs y Von Schlippe (2006)

El tratamiento se dirige a los progenitores que durante un largo periodo de tiempo y de forma reiterada han sufrido con las conductas agresivas de sus hijos, habiendo desarrollado una dinámica familiar basada en la violencia.

El programa plantea ayudar a la familia mediante un programa de formación de los padres, con el fin de disminuir la violencia y restablecer las relaciones familiares. Se parte de la idea que la intervención con ellos provocará cambios sustanciales en el comportamiento de los adolescentes. Se exige para la formación de los progenitores identificar los problemas parento-filiales sin culpabilizarles (Aroca, 2010; Boboaca, 2016; Sánchez, 2008).

El programa está compuesto de 4 sesiones grupales más 2 individuales dirigidas a los padres y madres, para que reafirmen 4 habilidades centradas en resistir desde la no-violencia: adquirir autocontrol sobre sus comportamientos, expresar su protesta y resistencia frente al comportamiento negativo de su hijo, mejorar el apoyo social y ofrecer gestos de reconciliación.

Los contenidos a trabajar son los siguientes:

SESIÓN	CONTENIDOS
Sesión 1	<ul style="list-style-type: none"> • Construir la confianza de los padres, • Abordar el problema para mejorar las cosas.
Sesión 2	<ul style="list-style-type: none"> • Evitar las escaladas de violencia con el hijo. • Construir una nueva relación sin luchas interminables de

	<p>poder.</p> <p><i>Estrategia:</i> Los padres preparan el “anuncio” que se refiere al cambio que van a llevar a cabo</p>
Sesión 3	<ul style="list-style-type: none"> • Activar los sistemas de apoyo social, ya que el secreto y el aislamiento de los padres mantienen el problema. <p><i>Estrategia:</i> “huelga de servicio”, dejando de realizar labores asistenciales al hijo.</p>
Sesión 4	<ul style="list-style-type: none"> • Fomentar la presencia de los padres, resistencia desde la no-violencia. <p><i>Estrategia:</i> “la sentada”: consiste en ir a la habitación del hijo, cerrar la puerta y sentarse en un lugar de paso, donde dificulten el abandono de la habitación, le dicen al hijo que no van a tolerar ese comportamiento y le piden que trabaje con ellos para encontrar una solución al problema.</p>
Sesión 5 y 6	Prevención de recaídas.

En el 2008, Coogan adaptó en Irlanda el programa de Resistencia No Violenta para padres que manifestaban temor ante las conductas de sus hijos, obteniendo una respuesta positiva. Posteriormente en 2013, se unió al proyecto Lauste, quien empezó a trabajar en la sensibilización, formación e investigación del tema. Ambos terminaron desarrollando una nueva adaptación del programa de Resistencia No Violenta, cuya finalidad era ayudar a los profesionales a ofrecer a los progenitores las habilidades necesarias para que pudieran evitar o responder al comportamiento violento y dominante de sus hijos (Coogan y Lauste, 2015). Se trata de una respuesta conductual breve, sistémica y cognitiva a la violencia ascendente. Es una intervención estructurada, con una duración máxima de 10 sesiones. Se recomienda la participación de ambos padres para garantizar su éxito, pero no se considera necesaria.

Los elementos centrales del programa «Resistencia no violenta» son:

- Compromiso de los padres a resistirse a la violencia y a no recurrir a ella, a pesar de las provocaciones de su hijo.

- Técnicas de distensión: entrenamiento en habilidades de autocontrol y “autorrelajación” a los progenitores para reducir la tensión y evitar confrontaciones.
- Mayor presencia parental: cambiar la forma en que un progenitor está presente en la vida de su hijo y replantear las interacciones sin un conflicto constante.
- La red de apoyo: los progenitores cuentan el alcance del problema de violencia a una serie de personas importantes para ellos.
- El anuncio a la familia: se anuncia a la familia que ya no se va a tolerar más la violencia en casa.
- Actos de reconciliación: detalles o «incentivos» espontáneos y no merecidos de los progenitores hacia el menor.
- Negarse a cumplir órdenes y romper tabúes, retomar actividades que los progenitores pensaban que ya no podían hacer, por el poder establecido de los hijos.
- La sentada: una ruptura drástica con los hábitos del pasado y una demostración clara del compromiso de los progenitores a ejercer una resistencia no violenta.

Ollefs (2011) y Newman, Fagan y Webb, (2013), analizaron la eficacia de la Resistencia No Violenta como respuesta a los hijos con comportamientos violentos y destructivos. Estas investigaciones demostraron que este enfoque mejora el bienestar de los padres y reduce su impotencia, provocando mejoras en el comportamiento del menor.

4.3.3 Formación para Padres: Padres fuertes-hijos fuertes. Agencia alemana para la protección de la infancia (Kinderschutzbund) (Schnabel, 2008)

La Agencia alemana para la protección de la infancia (Kinderschutzbund) ha estado luchando por la educación y la crianza no violenta desde los años 70 a través de cursos didácticos para padres que intentan fortalecer sus competencias educativas, reforzar su autoconfianza y mejorar sus habilidades comunicativas, además de prevenir

la violencia tanto física como psicológica en el contexto familiar (Aroca, 2010; Boboaca, 2016; Sánchez, 2008).

Dentro de estos cursos encontramos el de “formación para padres: padres fuertes-hijos fuertes”, desarrollado en 2008 por Schnabel en el Instituto Estatal de Pedagogía Temprana de Múnich. Su contenido se centra en ofrecer a los padres orientación en las pautas educativas, para que de forma conjunta utilicen estrategias que causen menos estrés y conflictos en sus interacciones diarias.

La metodología utilizada en el programa de Formación para Padres: Padres fuertes-hijos fuertes es la siguiente:

- El curso tiene una duración entre 8 y 12 sesiones, en formato grupal (entre 8 y 16 participantes) y guiados por 2 técnicos.
- El curso va dirigido principalmente para ambos padres, aunque se pueden organizar para familias monoparentales o para educadores.
- La participación es voluntaria. No pueden venir derivados por instancias judiciales.
- Cada sesión consta de una parte teórica y otra práctica. A los padres se les enseña el “Modelo de educación guiada”, con el fin de que junto a sus hijos encuentren formas de relación que causen menos estrés y conflictos en la vida diaria.
- Se asignan tareas para casa tras las sesiones.
- Al finalizar el curso los padres evalúan el programa mediante un cuestionario de feedback.

Los resultados relativos a la eficacia del programa ponen de manifiesto que los progenitores son más pacientes con sus hijos, realizan más acuerdos con ellos y cuidan de que estos se cumplan.

4.3.4 Mantener conexiones familiares cuando las cosas se ponen difíciles (Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton, 2002)

Este programa australiano se centra en una intervención grupal dirigida a madres víctimas de hijos muy violentos. El enfoque del programa es educativo (mediante un proceso de enseñanza-aprendizaje), informativo y terapéutico para intervenir en la relación diádica madre-hijo, desarrollando una relación no jerarquizada, de respeto y afecto donde tengan lugar sentimientos de cariño, empatía y seguridad (Aroca, 2010).

La intervención se basa en una serie de principios preestablecidos:

- Mantener la seguridad en el hogar es la mayor prioridad.
- La violencia no es aceptable bajo ningún concepto.
- La violencia es una elección.
- Las sanciones legales son poderosas herramientas para posicionarse contra la violencia.
- La violencia no debe ser trivializada o etiquetada como ira o “mal temperamento”.
- Es necesario responsabilizar a los adolescentes de su comportamiento violento.
- Las madres prefieren acabar con la violencia que con la relación parento-filial.
- Las madres no son las responsables de la violencia, pero sí pueden ayudar a que esta se solucione.

La metodología utilizada es flexible y en grupos más o menos amplios, según la temática a tratar. Entre las técnicas utilizadas destaca el counselling, basado en clases didácticas, debates y role-playing. Los temas a tratar son:

1. El derecho a la seguridad.
2. Definiciones de la violencia.
3. Las creencias de las madres acerca de las causas de la violencia.
4. Desarrollo de los adolescentes.

5. La construcción social de la crianza de los hijos.
6. Habilidades de comunicación, asertividad y resolución de conflictos.
7. Información jurídico-legal para la creación de opciones de seguridad.

Las sesiones se planifican contemplando los objetivos previstos para el grupo, lo ocurrido en las sesiones anteriores y los intereses que los participantes expresan en las sesiones.

Los objetivos propuestos por el programa y los contenidos son:

Objetivos	Contenidos
Detener el ciclo de violencia.	1) Tomar conciencia de sus derechos.
Aprender a controlar a los hijos.	2) Definir la violencia.
Generar en las madres un sentimiento de bienestar.	3) Creencias de los progenitores sobre las causas de la violencia filio-parental.
Mejorar sus habilidades de escucha, comunicación, solución de problemas, técnicas de negociación y manejo de conflictos.	4) Psicología evolutiva de la adolescencia.
Informarles de recursos existentes (legales, sanitarios y asistenciales) que les puedan ayudar a afrontar la situación de violencia.	5) Construcción social de la maternidad y de la paternidad (en menor grado).
Facilitar un foro para intercambiar experiencias.	
Aumentar las habilidades en el manejo de la ira y asertividad.	

Este programa ha sido aplicado a tres grupos de madres y posteriormente se han comparado sus resultados. El primer grupo de intervención contó con 6 sesiones semanales de 2 horas de duración. El segundo y tercer grupo recibieron 7 sesiones, la

sesión adicional se estableció para tratar sugerencias y necesidades expresadas por los miembros del grupo. La intervención finalizó 6 semanas después de su aplicación, con una sesión de seguimiento. Paterson et al. (2002), observaron que había una reducción significativa de la violencia física y verbal que se mantenía en el postratamiento y seis semanas después en el seguimiento; de igual manera mejoraron sus estrategias para afrontar la violencia de sus hijos y sus habilidades de comunicación familiar. Las autoras estiman que es necesario desarrollar e implementar programas de intervención con más sesiones y periodos de seguimiento más prolongados.

4.4 Programas de intervención en Violencia Filio-Parental aplicados en Extremadura

4.4.1 Programa de Intervención y Prevención de Violencia Intrafamiliar PIPVIA

El programa PIPVIA se considera un servicio especializado dependiente de Dirección General de Políticas Sociales e Infancia y Familia de la Consejería de Sanidad y Políticas Sociales de la Junta de Extremadura, y desarrollado por entidades colaboradoras que a través de una intervención multicomponente. Trata de abordar todas las áreas afectadas en los casos de violencia filio-parental, que les llegan desde instancias judiciales o desde el Sistema de Protección a la Infancia de la Comunidad Autónoma de Extremadura.

El programa va dirigido tanto a los menores como a sus familias, con el objetivo principal de reducir hasta eliminar y de prevenir las conductas agresivas de los hijos con sus padres y mejorar la relación entre ellos.

Los objetivos específicos del programa son los siguientes:

1. Suprimir los comportamientos violentos, verbales, no verbales o físicos y/o psicológicos, por parte de los menores o jóvenes y en su caso, por parte de los padres y familiares.
2. Evaluar y abordar la posible violencia bidireccional en el ámbito familiar.
3. Valorar e intervenir sobre los posibles factores de riesgo que provocan y mantienen las conductas de violencia.
4. Modificar las creencias de menores agresores que favorezcan las relaciones familiares y sociales sin violencia.
5. Evaluar e intervenir en situaciones de consumo o psicopatología asociada, a la conducta violenta en el contexto familiar.
6. Valorar la posible influencia del rendimiento académico en estas conductas.
7. Exteriorizar las emociones de todos los miembros de la familia.
8. Promover un cambio en los estilos educativos mediante una educación positiva.
9. Instaurar el equilibrio normativo y afectivo en el sistema familiar.
10. Capacitar a la familia para prevenir, afrontar y superar posibles problemáticas de una manera eficaz, así como posibles recaídas.
11. Reforzar los sistemas de apoyo social del sistema familiar.

La metodología de este programa es abierta y estructurada, pudiendo desarrollarse tanto en formato grupal con menores o con padres y de forma individual. Asimismo, se entiende que al partir de un conflicto familiar se requiere de una intervención exclusiva con menores mediante sesiones individuales, también con los padres de forma independiente y sesiones conjuntas con todo el sistema familiar. Cuando se consigue la colaboración de todos los implicados, existe mayor garantía de éxito.

El enfoque del programa es cognitivo-conductual, con herramientas procedentes de la terapia sistémica familiar, y corrientes humanistas como la Gestalt. Además, según el caso, se tienen en cuenta otras corrientes que pueden resultar útiles para abordar la casuística específica. Se utilizan aquellas técnicas que promueven cambios a nivel comportamental y cognitivo.

El abordaje terapéutico comienza con una fase inicial en la que se produce la derivación de los expedientes a un técnico de referencia que mantendrá comunicación con todas las instituciones implicadas en el caso; posteriormente se procede a citar a las partes para una entrevista inicial de recogida de datos llevada a cabo mediante una entrevista semiestructurada en la que debe primar un clima de confianza y empatía; en este momento se realiza un estudio psicosocial previo del caso y se identifican los factores de riesgo y protección, a la vez se genera un compromiso de participación con motivación. Con la información aportada se diseña un programa de intervención individualizado y estructurado en diferentes bloques y en sesiones individuales, familiares e incluso grupales, según se considera la necesidad, en función de cada caso concreto.

Las técnicas propias del proceso de evaluación de la violencia filio-parental son: la entrevista clínica realizada a las partes, un análisis funcional de las conductas agresivas y atendiendo a la dinámica familiar, y cuestionarios estandarizados y específicos para detectar todas aquellas necesidades que requieran de intervención.

Tras la fase inicial, se pasa a la fase de intervención organizada en bloques (véase las tablas 16, 17 y 18), cuyo número de sesiones y su duración varía según las características de cada caso. Si durante el tratamiento con menores o con sus padres se detectan problemas secundarios como psicopatología, consumo de sustancias, etc., se deriva a otros recursos para su abordaje, siempre y cuando se considere que tales circunstancias pueden afectar en la situación de violencia y a la relación familiar.

El tratamiento en violencia filio-parental comienza con un trabajo individual con el menor infractor. Es preciso contar con la voluntariedad, participación y colaboración del menor. En el tratamiento con los padres, la implicación de ambos en el programa garantiza la consistencia educativa necesaria frente al hijo y el consenso de las pautas que se les proporcionan. Sin embargo, hay casos donde la intervención sólo es posible con una de las figuras parentales. Por último, en las sesiones con todo grupo familiar se hace uso de las estrategias aprendidas en las sesiones individuales, fomentando el diálogo. Tanto en el caso de los menores como de los padres, las tareas para casa intersesiones forman parte del proceso para reforzar lo aprendido.

Tabla 16. Bloques y objetivos de intervención con los menores del programa PIPVIA.

Bloques de intervención con los menores	Objetivos de trabajo
1. Promover la motivación para el cambio.	<ul style="list-style-type: none"> • Constituir una buena relación terapéutica. • Facilitar un contexto interpersonal adecuado para el diálogo y la escucha activa de sí mismo. • Tomar responsabilidad sobre el proceso de cambio. • Aceptar un compromiso de cambio.
2. Comprender el comportamiento violento y asumir la responsabilidad en el problema.	<ul style="list-style-type: none"> • Deliberar y aclarar qué es la violencia y los diferentes tipos. • Vislumbrar los comportamientos violentos y sus causas. • Transmitir la posibilidad de cambio y comprometerse con el proceso.
3. Identificar y modificar las cogniciones implicadas en la agresión.	<ul style="list-style-type: none"> • Comprender la importancia de los pensamientos y su influencia en cómo nos sentimos y actuamos. • Identificar los pensamientos negativos y buscar la relación con la agresividad. • Valorar la necesidad de manejar los pensamientos. • Obtener herramientas para modificar dichos pensamientos.
	<ul style="list-style-type: none"> • Conocer qué son las emociones y los tipos de emociones. • Reconocer emociones propias y ajenas.

<p>4. Conocer, identificar y gestionar las emociones implicadas en la agresión.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Identificar la emoción de la ira generadora de comportamientos violentos. • Aprender estrategias de autocontrol. • Comprender la empatía y fomentar el desarrollo de la respuesta empática.
<p>5. Desarrollar conductas alternativas a la violencia.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Conocer estrategias alternativas a la violencia. • Aprender a afrontar situaciones conflictivas. • Adquirir o consolidar habilidades y recursos de solución de problemas. • Desarrollo de habilidades de comunicación. • Promover la comunicación asertiva.
<p>6. Consolidación de los cambios. Prevención de recaídas.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Consolidar y mantener los cambios logrados. • Prevenir la reaparición de conductas negativas. • Repasar y consolidar las estrategias aprendidas. • Hacer consciente al menor y/o joven de todo el proceso vivido.

Tabla 17. Bloques y objetivos de intervención con los padres del programa PIPVIA.

Bloques de intervención con los padres	Objetivos de trabajo
1. Promover la motivación para el cambio. Desculpabilizar. El funcionamiento de la violencia.	<ul style="list-style-type: none"> • Constituir una buena relación terapéutica. • Favorecer la desculpabilización y concienciar a los padres de su responsabilidad en el problema. • Deliberar sobre qué es la violencia y los diferentes tipos. • Motivar para el cambio.
2. Comprender la importancia de los pensamientos y su influencia en las conductas.	<ul style="list-style-type: none"> • Comprender la importancia de los pensamientos y la influencia en cómo nos sentimos y cómo actuamos. • Identificar los pensamientos negativos. • Valorar la necesidad de manejar los pensamientos. • Obtener herramientas para modificar dichos pensamientos.
3. Conocer, identificar y gestionar las emociones y su implicación en las conductas violentas.	<ul style="list-style-type: none"> • Conocer qué son las emociones y los tipos de emociones. • Reconocer emociones propias y ajenas. • Identificar la emoción de la ira generadora de comportamientos violentos. • Comprender la empatía y fomentar el desarrollo de la respuesta empática. • Realizar refuerzo positivo en los menores y/o jóvenes.

4. Conocer y desarrollar conductas alternativas a la violencia.	<ul style="list-style-type: none"> • Aprender estrategias y pautas para la educación y para la solución de problemas. • Establecer límites firmes y positivos para los menores y/o jóvenes. • Fomentar una comunicación efectiva y asertiva.
5. Consolidación de los cambios. Prevención de recaídas.	<ul style="list-style-type: none"> • Prevenir la reaparición de conductas agresivas mediante el reconocimiento de señales y situaciones de riesgo. • Fortalecer y mantener los cambios logrados y prevenir recaídas. • Repasar y consolidar las estrategias aprendidas. • Reflejar el cambio de discurso e interpretación realizado por los padres.

Tabla 18. Bloques y objetivos de intervención con el grupo familiar del programa PIPVIA.

Bloques de intervención con el grupo familiar	Objetivos de trabajo
1. El encuadre terapéutico y la definición del problema.	<ul style="list-style-type: none"> • Instaurar una buena relación y contexto para el trabajo en familia. • Establecer las normas básicas de interacción durante las sesiones familiares.

	<ul style="list-style-type: none"> • Favorecer expresión emocional de todos los miembros. • Promover la empatía y comprensión de todos los miembros. • Valorar conjuntamente el problema familiar y evolución del mismo. • Promover la corresponsabilización por parte de todos los miembros.
2. Práctica conjunta de habilidades.	<ul style="list-style-type: none"> • Considerar el impacto de los pensamientos en las emocionales y la conducta de todos los miembros. • Identificar y modificar pensamientos implicados en los conflictos familiares. • Desarrollar una alternativa a las situaciones de violencia. • Facilitar la expresión y comunicación emocional de toda la familia. • Fomentar el desarrollo de estrategias de negociación. • Generar normas de convivencia y para la interacción familiar. • Solucionar los conflictos de manera efectiva conjuntamente.
3. Conocer, identificar y gestionar las emociones y su implicación en las conductas violentas.	<ul style="list-style-type: none"> • Conocer qué son las emociones y los tipos de emociones. • Reconocer emociones propias y ajenas. • Identificar la emoción de la ira generadora de comportamientos violentos.

	<ul style="list-style-type: none"> • Comprender la empatía y fomentar el desarrollo de la respuesta empática. • Realizar refuerzo positivo en los menores y/o jóvenes.
4. Consolidación de habilidades. Prevención de recaídas.	<ul style="list-style-type: none"> • Prevenir la aparición de futuros problemas. • Mantener los cambios a corto, medio y largo plazo.

El programa finaliza con la fase de recaídas, realizando un trabajo preventivo para que la conducta agresiva no vuelva a instaurarse en la relación familiar, y con la fase de seguimiento, proyectada a los 3 meses de la finalización del programa para conocer el avance de la situación y la dinámica familiar; y si todo marcha según lo esperado se establecen llamadas telefónicas a los 6 meses y al año. Aún no se disponen de datos sobre su eficacia.

4.4.2 Programa de Intervención Especializada en Violencia Intrafamiliar PIEVI

En este caso se trata un programa de intervención con menores y familias desarrollado por Proyecto Vida de Cáritas Diocesana de Mérida-Badajoz en colaboración con la Consejería de Salud y Política Social la Junta de Extremadura.

El objetivo es eliminar las conductas violentas en el ámbito doméstico de aquellos menores que provienen del ámbito de reforma, que tienen entre 14 y 18 años y están cumpliendo una medida judicial en abierto, o para los derivados del Servicio de Protección de la Junta de Extremadura y son inimputables.

La intervención se lleva a cabo por parte de dos profesionales: terapeuta y co-terapeuta. Ambos comienzan la intervención con el sistema familiar completo, para continuar el terapeuta con el menor y el co-terapeuta con la familia en sesiones

individuales, con el fin de identificar las pautas familiares que han originado y mantienen la conducta violenta y comenzar a generar cambios. La intervención es fundamentalmente educativo-terapéutica, bajo un enfoque sistémico y cognitivo-conductual.

El programa de intervención se estructura en 4 fases:

Fases	Características principales	Tiempo	Objetivos específicos
Primera entrevista	Se recoge información, y se explora la conducta violenta.		<ol style="list-style-type: none"> 1. Explicitar el contexto de trabajo. 2. Recoger datos básicos de la familia. 3. Explorar la historia familiar. 4. Contener el conflicto si se presentara y focalizar los puntos fuertes de cada uno.
Fase inicial	<p>Se da lectura relacional al problema.</p> <p>Se formaliza el plan terapéutico individualizado.</p> <p>Se firma el “pacto de no violencia”.</p>	1 mes (4 sesiones)	<ol style="list-style-type: none"> 1. Crear un ambiente de confianza que facilite la comunicación. 2. Implicar a todos los miembros de la familia en el problema. 3. Explorar las soluciones intentadas. 4. Crear un sistema terapéutico. 5. Explorar la conducta violenta. 6. Buscar pautas repetitivas en torno a la conducta violenta.
Fase media	Se buscan cambios en el funcionamiento familiar.	3 meses	<ol style="list-style-type: none"> 1. Desarrollar y afianzar el vínculo terapéutico. 2. Continuar recogiendo información. 3. Revisar el plan terapéutico. 4. Identificar situaciones externas e internas que favorecen las conductas agresivas. 5. Explorar el sufrimiento que subyace a la agresión.

4. Programas de intervención en Violencia Filio-Parental

			6. Trabajar con la red social del menor o de la familia para reforzar el apoyo externo. 7. Focalizar sobre las interacciones familiares actuales.
Fase final	Se ofrecen estrategias ante una posible recaída.	3 meses (5 sesiones)	1. Terminar tareas pendientes. 2. Proporcionar estrategias ante situaciones de riesgo. 3. Evaluar el proceso (individual y/o grupal). Desvincular a la familia de la terapia.

El programa finaliza, cuando el menor termina el tratamiento y consigue los objetivos planteados. También puede remitir por alta voluntaria cuando se abandona el tratamiento o por alta disciplinaria cuando se incumpla en pacto firmado y continúen los episodios de violencia. Aún no se disponen de datos sobre su eficacia.

"No veo esperanza para el futuro de nuestra gente si dependen de la frívola juventud de hoy en día, pues ciertamente todos los jóvenes son salvajes más allá de las palabras... Cuando yo era joven, nos enseñaban a ser discretos y respetar a los mayores, pero los jóvenes actuales son excesivamente ofensivos e impacientes a las restricciones"

Hesíodo

(siglo VII a.C.)

CAPÍTULO V:

EL PROCESO PENAL DE MENORES ANTE UNA DENUNCIA POR VIOLENCIA FILIO-PARENTAL

5.1 Antecedentes legales en la jurisdicción de menores

5.1.1 Normativa nacional

El antecedente más lejano a la actual justicia juvenil se sitúa en 1337 en Valencia y se le conoce como Pare D'Orfens, esta institución tenía un marcado carácter benéfico y educativo y sus funciones según García-Valdés (1991) eran la protección del menor, asistencia social y corrección disciplinaria.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII, se generalizó la creación de las casas de misericordia, hospicios y casa de expósitos, todas ellas con una misma finalidad, servir como lugar de internamiento para los menores de edad. A efectos legales, vagabundos, huérfanos o necesitados eran comparados con delincuentes, constituyendo una seria alarma social (Cuello, 1958). Estos lugares se caracterizaban por el aislamiento y la fuerte disciplina, en esta época eran terribles los castigos que se imponían a los delincuentes jóvenes (Sánchez y Guijarro, 2002). Aunque la filosofía inicial era la doble naturaleza de los hospicios, por un lado, la vertiente caritativa respecto a los desamparados y por otro la correccional para los delincuentes, la realidad fue que el hacinamiento existente impedía el trato educativo diferenciado imperante en su ideario. Pérez (1598) destaca que en estas instituciones compartían habitación ladronzuelos y pícaros con huérfanos, vagabundos y necesitados. No obstante, como excepción, Toribio de Velasco creó en Sevilla en 1723 un hospicio con intención de reformar el carácter de los niños delincuentes, su labor supuso un cambio cualitativo en la atención de los menores indigentes en centros de internamiento (Sánchez y Guijarro, 2002).

A finales del siglo XIX, comenzó a cambiar el interés social por los niños abandonados y/o delincuentes. Juristas, sociólogos, pedagogos, médicos y filántropos se unieron en la idea común de que los niños no debían ser castigados con penas opresivas como las de los adultos, sino sometidos a medidas de educación y reforma (González-Fernández, 1999).

Basados en esta ideología, en Estados Unidos, surge la primera jurisdicción de menores separada de la de los adultos. El primer Tribunal para niños (Juvenil Children's

Courts) se creó en Chicago en 1899 cuyas características principales fueron la especialización del tribunal, la supresión de la cárcel para niños menores de 16 años y, medidas de corte educativo y reformador como la libertad vigilada. Estas ideas se difundieron pronto a los demás estados americanos y al resto del mundo como Alemania (1907), Inglaterra (1908), Portugal (1911), Bélgica (1912), Hungría (1913), Suiza (1913), Austria (1919), Holanda (1921), Italia (1934), etc.

En España, la implantación de una jurisdicción específica para los menores fue un proceso costoso, así los organizadores del Congreso de Protección a la Infancia denunciaron en 1907 la situación del menor en España: «nosotros somos una lamentable excepción de la Europa culta. Casi no disponemos de otro refugio que la cárcel - ¡la cárcel embrutecedora y corruptora! - incluso para que se pueda cumplir la corrección paterna. No tenemos ni reformatorios, ni escuelas industriales, ni colonias agrícolas, ni procedimientos de colocación en familia, ni nada, en fin, de lo que constituye el sistema tutelar y educativo, tan ampliamente desarrollado en los demás países (Soler y Labernia, 1907, citado en González-Fernández, 1999).

En España, en 1904 se promulga la primera ley de Protección a la Infancia, por la que, en 1908 se crean las Juntas Provinciales y Locales de Protección de la Infancia y el Consejo Superior de Protección de la Infancia y Represión de la Mendicidad. Este organismo impulsó la promulgación de la Ley de Bases de 2 de agosto y el Decreto Ley de 25 de noviembre, ambos de 1918, de creación y funcionamiento de los Tribunales para Niños, inspirada en la Ley Belga de 1912 que fue la más influyente en Europa. En 1925 estos tribunales se reorganizan y reciben el nombre de "Tribunales Tutelares para Niños", denominación que se cambia en 1929 por la de "Tribunales Tutelares de Menores".

Tejedor (2009) señala que ambas leyes se inspiran en los presupuestos de la Escuela Sociológica o de “defensa social” que consideraba que:

- El hombre no es libre, su comportamiento está determinado social y biológicamente.
- La conducta delictiva sería síntoma de una anomalía de la personalidad, teniendo la sociedad, derecho a defenderse de estos sujetos anormales o peligrosos.
- La intervención debería tener un carácter terapéutico.

Por tanto, se entendía al menor inimputable e incapaz de recibir el reproche de la pena, separándolo de la jurisdicción de adultos y comparándolo con locos y dementes, no mereciendo castigo o pena, y sí una medida educativa y tutelar, por lo que a aquellos tribunales se les atribuyó una función paternal y educativa. De esta forma, los tribunales tutelares se constituyen más que como una jurisdicción especializada, en una jurisdicción administrativa-judicial que tenían cómo competencia tanto la actuación protectora o asistencial como la reformadora de los menores. Se lo denominó: modelo “tutelar”.

La escasez de los recursos para implementar la primera ley de menores en España, junto con las desavenencias políticas y sociales de la época provocaron la sustitución de esta por el **Texto Refundido de la Ley de Tribunales Tutelares de Menores**. Esta ley se aprobó por Decreto de 11 de junio de 1948, estableciendo el sistema de la jurisdicción especial para menores que estaría vigente, con escasas modificaciones, hasta 1992.

Los Tribunales Tutelares de Menores (LTTM) de forma resumida presentaban las siguientes características (Tejedor, 2009):

- a) En cuanto a la aplicación, por su finalidad reformadora, eran objeto los menores infractores y también de aquellas conductas irregulares que suponían peligro: los vagos, prostituidos, licenciosos y vagabundos.
- b) En cuanto al procedimiento (el sistema inquisitivo) suponía:
 - El impulso de oficio y ausencia del principio acusatorio. Concurren en el Juez las funciones de incoar, investigar y juzgar.

- La ausencia de formalidades: “... el Tribunal no se sujetará a las reglas procesales vigentes”.
- La ausencia del derecho de defensa.
- La ausencia de acusación particular (ejercida por el Juez).

c) En cuanto a las medidas:

- La jurisdicción no tenía carácter represivo y sí educativo y tutelar, por lo que no se impone pena.
- Se atendía a las condiciones sociales y morales del menor, más que a la gravedad de los hechos.
- Las medidas se imponían con indeterminación temporal.
- Las medidas se podían modificar en cualquier momento, no revestían carácter definitivo.

Por tanto, los LTTM se configuran como organismos administrativo-judiciales compuestos por personas de "una moralidad y vida familiar intachables" y con función protectora, reformadora y de enjuiciamiento a menores de 16 años. El Tribunal tenía absoluta libertad de criterio en la instrucción e investigación y podía imponer cualquier medida con independencia de la gravedad de los hechos y sin tener en cuenta las necesidades del menor. La actuación más habitual era la adopción de internamiento en los centros conocidos como reformatorios. Esta ley ya recoge las funciones del psicólogo en su artículo 73: “el Presidente dispusiera que los técnicos especializados procedieran al examen y reconocimiento del menor, con ulterior emisión de informe, acerca de su constitución psicofisiológica”, y el artículo 126 considera la necesidad de “establecer laboratorios psicológicos en las Casas de Observación y en Reformatorios” (Urrea, 2002).

La ley de 1948 fue reformada por los Decretos de 19 de diciembre de 1969 y 26 de febrero de 1976, pero el sistema prescindía de las garantías procesales y no se articulaban los principios de legalidad, tipicidad y proporcionalidad, propios del Derecho Penal.

Con la **Constitución Española de 1978**, se modifica la jurisdicción especial de menores, tanto para el ámbito de la protección infantil, como de la reforma juvenil.

La Ley Orgánica 6/1985 del Poder Judicial reconoce a la justicia de menores como un orden jurisdiccional de carácter penal y especializado. Ante este carácter de especialización, se crean Juzgados de Menores en todo el territorio nacional, con sede en la capital de la provincia, atendidos por jueces de carrera con competencia para juzgar a menores que hubieran incurrido en conductas tipificadas por la ley como delitos o faltas, y a su vez se crean los Equipos Técnicos. En 1988, junto con los primeros jueces especializados en justicia juvenil, se producen las primeras adscripciones permanentes de los Equipos Técnicos formados por Educadores, Trabajadores Sociales y Psicólogos, cuya función principal es la de asesorar a Jueces y Fiscales de Menores mediante un informe relativo a la situación y características personales del menor infractor.

En materia de protección, mediante la Ley 21/1987, se produce la transferencia a las Comunidades Autónomas de las funciones de Protección, lo que supone la desjudicialización de la protección del menor, es decir se desliga protección de reforma.

En 1991 el Tribunal Constitucional declara inconstitucional el Art. 15 de la Ley de 1948 por vulnerar ciertos derechos y libertades de los menores, como no garantizar el derecho del menor a la defensa y vulnerar el principio acusatorio que debe regir en todo procedimiento sancionador y el derecho a un Juez imparcial, al ser un mismo tribunal el que se encargaba de instruir la causa y de juzgarla. Esto supuso una profunda reforma de la legislación de menores que se concretó en la **Ley Orgánica 4/1992, de 5 de junio, sobre reforma de la Ley reguladora de la competencia y el procedimiento de los Juzgados de Menores** (BOE núm. 140, de 11 de junio de 1992). En ella se corrigen las irregularidades procesales y se recogen todas las garantías derivadas del ordenamiento constitucional, asimismo se consolida la presencia de técnicos de las Ciencias Sociales en el ordenamiento jurídico juvenil y con ello los psicólogos, es decir se reconoce legalmente las funciones que los Equipos Técnicos habían estado desarrollando en los últimos años, siendo preceptivo el informe del equipo, sobre la situación psicológica, educativa y familiar del menor, así como su entorno social y en general sobre cualquier otra circunstancia que pueda haber influido en el hecho que se le atribuye, extendiéndose su

intervención a las distintas fases del proceso (Sicilia y Amante, 2018).

Las líneas principales de la Ley 4/92 las podemos resumir:

a) En cuanto su ámbito de aplicación:

- La responsabilidad criminal se aplica a mayores de 12 años.
- Desaparece como objeto de sanción las “conductas irregulares”.
- Desaparecen como objeto de sanción las infracciones propias de leyes locales que generalmente aludían a actos contrarios a la moral y decencia pública.

b) En cuanto al procedimiento:

- Asume los derechos y libertades fundamentales, así como las garantías jurídicas contempladas en la Constitución.
- La investigación e iniciativa procesal corresponde al Ministerio Fiscal, quedando así preservada la imparcialidad del Juez.
- Se institucionaliza la figura de los Equipos Técnicos y se les atribuye una doble función, tanto formar parte de la mecánica procesal como asesorar al juzgado en su condición de expertos en las ciencias sociales y de la conducta humana (Tejedor, 2009)

c) En cuanto a las medidas:

- Responsabilización del menor al enfrentarse a las consecuencias de sus actos.
- Carácter educativo.
- Se tendrá en cuenta la gravedad de los hechos, pero atendiendo a sus características personales, familiares y sociales.
- Determinación temporal de las medidas.
- Posible modificación de las medidas.
- La ejecución de las medidas corresponde a las Entidades Públicas bajo el control del Juzgado de Menores.

Por último, el 13 de enero de 2001 entra en vigor la **Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la Responsabilidad Penal de los Menores** (BOE núm. 11, de 13 de enero de 2000). Esta ley responsabiliza al menor, acusándole de un delito en un proceso penal juvenil, pero también pone el acento en el hecho de que el fin del proceso es la inserción exitosa del menor en la sociedad. Esto se intenta con la “medida educativa” impuesta al menor, que busca tanto hacerle sentir que ha de asumir las consecuencias del daño que ha causado, como de ofrecerle las oportunidades educativas necesarias para que no reincida. Se potencia la intervención del Equipo técnico. Su competencia legislativa corresponde al Estado, si bien su ejecución concierne a las Comunidades Autónomas.

5.1.2 Normativa internacional

Hay también que hacer referencia a una serie de Convenios Internacionales sobre menores que suponen un importante impulso en la elaboración y desarrollo de una ley específica para atender a este colectivo en nuestro país.

En 1959, las Naciones Unidas aprueban la Declaración de los Derechos del Niño y treinta años después, el 20 de noviembre de 1989 se aprueba el texto final de la Convención sobre los Derechos del Niño, cuyo cumplimiento sería obligatorio para todos los países que la ratificasen. La Convención sobre los Derechos del Niño se convierte en ley en 1990, después de ser firmada y aceptada por 20 países, entre ellos España el 30 de noviembre de 1990. Se constituye como el primer instrumento jurídico con fuerza vinculante en el que, de una manera global y genérica, se reconoce el conjunto de los derechos de los niños, niñas y adolescentes y se establecen los mecanismos de protección. A partir de este momento, comienza un importante desarrollo legislativo relativo al reconocimiento de los derechos de la infancia y la adolescencia y la protección de estos. Este tratado internacional, parte del concepto que los niños y adolescentes, como sujetos de derechos y obligaciones, deben gozar de las mismas garantías que los adultos, y se subrayan aquellos derechos que se desprenden de su especial condición de seres humanos que, por no haber alcanzado el pleno desarrollo físico y mental, requieren de protección especial (Navarro, 2015). Martínez-Pastor (2017) señala que esta normativa conforma el

marco jurídico de la justicia de menores propuesto por las Naciones Unidas, cuyo objetivo es asegurar la protección integral de los derechos del niño desde tres puntos de vista diferentes: acción protectora de los menores en situación de desamparo, acción preventiva en cuanto al delito y diseñar una justicia aplicable a los menores que han delinquido.

Además de la Convención sobre los Derechos del Niño, es importante también tener en cuenta varias resoluciones adoptadas por la Asamblea General de Naciones, fundamentales en cuanto a justicia de menores:

- Resolución 40/33, de 29 de noviembre de 1985, por la que se aprueba las reglas mínimas para la administración de justicia de menores (**Reglas de Beijing**). Las Reglas de Beijing, constituyen primordialmente una orientación para los Estados, para que elaboren sistemas especiales para la administración de la justicia de menores que proteja y responda a las necesidades de los derechos de las personas jóvenes (Morlachetti, 2014). Fija los objetivos de justicia juvenil como son los de promover el bienestar del joven y asegurar que cualquier respuesta a los delincuentes juveniles será siempre en proporción a las circunstancias tanto del joven como del delito (Navarro, 2015).
- Resolución 45/113, de 14 de diciembre de 1990, sobre reglas de las Naciones Unidas para la protección de los menores privados de libertad (**Reglas de La Habana**). Estas Reglas protegen los derechos fundamentales y obliga a los Estados a tomar medidas para reinsertar a aquellos menores que por autoridad judicial o administrativa, estén privados de libertad, por estar internos en un centro del que no puedan salir voluntariamente. Entre los principios fundamentales que establecen las Reglas son que la privación de la libertad debe ser una disposición de último recurso, que dure lo menos posible y se limite a casos excepcionales y que, además, toda privación de libertad debe ajustarse estrictamente con los principios del derecho internacional.
- Resolución 45/112, de 14 de diciembre de 1990, sobre directrices para la prevención de la delincuencia juvenil (**Directrices de Riad**). Las Directrices de Riad recogen una serie de principios fundamentales orientados a la prevención de la delincuencia juvenil, enfocándose en cinco áreas principales que son: la familia, educación, comunidad, políticas sociales, la legislación y administración de la justicia de

menores. Su artículo 2 establece que, para prevenir eficazmente la delincuencia juvenil, “es necesario que toda la sociedad procure un desarrollo armonioso de los adolescentes y respete y cultive su personalidad a partir de la infancia”; y en su artículo 3 dispone que “los jóvenes deben desempeñar una función activa y participativa en la sociedad y no deben ser considerados meros objetos de socialización o control”.

- Resolución 45/110, de 14 de diciembre de 1990, sobre las reglas mínimas de las Naciones Unidas sobre las medidas no privativas de libertad (**Reglas de Tokio**), cuyo objetivo es promover la aplicación de medidas no privativas de libertad, fomentando una mayor participación de la comunidad, especialmente en lo que respecta al tratamiento del delincuente, así como fomentar entre los delincuentes el sentido de su responsabilidad hacia la sociedad. Los estados miembros se esforzarán por alcanzar un equilibrio entre los derechos de los delincuentes y los derechos de las víctimas.

A nivel europeo, las normas más importantes son (Fernández-Méndez, 2015):

- La Carta Europea de los Derechos del Niño, aprobada el 8 de julio de 1992 por el Parlamento Europeo, la cual reconoce la importancia que la infancia tiene como etapa de la vida de una persona, el papel de la familia en la satisfacción de las necesidades de los niños y el hecho de que tales necesidades engendran una serie de derechos para la infancia y, en consecuencia, obligaciones para la familia, el Estado y la sociedad. Asimismo, esta resolución reconoce un conjunto de garantías y de criterios que han de inspirar la adopción de una sanción u otra a favor de los menores infractores.
- El Dictamen del Comité Económico y Social Europeo sobre “la prevención de la delincuencia, los modos de tratamiento de la delincuencia juvenil y el papel de la justicia del menor en la Unión Europea” de 2006, reconoce y da la importancia necesaria a la prevención, inserción sociolaboral e intervención educativa en la propia comunidad o en centros, contextualizada en un marco común.

Siguiendo el modelo de Rodríguez, Mayorga y Madrid (2012), Abadía (2015) resume los principios básicos que siguen la mayoría de las naciones en cuanto al Derecho Penal del Menor:

- No hay un criterio uniforme en cuanto a la edad en la que se es responsable penalmente, pero la tendencia es igualarla con la edad de mayoría civil.
- Las medidas que se apliquen a los menores han de tener un carácter primordialmente educativo.
- Se han de promover todas las garantías para que los menores dispongan de un procedimiento judicial justo, garantizándose la imparcialidad.
- Se han de buscar alternativas en interés del menor que sustituya a la finalidad retributiva de la sanción.
- La privación de libertad siempre ha de ser del mínimo tiempo posible y buscándose otras medidas alternativas.
- Ha de existir una formación especializada en todos los agentes que intervienen en el proceso penal del menor.
- Se ha de implicar a la familia en el proceso.
- Ha de haber tribunales y jueces especializados y equipos técnicos multidisciplinares que cubran de forma global la problemática penal del menor.
- Se sigue mayoritariamente adaptarse a las directrices internacionales que marcan el derecho penal juvenil: Despenalización, Desinstitucionalización, Proceso Justo y Desjudicialización.

La normativa internacional está orientada a promover el bienestar del menor a través del desarrollo de políticas sociales de calidad y racionalizar las políticas de justicia penal, cuyo objetivo es la prevención del delito y de la delincuencia juvenil. Estados Unidos es pionero en el tratamiento de la justicia juvenil con el desarrollo de acciones preventivas y orientadas a la intervención educativa, al igual que Europa, sin embargo, en aquel país predomina el endurecimiento de las medidas punitivas, mientras que, España, y el resto de los países europeos, optan por la prevención y la intervención comunitaria. Alemania se considera el país precursor en el ámbito europeo, al recoger en su ley de Bienestar Social la importancia de aplicar en primer lugar las medidas educativas y disciplinarias, seguidas de las sancionadoras cuando aquellas no fuesen posibles. En esta misma línea, Italia evita en la medida de lo posible el encarcelamiento

(Fernández-Méndez, 2015).

Por tanto, las prescripciones y recomendaciones contenidas en estos textos internacionales han marcado el diseño legislativo de la justicia de menores en España, el cual siguiendo el ideario internacional pretende dotar respuestas basadas en el desarrollo de un tratamiento educativo en el que se acentúa la responsabilidad individual.

5.2 Marco Jurídico actual

La legislación española, tras el fracaso de postulados paternalistas plasmados en la Ley de Tribunales Tutelares de Menores de 1948, inicia un proceso de transformación política-legislativa que culminó en primera instancia con la promulgación de la Ley Orgánica 4/1992 Reguladora de la Competencia y el Procedimiento de los Juzgados de Menores y con posterioridad, con la instauración de la Ley Orgánica Reguladora de la Responsabilidad Penal de los Menores (LORPM) de 12 de Enero de 2000, lo cual supone la instauración en el estado español de un modelo de justicia de responsabilidad, exigido por el Código penal de 1995 y acorde al derecho internacional y al derecho comparado (Navarro, 2015).

Por tanto, en el ámbito del Derecho Penal Español de los Menores, actualmente disponemos como norma fundamental, la Ley Orgánica 5/2000 que fue aprobada el 12 de enero de 2000 y puesta en marcha el 13 de enero de 2001, y de su Reglamento, aprobado por Real Decreto el 30 de julio de 2004 (Abadías, 2015). Ornos (2005) considera que esta ley supone un importante avance y constituye un enfoque progresista, en conformidad con las normas internacionales existentes en la materia.

Las dos ideas principales que guían la elaboración y puesta en marcha de la LORPM se recogen en la Exposición de Motivos y son el “superior interés del menor” y la “naturaleza sancionadora-educativa” (Sánchez, 2008). Estas ideas aparecen enmarcadas en una serie de principios generales que tienen su base en el “modelo de responsabilidad”.

- La Ley determina *el superior interés del menor* como el aspecto principal de toda la intervención sobre los menores, tanto del procedimiento como de las medidas adoptadas. Dado que la propia ley no aclara este principio, y entendiendo que se trata de un concepto que debe conectarse necesariamente con el desarrollo personal del menor y sus necesidades educativas, ha de ser valorado con criterios técnicos por equipos profesionales especializados en el ámbito de las ciencias no jurídicas (Navarro, 2015).
- La *naturaleza formalmente penal, pero materialmente sancionadora-educativa*, considera al menor sujeto responsable y dueño de sus actos, exigiéndole responsabilidad jurídica penal y civil. Sin embargo, la reacción jurídica que se adopta ante el ilícito penal que haya cometido, tendrá una finalidad educativa y de reinserción, atendiendo ante todo al *superior interés del menor*.

Asimismo, hay que destacar el reconocimiento expreso de todas las garantías que se derivan del respeto de los derechos constitucionales y de las especiales exigencias del interés del menor. En la LORPM se recogen principios garantistas generales tan indiscutibles como el principio acusatorio (nadie puede ser condenado sin ser acusado, que en el caso de la jurisdicción de menores esta función se atribuye al fiscal), el principio de defensa (derecho a un abogado, a no declarar, a guardar silencio, a que le sea notificado el hecho de su detención...), el principio de presunción de inocencia (ningún menor puede ser condenado mientras no se demuestre su culpabilidad), el principio de intervención penal mínima y el derecho a ser juzgado por un Juez imparcial (Tejedor, 2009; Abad, 2018).

En cuanto al ámbito de aplicación, la responsabilidad del menor que regula dicha ley se exige a las personas mayores de 14 años y menores de 18 por la comisión de hechos tipificados como delito o falta (actualmente delito leve) en el Código Penal, o en las leyes penales especiales. Las edades indicadas se han de entender siempre referidas al momento de la comisión de los hechos, sin que el haberse rebasado las mismas antes del comienzo

del procedimiento o durante la tramitación de este tenga relevancia a los efectos de la aplicación de la Ley (Luaces y Vázquez, 2008). Abadías (2015) explica que no hay tipos delictivos propios del Derecho Penal de los Menores, en acuerdo a lo que dispone la Directriz 56 de las Directrices de Ryad, la cual garantiza que cuando un acto delictivo no sea sancionado en un adulto, no debe considerarse objeto de sanción cuando es cometido por un joven, con el fin de evitar la estigmatización, victimización y criminalización de estos. A su vez, esta ley no se aplica a los menores de 14 años a quienes se les considera inimputables e irresponsables totalmente, entendiendo que las medidas de carácter administrativo propuestas por la Entidad Pública, según las circunstancias del menor, son suficientes; para estos casos se observan otras normas de protección y educación de menores previstas en el Código Civil y en la Ley Orgánica 1/1996, de 15 de enero sobre protección jurídica del menor (Navarro, 2015; Tejedor, 2009)

En este punto, es necesario diferenciar entre *protección y reforma*. La **Protección** de los menores en situación de desamparo corresponde a la Administración Pública de la Comunidad Autónoma respectiva, quien asume la tutela de los niños por carecer de las principales necesidades básicas afectivas y materiales, así la entidad pública deberá adoptar las medidas necesarias para su guarda, alimentarlo, educarlo y procurarle una formación integral. La **Reforma** de los menores corresponde a la jurisdicción de menores de ámbito provincial, y se refiere a aquellos niños o jóvenes que, presuntamente han cometido un delito.

La ley del menor, diferencia diversos intervalos de edad a efectos procesales y sancionadores, entendiendo que el grado de madurez y comprensión de los menores es diferente, por ello cada tramo tiene un tratamiento diferenciado, desde un punto de vista jurídico y de graduación de medidas. Se establece de 14 a 15 años, de 16 a 17 años y de 18 a 21. En este último caso, aunque en su origen se permitía aplicar la ley, la jurisprudencia lo dejó vacío de contenido, habiéndose finalmente suspendido.

Casi dos décadas después de ser promulgada, la LORPM ha sido reformada en varias ocasiones con el fin de ofrecer instrumentos necesarios para adaptarse a la realidad de los menores que cometen actos delictivos. Sin embargo, la mayor parte de estas modificaciones ha venido condicionada por la alarma social provocada por crímenes

realmente espeluznantes, pero poco relevantes cuantitativamente, cometidos por menores, sin atender a criterios científicos y determinando así un endurecimiento del proceso penal mediante una respuesta más punitiva que desvirtúa el motivo original de la ley. Abadías (2015) propone una secuenciación en la forma de hacer estas reformas: crimen - movimiento popular - impacto mediático - presión a la clase política y reforma de la ley a golpe de emociones (Pantoja, 2007).

De acuerdo con Abad (2018), la influencia tanto de los poderes públicos como de la prensa respecto al tratamiento de este tipo de menores ha generado que la sociedad tenga una idea equivocada respecto al trabajo de la justicia de menores, como un supuesto crecimiento de la delincuencia, el tratamiento laxo de los delitos graves, etc. Lo que ha favorecido que se hagan reformas de leyes penales sin el suficiente estudio empírico previo, para satisfacer a la población que busca no la reeducación, sino el aspecto retributivo cuando el problema no radica en la Ley en sí misma, sino en que ésta no se aplica con los medios necesarios y suficientes para ejecutarla correctamente.

Las principales modificaciones de la LORPM han sido:

- Ley Orgánica 7/2000, de 22 de diciembre. Bajo el marco de la violencia callejera ejercida por la conocida kaborroca, se creó el Juzgado Central de Menores de la Audiencia Nacional para atender aquellos delitos de terrorismo o considerados de extrema gravedad cometido por menores infractores. En este caso se anteponen los principios de prevención general y defensa social ante el interés superior del menor y finalidad educativa (Abad, 2018).
- Ley Orgánica 9/2000, de 22 de diciembre. Se suprimen las Salas de Menores de los Tribunales Superiores de Justicia, previstas inicialmente como órgano especializado con competencia para atender los recursos de apelación contra resoluciones de Jueces de Menores, atribuyéndose así la competencia a las Audiencias Provinciales. Por último, se deja en suspenso durante dos años desde la posibilidad de aplicar a los jóvenes de 18 a 21 años el régimen especial atendiendo a las circunstancias personales.

- Ley Orgánica 15/2003, de 25 de noviembre. Aunque la ley 5/2000 reconoce el interés del perjudicado, su intervención es muy limitada. Esta reforma incorpora la figura de la acusación particular sin límites frente a la exclusividad del Ministerio Fiscal.
- Ley Orgánica 8/2006, de 4 de diciembre de 2006. Tras el asesinato de una joven con discapacidad psíquica leve en el 2003, la sociedad reclama una reforma de la ley, entonces se plantea un recrudecimiento de la respuesta penal de los menores infractores. Esta reforma amplió los supuestos en los que se podía imponer medidas de internamiento en régimen cerrado y la duración de las medidas, además se estableció la posibilidad de imponer la medida de libertad vigilada para los hechos calificados de falta. Se elimina definitivamente la ya suspendida aplicación de tratar de forma diferenciada de los adultos, a los jóvenes entre 18-21 años. A su vez la reforma posibilita que los mayores de 18 años puedan cumplir las medidas en centros penitenciarios.

La LORPM reclamó desde el inicio, la redacción de un Reglamento que completara todo lo que había previsto sucintamente. El Real Decreto 1774/2004 de 30 de julio, aprueba el Reglamento de la LORPM, el cual desarrolla esta ley en tres aspectos:

- Las normas relativas a la ejecución de las medidas cautelares y definitivas previstas en el art. 7.
- El régimen disciplinario de los llamados centros de reforma de menores.
- El régimen de actuación del equipo técnico y la policía judicial, en el procedimiento penal y en el programa de ejecución de las medidas impuestas por el Juez (Navarro, 2015).

La LORPM y su Reglamento configuran, así, un modelo normativo en todo el territorio español que ofrece solución a las posibles dificultades interpretativas y a los problemas jurídicos que puedan plantearse en relación con la ejecución de medidas para

menores infractores. Es el documento por el que deben regirse todos los agentes implicados en la ejecución de las medidas que contempla la ley.

Navarro (2015) destaca que la ejecución de las medidas impuestas a un menor responsable en sentencia firme corresponde a las Comunidades Autónomas (artículo 45.1 LORPM) a quienes se les reconoce la capacidad para crear, dirigir, organizar y gestionar los servicios, instituciones y programas adecuados. Esto ha provocado diversidad de modelos organizativos diseñados por las distintas Comunidades Autónomas, sin que existan criterios mínimos comunes a nivel nacional.

5.3 Procedimiento Judicial en la Violencia Filio-Parental.

Al igual que en cualquier otro supuesto delictivo, los menores que han realizado alguna conducta de violencia dentro de la familia habrían de someterse al procedimiento judicial y a las medidas judiciales que correspondan (Ibabe et al., 2007) como cualquier otro menor infractor.

La violencia filio-parental es un tipo de violencia que encuentra en el sistema judicial una de las respuestas más ágiles y contundentes, de tal forma que cuando el maltrato de hijos a padres se tipifica como delito, la LORPM pone al servicio de los menores y sus familias todos los mecanismos necesarios para sancionar la conducta y evitar la reincidencia (Martínez, 2017). El sistema judicial es el último recurso que dispone una sociedad de derecho ante el fracaso de las medidas de prevención y las intervenciones previas desde otros ámbitos como el sistema de protección, el educativo o el sanitario (Garrido, 2016). Y por las características del propio sistema, se trata de un instrumento que coloca a padres e hijos en una situación de mayor complejidad y tensión, en tanto que coexiste la relación parento-filial con la relación víctima-agresor. La mayoría de los padres que sufren violencia filio-parental tienden a interponer la denuncia cuando el problema es crónico y especialmente grave. Por tanto, cuando esto sucede, el proceso

penal ha de responder con la máxima agilidad y exigibilidad para proteger a las víctimas e intervenir con el menor, motivo por el cual cobra protagonismo la interposición de medidas cautelares (Garrido, 2016).

La especialización de los diferentes intervinientes en el proceso de menores es una de las principales características del nuevo sistema de justicia juvenil (Navarro, 2015). Las figuras más relevantes son la policía, el Juez de menores, el Fiscal, el letrado de la defensa y la acusación particular.

Cuando un joven de entre 14 y 18 años agrede a sus padres, estos tienen la posibilidad de presentar una denuncia ante la Fiscalía de Menores o ante la Policía. Una vez esa denuncia es recibida por la fiscalía –ya sea directamente de los padres, de la policía o de otros profesionales– esta decidirá si incoa o sobresee el expediente (Sánchez, 2008), haciéndose necesario dar una respuesta jurídica al delito lo más rápida posible (Liñán, 2011), ciñéndose al principio de celeridad de la Circular 1/2010 a la hora de abordar los casos de violencia filio-parental.

Si la puesta en marcha de una denuncia, la detención y la posterior instrucción de un procedimiento resulta complejo para cualquier hecho delictivo en el que están implicados la policía judicial, el Ministerio Fiscal, el equipo técnico, el Juez de Menores, la defensa, el menor infractor, sus progenitores (o representantes legales) y en algunos casos, la acusación particular, en los casos de violencia filio-parental se complica cuando los progenitores comparecen en calidad de denunciantes o testigos, estos han de mantenerse al margen del proceso, asumiendo dicha representación el propio Ministerio Fiscal (Martínez, 2017).

Según el artículo 28 de la LO 5/2000, el Ministerio Fiscal puede optar por la imposición de una medida cautelar si los hechos denunciados por la familia se consideran graves o muy graves (Sánchez, 2008), cuando la convivencia resulte insostenible o la deriva que esté tomando el menor expedientado requiera un especial seguimiento. En estos casos el fundamento de la medida cautelar radica sobre todo en la protección de la víctima y de sus bienes jurídicos (Liñán, 2011).

Según el artículo 19.1. de la LO 5/2000, el Ministerio Fiscal podrá “desistir de la continuación del expediente”, atendiendo a la gravedad y circunstancias de los hechos y del menor, y a la circunstancia de que además el menor se haya conciliado con la víctima o haya asumido el compromiso de reparar el daño causado (Sánchez, 2008). En este último caso el expediente se resolverá vía extrajudicial, es decir, por Conciliación o Reparación. La conciliación y la reparación representarían dos modalidades distintas de plantear una solución pacificadora entre las partes (Cruz, 2005), bien a través de la presentación de disculpas por parte del menor y aceptación de estas por parte de la víctima o perjudicado, o bien mediante la realización por parte del menor de actividades en beneficio de la víctima o de la comunidad. Ambas soluciones comparten, por lo tanto, un proceso de mediación, entendida como una forma de intervención en un conflicto, un método que consiste básicamente en facilitar la comunicación entre las partes afectadas que posibilite la adopción de un acuerdo entre las mismas (Ruiz y Navarro, 2004). Liñán (2011) señala que para que la mediación y conciliación sea fructífera, es necesario que el hecho denunciado no revista gravedad, y que exista un verdadero reconocimiento de culpa y propósito de enmienda en el menor, así como un estado de suficiente serenidad y estabilidad psicológica en la víctima, que le permita expresar con libertad su voluntad de aceptar las disculpas pedidas por el hijo o hija. En estos casos es recomendable que, como contenido del compromiso de reparación del daño causado que asume el menor expedientado, se establezca la participación de éste y de sus padres en un programa terapéutico específico.

Si el Ministerio Fiscal decide continuar con el expediente, se tomará declaración al agresor y a la familia, ambas partes serán evaluadas por el Equipo técnico del Juzgado de Menores que emitirá un informe detallado describiendo la historia y la situación actual de la familia y el menor y propondrá la medida que más se adecúe a sus características personales y sus necesidades (Cuervo, 2011). También en este momento el Equipo técnico, tras la entrevista, puede proponer si estima conveniente al Ministerio Fiscal una solución extrajudicial.

Una vez finalizada la instrucción, la Fiscalía remite el expediente al Juzgado de Menores, quien señalará fecha para la vista oral. Cruz (2010) nos explica que la audiencia,

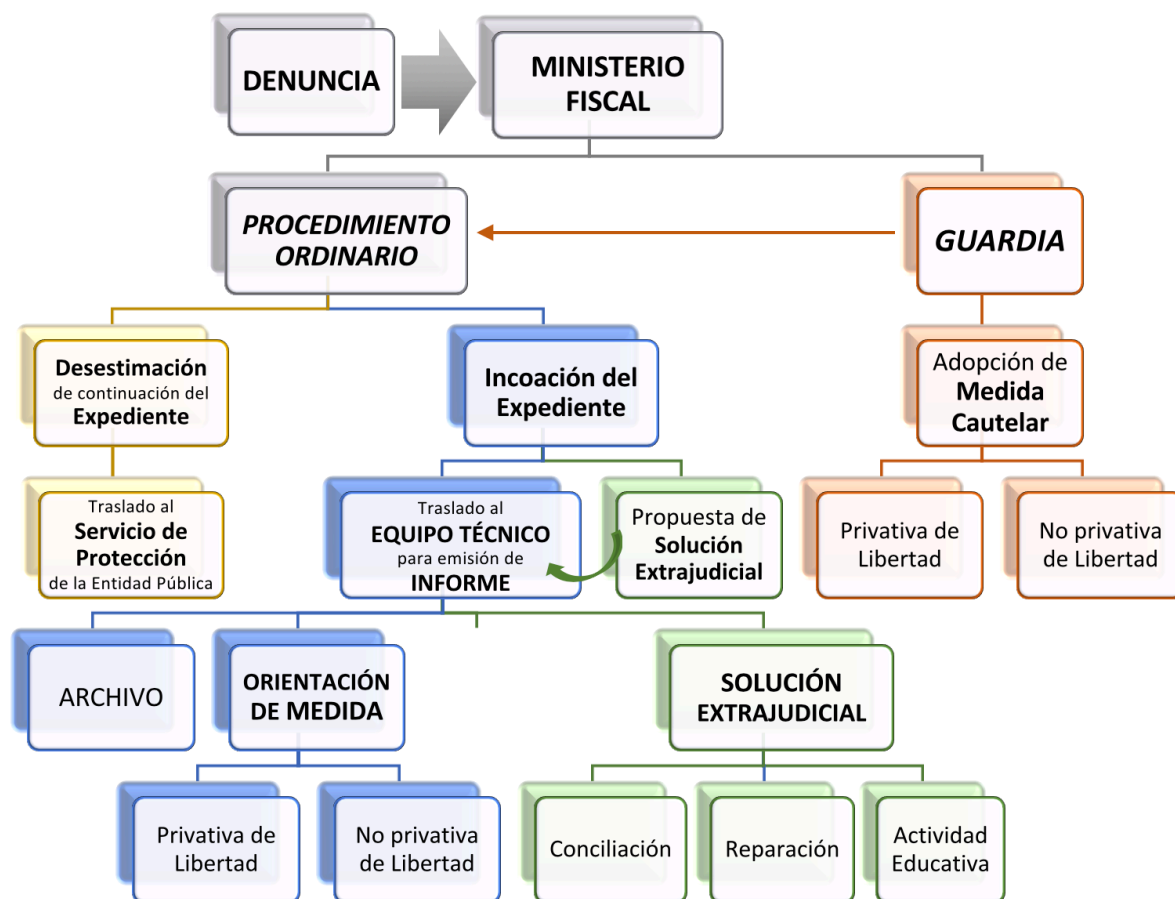
en términos del artículo 35, debe celebrarse con la presencia del Ministerio Fiscal; las partes personadas, es decir, el o los ofendidos, el Letrado del menor; un representante del Equipo técnico que haya emitido el informe previo; el propio menor, pudiendo acompañarse de sus representantes legales; en ciertos casos, el representante de la entidad pública de protección o reforma, cuando se hayan ejecutado medidas cautelares, o el menor hubiera sido sometido previamente en otro procedimiento a una medida; y sin ser obligatoria su presencia, las personas a quienes se exija responsabilidad civil.

En el juicio se pueden dar dos circunstancias, que haya conformidad (acuerdos alcanzados entre las partes, donde el menor acepta su responsabilidad por los hechos cometidos), en estos casos, el Juez dictará la resolución en dichos términos o que se celebre la audiencia (oyendo en declaración al agresor y a la víctima) y acordando el Juez la medida que crea conveniente con el máximo componente educativo. Los casos de violencia filio-parental que llegan hasta esta fase se resuelven generalmente por conformidad (Cruz, 2010; Sánchez, 2008).

En la mayoría de los casos, los padres que son víctimas de la violencia filio-parental no suelen buscar en la justicia el castigo o la reprobación por lo sucedido, sino que acuden a la denuncia como forma de pedir ayuda y optar a un tratamiento individualizado, de manera que el carácter reeducativo de la LORPM toma mayor protagonismo respecto al carácter sancionador y punitivo (Martínez, 2017).

Cuando la sentencia ya es firme, el órgano judicial ordena la ejecución de la medida impuesta, de cuyo cumplimiento se responsabilizará la Entidad Pública de Reforma, que en nuestra Comunidad Autónoma lo deriva al Equipo de ejecución de medidas judiciales.

Figura 15. Procedimiento Judicial de Menores. (Fuente: elaboración propia)



5.4 Las Medidas Judiciales

Cervelló (2006) señala que desde el inicio de la Ley Orgánica 5/2000 las medidas han generado gran controversia, ya que no son penas, concepto propio en el derecho penal de adultos, ni tampoco exactamente medidas de seguridad.

No obstante, la Constitución Española (artículo 25.3) recoge que la imposición de una pena o medida de seguridad debe estar encaminada a la reeducación y reinserción social, de manera que la LORPM se acoge a la misma premisa.

Las medidas judiciales se pueden definir como un conjunto de respuestas educativas que se le imponen judicialmente al menor por haber cometido un delito más o

menos grave, con el fin de responsabilizarle de su actuación y aportarle los recursos necesarios para su adecuada integración (Tejedor, 2009). En este sentido, todos los agentes que participan en el proceso judicial de menores persiguen este mismo fin educativo y resocializador mediante la aplicación de las medidas judiciales (Ortega, 2017).

Para que las medidas sean educativas han de ser responsabilizantes, es decir, inducir al menor la responsabilidad de sus actos, no deben perturbar su proceso evolutivo, han de compensar sus carencias y necesidades, además de favorecer la adquisición de nuevos aprendizajes y relaciones al finalizar la medida (Tejedor, 2009).

El Art. 7 de la LORPM define las medidas susceptibles de ser impuestas a los menores y las reglas generales de determinación de estas. Previa a su orientación y aplicación se ha de individualizar cada caso, valorando el interés superior del menor, prestando atención no sólo a los hechos, sino especialmente a la edad, circunstancias sociofamiliares y desarrollo de su personalidad, aspectos que recoge el informe del Equipo Técnico.

El Juez tiene la posibilidad de aplicar entre un total de 15 medidas, que la ley ordena de mayor a menor gravedad, a su vez puede sustituir la medida impuesta inicialmente, por otra, valorando la evolución del menor y sobre todo el interés de este (Abadías, 2015).

La LORRPM no hace una clasificación sistemática de las medidas, si bien podemos diferenciarlas en función de la restricción de derechos entre medidas privativas de libertad y medidas no privativas de libertad o de medio abierto, así como las diferentes medidas terapéuticas, las cuales pueden ser transversales a las anteriores (Ortega, 2017).

Tabla 19. Medidas susceptibles de ser impuestas a los menores infractores, según el Art. 7 LORPM. (Fuente: elaboración propia)

MEDIDAS JUDICIALES	
Medidas Privativas de Libertad	Medidas en Medio Abierto (no privativas de libertad)
Internamiento en régimen cerrado.	Asistencia a un centro de día.
Internamiento en régimen semiabierto.	Libertad vigilada.
Internamiento en régimen abierto.	Prohibición de aproximarse o comunicarse con la víctima o con aquellos de sus familiares u otras personas que determine el Juez.
Permanencia de fin de semana.	Convivencia con otra persona, familia o grupo educativo.
	Prestaciones en beneficio de la comunidad.
	Realización de tareas socioeducativas.
	Amonestación.
	Privación <ul style="list-style-type: none"> ▪ del permiso de conducir ciclomotores o vehículos a motor, ▪ el derecho a obtenerlo, ▪ o de las licencias administrativas para caza o para uso de cualquier tipo de armas.
	Inhabilitación absoluta.
MEDIDAS TERAPÉUTICAS	
Privativas de Libertad	No Privativas de Libertad
Internamiento terapéutico en régimen cerrado.	Tratamiento ambulatorio.
Internamiento terapéutico en régimen semiabierto.	
Internamiento terapéutico en régimen abierto.	

A continuación, se procede a realizar un análisis de cada una de estas medidas:

Medidas Privativas de Libertad

Las medidas de internamiento son medidas de privación libertad durante el tiempo que determine la sentencia impuesta por el Juez y se ejecutan en centros homologados por la entidad pública, custodiado por personal de seguridad (Abad, 2018). Los centros de cumplimiento de medidas judiciales están compuestos por un equipo directivo, un equipo técnico especializado, educadores y personal de mantenimiento. Tejedor (2009) señala que el objetivo de estas medidas es ofrecer al menor un ambiente educativo adecuado para reorientar aquellas deficiencias que han caracterizado su conducta antisocial mediante la estancia temporal en un régimen restrictivo de libertad. Estas medidas se prevén cuando el delito cometido sea grave, concorra reincidencia, se hayan agotado otras medidas menos restrictivas o cuando sea necesario separar al menor de su entorno.

Las medidas de internamiento constan de dos períodos, tal como establece el art. 7.2: el primero se llevará a cabo en el centro correspondiente y tras su finalización se llevará a cabo una segunda parte en régimen de libertad vigilada. El Equipo técnico deberá informar respecto al contenido de ambos períodos y el Juez expresará la duración de cada uno en la sentencia.

En Extremadura hay un centro denominado Vicente Marcelo Nessi, ubicado en la ciudad de Badajoz, dispone de 50 plazas repartidas entre las distintas modalidades de internamiento que establece la ley.

1. Internamiento en régimen cerrado: Los menores residen en un centro, que cuenta con todas las medidas precisas de seguridad (video vigilancia, personal de seguridad, etc.) y desarrollan en el mismo las actividades formativas, educativas, laborales y de ocio. Es la medida más restrictiva, sólo se puede salir de forma esporádica, previa autorización judicial. Este internamiento se lleva a cabo, si hubiera plazas, en el centro más próximo al domicilio del menor, sin

que el traslado a otro centro pueda realizarse, salvo que sea en interés del menor y con aprobación del Juez de Menores.

2. Internamiento en régimen semiabierto: Los menores residen en el centro, pero pueden realizar fuera del mismo alguna o algunas de las actividades formativas, educativas, laborales y de ocio establecidas en el programa individualizado de ejecución de la medida.
3. Internamiento en régimen abierto: Los menores llevan a cabo todas las actividades del proyecto educativo en los servicios normalizados del entorno, residiendo en un centro como domicilio habitual, con sujeción al programa y régimen interno del mismo.
4. Internamiento Terapéutico en régimen cerrado, semiabierto o abierto: Los menores residen en un centro, con equipo técnico, personal médico y psicólogo clínico especializado, donde se realiza una atención educativa especializada o tratamiento específico ante la presencia de anomalías o alteraciones psíquicas, un estado de dependencia de bebidas alcohólicas, drogas tóxicas o sustancias psicotrópicas, o alteraciones en la percepción que determinen una alteración grave de la conciencia de la realidad.
5. Permanencia de fin de semana: Los menores permanecen en su domicilio o en un centro hasta un máximo de 36 horas entre la tarde o noche del viernes y la noche del domingo, a excepción del tiempo que deban dedicar a las tareas socioeducativas asignadas por el Juez.

Medidas en Medio Abierto (no privativas de libertad)

1. Asistencia a un centro de día: Los menores deben acudir a un centro de la comunidad a realizar actividades de apoyo, educativas, formativas, laborales o de ocio. La finalidad es dotar al menor de una base mínima de conocimientos, ayudarle a canalizar el ocio o desarrollar recursos personales.
2. Libertad Vigilada: Es la medida más propuesta en la jurisdicción de menores y se realiza en el medio-sociofamiliar de los menores. Se trata de una o intervención individual y globalizada a todos los niveles (personal, familiar y/o

formativo-laboral) o los que se estime necesario. Al menor se le obliga a seguir las pautas socioeducativas y reglas de conducta que señale el profesional de la entidad pública encargado de su seguimiento, de acuerdo con el programa de intervención elaborado al efecto y aprobado por el Juez de Menores cuyo fin es controlar las causas que provocaron la conducta ilícita.

3. Prestación en Beneficio de la Comunidad: Los menores realizan las actividades no retribuidas que se les indiquen, de interés social o en beneficio de personas en situación de precariedad. Se procura relacionar la sanción con los actos delictivos cometidos. Es adecuada ante actos vandálicos o gamberrismo. Esta medida, en teoría no podrá imponerse sin su consentimiento, a su vez debe adaptarse a su momento evolutivo y no obstaculizar las actividades educativas o culturales que esté desarrollando.
4. Convivencia con otra persona, familia o grupo educativo: Los menores deben convivir durante un determinado período de tiempo con una familia distinta a la suya o con un grupo educativo seleccionado, para orientarle en su proceso de socialización. La medida se realiza en un inmueble propiedad de la entidad conveniada, donde los menores conviven durante el tiempo que determine el Juez con un equipo técnico, directivo y educadores. Se trata de una medida de medio abierto, donde los educadores carecen de medidas de contención. La convivencia con grupo educativo es la medida más adoptada en los casos de violencia filio-parental.
5. Realización de Tareas Socio-Educativas: Los menores realizan actividades específicas de contenido educativo encaminadas a facilitarle el desarrollo de su competencia social (refuerzo escolar, alfabetización, habilidades sociales, orientación laboral,...). Puede ser complementaria de otra medida.
6. Tratamiento ambulatorio: Se distinguen dos tipos de medidas de tratamiento ambulatorio: psicológico (menores con anomalías o alteraciones psíquicas o en la percepción) y de deshabitación de adicción al consumo de sustancias tóxicas. Los menores asisten al centro designado con la periodicidad requerida por los facultativos que lo atiendan y siguen las pautas fijadas para el adecuado tratamiento. Puede ser complementaria de otra medida.

En el catálogo de medidas, encontramos 4 de ellas de ejecución directa por el Juez (Abad, 2018):

1. Prohibición de aproximarse o comunicarse con la víctima, familiares u otras personas: Esta medida impide al menor acercarse y establecer contacto alguno con las personas mencionadas. Si esta medida implicase la imposibilidad del menor de continuar viviendo con sus padres, tutores o guardadores, el Ministerio Fiscal debe remitir testimonio de los particulares a la entidad pública de protección del menor, y dicha entidad deberá promover las medidas de protección adecuadas a las circunstancias de aquél, conforme a lo dispuesto en la Ley Orgánica 1/1996. (Luaces y Vázquez, 2008). El control es llevado a cabo por los cuerpos y fuerzas de orden público (Abad, 2018)
2. Amonestación: Consiste en la reprensión del menor por el Juez de Menores para hacerle comprender la gravedad de los hechos cometidos y las consecuencias que los mismos han tenido o podrían haber tenido, instándole a no volver a cometer tales hechos en el futuro.
3. Inhabilitación absoluta: Produce la privación definitiva de todos los honores, empleos y cargos públicos sobre el que recayere, aunque sean electivos; así como la incapacidad para obtener los mismos o cualesquiera otros honores, cargos o empleos públicos, y la de ser elegido para cargo público, durante el tiempo de la medida. Va dirigida principalmente a menores con delitos relacionados con política terrorista.
4. Privación del permiso de conducir ciclomotores o vehículos a motor, o el derecho a obtenerlo, o de las licencias administrativas para caza o para uso de cualquier tipo de armas. Medida accesoria. El carácter educativo viene dado cuando se le obliga a realizar un curso complementario, por ejemplo, de educación vial.

Respecto a los casos concretos del tema que nos ocupa en esta Tesis Doctoral, todas las medidas presentes en la ley son susceptibles de ser impuestas a los menores

infractores por violencia filio-parental, como autores de un delito de violencia. Si bien, estos jóvenes no suelen presentar un perfil antisocial, tampoco suelen estar implicados en delitos de otra naturaleza y por ello conviene evitar el contacto con otro tipo de menores infractores, procurando que las medidas que se les apliquen se adapten especialmente a su problemática e intentando lograr la implicación de la familia en el cumplimiento de la misma (Liñán, 2011).

En los casos de violencia filio-parental y siguiendo la exposición del magistrado Juez de menores Liñán (2011), la imposición de la medida de prestaciones en beneficio de la comunidad podría consistir, por ejemplo, en colaborar con entidades de ayuda a víctimas de violencia doméstica. Las tareas socioeducativas, podría estar dirigidas a la participación en un taller sobre habilidades de competencia social, de comunicación o de desarrollo de la empatía. A veces la causa del delito es pura y simplemente la drogodependencia o un trastorno psicológico, como TDAH, trastorno de la personalidad o incluso una psicopatía, en estos casos la medida a imponer será el tratamiento ambulatorio, en los casos en los que se decida continuar con el procedimiento, o incluso el internamiento terapéutico cuando se haga necesario un control físico más restrictivo por los motivos mencionados y los recursos externos se hayan demostrado insuficientes. El internamiento sólo se aplica en casos en los que se haya hecho uso de una especial violencia o existan antecedentes de conductas agresivas en el ámbito familiar. La libertad vigilada permite trabajar las carencias del menor expedientado desde su entorno natural y en distintos ámbitos. A través de esta intervención se puede controlar la asistencia a clase, a un programa de orientación familiar, a un tratamiento terapéutico ambulatorio de tipo psicológico o a un programa de deshabituación de drogas.

Entre todas las medidas, la convivencia con grupo educativo se considera la medida estrella con respecto a los casos de violencia filio-parental. Es por eso que la Circular 1/2010 de la Fiscalía General del Estado, sobre el tratamiento desde el sistema de Justicia Juvenil de los malos tratos de menores contra sus ascendientes, contiene previsiones particulares relativas a la aplicación de la medida de convivencia en grupo a esta modalidad delictiva. A su vez, el Dictamen 6/2013, sobre pautas de aplicación de la medida de Convivencia con persona, familia o grupo educativo pone de manifiesto que a

pesar de haber sido considerada la medida con mayor componente educativo, hasta hace poco no tenía apenas aplicación en nuestro país debido al desinterés de las administraciones para buscar, seleccionar y formar familias. No obstante, esto actualmente ha cambiado por dos motivos: primero, gracias a convenios de colaboración con entidades o fundaciones privadas que ofrecen viviendas donde los menores residen bajo la supervisión de grupos de educadores y segundo, debido al aumento de delitos de maltrato intrafamiliar cometidos por menores hacia sus padres. Estas circunstancias han desencadenado que en la mayor parte de las ocasiones, la convivencia con grupo educativo sea una medida exclusiva en los casos de violencia filio-parental, ya que supone de entrada un corte forzoso de las conductas violentas del menor hacia los padres, teniendo un efecto de reducción de la tensión en el núcleo familiar, aunque con sentimientos de ambivalencia por parte de los progenitores (necesitan ayuda para resolver el problema y se sienten culpables de haber denunciado al hijo) y a la vez, un aumento de las emociones de rabia (ya sea exteriorizada con ira o convertida en desafectación y resentimiento) del propio menor hacia ellos por el hecho de haber sido no sólo denunciado, sino además por haber sido separado del hogar (Esteve, 2009). Según la Fiscal coordinadora de menores de Sevilla, esta medida comporta no sólo un cambio de residencia, sino que permite asegurar también la asistencia del menor a clase, la obtención de tratamiento psicológico y la realización de actividades culturales y ocupacionales que faciliten el desarrollo de su personalidad. El Dictamen 6/2013, señala que tras finalizar la convivencia el objetivo es que el menor regrese al núcleo familiar habiendo corregido la conducta desviada. Por ello recomienda que tras su finalización se cuente con un refuerzo educativo a través de una libertad vigilada para facilitar con mayor eficacia la socialización del menor en el seno familiar. Asimismo, indica a los operadores jurídicos que se evitará solicitarla cuando se prevea un riesgo razonable de incumplimiento, teniendo en cuenta la trayectoria delictiva o la problemática específica del menor (ej., drogadicción), pues además del fracaso individual puede ponerse en riesgo el normal desenvolvimiento del grupo.

La Junta de Extremadura dispone de tres centros para el cumplimiento de esta medida, dos viviendas adosadas ubicadas en la ciudad de Badajoz y una en Cáceres, gestionados por las asociaciones privadas. No obstante, sea cual sea la medida que se fije

en sentencia, deberá describirse el conflicto familiar subyacente y las estrategias que han de seguirse para solucionarlo.

5.5 Actuación del Equipo Técnico del Juzgado de Menores en las distintas fases del proceso.

La LORPM, en su exposición de motivos, resalta la importancia del Equipo técnico y lo configura como un órgano especial (no un órgano jurídico) que interviene en un procedimiento penal, y como un elemento imprescindible para alcanzar el objetivo que persiguen las medidas, siendo pieza fundamental para conocer y valorar el interés del menor desde perspectivas más amplias que la de la ciencia jurídica, lo que permite una adecuada individualización de las decisiones a adoptar sobre el menor (Escorihuela, 2015).

La exposición de motivos de la LORPM resalta la importancia del Equipo técnico:

- Se configura como un elemento imprescindible para alcanzar el objetivo que persiguen las medidas.
- El interés superior del menor, que debe primar en el Derecho Penal de menores, ha de ser valorado con criterios técnicos y no formalistas por equipos de profesionales especializados en el ámbito de las ciencias no jurídicas
- Carácter mediador en los temas de reparación del daño causado y la conciliación del delincuente con la víctima.

Nájera (2006) señala en su documento sobre las modificaciones de la ley, que para el correcto ejercicio de las funciones que el Juez tiene encomendadas, ha de conocer no sólo los hechos que al menor se le imputan, sino sus características personales y sus circunstancias familiares, sociales y educativas que interactúan y pueden haber sido determinantes de su comportamiento antisocial y delictivo (Tejedor, 2001, 2009).

El artículo 4.1 del Reglamento de la LORPM recoge la actuación del Equipo técnico. Se trata de un equipo multidisciplinar

Formado por psicólogos, educadores y trabajadores sociales cuya función es asistir técnicamente en las materias propias de sus disciplinas profesionales a los jueces de menores y al Ministerio Fiscal, elaborando los informes, efectuando las propuestas, siendo oídos en los supuestos y en la forma que establece la ley de responsabilidad penal de los menores, y, en general, desempeñando las funciones que tengan legalmente atribuidas. Del mismo modo, prestarán asistencia profesional al menor desde el momento de su detención y realizarán funciones de mediación entre el menor y la víctima o perjudicado (p. 30129).

Las personas que integran estos Equipos técnicos dependen administrativamente del Ministerio de Justicia o de las Comunidades Autónomas con competencias asumidas, orgánicamente del Juzgado de Menores y funcionalmente de las Fiscalías. Lo primero se refiere a que los profesionales de estos Equipos son personal laboral de la Administración de Justicia o de su Comunidad Autónoma. Lo segundo, a que se encuentran adscritos a los Juzgados de Menores. Y lo tercero, a que su principal intervención, la de elaborar el Informe técnico, se lleva a cabo a solicitud del Fiscal, quien, como superior funcional, puede indicarles priorizar aquellos casos de mayor entidad o dirigirles en cuanto a la extensión y profundidad de determinados informes (Circular 9/2011 FGE). No obstante, en el ejercicio de su actividad técnica actuarán con independencia y con sujeción a criterios estrictamente profesionales (art. 4.2 RLORPM).

La actividad pericial tiene connotaciones especiales en el Derecho Penal de Menores. Algunos autores, acogiendo al art. 457 de la LEC, entienden que los Equipos técnicos actúan como peritos en la materia que, al estar dotados de conocimientos especializados y reconocidos, a través de su formación, pueden aportar información u opinión fundada al Juez o tribunal correspondiente sobre los puntos litigiosos que son materia de su dictamen, para que estos puedan discernir convenientemente (Escorihuela, 2015). Si bien, aunque al Equipo técnico de menores se les puede catalogar como peritos, la LORPM les da un tratamiento totalmente diferente, con una obligatoriedad de actuación en el procedimiento cuya actividad no es un medio de prueba que pueda

acordarse por el Juez o por las partes, sino que es un requisito legal. Es decir, supone un imperativo legal de carácter internacional dimanante de las Reglas de Beijing donde se señala que para facilitar la adopción de una decisión justa por parte de la autoridad competente se efectuará una investigación completa sobre el medio social y las condiciones en que se desarrolla la vida del menor y sobre las circunstancias en las que se hubiere cometido el delito. La Circular 1/1993 de la FGE, manifiesta que los Equipos técnicos “tienen naturaleza de pericial cualificada” (Escorihuela, 2015).

La ley y su reglamento impulsan las funciones del Equipo técnico y lo define como pieza de enlace. Como funciones esenciales destacan:

- a) Función de asesoramiento y orientación en los aspectos técnicos y derivados de su ciencia a los órganos judiciales, sobre las circunstancias del menor que han podido influir en su conducta considerada delictiva. La Ley Orgánica 5/2000 garantiza que jueces y fiscales, cuenten en todo momento con el apoyo y la asistencia del Equipo técnico. Esta función se pone de manifiesto a lo largo del procedimiento: en las medidas cautelares, durante la instrucción y con la revisión de las medidas impuestas (García, s.f.)
- b) Función de asistencia al menor, según el artículo 22, e) y f) de la LORPM, donde se señala que el menor tendrá derecho desde la incoación del expediente a la asistencia afectiva y psicológica, y la de los servicios del Equipo técnico adscrito al Juzgado de Menores.
- c) Función mediadora, que se contempla en el Art. 27. 2 y 3, donde se realiza una propuesta de mediación (conciliación, reparación directa o indirecta y actividad socioeducativa), abogando por una justicia restaurativa.

De forma resumida y en términos generales, la función principal que desempeña el Equipo técnico es elaborar un Informe global al Juez, proponiendo las medidas o acciones educativas a seguir, que pueden ser de carácter judicial o extrajudicial, según las circunstancias psicológicas, socioeducativas y familiares que tenga el menor. Para ello, se requiere conocer y analizar la propia realidad del infractor, mediante la recogida de información sobre las distintas áreas señaladas (psicológica, familiar, escolar-formativa, socioambiental y sanitaria), a través de las entrevistas, los diferentes instrumentos de

evaluación y la coordinación y colaboración con los recursos comunitarios y agentes sociales que tengan relación con el menor. Una vez se dicte sentencia, el Equipo técnico realizará el seguimiento y evaluación de las medidas dictadas por el Juez para comprobar su cumplimiento y eficacia en estrecha colaboración con la red de recursos comunitarios. Igualmente, el Equipo técnico puede proponer no intervenir (artículo 27.4 LORPM).

El Equipo técnico interviene y se le atribuyen funciones en todas y cada una de las fases del procedimiento, bien de forma presencial-oral o escrita: instrucción, audiencia y ejecución, manteniendo en todo momento en sus intervenciones un claro predominio de los criterios educativos y resocializadores dirigidos a la prevención general y al interés del menor.

5.5.1 Actuación del Equipo Técnico en la fase de INSTRUCCIÓN.

Los artículos de la LORPM en los que se contempla la intervención del Equipo técnico en la fase de Instrucción son:

- Artículo 19. Sobreseimiento del expediente por conciliación o reparación entre el menor y la víctima. A las soluciones extrajudiciales la ley le atribuye un valor preventivo.
- Artículo 22. De la incoación del expediente.
- Artículo 27. Informe del equipo técnico. En el momento de incoación del expediente y atendiendo al artículo 27.1 de la LORPM, el Ministerio Fiscal requerirá del Equipo técnico la elaboración de un informe o actualización de los anteriormente emitidos, que deberá serle entregado en el plazo máximo de diez días, prorrogable por un período no superior a un mes en casos de gran complejidad, sobre la situación psicológica, educativa y familiar del menor, así como sobre su entorno social, y en general sobre cualquier otra circunstancia relevante a los efectos de la adopción de alguna de las medidas previstas en la presente Ley.
- Artículo 28.1 Medidas Cautelares.

5.5.1.1 Proceso de Mediación

La mediación penal es la práctica de Justicia Restaurativa más extendida en nuestro contexto (Álvarez, 2008), la cual no se fundamenta en la búsqueda de una sanción o castigo, sino que se centra en la persona, buscando su bien a través de la reeducación y la resocialización. Todavía, frente a otros países, la aplicación de la mediación en España es lenta e insuficiente. A pesar de su evolución a nivel legislativo (Luque, 2014) sigue siendo necesario que los poderes públicos impulsen su utilización.

En el ámbito penal juvenil se ha regulado de manera específica en su marco legal, y se trata de una solución extrajudicial alternativa al proceso penal, con un importante potencial educativo. La ley del menor posibilita una manera diferente y eficaz de gestionar el conflicto penal, pues supone una intervención psicoeducativa y social breve, pero intensa a instancia del Ministerio Fiscal, que permite la participación activa de todos los involucrados en el conflicto. Las partes implicadas son los propios protagonistas en el análisis del mismo y en la búsqueda de opciones que les ayuden a superarlo, asimismo es un instrumento adecuado de resolución de conflictos que aporta indudables ventajas tanto a los ciudadanos como al sistema judicial.

Domingo (2010), describe que entre la *justicia restaurativa* y la *retributiva* “la diferencia fundamental radica en el efecto psicológico que se quiera conseguir en el infractor: Con el sistema tradicional, si te comportas mal serás castigado. Con la justicia restaurativa, si te comportas mal, deberás reparar el daño que has hecho”.

Las disposiciones vigentes facilitan esta práctica incluyendo la conciliación y la reparación tanto de forma directa hacia la víctima como de forma indirecta o mediante una actividad educativa (Álvarez, 2008). Así queda recogido en el artículo 19.1 de la Ley 5/00 y 19.2 modificado en la ley 8/06, respectivamente:

También podrá el Ministerio Fiscal desistir de la continuación del expediente, atendiendo a la gravedad y circunstancias de los hechos y del menor, de modo particular a la falta de violencia o intimidación graves en la comisión de los hechos, y a la circunstancia de que además el menor se haya conciliado con la

víctima o haya asumido el compromiso de reparar el daño causado a la víctima o al perjudicado por el delito, o se haya comprometido a cumplir la actividad educativa propuesta por el equipo técnico en su informe. (p.16)

... se entenderá producida la conciliación cuando el menor reconozca el daño causado y se disculpe ante la víctima, y ésta acepte sus disculpas, y se entenderá por reparación el compromiso asumido por el menor con la víctima o perjudicado de realizar determinadas acciones en beneficio de aquéllos o de la comunidad, seguido de su realización efectiva. Todo ello sin perjuicio del acuerdo al que hayan llegado las partes en relación con la responsabilidad civil. (p.42705)

1. La *conciliación* consiste en un diálogo entre las partes para llegar a solucionar un conflicto donde el denunciado admite el hecho y expresa su arrepentimiento al denunciante, quien lo acepta. Tiene como finalidad que el menor se responsabilice de las consecuencias de sus actos y no vuelva a cometer algo semejante.

2. La *reparación* consiste en un compromiso asumido por el menor con la víctima o perjudicado, de realizar determinadas acciones en beneficio de aquellos o de la comunidad, seguido de su realización efectiva. Podemos diferenciar:

- Reparación del daño: según los acuerdos alcanzados tras el encuentro con la víctima.
- Reparación social: cuando no ha sido posible la realización de este encuentro, o la reparación es de carácter indirecto con respecto al daño producido.

3. La *actividad educativa* no requiere necesariamente la participación de la víctima. Supone la realización de actividades de contenido educativo, encaminadas al desarrollo de la competencia social.

Los requisitos comunes a los tres tipos de mediación son:

- | |
|---|
| <ul style="list-style-type: none"> ▪ Primera conducta infractora detectada en el menor. ▪ Que el hecho imputado al menor constituya delitos leves. ▪ Ausencia de violencia o intimidación graves en la comisión de los hechos. |
|---|

- Que el tiempo transcurrido desde la comisión de la infracción hasta la propuesta de mediación no sea excesivo.
- Circunstancias del menor favorables: responsabilidad de los hechos, capacidad de empatía, voluntariedad, actitud y disposición positiva, otras circunstancias personales, sociofamiliares, ...

Álvarez (2008), señala que la Ley 5/2000 regula de una forma muy explícita la práctica de justicia restaurativa en el ámbito penal juvenil y, junto con el Reglamento, establecen y describen el proceso a seguir en las llamadas soluciones extrajudiciales. El proceso de mediación puede iniciarse bien por parte del Ministerio Fiscal (Arts. 19, 27.2 y 27.3) quien solicita del Equipo técnico informe sobre la conveniencia de adoptar la solución extrajudicial más adecuada al interés del menor y al de la víctima, o bien por parte del Equipo técnico (art 27.1) quien durante la evaluación que realiza para la emisión del informe, puede apreciar la conveniencia de iniciar con el menor un proceso de mediación. También, si el menor manifiesta su intención de conciliar o reparar el daño durante la ejecución de la medida, será la entidad pública la encargada de llevarla a efecto (Art. 15 RLOPM).

En el caso de que la iniciativa de llevar a cabo una medida extrajudicial venga del Equipo Técnico, este debe proponerlo al Ministerio Fiscal, quien posteriormente comunicará la aceptación, rechazo o modificación de la Propuesta Inicial de Mediación, para proceder igual que en aquellos casos que la petición de mediación venga directamente solicitada del Ministerio Fiscal. Álvarez (2008), psicólogo del Equipo Psicosocial Judicial de Donostia-San Sebastián. plantea los siguientes pasos, si bien cabe matizar leves diferencias propias del hacer de cada Equipo y de los recursos habidos a su alcance, en términos generales son:

1. Recepción del caso, análisis de la documentación y citación del menor y a sus representantes legales.
2. Contacto con el menor, padres y Letrado; para evaluar la posibilidad de mediación.

3. Contacto con la víctima: persona o entidad; para evaluar la posibilidad de mediación.
4. Contacto con el mediador, en el caso de que fuera ajeno al Equipo técnico.
5. Si participa la víctima, se plantea el encuentro entre la víctima y el menor, o si no participa, entonces se busca una actividad educativa a realizar.
6. Redacción del acuerdo y de los compromisos acordados.
7. Valoración del mediador en cuanto a la responsabilización del menor, el cumplimiento de los acuerdos, ...
8. Elaboración de un informe para el Fiscal sobre lo actuado y su resultado, solicitando la conclusión del Expediente o la continuación del procedimiento ordinario ante el incumplimiento.

Las *soluciones extrajudiciales* son un modelo idóneo para el sistema de justicia juvenil por:

- Su valor preventivo, ya que la finalidad sería la desjudicialización, que consiste en evitar la entrada de los menores en la justicia penal y evitar la estigmatización consecuente con dicha entrada, dado que da lugar a la no incoación del expediente judicial (Tejedor, 2009).
- Su alto valor pedagógico, ya que la mediación supone una intervención educativa desde el ámbito judicial que implica la confrontación del sujeto infractor con la propia conducta (antimoral) y sus consecuencias, la responsabilización de las propias acciones y la compensación posterior a la víctima (sea individuo, una entidad o la comunidad en general) mediante la realización de una actividad en beneficio suyo (Funes, 1995).

En la justicia de menores, el *mediador* es el responsable de facilitar el entendimiento entre el menor y la víctima, haciendo ver al menor el reproche que su conducta merece desde el punto de vista moral y jurídico. La LORPM y su reglamento encargan al Equipo técnico de la Fiscalía y Juzgados de Menores las funciones de mediación, y establece que:

“El correspondiente equipo técnico realizará las funciones de mediación entre el menor y la víctima o perjudicado, (...) e informará al Ministerio Fiscal de los compromisos adquiridos y de su grado de cumplimiento” (Art. 19.3 LORPM, p.16)

“...también las entidades públicas podrán poner a disposición del Ministerio Fiscal y de los juzgados de menores, en su caso, los programas necesarios para realizar las funciones de mediación a las que alude el citado artículo” (Art. 8.7 del RLORPM, p.30131).

Para Álvarez e Hidalgo (1998), la mediación establece un espacio privilegiado para que se produzca conflicto sociocognitivo, cuando en una misma situación aparecen socialmente diferentes enfoques cognitivos (el del menor y el de la víctima) de un mismo problema (el hecho o infracción, el conflicto surgido entre ambos). La aportación de diferentes vivencias y puntos de vista de cada uno permite que cada sujeto participante se ponga en el lugar del otro, y que el menor tome conciencia de otra forma de explicar la conducta. La participación activa de la víctima proporciona al adolescente nuevos elementos que permiten llegar a una solución, a una reestructuración del problema, en la que también el joven participa activamente. Por tanto, el encuentro del menor infractor con la víctima puede modificar los esquemas cognitivos previos de estos menores (pensamiento, actitudes, valores y conducta).

Por tanto, en un proceso de mediación participan activamente todos y generalmente se benefician todos:

- La víctima es escuchada y resarcida de la mejor manera posible, también se le permite defender sus derechos.
- El menor tiene la oportunidad de pedir disculpas y responsabilizarse del hecho que cometió. No es objeto del procedimiento judicial completo.
- La comunidad se beneficia porque al haber una interacción pacífica entre víctima y victimario, la gente aprende a resolver sus problemas comunicándose, lo que da como resultado que la violencia disminuye. Además, favorece la reinserción del victimario en la sociedad y disminuye la reincidencia.

- La justicia es percibida como más próxima y mejora su imagen social.

En los casos de violencia filio-parental, la reparación extrajudicial será la solución idónea en manifestaciones leves o iniciales de malos tratos, y con un pronóstico favorable dado que siempre puede ser revocada si el menor incumple las obligaciones establecidas o incurre en nuevas conductas de maltrato. No obstante, debe ir precedida por un riguroso estudio de las circunstancias psico- socio- educativas del menor y de su familia, según plantea la Circular de la Fiscalía General del Estado 1/2010. También indica que no se podrá llevar a cabo si se detectan unas condiciones de fuerte desequilibrio entre los afectados: cuando el menor maltratador no exteriorice su firme propósito de cesar en sus actos o cuando el maltratado, por el daño sufrido y por la razonada falta de esperanza en la mediación, se encuentre psicológicamente inhabilitado para tomar parte en el proceso (Circular 1/2010). En este sentido, Garrido (2016) considera que en estos casos el uso de la mediación puede llegar a transmitir al agresor el mensaje de inocuidad, en el que se le exime de responsabilidad y por tanto de las consecuencias apropiadas.

Según, un grupo de trabajo para el estudio de la violencia filio-parental en Justicia de Menores del Principado de Asturias (2016), considera que el objetivo de las medidas extrajudiciales en este tipo delictivo debe tratar de favorecer relaciones intrafamiliares adaptativas, en las que los posibles conflictos se gestionen de forma más eficaz, eliminando los comportamientos o actitudes agresivas que el menor presenta e instaurando pautas relacionales basadas en la no violencia y la negociación. Para ello los tipos de soluciones extrajudiciales más adecuadas en estos casos son las siguientes:

- *Mediación familiar*: en aquellos casos en los que se estime que no es necesario interrumpir la convivencia familiar, una mediación o terapia familiar puede ser suficiente para reconducir la situación, entendiendo que el foco hay que situarlo en el conflicto familiar más que en el hecho delictivo. Los padres han de asumir su responsabilidad en el problema donde interesaría enfatizar su papel como padres más que como víctimas, potenciando las posibilidades que tienen de resolver el conflicto a partir de sus propios recursos (Centro de

Estudios Jurídicos y Formación Especializada de la Generalitat de Catalunya, 2007). Si bien, se hace necesario trabajar la adquisición de pautas de capacitación parental y mejora del clima familiar mediante técnicas de comunicación adecuadas.

La mediación puede ser una herramienta muy eficaz para prevenir la violencia filio-parental , así lo afirma Gregorio Gullón, responsable del servicio de Mediación entre Padres, Madres e hijos/as adolescentes de la Unión de Asociaciones Familiares, entendiendo que este problema se trata de un fracaso relacional y de comunicación, donde se observa una “distorsión de la realidad” por ambas partes, resultando increíble como pueden llegar a tener visiones tan dispares de una misma experiencia común.

La duración de la medida dependerá de la adquisición de competencias y de la evolución positiva de la intervención a instancias de los Técnicos responsables de la ejecución.

- *Tareas socioeducativas*: medida dirigida al menor infractor encaminada a paliar los déficits observados, dotándole de ciertas competencias y habilidades de las que carece para comunicarse adecuadamente en el entorno familiar (Grupo de Trabajo del Principado de Asturias, 2016),

Si se estima conveniente un trabajo de *conciliación* entre las partes, se requerirá un ambiente de calma y un deseo común de poner fin a la situación. Así lo indica la circular referida sobre el tratamiento desde el sistema de justicia juvenil de los malos tratos de los menores contra sus ascendientes.

Por tanto, desde la perspectiva de la finalidad esencialmente educativa de la intervención de la Justicia Juvenil, la idea principal de las medidas que se han de imponer a los menores incurso en violencia filio-parental (sean de carácter judicial o extrajudicial), es la del respeto a los bienes jurídicos de sus ascendientes y la exclusión radical de la violencia o la intimidación como forma de solución de conflictos (Suárez, 2012).

5.5.1.2 Incoación del Expediente.

La ley contempla que, desde el primer momento de la incoación del expediente, el menor podrá ser asistido por el Equipo técnico, y aunque no especifica qué profesional prestará dicha asistencia, puede entenderse que por la situación en la que el menor se encuentra, y considerando las competencias profesionales de los componentes del Equipo técnico, dicha asistencia será psicológica. Dice así, “desde el mismo momento de la incoación del expediente, el menor tendrá derecho a: f) La asistencia de los servicios del equipo técnico adscrito al Juzgado de Menores (Art. 22.1 de la LORPM, p.17).

5.5.1.3 Informe del Equipo Técnico

Según el artículo 27.1 es preceptivo para el Ministerio Fiscal, en todos los casos y tras la incoación del expediente a un menor de edad, la solicitud de un Informe que evalúe los ámbitos familiar, social, educativo y psicológico. La ley no define qué es un Informe técnico. Tejedor (2001, 2009) considera que se trata de una comunicación profesional con carácter de prueba pericial, basada en la teoría y metodología científica utilizada en el proceso judicial, que trata de explicar las características personales, familiares, escolares, sociales, etc. del menor en el momento de cometer los hechos que se le imputan, y orienta la respuesta educativa más adecuada a sus circunstancias.

El objetivo es detectar tanto las necesidades o posibles carencias apreciadas, como los factores positivos con los que puede contar el menor en un sentido amplio. El Equipo técnico, por lo tanto, aporta una visión prosocial, enriqueciendo el proceso y facilitando que la medida propuesta sea una respuesta adecuada a la conducta infractora, con la que el menor asuma la responsabilidad de sus actos y realice una reflexión adecuada de los mismos. Es importante que el Informe se realice atendiendo a todos los aspectos que repercutan en el estado del menor, con la finalidad de evitar una posible estigmatización o cualquier consecuencia perniciosa en su educación y desarrollo personal, derivada del proceso judicial (Cuervo, 2011). Un aspecto diferencial en los casos de violencia filio-parental es que la intervención incluye a la vez al agresor y a la/s víctima/s que conviven en el mismo domicilio y se presentan juntos ante la justicia con unas emociones muy intensas y dolorosas.

La Circular 9/2011 FGE, en el análisis de los artículos 27.1 de LORPM y 4.1 del RLORPM concluye “que, en principio y por su carácter multidisciplinar, el informe debe ser emitido por los tres profesionales, cada uno de los cuales abordaría un área específica”. No obstante, vista la imposibilidad de implantación en todas las Secciones de Menores, y apoyándose en la jurisprudencia del Tribunal Supremo, la Circular establece la validez del informe emitido sin la concurrencia de alguno de los peritos sin que por ello deba estimarse que ha existido quebrantamiento de forma. En esta misma línea, tampoco puede estimarse imprescindible que la entrevista al menor y sus familiares sea realizada por los tres miembros del Equipo, ni simultánea ni sucesivamente. No es requisito ni legal ni reglamentario que el menor y sus familiares hayan de ser entrevistados por los tres profesionales.

Las características principales del Informe técnico son:

- **Carácter preceptivo:** la elaboración de un Informe por parte del Equipo técnico es requisito ineludible del procedimiento para la conclusión del expediente de reforma y la ausencia del mismo produciría la nulidad de actuaciones (García, s.f.) Esta intervención preceptiva que contempla la ley es una de las características diferenciadoras de la intervención de los psicólogos en esta jurisdicción.
- **Carácter no vinculante:** la circular 1/2000 recuerda que el Fiscal no queda vinculado por las propuestas del Equipo técnico, pero es indudable que la dimensión no jurídica de los problemas que plantea la justicia de menores va a quedar perfilada por estos profesionales con los que se debe procurar mantener un contacto ininterrumpido y fluido. Entendiendo que el Equipo técnico no entra en la valoración de los hechos, sino que analiza las circunstancias del menor, en este punto pueden surgir discrepancias con el Ministerio Fiscal, fundamentalmente cuando la orientación del Equipo apunta hacia una medida menos gravosa para el menor que la que correspondería a la calificación de los hechos, o al contrario puede ocurrir que la situación general del menor requiera, desde el punto de vista psicológico, de una intervención más contundente, completa o prolongada que la que derivaría de la calificación de los hechos (ej. delito leve) de modo que la medida legalmente procedente no tendría el carácter educativo ni sancionador

adecuado a las necesidades del menor, desde el punto de vista del Equipo técnico. Por ello se establece el carácter no vinculante del informe del Equipo técnico.

- Carácter no exclusivo: tanto la propia ley como su reglamento señalan que el Informe podrá ser elaborado o complementado por aquellas entidades públicas o privadas que conozcan la situación del menor expedientado.
- Confidencial: el contenido del informe sólo será conocido por el Fiscal, Juez de Menores y el Letrado del menor. Estas partes, salvo que requieran para ello al Equipo técnico, no tendrán acceso al contenido de las entrevistas, pruebas psicológicas practicadas e informes sociales o escolares solicitados (García, s.f). Sin embargo, no podemos olvidar que se trata de un documento público y por ello desde el Equipo se debe seleccionar la información a transmitir, que debe ser exclusivamente aquella que se considere que ha influido en la actual situación del menor y la que será relevante a los efectos de la futura intervención.

La estructura general de Informe es la siguiente:

1. *Datos de Identificación.*

2. *Metodología:* como documento científico que es, se especificarán técnicas y resultados, de cara a ser replicado por otros profesionales. Debe ajustarse al método científico. Incluirá:

- Ficha Social.
- Estudio de la documentación habida en el Juzgado.
- Entrevista semiestructurada con el menor (fecha).
- Entrevista semiestructurada con los tutores legales (padres, educadores) (fecha).
- Contactos telefónicos con otros profesionales (fecha).
- Técnica de observación conductual.
- Aplicación de pruebas psicológicas.

3. *Áreas profesionales*: cada área es abordada y realizada por cada una de las figuras profesionales competentes y desde una perspectiva científica distinta, para posteriormente integrar los datos obtenidos y hacer un análisis global y conjunto de la situación del menor en todos sus ámbitos.

- Área sociofamiliar.
- Área educativo-laboral.
- Área psicológica: el trabajo del psicólogo en este ámbito no queda limitado a la evaluación de la presencia o no de psicopatología y a la evaluación de la personalidad con métodos psicométricos. En el derecho penal de menores, se juzgará la conducta mantenida por el menor de edad, estando esta conducta determinada por sus procesos mentales, su personalidad y por los factores ambientales (Amante y Sicilia, 2018). Por tanto, la evaluación psicológica forense supone el análisis e integración de la información obtenida en las entrevistas, la observación conductual, la información colateral y de documentos históricos, además de las pruebas.

El psicólogo evaluará los aspectos sociales, familiares, educativos y psicológicos que han podido influir en el comportamiento presuntamente delictivo, además de la actitud ante los hechos que se le imputan, ante la presunta víctima y la posible sanción.

Por otra parte, las causas de la violencia filio-parental, no son siempre sólo atribuibles al menor, sino que los estilos educativos, los modelos en la resolución de conflictos, entre otras muchas causas, pueden explicar la conducta del menor. Ahora bien, el hecho de que expliquen la conducta del menor no significa, en el ámbito de la responsabilidad penal, que la justifiquen. Y en este caso habrá la oportunidad de entrevistar a la presunta víctima, precisamente por ser los padres del menor contra los que se ha ejercido la violencia y que suelen acompañarle cuando acude a la entrevista con el Equipo técnico.

4. *Conclusiones y nota final* que establece su carácter confidencial y su exclusivo uso para el ámbito judicial, así como el momento concreto de su realización, por lo que las conclusiones expresadas no pueden generalizarse.

5. Orientación: el Informe del Equipo técnico debe contener una propuesta de medida ajustada a sus circunstancias y características, sin entrar en la valoración de los hechos y en la participación del menor. La orientación de medidas es una toma de decisiones conjunta de todos los miembros del Equipo técnico respecto a la acción educativa a proponer.

Conforme establece el artículo 27.5 LORPM, una vez elaborado el informe del Equipo técnico, se dará traslado a las partes, el Ministerio Fiscal lo remitirá inmediatamente al Juez de Menores y dará copia de este al Letrado del menor.

5.5.1.4 Medidas Cautelares

También en la fase de instrucción en el art. 28.1 LORPM (modificado por la LO 8/06) dice que:

El Ministerio Fiscal, de oficio o a instancia de quien haya ejercitado la acción penal, cuando existan indicios racionales de la comisión de un delito y el riesgo de eludir u obstruir la acción de la justicia por parte del menor o de atentar contra los bienes jurídicos de la víctima, podrá solicitar del Juez de Menores, en cualquier momento, la adopción de medidas cautelares para la custodia y defensa del menor expedientado o para la debida protección de la víctima (...) El Juez, oído el Letrado del menor, así como el equipo técnico y la representación de la entidad pública de protección o reforma de menores, que informarán especialmente sobre la naturaleza de la medida cautelar, resolverá sobre lo propuesto tomando en especial consideración el interés del menor. (p.42706)

El abordaje psicológico del menor en estos momentos iniciales del procedimiento adquiere una especial relevancia, en la mayor parte de los casos, ya que el menor ha sido detenido a escasas horas de esta intervención, de modo que el impacto psicológico de la detención y del procedimiento policial, con su estancia en los calabozos de la comisaría

o de los juzgados, y la posibilidad de que se adopte una medida cautelar, por ejemplo, de internamiento, hacen que su estado sea especialmente ansioso (Amante y Sicilia, 2018).

Así, en primer lugar, el psicólogo del Equipo técnico debe intentar reducir el nivel de ansiedad del menor e informarle del procedimiento y de los pasos que se están siguiendo, del objeto del trabajo de quien le está atendiendo y de las posibilidades de intervención. La intervención y evaluación en estos momentos es breve y requiere de una decisión rápida, donde habrá que valorar la necesidad de apartarlo de su entorno, familiar y/o social.

Si los hechos denunciados son calificados de violencia doméstica por parte del menor y son considerados graves, la Circular 1/2010 aconseja generalmente al Ministerio Fiscal adoptar una medida cautelar, dada la imperiosa necesidad de dar en estos supuestos de violencia familiar una respuesta rápida. Igualmente, es conveniente imponer medidas cautelares en los primeros momentos del procedimiento como forma de proteger a las víctimas y al propio menor infractor. Tras la presentación de la denuncia y la intervención de las instancias públicas, los niveles de tensión emocional en la familia pueden aumentar de forma significativa el conflicto familiar, dado que se corre el riesgo de que se intensifique e incrementen las agresiones (Circular 1/2020; Martínez-Pastor, 2017).

Respecto a las diferentes medidas cautelares para atender los problemas de violencia filio-parental, y siguiendo lo propuesta en la Circular referenciada, se recomienda el alejamiento del menor maltratador respecto de la víctima, bien como medida autónoma, bien como regla de conducta a través de la libertad vigilada, si bien para dar una solución a los efectos de desamparo o de riesgo que pudiera generar esta medida, se establece que si la misma implicase la imposibilidad del menor de continuar viviendo con sus padres, tutores o guardadores, el Ministerio Fiscal deberá remitir testimonio a la entidad pública de protección del menor. Las peticiones de alejamiento de los familiares deberán incorporar una cláusula para facilitar las terapias familiares, pieza básica en la ejecución de estas.

Sin embargo, para aquellos casos en los que esta medida es insuficiente y es necesario que el menor abandone su domicilio, la recomendación es la de interponer una

medida cautelar de Convivencia en grupo familiar o Grupo Educativo, en su dimensión terapéutica y socializadora, cuyo tiempo no deberá ser inferior a 10 o 12 meses para poder ser efectiva. Puede combinarse con el alejamiento. La convivencia con grupo familiar puede llevarse a cabo en un hogar distinto dentro de su propia familia extensa, cuando las circunstancias familiares lo permitan, y cuando no lo permitan la medida puede articularse por medio de pisos de convivencia o recursos residenciales en los que se establece un programa de actividades en las que se incluye la educación reglada y el tratamiento psicológico adecuado a la problemática del menor.

Por último, las medidas de internamiento en centros (en cualquiera de sus regímenes) se considera la última opción para atender los problemas de violencia filio-parental.

En todos los casos y respecto a las medidas imponibles, se hace especial mención a la importancia y la necesidad de que el informe del Equipo técnico sea completo y riguroso, pues es necesario no sólo detallar la situación familiar y del menor en el momento de los hechos, sino realizar una valoración exhaustiva de la evolución del problema hasta el momento de enjuiciamiento (Pastor, 2017).

5.5.2 Actuación del Equipo técnico en la fase de AUDIENCIA.

También en la fase de Audiencia, la ley determina la intervención del Equipo técnico:

Art. 35.1. La audiencia se celebrará con asistencia del Ministerio Fiscal, de las partes personadas, del Letrado del menor, de un representante del equipo técnico que haya evacuado el informe previsto en el artículo 27 de esta Ley, y del propio menor el cual podrá estar acompañado de sus representantes legales, ...

Art. 37.2. (...) el Juez oirá al Ministerio Fiscal..., sobre la valoración de la

prueba, su calificación jurídica y la procedencia de las medidas propuesta; sobre este último punto, se oirá también al equipo técnico.

Para Sicilia y Amante (2018), el acto del juicio es el único momento en el que el menor puede ver cuáles son las consecuencias de su comportamiento, ya que la formalidad que representa puede resultar educativa, entendiendo que los menores serán juzgados, generalmente, por no respetar las normas, o a las figuras de autoridad, por ello el juicio es un buen momento para escenificar la representación de la autoridad, las normas y la conveniencia de su cumplimiento.

En el juicio se pueden dar dos circunstancias: que haya conformidad o que se celebre la audiencia (Sánchez, 2008). Con la conformidad se pretende acelerar los trámites judiciales, pudiendo el Juez dictar sentencia sin más trámite, acogándose al artículo 32 de la LORPM, para ello el menor debe aceptar la responsabilidad de los hechos que se le imputan, así como la medida propuesta por el Ministerio Fiscal (Fernández-Méndez, 2015). Si, por el contrario, el menor no reconoce los hechos y, por tanto, no se puede llevar a cabo una sentencia de conformidad, se celebrará la vista oral en la que, una vez practicadas todas las pruebas -testifical, documental, pericial e informe del Equipo técnico- y oído al menor y teniendo en cuenta su derecho a la “última palabra”, el caso quedará visto para sentencia, debiendo ser resuelto por el Juez de Menores en un plazo máximo de 5 días. En dicha sentencia se tendrá siempre en cuenta la situación del menor, valorada por el Equipo técnico, las circunstancias y gravedad de los hechos (Fernández-Méndez, 2015).

Generalmente, los asuntos de violencia filio-parental, que llegan a la sala de Audiencia se resuelven por conformidad. En caso de que se celebre el juicio, atendiendo a la Circular 1/2010, los progenitores (denunciantes-testigos) no podrán estar presentes como acompañantes y representantes del menor, sino que habrán de aguardar fuera de la sala hasta que intervengan como testigos. Aunque en general las medidas llevan aparejada una responsabilidad civil o retribución económica a la víctima, en los casos de maltrato no es así, ya que las víctimas son a la vez los tutores legales del agresor (Sánchez, 2008)

Hay que destacar las dificultades que en numerosas ocasiones encuentra el Equipo técnico para cumplir el requisito legal de asistir a la Audiencia un responsable de la realización del Informe emitido sobre el menor, debido a la dinámica que diariamente siguen estos profesionales (Sicilia y Amante, 2018). La asistencia a Audiencia requiere de la preparación previa de los expedientes de los menores citados para la celebración de su juicio, mediante la actualización de estos, dado que, desde la elaboración del Informe a la celebración de la vista oral, en ocasiones, transcurre el tiempo suficiente para que la situación personal del menor varíe (Fernández-Méndez, 2015). Durante la celebración, el Juez puede requerir al Equipo técnico que informe sobre la situación del menor y conteste a las preguntas que le pudieran formular el Ministerio Fiscal y el Letrado del menor, y este deberá entonces advertir sobre los cambios habidos y defender su propuesta de medida.

5.5.3 Actuación del Equipo técnico en la fase de EJECUCIÓN.

La LORPM establece que quien ordena la ejecución de las medidas es el Juez de menores y quien supervisa es el Ministerio Fiscal, si bien la realización material de dicha ejecución es encomendada a las Comunidades Autónomas donde se ubique el juzgado de menores que lo haya acordado.

Una vez declarada firme la sentencia, esta se traslada a la entidad pública junto con el informe del Equipo técnico para proceder a iniciar su ejecución (Art. 10 RLORPM). Para Sicilia y Amante (2018) el hecho de trasladar los Informes técnicos a todas las partes que intervienen en el caso evidencia la importante función de este y lo delicado de la intervención, ya que supone “la carta de presentación del menor” al resto de profesionales que todavía no lo conocen, lo que obliga a ser cautelosos en las valoraciones emitidas.

El Equipo técnico debe informar al juez sobre la adecuación del programa individualizado de ejecución de la medida impuesta, elaborado por la Entidad Pública. Una vez que es aprobado, el Letrado de la Administración de Justicia del Juzgado de Menores practicará la liquidación de dicha medida, estableciendo las fechas de inicio y término de la misma, así como la apertura de un expediente de ejecución cuyo contenido será una copia de la sentencia dictada, los Informes de seguimiento elaborados por la

Entidad y las incidencias que se produzcan en el desarrollo de la medida, así como el Informe final una vez terminada para que el Juez proceda al archivo de la causa (Fernández-Méndez, 2015).

Asimismo, el Equipo técnico deberá asesorar en la revisión de las medidas que se estén ejecutando a través de la elaboración de otro Informe. La Ley Penal del Menor ofrece la posibilidad de modificar las medidas impuestas en la sentencia, dejarla sin efecto, o sustituirlas por otras previstas en la Ley por un tiempo igual o inferior al que reste para su cumplimiento, todo ello en función del comportamiento del menor o entendiendo que la parte cumplida ya ha expresado suficientemente el reproche merecido por su conducta (Fernández-Méndez, 2015, Amante y Sicilia, 2018). En estos casos el Juez va a solicitar informe al Equipo técnico para conocer su opinión sobre la conveniencia de estas peticiones, además requerirá su asesoramiento, previa a la autorización de permisos de salida.

En esta fase, Martínez (2017) en alusión a la Circular 1/2010 recuerda la importancia de que los programas individualizados de ejecución de la medida guarden relación con las características del delito. Así, en los casos de violencia filio-parental, los programas de tratamiento deberán ir orientados a restituir el sistema familiar. En este sentido, se señala igualmente la necesidad de no precipitar la modificación de la medida, puesto que los progresos en la terapia familiar deben entenderse como consistentes y afianzados en el tiempo.

5.6 Delitos que se enmarcan en la Violencia filio-parental.

Las conductas violentas de los menores hacia sus familiares presentan una variada gama de manifestaciones e intensidades. Al principio no tendrá una importancia aparente, ya que aparecerá en forma de rabietas, caprichos, malas contestaciones, patadas o pequeños golpes, desobediencia, egoísmo u otras actuaciones que en algún momento

todos los niños pueden protagonizar, y que con una respuesta adecuada por parte de los adultos responsables van cediendo ante actitudes más constructivas. Por el contrario, la indiferencia ante los síntomas de este “despotismo infantil”, su tolerancia o incluso el fomento de este abren la puerta a conductas más graves, que entran plenamente en el ámbito de las infracciones penales. Muchas veces tales conductas van acompañadas o precedidas de otras que no son penalmente reprochables, pero que constituyen el caldo de cultivo idóneo para la posterior aparición de los abusos contra los progenitores: absentismo escolar, apatía del menor hacia las tareas domésticas que le corresponden, incumplimiento de normas sobre horarios de salida y llegada al hogar, desobediencia generalizada, fugas de casa, inicio en el consumo de drogas, etc. (Liñán, 2011).

La tipificación del maltrato dentro del ámbito familiar se ha ido modificando paralelamente a la evolución social, que cada vez es más compleja, lo cual complica su abordaje jurídico (Abadías, 2015). Este mismo autor, considera que hay que diferenciar entre los casos en los que el menor protagoniza episodios de maltrato delictivo, de las conductas que reflejan crisis y desórdenes dentro de la familia que no estarían dentro del ámbito de la tipificación penal, no siendo nada fácil este cometido, pues en muchas ocasiones, los operadores jurídicos, tienen que trabajar sobre una realidad compleja y difusa.

Considerando la clasificación que hace Liñán (2011), la violencia ejercida por los menores contra sus padres podría encuadrarse en las siguientes categorías:

- | |
|--|
| <ul style="list-style-type: none">a. Intimidaciones verbales de poca intensidad, tales como amenazas, coacciones, injurias o vejaciones leves. Es muy posible que el menor insulte a sus progenitores con vocablos y formas que estén en la esfera de las injurias y más raramente de las calumnias (Abadías, 2015). Generalmente, son las conductas iniciales propias de la violencia filio-parental. Posiblemente es el más frecuente. Quedan recogidas en los artículos 171, 172 y 173 del Código Penal tras su modificación por la Ley Orgánica 1/2015 de 30 de marzo.b. Agresiones físicas leves, tales como agarrar, empujar, agarrar del pelo o dar golpes o patadas. Estas conductas quedan recogidas en el artículo 153 del Código Penal. Este tipo penal está pensado por el legislador para proteger a las |
|--|

personas que conviven en el hogar familiar y que se encuentran sometidas a situaciones discriminatorias y de poder. De los delitos más comunes enjuiciados en los Juzgados de Menores y que suelen estar dentro del ámbito de la violencia filio-parental es el delito de lesiones recogido en el artículo 147 del Código Penal.

- c. Agresiones físicas graves, en las que la víctima necesita un tratamiento médico o quirúrgico para su sanidad. Estas conductas se enmarcan en el artículo 147 del Código Penal.
- d. Agresiones indirectas, cuando el niño o adolescente se dedica, por ejemplo, a destrozar el mobiliario del hogar, a causar daños en el vehículo familiar, a sustraer objetos de sus parientes por el mero afán de perjudicar, a quemar prendas de vestir, etc. (Liñán, 2011). La mayoría de estos comportamientos forman parte de una amenaza muy clara y directa, por lo que tiene de visual, y que suele anteceder a las primeras agresiones (Fernández, 2102). En estas ocasiones tiene cabida el delito de coacciones, que se recoge en el artículo 172 del Código Penal.
- e. Maltrato psicológico, donde el comportamiento ofensivo del hijo puede llegar a provocar el diagnóstico de trastornos psíquicos en los padres. Las conductas más leves se enmarcan dentro del artículo 153 del Código Penal, pudiendo incluso constituir una lesión de mayor gravedad, acudiendo así al tipo del artículo 147.
- f. Violencia física o psíquica habitual. Para Abadías (2015) la violencia filio-parental encuentra su concreción jurídica en la violencia que regula el artículo 173.2 del Código Penal vigente sobre el maltrato familiar habitual. Así, mediante este artículo se trata de proteger de forma amplia tanto de las agresiones morales como de las físicas. El delito de maltrato familiar habitual es un delito per sé que se regula de forma distinta a las agresiones. El bien jurídico que se protege no solamente es la integridad personal ya de por sí reconocida en la Constitución Española, sino que abarca el derecho a la dignidad de las personas, el libre desarrollo de la personalidad, el derecho a la vida, a la prohibición de los tratos inhumanos o degradantes y el derecho a la seguridad. La habitualidad es una característica fundamental para que una

conducta pueda estar en la esfera de la violencia filio-parental, descartándose los hechos aislados por graves que sean. Conforme al apartado 173.3 “para apreciar la habitualidad... se atenderá al número de actos de violencia que resulten acreditados, así como a la proximidad temporal de los mismos, con independencia de que dicha violencia se haya ejercido sobre la misma o diferentes de las comprendidas en este artículo, y de que los actos violentos hayan sido o no objeto de enjuiciamiento en procesos anteriores”.

Así, al adolescente que utiliza la violencia contra sus padres se les puede juzgar por diferentes delitos mencionados con anterioridad y los más habituales son: violencia doméstica, maltrato habitual, “violencia en el ámbito familiar: coacciones” y “violencia en el ámbito familiar: amenazas”, daños y con menor probabilidad se pueden encontrar calificaciones de otros delitos más graves como homicidio (Art. 138 del Código Penal), robo con violencia o intimidación (Art. 237 y 242 del Código Penal).

SEGUNDA

PARTE

Marco

Empírico

CAPÍTULO VI:

OBJETIVOS E HIPÓTESIS

6.1. Objetivos de la investigación

6.1.1. Objetivos generales

1. Analizar las características psicosociales y clínicas de los menores infractores por violencia filio-parental en la jurisdicción de menores de Badajoz.
2. Estudiar las características de las familias que han denunciado a sus hijos en la jurisdicción de menores de Badajoz.
3. Analizar el abordaje y tratamiento que se da a los menores denunciados por violencia filio-parental desde jurisdicción de menores.

6.1.2. Objetivos específicos

1. Conocer las características psicosociales de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental.
2. Conocer las características de las familias que han denunciado a sus hijos por violencia filio-parental.
3. Determinar las características clínicas de los jóvenes denunciados por mostrar conductas violentas hacia sus padres.
4. Determinar la presencia de diferencias significativas en las características clínicas de los jóvenes, teniendo en cuenta variables tales como el sexo y la edad
5. Analizar las medidas judiciales que les son impuestas a los menores, a fin de dar una perspectiva integral a esta problemática.

6.2 Hipótesis de la investigación

- **Hipótesis 1.** Los jóvenes denunciados por violencia filio-parental presentan dificultades en el contexto familiar, personal y social (relaciones con los iguales, conducta violenta, consumo de sustancias, problemas de disciplina escolar...).
- **Hipótesis 2.** Los jóvenes denunciados por violencia filio-parental dirigen la agresión principalmente hacia sus madres, no existiendo diferencias según el sexo y la edad.
- **Hipótesis 3.** La violencia filio-parental se manifiesta en mayor medida en el varón que en la mujer.
- **Hipótesis 4.** La conducta agresiva dirigida hacia ambos padres se incrementa a medida que aumenta la edad de los jóvenes.
- **Hipótesis 5.** Las familias de los menores denunciados por violencia filio-parental, presentan desajustes en el vínculo conyugal.
- **Hipótesis 6.** Las familias de los menores denunciados por violencia filio-parental, se caracterizan por un estilo educativo permisivo.
- **Hipótesis 7.** Los jóvenes involucrados en delitos de violencia filio-parental no presentan psicopatología.
- **Hipótesis 8.** Existen diferencias significativas en las características de la personalidad de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental según el sexo y la edad.
- **Hipótesis 9.** La medida judicial habitualmente impuesta a los menores denunciados por violencia filio-parental es la modalidad de convivencia con grupo educativo, no existiendo diferencias significativas según el sexo y la edad.

CAPÍTULO VII:

METODOLOGÍA

7.1 Muestra

La muestra estuvo formada por 145 jóvenes denunciados por violencia filio-parental, de los cuales 50 tenían entre 14-15 años (34,5%) y 95 entre 16-17 años (65,5%). Según el sexo, 105 eran varones (72,4%) y 40 mujeres (27,6%), todos de nacionalidad española.

Los datos de estos jóvenes fueron extraídos de los expedientes de reforma incoados en la Fiscalía de Menores de la provincia de Badajoz desde el año 2012 al 2017, que fueron denunciados por violencia filio-parental.

Como criterios de inclusión para el estudio se consideró que los menores hubieran sido denunciados por violencia filio-parental, si bien este concepto no corresponde a una tipificación penal, por ello en la búsqueda de este hecho delictivo se tuvieron en cuenta distintas calificaciones: “violencia doméstica y de género: maltrato familiar”, “violencia doméstica y de género: maltrato habitual”, “violencia en el ámbito familiar”, “violencia en el ámbito familiar: coacciones”, “violencia en el ámbito familiar: amenazas”, “violencia en el ámbito familiar: injurias/vejaciones”, “violencia en el ámbito familiar: acoso”. Mientras que el criterio de exclusión considerado fue que los menores hubieran sido denunciados por cualquier otra falta o delito distinto al indicado.

7.2 Instrumentos

Los instrumentos utilizados para la recogida de datos fueron los siguientes:

1. **Expediente del menor.** Los datos extraídos del expediente del menor, donde se incluye las diligencias policiales, declaraciones del menor infractor y la/s víctimas, las sentencias dictadas, informes elaborados por el Equipo Técnico del Juzgado de Menores, entrevistas semiestructuradas, contacto con otros profesionales que intervienen con el menor y la familia y observación. Estas actuaciones permiten, según refieren Alcázar, Verdejo y Bouso (2008), contextualizar el delito con la situación del menor (social, familiar, educativa y psicológica) para recomendar la medida que mejor se ajuste a su interés permitiendo su integración social y su desarrollo pleno como persona.
2. **Sistema de gestión procesal de la Administración de Justicia “Minerva”.** Este sistema soporta la tramitación de la información relativa a los procedimientos judiciales, de forma que cualquier órgano judicial implicado en la tramitación de un determinado procedimiento, pueda acceder a la información asociada al mismo con las garantías de reserva, control y confidencialidad requeridas.
3. **El “Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes” PAI-A** (*Personality Assessment Inventory*, Morey, 2007). Se utilizó la versión experimental adaptada al español de Cardenal, Ortiz-Tallo y Santamaría (2012). La prueba evalúa las características de la personalidad más relevantes en población clínica y forense en adolescentes de 12 a 18 años. Permite la evaluación de la psicopatología en adolescentes mediante 22 escalas: cuatro escalas de validez, 11 escalas clínicas, cinco escalas de consideraciones para el tratamiento y dos escalas de relaciones interpersonales. Informa además de aquellos ítems críticos que requieren la atención inmediata del profesional.

Consta de 264 ítems con opciones de respuesta Likert (0= falso; 1= levemente verdadero; 2= bastante verdadero; 3= completamente verdadero).

El coeficiente de fiabilidad de la adaptación a lengua española (Cardenal, Ortiz-Tallo, Campos y Santamaría, 2018) de las escalas del PAI-A en muestra forense es 0,87 en impresión negativa, 0,76 en impresión positiva, 0,91 en quejas somáticas, 0,90 en ansiedad, 0,79 en trastornos relacionados con la ansiedad, 0,93 en depresión, 0,80 en manía, 0,86 en paranoia, 0,87 en esquizofrenia, 0,89 en rasgos límites, 0,91 en rasgos antisociales, 0,95 en problemas con el alcohol, 0,94 en problemas con las drogas, 0,89 en agresión, 0,96 en ideaciones suicidas, 0,79 en estrés, 0,81 en falta de apoyo social, 0,68 en rechazo al tratamiento, 0,62 en dominancia y 0,72 en afabilidad.

Asimismo, la consistencia interna hallada en nuestro estudio es 0,91 en impresión negativa, 0,83 en impresión positiva, 0,80 en quejas somáticas, 0,91 en ansiedad, 0,72 en trastornos relacionados con la ansiedad, 0,93 en depresión, 0,89 en manía, 0,93 en paranoia, 0,75 en esquizofrenia, 0,85 en rasgos límites, 0,85 en rasgos antisociales, 0,75 en problemas con el alcohol, 0,80 en problemas con las drogas, 0,81 en agresión, 0,85 en ideaciones suicidas, 0,79 en estrés, 0,72 en falta de apoyo social, 0,80 en rechazo al tratamiento, 0,75 en dominancia y 0,81 en afabilidad.

A continuación, se muestran las escalas y subescalas del PAI-A.

ESCALAS Y SUBESCALAS DEL PAI-A

ESCALAS DE VALIDEZ
Inconsistencia
Infrecuencia
Impresión negativa
Impresión positiva
ESCALAS CLÍNICAS
Quejas somáticas
1. <i>Conversión</i>
2. <i>Somatización</i>

3. <i>Hipocondría</i>
Ansiedad
1. <i>Cognitiva</i>
2. <i>Emocional</i>
3. <i>Fisiológica</i>
Trastornos relacionados ansiedad
1. <i>Obsesivo-compulsivo</i>
2. <i>Fobias</i>
3. <i>Estrés postraumático</i>
Depresión
1. <i>Cognitiva</i>
2. <i>Emocional</i>
3. <i>Fisiológica</i>
Manía
1. <i>Nivel actividad</i>
2. <i>Grandiosidad</i>
3. <i>Irritabilidad</i>
Paranoia
1. <i>Hipervigilancia</i>
2. <i>Persecución</i>
3. <i>Resentimiento</i>
Esquizofrenia
1. <i>Experiencias psicóticas</i>
2. <i>Indiferencia social</i>
3. <i>Alteración pensamiento</i>
Rasgos límites
1. <i>Inestabilidad emocional</i>
2. <i>Alteración identidad</i>
3. <i>Relaciones interpersonales problemáticas</i>
4. <i>Autoagresiones</i>
Rasgos antisociales

1. <i>Conductas antisociales</i>
2. <i>Egocentrismo</i>
3. <i>Búsqueda sensaciones</i>
Problemas con alcohol
Problemas con drogas
ESCALAS RELACIONADAS CON EL TRATAMIENTO
Agresión
1. <i>Actitud agresiva</i>
2. <i>Agresiones verbales</i>
3. <i>Agresiones físicas</i>
Ideaciones suicidas
Estrés
Falta de apoyo social
Rechazo al tratamiento
ESCALAS DE RELACIÓN INTERPERSONAL
Dominancia
Afabilidad

4. **Informes del Equipo Técnico.** Un soporte fundamental de esta investigación han sido los informes elaborados por el Equipo Técnico del Juzgado y Fiscalía de Menores de la provincia de Badajoz que cumple las funciones encomendadas en la LO 5/2000. El informe técnico se define como una comunicación interprofesional con carácter de prueba pericial, basada en la teoría y metodología científica, utilizada en el proceso judicial a fin de contribuir al esclarecimiento de las características personales, familiares, escolares, sociales, etc. en el momento concreto de la comisión de los hechos y la orientación de la respuesta educativa adecuada a las mismas (Tejedor, 2001, 2009). En los informes del Equipo Técnico la estructura está estandarizada, procedente de entrevistas semiestructuradas creadas *ad hoc* que delimitan las áreas profesionales: familiar, social, educativa y personal. A través de entrevistas en profundidad con los menores y su/sus tutores legales y mediante el contacto con los distintos agentes socializadores del menor, se analiza al detalle los aspectos personales, familiares y contextuales.

7.3 Procedimiento

En primer lugar, realizamos la selección muestral, utilizando para ello el sistema de gestión procesal “Minerva”, que permite el acceso a los datos del menor y a las actuaciones fiscales y judiciales. En segundo lugar, recabamos la información de cada uno de los expedientes del menor, los informes del Equipo Técnico y los resultados de la aplicación del PAI-A, a través de una hoja de registro donde se recogían los datos relevantes sobre las variables objeto de estudio. Se estableció una codificación para cada una de dichas variables, en la misma línea del estudio de Romero et al., (2007) e Ibabe et al., (2007).

Se codificaron los siguientes datos: *en los menores*: edad, sexo y lugar de residencia, nivel educativo, absentismo escolar, disciplina en la escuela, relación con los iguales, consumo de sustancias tóxicas, conducta agresiva y dirección de la agresión. Para realizar los análisis según la edad, distribuimos a los jóvenes en dos grupos de edad (14-15 años y 16-17 años), dado que la propia Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores (LORPM) lo establece así en su Exposición de Motivos, entendiendo que el grado de madurez y comprensión de los menores es diferente, por ello cada tramo tiene un tratamiento diferenciado, desde un punto de vista jurídico y de graduación de medidas, agravándose la comisión de delitos, en el tramo de los 16 años. *En los padres*: edad, sexo, nivel de estudios, relación de pareja, estilo educativo, psicopatología y consumo de sustancias; *en el ámbito judicial*: la orientación de la medida según la sentencia judicial.

Los análisis de los datos se han llevado a cabo mediante la versión 23 del SPSS para Windows.

CAPÍTULO VIII:

RESULTADOS

8.1 Características psicosociales de los menores

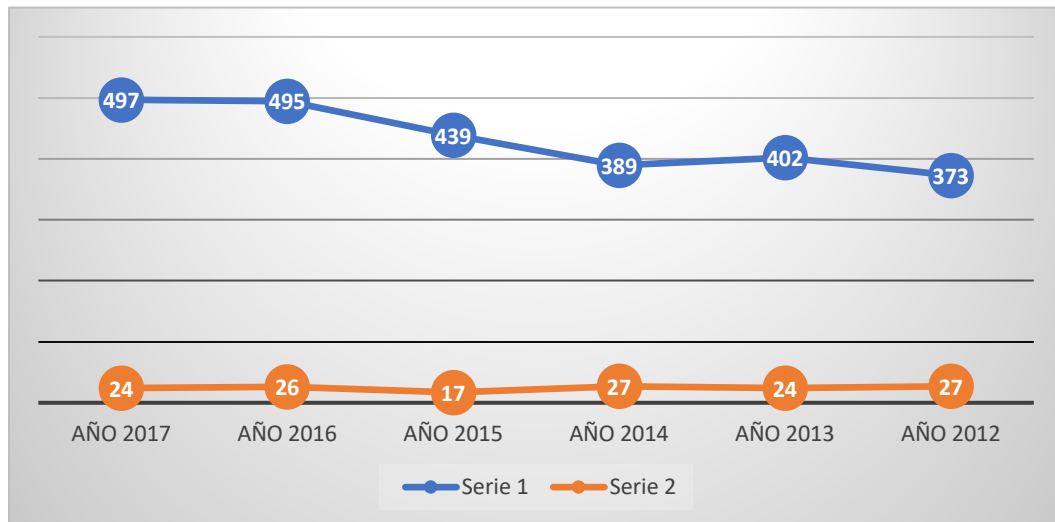
Para la elaboración del análisis de los datos se llevó a cabo una *estadística descriptiva* de las variables psicosociales de los menores y sus familias, y *estudios de contraste* de las variables clínicas y judiciales de los jóvenes. El *tratamiento estadístico* de los datos se efectuó a un nivel de confianza del 95% y con un margen de error del 5%.

En primer lugar, dentro del *análisis descriptivo*, se presentan las distribuciones de frecuencias de las variables psicosociales y clínicas. En segundo lugar, se procedió a la realización del *análisis inferencial*, llevado a cabo en función de la naturaleza de las variables y de los grupos de contraste, y para ello se empleó la *t* de Student. La prueba *t de Student* permite contrastar hipótesis referidas a la media poblacional, contrastar los datos de una variable continua en dos muestras. Se utilizó la *t* de Student para determinar si existen diferencias significativas en las características de la personalidad de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental según el sexo y la edad. En último lugar, se completó el estudio con la realización de un análisis descriptivo de las medidas judiciales impuestas a los menores denunciados por violencia filio-parental y un análisis inferencial, llevado a cabo a través de la *t* de Student, para determinar si existen diferencias significativas en la medida judicial impuesta a los jóvenes según el sexo y la edad.

A continuación, mostramos los resultados de la investigación realizada.

La tasa de personas atendidas en Justicia Juvenil por violencia filio-parental en la provincia de Badajoz se ha mantenido estable durante los años 2012-2017. En cambio, en la tasa de personas atendidas por el resto de los delitos se observa una ligera disminución a lo largo de los últimos años. (Véase figura 16).

Figura 16. Comparación de los delitos de violencia filio-parental y del resto de los delitos en la Jurisdicción de Menores de la provincia de Badajoz durante los años 2012 y 2017.



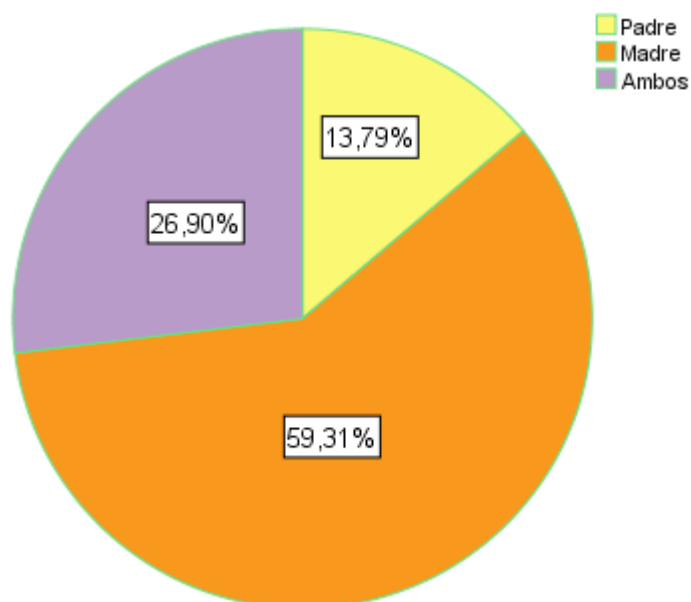
En primer lugar, realizamos un *análisis descriptivo* de las características psicosociales de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental, atendiendo a la muestra total.

En cuanto a las agresiones a los progenitores, los resultados indican una mayor prevalencia de agresiones dirigidas hacia la madre (59,3%), seguido de las agresiones a ambos (26,9%) (Tabla 20).

Tabla 20. Agresiones a los progenitores.

	n	%
Padre	20	13,8
Madre	86	59,3
Ambos	39	26,9
Total	145	100,0

Gráfico 1. Agresiones a los progenitores.

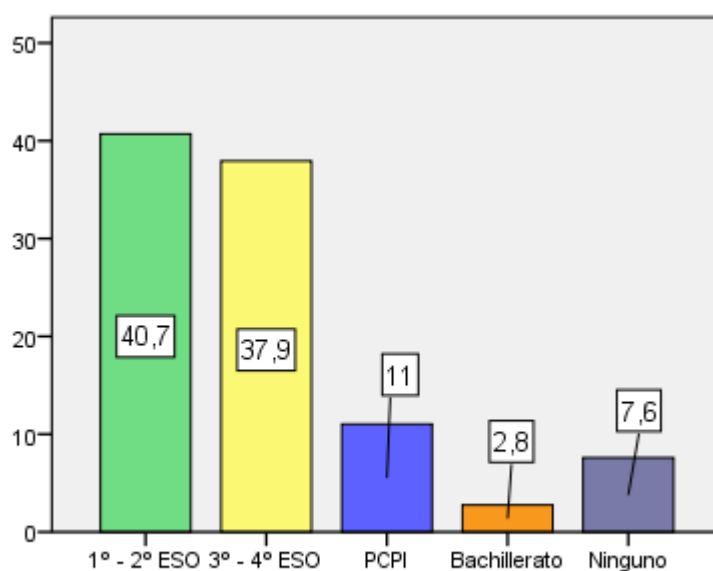


Respecto a la escolarización de los jóvenes, los datos indican que el 40,7% se encuentran en 1º-2º de la ESO, el 37,9% en 3º-4º de la ESO y el 11% cursan un programa de cualificación profesional inicial (PCPI). El 7,6% de los menores no se encuentra escolarizado (Tabla 21).

Tabla 21. Escolarización de los jóvenes.

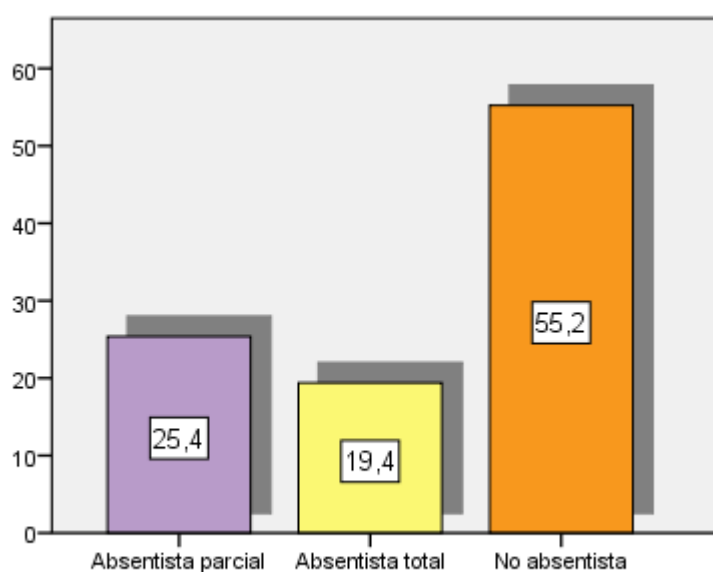
	n	%
1º - 2º ESO	59	40,7
3º - 4º ESO	55	37,9
PCPI	16	11,0
Bachillerato	4	2,8
Ninguno	11	7,6
Total	145	100,0

Gráfico 2. Escolarización de los jóvenes.



En lo relativo al absentismo escolar de los menores infractores por violencia filio-parental, comprobamos en el Gráfico 3, que el 55,2% no es absentista. Sin embargo, los datos indican que el 25,4% es absentista parcial y el 19,4% es absentista total.

Gráfico 3. Absentismo escolar de los jóvenes.



Respecto a los problemas de disciplina escolar de los jóvenes, el 25,5% de los adolescentes presentan un comportamiento altamente disruptivo, caracterizado por frecuentes expulsiones, faltas de respeto a compañeros y profesores, presencia de amenazas insultos y violencia física; el 37,2% muestra un comportamiento regular o inadecuado, entendiéndose que el menor no es expulsado del centro en más de tres ocasiones durante el curso escolar vigente; y un 37,2% parece mostrar un buen comportamiento en el centro escolar (Tabla 22).

Tabla 22. Problemas de disciplina escolar de los jóvenes.

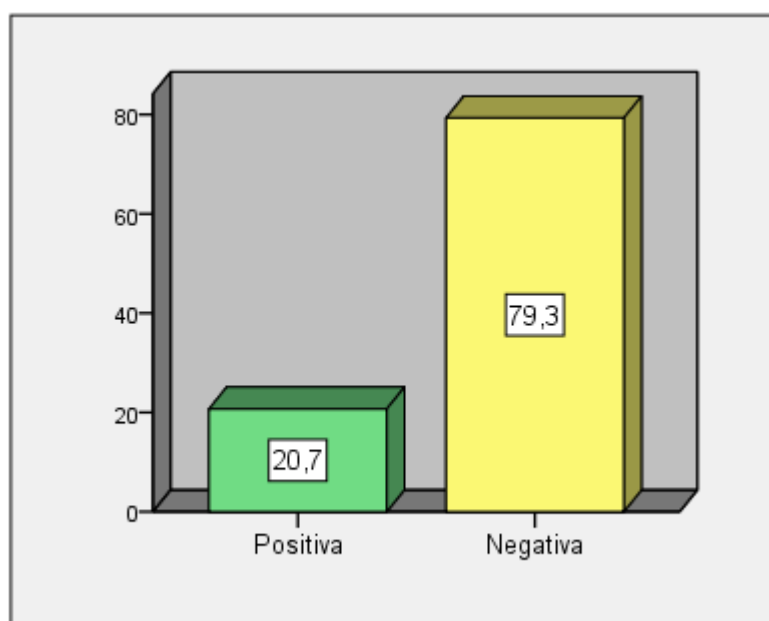
	n	%
Bueno	54	37,2
Inadecuado	54	37,2
Muy inadecuado	37	25,5
Total	145	100,0

En cuanto a la relación que mantienen los jóvenes infractores con sus iguales, los datos ponen de manifiesto que es negativa en un elevado porcentaje de los casos (79,3%) (Tabla 23). Esta variable ha sido codificada en relación a lo manifestado por los progenitores en la entrevista con el Equipo Técnico entendiéndose por una “relación negativa” cuando el grupo de referencia es consumidor y/o se tiene conocimiento de la comisión de actos ilícitos por parte de las amistades.

Tabla 23. Relación de los jóvenes con sus iguales.

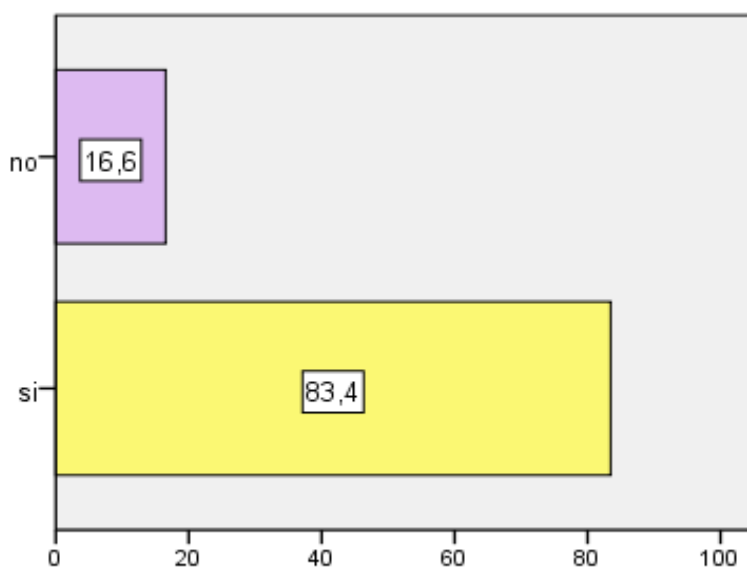
	n	%
Positiva	30	20,7
Negativa	115	79,3
Total	145	100,0

Gráfico 4. Relación de los jóvenes con sus iguales.



En lo relativo al comportamiento social agresivo de los jóvenes, comprobamos en el Gráfico 5, que en el 83,4% de los casos la conducta es agresiva (n=121).

Gráfico 5. Comportamiento social agresivo.



Y, en cuanto al consumo de sustancias tóxicas por parte de los menores, los resultados indican el consumo ocasional en el 64,1% de los casos (n=93) (Tabla 24).

Tabla 24. Consumo de sustancias tóxicas de los jóvenes.

	n	%
Si	93	64,1
No	52	35,9
Total	145	100,0

A continuación, mostramos los resultados del *análisis descriptivo* realizado relativo a las características psicosociales de los jóvenes, atendiendo al sexo y la edad.

En la Tabla 25 se muestra la distribución de las características de los jóvenes extraídas de los expedientes de los menores y el Sistema de gestión procesal de la Administración de Justicia “Minerva”.

Tabla 25. Características psicosociales de los menores.

Variables		Varón	Mujer	14-15 años	16-17 años
Agresiones a la madre		55 (52,4%)	31 (77,5%)	33 (66%)	53 (55,8%)
Agresiones al padre		19 (18,1%)	1 (2,5%)	10 (20%)	10 (10,5%)
Agresiones a ambos		31 (29,5%)	8 (20%)	7 (14%)	32 (33,7%)
Relación con los iguales	Adecuada	19 (18,1%)	11 (27,5%)	18 (36%)	12 (12,6%)
	Negativa	86 (81,9%)	29 (72,5%)	32 (64%)	83 (87,4%)

Comportamiento social agresivo	Presente	81 (77,1%)	40 (100%)	32 (64%)	89 (93,7%)
	Ausente	24 (22,9%)	--	18 (36%)	6 (6,3%)
Consumo de sustancias	Presente	65 (61,9%)	28 (70%)	19 (38%)	74 (77,9%)
	Ausente	40 (38,1%)	12 (30%)	31 (62%)	21 (22,1%)
Problemas disciplina escolar	Presente	65 (61,9%)	26 (65%)	29 (58%)	62 (65,3%)
	Ausente	40 (38,1%)	14 (35%)	21 (42%)	33 (34,7%)
Absentismo escolar	Presente	53 (50,5%)	18 (45%)	20 (40%)	40 (42,1%)
	Ausente	52 (49,5%)	22 (55%)	30 (60%)	55 (57,9%)

Los resultados ponen de manifiesto relaciones con los iguales negativas en un 81,9% de los varones y en un 72,5% de las mujeres. Asimismo, se evidencia que en un 64% de los jóvenes de 14-15 años y en un 87,4% de los de 16-17 años, las relaciones con los iguales son negativas.

El comportamiento social es agresivo en un 77,1% de los varones y el 100% de las mujeres. Las manifestaciones agresivas se constatan en los dos rangos de edad, pero predominan en mayor medida en los jóvenes de 16-17 años (93,7%).

Los datos indican que el 61,9% de los varones y el 65% de las mujeres denunciados por violencia filio-parental, presentan problemas de disciplina escolar. La conflictividad escolar es mayor en los jóvenes de 16-17 años (65,3%). Un elevado número de menores infractores por violencia filio-parental presentan absentismo escolar.

Y en cuanto al consumo de sustancias tóxicas, los resultados señalan que el 61,9% de los varones y el 70% de las mujeres son consumidores ocasionales, siendo mayor el consumo en los jóvenes de 16-17 años (77,9%).

Tal y como podemos comprobar en la Tabla 7, los jóvenes denunciados por violencia filio-parental presentan dificultades en el contexto familiar, personal y social. Por tanto, podemos concluir que la Hipótesis 1 se confirma.

En la Hipótesis 2 del presente estudio, se pretende comprobar que los jóvenes denunciados por violencia filio-parental dirigen la agresión principalmente hacia sus madres, no existiendo diferencias según el sexo y la edad.

Los resultados indican que tanto en los varones (52,4%) como en las mujeres (77,5%), predominan las agresiones hacia la madre, seguido de las agresiones a ambos. Tal y como se puede comprobar en la Tabla 7, existe una mayor prevalencia de agresiones hacia la madre en el caso de las mujeres. Y en el caso de los dos intervalos de edad analizados, observamos que en ambos prevalecen nuevamente las agresiones a la madre. En el 66% de los jóvenes de 14-15 años, y en el 55,8% de los jóvenes de 16-17 años. Por tanto, podemos señalar que la Hipótesis 2 se confirma parcialmente, dado que sí se aprecian diferencias según el sexo en las agresiones hacia la madre.

Además, los resultados ponen de manifiesto una mayor prevalencia de la violencia filio-parental en los varones que en las mujeres. El 72,4% son varones y el 27,6% son mujeres. Por tanto, debe aceptarse la Hipótesis 3.

Comprobamos también, que incrementa la conducta agresiva dirigida hacia ambos padres a medida que aumenta la edad de los jóvenes. Los datos indican una mayor prevalencia en los jóvenes de 16-17 años (33,7%). Por tanto, se confirma la Hipótesis 4.

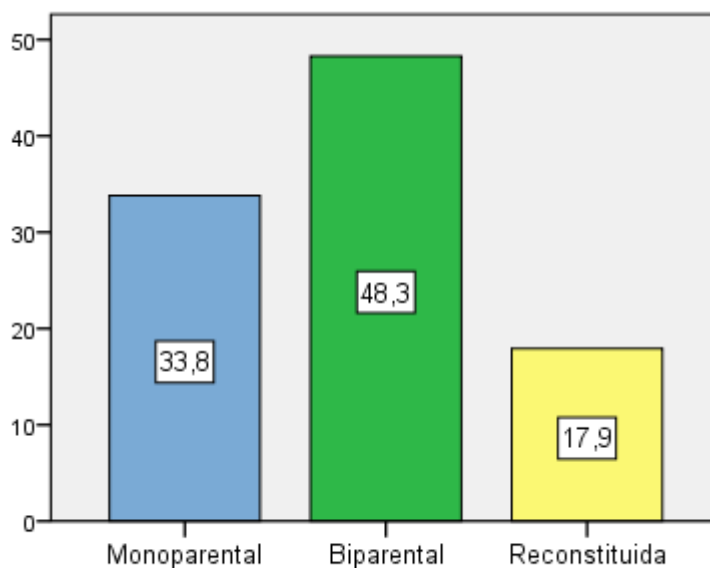
8.2 Características psicosociales y clínicas de las familias

En cuanto a las características de las familias, los datos indican una edad media del padre de 46 años con un rango de edad entre los 35 y 59 años; y una edad media de la madre de 43 años, con un rango de edad entre los 31 y 58 años.

Respecto al nivel de estudios, destaca la Educación Primaria en un 43,4% de los padres, seguido de un 36,6% con ESO y un 13,8% con estudios universitarios. En las madres se evidencia también una mayor prevalencia de Educación Primaria (55,2%), sin embargo hay un mayor frecuencia de estudios universitarios (20%), seguido de la ESO en un 15,9%.

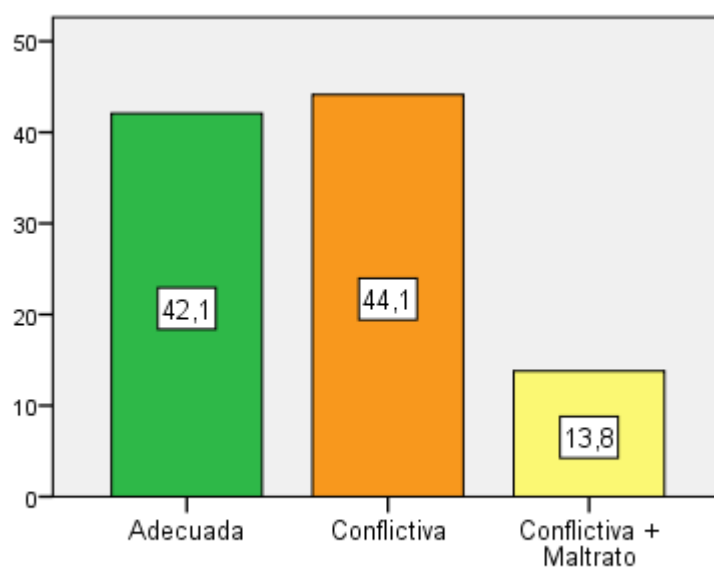
En relación a la unidad familiar, en el 48,3% de las familias conviven los dos progenitores, un 33,8% son familias monoparentales y un 17,9% son parejas reconstituidas.

Gráfico 6. Tipo de unidad familiar.



Los datos extraídos de los expedientes judiciales, ponen de manifiesto una relación de pareja conflictiva en un 44,1% de los casos, con la existencia de problemas de pareja de diversa índole y la sospecha de violencia de género en un 13,8%.

Gráfico 7. Conflictividad en las relaciones de pareja.



Por tanto, en relación a la la Hipótesis 5, debemos señalar que muchas de las familias de los menores denunciados por violencia filio-parental, presentan desajustes en el vínculo conyugal.

Y en cuanto al estilo educativo, comprobamos que en el padre predomina el estilo educativo permisivo (43,4%) seguido del autoritario (27,6%); y en la madre el estilo permisivo en un 73,1% de los casos.

Gráfico 8. Estilo educativo del padre.

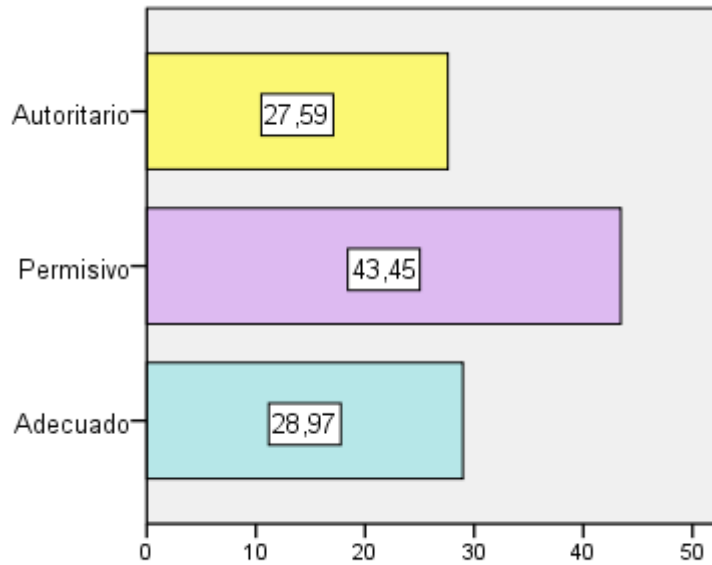
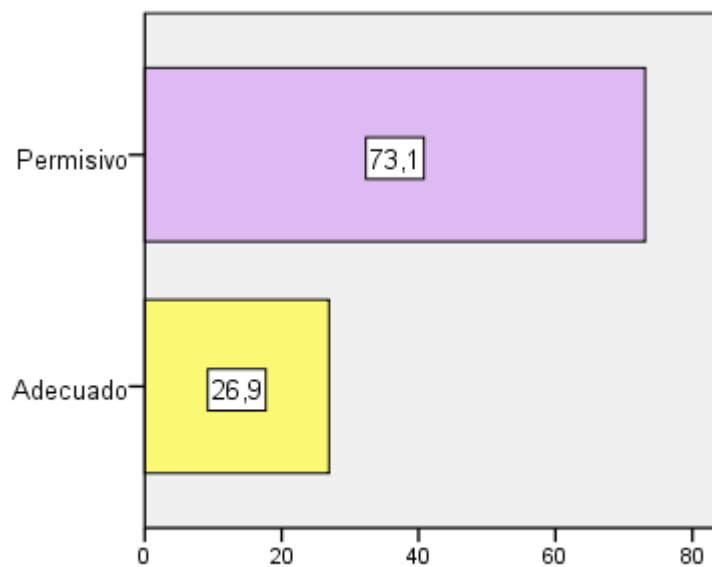


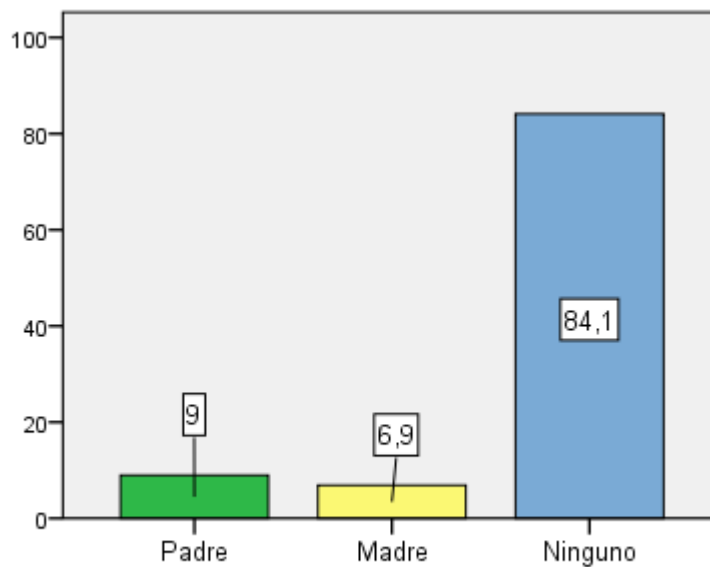
Gráfico 9. Estilo educativo de la madre.



Por tanto, en relación a la Hipótesis 6, los datos indican que las familias de los menores denunciados por violencia filio-parental, se caracterizan por un estilo educativo permisivo.

Respecto al consumo de sustancias tóxicas por parte de los progenitores, los datos indican que en un 84,1% de las familias no hay consumo. Únicamente el 9% de los padres y el 6,9% de las madres, son consumidores.

Gráfico 10. Consumo de sustancias tóxicas en los progenitores.



Tampoco se evidencia la presencia de psicopatología en la mayor parte de los progenitores, el 79,3% no tienen trastornos psicológicos. En aquellos expedientes judiciales en los que existe psicopatología en los progenitores, destacan los trastornos de ansiedad y depresión, y principalmente en las madres.

8.3 Características clínicas de los menores

A continuación, realizamos un *análisis descriptivo* de las características clínicas de los jóvenes, a fin de determinar si los menores involucrados en delitos de violencia filio-parental presentan psicopatología.

A efectos de interpretación de los resultados obtenidos por los jóvenes, debemos señalar que la media y desviación típica de las puntuaciones T obtenidas a partir de las puntuaciones directas del PAI-A son $M=50$ y $DT=10$.

Antes de pasar a detallar los resultados de la Escalas clínicas y subescalas, mostraremos los datos relativos a las Escalas de validez del PAI-A (Tabla 26). La finalidad de estas escalas es informar sobre la posible presencia de sesgos que puedan afectar a la interpretación de los datos de los jóvenes.

Tabla 26. Medias y desviaciones típicas en las escalas de validez del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A).

<i>Escalas de validez</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>
Inconsistencia	58,86	6,69
Infrecuencia	58,36	4,70
Impresión negativa	54,40	3,86
Impresión positiva	47,23	4,05

Los resultados de las escalas de validez indican que los jóvenes han prestado una adecuada atención a los ítems a la hora de responderlos, no evidenciándose distorsiones en las escalas clínicas y reflejando fielmente los síntomas. Tampoco se evidencian distorsiones en la imagen de los adolescentes que puedan indicar la simulación y el falseamiento.

En cuanto a las Escalas clínicas y subescalas de los jóvenes, los resultados relativos a las medias y desviaciones típicas de las escalas del Inventario de Evaluación de la Personalidad para adolescentes (PAI-A) podemos verlos en la Tabla 27.

Tabla 27. Medias y desviaciones típicas en las escalas clínicas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A).

<i>Escalas clínicas</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>
Trastornos somatomorfos	50,51	4,53

Conversión	54,16	5,87
Somatización	52,16	5,12
Hipocondría	53,85	3,96
Ansiedad	56,43	6,81
Cognitiva	59,02	5,20
Emocional	59,11	4,30
Fisiológica	60,64	5,72
Trastornos relacionados con ansiedad	54,16	5,59
Obsesivo-compulsivo	50,85	4,29
Fobias	54,12	4,70
Estrés postraumático	53,55	6,02
Depresión	56,04	4,34
Cognitiva	57,92	4,69
Emocional	57,18	5,67
Fisiológica	54,51	4,73
Manía	49,05	3,22
Nivel de actividad	51,05	5,87
Grandiosidad	44,66	4,21
Irritabilidad	52,24	4,72
Paranoia	54,63	5,24
Hipervigilancia	53,61	5,49
Persecución	51,76	5,15
Resentimiento	60,69	5,00
Esquizofrenia	49,90	3,80
Experiencias psicóticas	48,86	4,26
Indiferencia social	52,05	5,99
Alteración del pensamiento	52,64	6,38
Rasgos límites	56,06	4,40
Inestabilidad emocional	55,71	6,07
Alteración de la identidad	54,92	5,68
Relaciones interpersonales problemáticas	55,10	5,02

Autoagresiones	57,81	5,01
Rasgos antisociales	49,90	4,53
Conductas antisociales	56,28	5,58
Egocentrismo	45,99	4,61
Búsqueda sensaciones	46,74	6,94
Problemas con alcohol	51,96	4,71
Problemas con drogas	57,39	6,01

Tal y como podemos comprobar en la Tabla 27, no se observa ninguna puntuación media especialmente significativa en las escalas y subescalas clínicas. Los datos indican medias más elevadas en ansiedad ($M= 56,43$; $DT= 6,81$), depresión ($M= 56,04$; $DT= 4,34$), rasgos límites ($M= 56,06$; $DT= 4,40$) y problemas con drogas ($M= 57,39$; $DT= 6,01$), sin llegar a ser relevantes.

Destacamos las puntuaciones en las subescalas de ansiedad. Sin ser muy significativas, se observan puntuaciones por encima de la media en ansiedad cognitiva ($M= 59,02$; $DT= 5,20$), emocional ($M= 59,11$; $DT= 4,30$) y fisiológica ($M= 60,64$; $DT= 5,72$). Por tanto, todo parece indicar que los jóvenes pueden mostrarse inquietos y preocupados por determinadas situaciones sobre las que no tienen control, manifestando tensión y cansancio como resultado de la percepción de estrés, y tendiendo a experimentar la ansiedad de forma somática.

También, llaman la atención las puntuaciones en las subescalas de depresión. Las puntuaciones medias en depresión cognitiva ($M= 57,92$; $DT= 4,69$) y emocional ($M= 57,18$; $DT= 5,67$) son más altas que en depresión fisiológica ($M= 54,51$; $DT= 4,73$). Los resultados indican, sin llegar a ser relevantes dado que las puntuaciones se encuentran levemente por encima de la media, creencias de ineficacia, desesperanza y falta de habilidades, así como pérdida de interés en las actividades normales.

Respecto a los rasgos límites, destacan las puntuaciones algo por encima de la media en la subescala autoagresiones ($M= 57,81$; $DT= 5,01$), indicando que algunos jóvenes pueden mostrarse algo impulsivos.

En cuanto a la escala paranoia, destaca la puntuación media en la subescala resentimiento ($M= 60,69$; $DT= 5,00$). Son varios los adolescentes con tendencia al resentimiento y al rencor, sintiéndose amenazados y pudiendo mostrar hostilidad.

En cuanto a los rasgos antisociales, destaca la puntuación en la subescala conductas antisociales ($M= 56,28$; $DT= 5,58$), respecto a las otras dos subescalas (egocentrismo y búsqueda de sensaciones). Algunos adolescentes tienen una historia de conductas antisociales y manifestaron algún trastorno de conducta al comienzo de la adolescencia.

El PAI-A, también nos informa sobre varias Escalas relacionadas con el tratamiento. A continuación, en la Tabla 28 mostramos las puntuaciones medias de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental en las escalas relacionadas con el tratamiento.

Tabla 28. Medias y desviaciones típicas en las escalas relacionadas con el tratamiento del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A).

<i>Escalas relacionadas con el tratamiento</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>
Agresión	53,70	5,14
Actitud agresiva	54,97	4,85
Agresiones verbales	48,17	4,20
Agresiones físicas	56,88	6,99
Ideaciones suicidas	51,49	4,14
Estrés	52,73	6,32
Falta de apoyo social	54,99	4,13
Rechazo al tratamiento	42,29	7,20

En relación a las Escalas relacionadas con el tratamiento, no se aprecian conductas y actitudes relacionadas con la agresividad ($M= 53,70$; $DT= 5,14$) y existe un control razonable sobre la expresión de la ira y la hostilidad.

Tampoco se observan pensamientos o ideas relacionadas con la muerte o suicidio ($M= 51,49$; $DT= 4,14$) y tampoco destacan estresores vitales relevantes que estén

teniendo un impacto significativo en los adolescentes ($M= 52,73$; $DT= 6,32$). En la escala falta de apoyo social es donde se observa una puntuación media más alta ($M= 54,99$; $DT= 4,13$), pero sin embargo, no es significativa. Una puntuación media inferior a 60, refleja que en general el apoyo social percibido por los jóvenes es adecuado, en cuanto al nivel y la naturaleza de las interacciones con conocidos, amigos y miembros de la familia.

En cuanto a la escala rechazo al tratamiento, la puntuación media pone de manifiesto que gran parte de los adolescentes reconocen dificultades en el día a día, así como la necesidad de realizar algunos cambios personales, aceptando la posibilidad de cierta ayuda para afrontarlas ($M= 42,29$; $DT= 7,20$).

En cuanto a la escala agresión, debemos señalar que las puntuaciones en agresiones físicas ($M= 56,88$; $DT= 6,99$) y actitud agresiva ($M= 54,97$; $DT= 4,85$), son superiores a la puntuación en agresiones verbales ($M= 48,17$; $DT= 4,20$).

Y por último, en la Tabla 29 mostramos los resultados relativos a las Escalas de relación interpersonal. Estas dos escalas evalúan el estilo personal de los adolescentes en base a dos dimensiones bipolares. La dominancia hace referencia a la “dominación y control” frente a la “humildad y sumisión”; y la afabilidad hace referencia a la “afiliación afable” frente al “rechazo y frialdad”.

Tabla 29. Medias y desviaciones típicas en las escalas de relación interpersonal del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A).

<i>Escalas de relación interpersonal</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>
Dominancia	47,39	5,80
Afabilidad	49,60	4,17

Tal y como podemos comprobar en la Tabla 29, en las Escalas de relación interpersonal, las puntuaciones en dominancia ($M= 47,39$; $DT= 5,80$) y afabilidad ($M= 49,60$; $DT= 4,17$), son moderadas. En general, los jóvenes no se muestran controladores en sus relaciones interpersonales. Habitualmente, tienen capacidad para gestionar las relaciones adecuadamente.

Por tanto, la Hipótesis 7 se confirma, dado que no se evidencia psicopatología en los jóvenes involucrados en delitos de violencia filio-parental.

A continuación, para determinar si existen diferencias significativas en las características de la personalidad de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental según el sexo y la edad (Hipótesis 8), se llevó a cabo la *t* de Student.

En la Tabla 30 se muestran los resultados relativos a las escalas y subescalas del PAI-A, atendiendo al sexo de los jóvenes.

Tabla 30. *t* de Student relativa a las escalas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A) según el sexo.

Escalas del PAI-A	Varón		Mujer		<i>t</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
<i>Escalas clínicas</i>					
Trastornos somatomorfos	49,50	4,71	53,15	2,59	-4,62***
Conversión	54,71	6,27	52,70	4,43	1,86
Somatización	52,29	5,56	51,83	3,77	0,48
Hipocondría	54,28	3,88	52,73	4,01	2,12*
Ansiedad	53,49	5,33	64,18	3,22	- 11,85***
Cognitiva	59,03	5,32	59,00	4,96	0,02
Emocional	59,26	4,71	58,73	2,97	0,66
Fisiológica	60,11	6,17	62,03	4,05	-1,81
Trastornos relacionados ansiedad	52,44	5,27	58,68	3,54	-6,90***
Obsesivo-compulsivo	50,86	4,49	50,83	3,77	0,04
Fobias	54,97	5,16	51,88	1,84	3,69***
Estrés postraumático	51,29	5,32	59,50	2,85	-9,24***
Depresión	55,07	4,01	58,60	4,20	-4,67***
Cognitiva	58,46	5,13	56,50	2,85	2,27*

Escala del PAI-A	Varón		Mujer		t
	M	DT	M	DT	
Emocional	57,60	4,62	56,08	7,75	1,45
Fisiológica	54,20	4,53	55,33	5,21	-1,28
Manía	48,64	3,14	50,13	3,21	-2,52*
Nivel actividad	53,43	4,41	44,80	4,47	10,47***
Grandiosidad	45,34	4,48	42,85	2,69	3,29**
Irritabilidad	52,40	5,18	51,83	3,23	0,65
Paranoia	52,74	4,54	59,58	3,43	-8,61***
Hipervigilancia	52,37	5,84	56,88	2,28	-4,73***
Persecución	50,06	4,39	56,23	4,30	-7,60***
Resentimiento	58,83	4,44	65,58	2,50	-9,06***
Esquizofrenia	49,26	3,75	51,60	3,44	-3,43**
Experiencias psicóticas	47,80	4,51	51,63	1,35	-5,26***
Indiferencia social	53,80	5,27	47,45	5,35	6,45***
Alteración pensamiento	51,41	7,03	55,88	1,84	-3,95***
Rasgos límites	54,75	3,71	59,48	4,27	-6,56***
Inestabilidad emocional	54,71	5,56	58,33	6,63	-3,30**
Alteración identidad	52,37	4,42	61,63	1,87	- 12,77***
Relaciones interpersonales problemáticas	53,11	4,41	60,30	1,69	- 10,00***
Autoagresiones	59,17	4,79	54,25	3,67	5,86***
Rasgos antisociales	51,09	3,88	46,80	4,68	5,60***
Conductas antisociales	58,20	4,51	51,23	4,98	8,07***
Egocentrismo	47,40	4,45	42,28	2,48	6,87***
Búsqueda sensaciones	46,80	7,78	46,58	4,10	0,17
Problemas con alcohol	51,71	4,81	52,60	4,41	-1,01
Problemas con drogas	58,46	6,36	54,60	3,78	3,59***
<i>Escala relacionada con el tratamiento</i>					

Escala del PAI-A	Varón		Mujer		<i>t</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
Agresión	54,87	5,31	50,63	2,98	4,76***
Actitud agresiva	55,14	4,49	54,50	5,72	0,71
Agresiones verbales	48,11	4,80	48,33	1,91	-0,26
Agresiones físicas	60,17	4,79	48,25	3,67	14,20***
Ideaciones suicidas	51,82	4,47	50,63	2,98	1,56
Estrés	50,21	5,46	59,35	2,45	- 10,17***
Falta de apoyo social	54,85	3,71	55,38	5,11	-0,68
Rechazo al tratamiento	42,20	8,39	42,53	1,98	-0,24
<i>Escala de relación interpersonal</i>					
Dominancia	47,50	6,66	47,13	2,40	0,34
Afabilidad	50,10	4,70	48,30	1,69	2,35*

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; *** $p < 0,001$.

En relación al sexo, los datos obtenidos tras efectuar la *t de Student*, concluyen que se constatan diferencias significativas entre varones y mujeres en varias de las escalas y subescalas. Por tanto, atendiendo al sexo, la Hipótesis 8 se confirma parcialmente.

En la Tabla 30, se observan diferencias significativas en todas las escalas clínicas, a excepción de la escala problemas con el alcohol y en varias de las subescalas. Comprobamos que las puntuaciones medias son mayores en las mujeres que en los varones en los trastornos somatomorfos, ansiedad, trastornos relacionados con la ansiedad, depresión, manía, paranoia, esquizofrenia, rasgos límites. Sin embargo, las puntuaciones son superiores en los varones en la escala rasgos antisociales y problemas con drogas.

Destacan altas puntuaciones medias por parte de las mujeres en los trastornos relacionados con la ansiedad, depresión, paranoia y rasgos límites. Los datos indican sintomatología asociada a trastornos específicos de ansiedad, tales como el estrés postraumático. Se evidencia también mayor sintomatología depresiva en la mujer que en

el varón, sin ser especialmente relevante, puesto que en las subescalas apenas existen diferencias.

En cuanto a los síntomas relacionados con la paranoia, se evidencian diferencias más llamativas entre varones y mujeres. Las jóvenes tienen puntuaciones medias más elevadas en las tres subescalas (hipervigilancia, persecución y resentimiento). Destacamos la puntuación en resentimiento por encima de la media.

Y respecto a los rasgos límites, también existen diferencias entre varones y mujeres, siendo superior en las jóvenes. En las subescalas, destacamos las puntuaciones en alteración de la identidad y en relaciones interpersonales problemáticas.

Tal y como hemos comentado anteriormente, en los varones las puntuaciones son más altas que en las mujeres, en los rasgos antisociales y en los problemas con las drogas, sin ser especialmente relevantes. En cuanto a los rasgos antisociales destaca fundamentalmente la mayor presencia de conductas antisociales.

Respecto a las escalas relacionadas con el tratamiento, los resultados ponen de manifiesto diferencias significativas entre varones y mujeres en las escalas agresión y estrés. Todo parece indicar que los varones utilizan en mayor medida las agresiones físicas. Sin embargo, la puntuación media en estrés es superior en las mujeres que en los varones, lo que indica mayores dificultades y preocupaciones en áreas vitales (familiares, sociales, educativas).

Y por último, en las escalas de relación interpersonal, aunque los resultados constatan diferencias significativas entre varones y mujeres en la escala afabilidad, siendo mayor la puntuación en las jóvenes, este dato no tiene mayor relevancia, al situarse las puntuaciones en la media.

A continuación, en la Tabla 31 se muestran los resultados relativos a las escalas y subescalas del PAI-A, atendiendo a la edad de los jóvenes.

Tabla 31. *t* de Student relativa a las escalas y subescalas del Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (PAI-A) según la edad.

Escalas del PAI-A	14-15 años		16-17 años		<i>t</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
<i>Escalas clínicas</i>					
Trastornos somatomorfos	52,52	5,19	49,45	3,76	4,07***
Conversión	58,26	7,04	52,00	3,66	7,05***
Somatización	53,36	7,28	51,53	3,38	2,07*
Hipocondría	52,26	4,90	54,68	3,08	- 3,64***
Ansiedad	53,84	7,96	57,80	5,70	-3,45**
Cognitiva	59,62	6,80	58,71	4,13	1,00
Emocional	61,34	5,71	57,94	2,69	4,87***
Fisiológica	65,14	5,76	58,27	4,05	8,34***
Trastornos relacionados ansiedad	56,48	5,32	52,94	5,36	3,78***
Obsesivo-compulsivo	51,60	6,05	50,45	2,95	1,53
Fobias	56,74	6,58	52,74	2,37	5,31***
Estrés postraumático	51,14	7,48	54,82	4,65	- 3,64***
Depresión	55,92	6,14	56,11	3,05	-0,24
Cognitiva	56,84	5,70	58,48	3,97	-2,02*
Emocional	58,04	6,56	56,73	5,11	1,32
Fisiológica	55,96	6,27	53,75	3,48	2,73**
Manía	48,58	4,39	49,29	2,38	1,27
Nivel actividad	53,74	6,02	49,63	5,29	4,23***
Grandiosidad	44,84	5,89	44,56	3,01	0,38
Irritabilidad	51,04	5,92	52,87	3,84	-2,25*
Paranoia	54,66	5,92	54,61	4,88	0,05
Hipervigilancia	50,38	6,34	55,32	4,08	- 5,67***
Persecución	50,76	5,70	52,28	4,79	-1,70

Escala del PAI-A	14-15 años		16-17 años		<i>t</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
Resentimiento	59,92	5,82	61,09	4,50	-1,34
Esquizofrenia	51,44	4,98	49,09	2,71	3,67***
Experiencias psicóticas	49,48	5,65	48,53	3,28	1,28
Indiferencia social	56,76	6,01	49,57	4,27	8,33***
Alteración pensamiento	51,38	9,16	53,31	4,15	-1,73
Rasgos límites	57,08	5,78	55,52	3,37	2,05*
Inestabilidad emocional	54,12	7,70	56,55	4,85	-2,32*
Alteración identidad	54,88	6,48	54,95	5,25	-0,06
Relaciones interpersonales problemáticas	54,98	6,03	55,16	4,42	-0,20
Autoagresiones	57,90	5,61	57,77	4,69	0,15
Rasgos antisociales	51,66	5,16	48,98	3,88	3,51**
Conductas antisociales	57,78	5,75	55,48	5,35	2,38*
Egocentrismo	46,92	5,76	45,49	3,81	1,78
Búsqueda sensaciones	42,48	6,65	48,98	6,01	- 5,96***
Problemas con alcohol	54,68	5,95	50,53	3,08	5,54***
Problemas con drogas	55,78	6,70	58,24	5,46	-2,38*
<i>Escala relacionada con el tratamiento</i>					
Agresión	53,42	6,07	53,84	4,60	-,46
Actitud agresiva	55,28	5,98	54,80	4,16	,56
Agresiones verbales	46,82	5,55	48,88	3,08	-2,88**
Agresiones físicas	57,78	6,23	56,41	7,34	1,12
Ideaciones suicidas	51,52	5,74	51,47	3,01	,06
Estrés	48,54	6,65	54,94	4,89	- 6,58***
Falta de apoyo social	55,24	5,57	54,86	3,14	,52
Rechazo al tratamiento	47,64	8,74	39,47	4,06	7,67***

Escala del PAI-A	14-15 años		16-17 años		<i>t</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
<i>Escala de relación interpersonal</i>					
Dominancia	49,12	8,824	46,48	2,92	2,65**
Afabilidad	51,34	6,090	48,68	2,20	3,81***

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; *** $p < 0,001$.

En cuanto a las escalas y subescalas del PAI-A de los jóvenes según la edad (Tabla 31), los datos concluyen la presencia de diferencias significativas en las escalas clínicas entre los jóvenes de 14-15 años y 16-17 años, en los trastornos somatomorfos, ansiedad, trastornos relacionados con la ansiedad, esquizofrenia, rasgos límites, rasgos antisociales y problemas con el alcohol y drogas. Por tanto, atendiendo a la edad, la Hipótesis 8 se confirma parcialmente.

En los jóvenes de 14-15 años se observa mayor puntuación en las escalas clínicas relativas a los trastornos somatomorfos, trastornos relacionados con la ansiedad, esquizofrenia, rasgos límites y antisociales y problemas con el alcohol. Y en los jóvenes de 16-17 años las medias son más elevadas en la escala ansiedad y problemas con drogas. Sin embargo, cuando analizamos las subescalas relativas a la ansiedad, comprobamos que en la ansiedad emocional y fisiológica las medias son superiores en los jóvenes de 14-15 años

En cuanto a las escalas relacionadas con el tratamiento, se constatan diferencias significativas en la escala estrés y rechazo al tratamiento. También existen diferencias significativas en la subescala agresiones verbales, aunque no son relevantes.

Y, en las escalas de relación interpersonal, se aprecian diferencias significativas en la escala dominancia y afabilidad, siendo mayores las puntuaciones medias en los jóvenes de 14-15 años.

8.4 Intervención judicial

Por último, se analizó la Orientación de la Medida Judicial impuesta a los menores por Sentencia atendiendo al sexo y la edad (Hipótesis 9).

Este trabajo muestra que en un 72,4% de los casos, los expedientes incoados por violencia filio-parental se resuelven mediante el *procedimiento judicial ordinario*, lo que supone que el procedimiento siga su curso jurídico penal; donde el menor, primero presta declaración ante la Fiscalía de Menores o Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, posteriormente se somete a la entrevista con el Equipo Técnico y finalmente asiste a Audiencia ante el Juez de Menores quien resuelve dictando sentencia. En estos casos en un 30,5% de las ocasiones se recurre a la imposición de una medida cautelar, por el nivel de gravedad.

Cuando en los asuntos analizados cabe la posibilidad de mediación entre hijos y padres se recurre a gestionar una *solución extrajudicial* con el menor con la participación de recursos externos que les ayuden a estabilizar la convivencia. Esto ocurre en el 15,9% de los casos estudiados. Liñán (2011) señala que para que la mediación y conciliación sea fructífera, es necesario que el hecho denunciado no revista gravedad y que exista un verdadero reconocimiento de culpa y propósito de enmienda en el menor, así como un estado de suficiente serenidad y estabilidad psicológica en la víctima.

Encontramos, que además en un 11,7% las actuaciones de los menores expedientados fueron finalmente *archivadas*, bien por iniciativa del Equipo Técnico o por el Ministerio Fiscal, entre otras razones, por presentar los menores una psicopatología grave asociada al comportamiento agresivo, siendo entonces Salud Mental el ámbito principal de intervención, una evidente discapacidad psíquica o por no tener la denuncia entidad suficiente para seguir adelante con el procedimiento previsto. (Véase tabla 14 y 15).

En primer lugar, en la Tabla 32, se muestran las intervenciones judiciales realizadas, atendiendo al sexo de los menores denunciados por violencia filio-parental.

Se observa que tanto chicos como chicas siguen prioritariamente el tratamiento jurídico *ordinario* en un 81% y 50% de los casos, respectivamente. Si bien, respecto a la interposición de una medida *extrajudicial* en un 37,5% de las ocasiones se gestionó para las mujeres, frente a un 7,6% de los varones. En proporción similar fueron *archivados* expedientes en ambos sexos (11,4% varones vs 12,5% mujeres).

Tabla 32. Intervenciones judiciales realizadas en los expedientes según sexo

	Varón		Mujer		Total	
	N	%	N	%	N	%
Judicial	85	81,0	20	50,0	105	72,4
Extrajudicial	8	7,6	15	37,5	23	15,9
Archivados	12	11,4	5	12,5	17	11,7
Total	105	100,0	40	100,0	145	100,0

A continuación, en la Tabla 33, se muestran las intervenciones judiciales realizadas, según la edad de los menores denunciados por violencia filio-parental.

Del mismo modo que lo reflejado anteriormente respecto al sexo, en ambas franjas de edad y en proporciones similares se llevó a cabo el procedimiento judicial *ordinario* como intervención jurídica principal, en un 72% para los menores de 14-15 años y en un 72,6% para los menores de 16-17 años. Con los más mayores se gestionaron más soluciones *extrajudiciales* (20%) que con los más pequeños (8%) y de forma contraria, fueron *archivados* más asuntos de menores con edades más tempranas (20%) que de los jóvenes con mayor edad (7,4%).

Tabla 33. Intervenciones judiciales realizadas en los expedientes según edad

	14-15 años		16-17 años		Total	
	N	%	N	%	N	%
Judicial	36	72,0	69	72,6	105	72,4
Extrajudicial	4	8,0	19	20,0	23	15,9
Archivados	10	20,0	7	7,4	17	11,7
Total	50	100,0	95	100,0	145	100,0

Generalmente suele existir un acuerdo entre la medida que orienta el Equipo Técnico con respecto a la medida impuesta en sentencia por el Juez. Las Tablas 34 y 35, reflejan que en nuestro estudio la convivencia con grupo educativo fue la medida propuesta en un 52,4% de las ocasiones. En un 9% se orientó Libertad Vigilada y en un 11% otro tipo de medidas de las que promulga el artículo 7 de la Ley del menor, incluyendo el internamiento terapéutico, internamiento semiabierto y la prohibición de acercarse o comunicarse con la víctima, como las medidas con mayor incidencia en este apartado.

En la Tabla 34, se muestra la orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico, atendiendo al sexo de los menores denunciados por violencia filio-parental.

Los resultados señalan que la medida de convivencia con grupo educativo se adoptó en mayor proporción para los varones (58,1%) que para las mujeres (37,5%). La libertad vigilada es la siguiente medida más solicitada para imponer a los menores de ambos sexos, en un 10,5% y 5%, respectivamente. Encontramos además que a un 12,4% de los varones y a un 7,5% de las mujeres se les aplican diversas medidas que promulga la LORPM. Se observa que la mitad de las mujeres analizadas no fueron susceptibles de orientación de medida judicial y en un 19% de los casos ocurrió lo mismo con los varones, entendiendo que parte de esos menores realizaron una solución extrajudicial o fueron archivados.

Tabla 34. Orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico según sexo

	Varón		Mujer		Total	
	N	%	N	%	N	%
Convivencia con grupo educativo	61	58,1	15	37,5	76	52,4
Libertad vigilada	11	10,5	2	5,0	13	9,0
Otros	13	12,4	3	7,5	16	11,0
Ninguna	20	19,0	20	50,0	40	27,6
Total	105	100,0	40	100,0	145	100,0

En la Tabla 35, se muestra la orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico, según la edad de los menores denunciados por violencia filio-parental.

De igual manera que con respecto al sexo, se constata que en ambas franjas de edad, la medida más orientada por parte del Equipo Técnico, en más de la mitad de los casos, es la convivencia con grupo educativo en un 56% para los menores con edades comprendidas entre los 14-15 años y en un 50,5% para los que tienen entre 16-17 años. La libertad vigilada fue propuesta en el 2% de los casos para los más pequeños y en el 12,6% para los más mayores. Por otro lado, se observa que la medida de internamiento ordinario o terapéutico fue la elegida el 14% de las ocasiones para los menores de edad inferior y el 9,5% para los de edad superior. Es destacable que en un 28% y 27,4%, respectivamente no se orientó medida alguna.

Tabla 35. Orientación de la medida solicitada por el Equipo Técnico según edad

	14-15 años		16-17 años		Total	
	N	%	N	%	N	%
Convivencia con grupo educativo	28	56,0	48	50,5	76	52,4
Libertad vigilada	1	2,0	12	12,6	13	9,0
Otros	7	14,0	9	9,5	16	11,0
Ninguna	14	28,0	26	27,4	40	27,6
Total	50	100,0	95	100,0	145	100,0

En la Tabla 36, se muestran los resultados de frecuencia relativos a la Orientación de la medida judicial según la sentencia, atendiendo al sexo de los jóvenes.

Los resultados indican que la medida más frecuente en varones y mujeres es la convivencia con grupo educativo, seguido de la libertad vigilada. La medida de convivencia con grupo educativo, supone el 49,5% en el varón y el 35% en la mujer. Y la medida de libertad vigilada, el 27,6% en el varón y el 10% en la mujer.

Tabla 36. Orientación de la medida según Sentencia Judicial atendiendo al sexo

MEDIDAS JUDICIALES	Varón		Mujer	
	<i>n</i>	%	<i>n</i>	%
Convivencia con grupo educativo	52	49,5	14	35
Libertad vigilada	29	27,6	4	10
En trámite	4	3,8	2	5
Ninguna	20	19	20	50
Total	105	100	40	100

Asimismo, los datos obtenidos tras efectuar la *t de Student*, concluyen que no se constatan diferencias significativas entre varones y mujeres en la Orientación de la medida judicial según la sentencia ($t(103, 24,08) = -0,291, p = 0,771$).

A continuación, en la Tabla 37 se muestran los resultados de frecuencia relativos a la Orientación de la medida judicial según la sentencia, atendiendo la edad de los jóvenes.

Los datos señalan que la medida más frecuente en los dos intervalos de edad es la convivencia con grupo educativo, seguido de la libertad vigilada. La medida de convivencia con grupo educativo, supone el 52% en los jóvenes de 14-15 años y el 42,1% en los jóvenes de 16-17 años. Y la medida de libertad vigilada, el 16% en el intervalo de 14-15 años y el 26,3% en el rango de edad de los 16-17 años.

Tabla 37. Orientación de medida según Sentencia Judicial según la edad

MEDIDAS JUDICIALES	14-15 años		16-17 años	
	<i>n</i>	%	<i>n</i>	%
Convivencia con grupo educativo	26	52	40	42,1
Libertad vigilada	8	16	25	26,3
En trámite	2	4	4	4,2
Ninguna	14	28	26	27,4
Total	50	100	95	100

Igualmente, los datos obtenidos tras efectuar la *t de Student*, concluyen que no se evidencian diferencias significativas entre los jóvenes de 14-15 años y los de 16-17 años en la Orientación de la medida judicial según la sentencia ($t(103, 71,45) = -0,749, p = 0,456$).

Por tanto, se confirma la Hipótesis 9, dado que la medida judicial habitualmente impuesta a los menores denunciados por violencia filio-parental es la modalidad de convivencia con grupo educativo, no existiendo diferencias significativas según el sexo y la edad.

Para finalizar este apartado, señalamos los recursos institucionales donde los padres acuden a para intentar solventar el problema de conducta presentado por sus hijos, antes de llegar a la jurisdicción de menores.

Antes de llegar a la jurisdicción de menores, los padres suelen acudir a distintos recursos institucionales a solicitar ayuda para solventar el problema de conducta presentado por sus hijos. Principalmente, los progenitores de los menores evaluados recurrieron a instituciones públicas frente a los recursos privados.

Tres instituciones públicas son las más solicitadas por los padres que fueron víctimas de agresión por sus descendientes: Servicios Sociales, siendo incorporados a los programas de atención a la familia de su localidad de referencia, Salud Mental y Educación, implicándose con la familia tanto los Equipos Directivos como los

Departamentos de Orientación, en este caso. En la práctica diaria, lo más habitual es que los progenitores acudan a más de un recurso en busca de soluciones ante el comportamiento inadecuado de sus hijos con ellos.

En la Tabla 38, mostramos los recursos institucionales, atendiendo al sexo de los menores denunciados por violencia filio-parental.

Tabla 38. Recursos institucionales según sexo

	Varón		Mujer		Total	
	N	%	N	%	N	%
Servicios Sociales de Base	15	14,3	1	2,5	16	11,0
Departamento de Orientación Educativa	-	-	5	12,5	5	3,4
Salud Mental	13	12,4	4	10,0	17	11,7
Consulta de Psicología	12	11,4	5	12,5	17	11,7
Más de uno	51	48,6	14	35,0	65	44,8
Ninguno	14	13,3	11	27,5	25	17,2
Total	105	100,0	40	100,0	145	100,0

En la Tabla 38 se observa que el 11% visitaron los Servicios Sociales de Base en busca de ayuda, en un 3,4% apelaron al centro educativo, en concreto al Departamento de Orientación, y el 11,7% la Unidad de Salud Mental de su zona. También debemos señalar, que en un 44,8% las familias utilizaron más de una institución de carácter público para solucionar la conflictividad de sus hijos, si bien en un 11,7% lo hicieron ante un recurso privado y en un 17,2% la Fiscalía de Menores fue la primera y única alternativa.

En cuanto al sexo, cuando los progenitores de los hijos varones acuden solamente a un único recurso institucional, los Servicios Sociales de Base son el medio principal para demandar ayuda en un 14,3%, seguido de Salud Mental en un 12,4% de los casos y la consulta privada de Psicología en un 11,4%. No se constata la presencia de padres de hijos varones que hayan pedido ayuda exclusivamente en el centro educativo. Sin embargo, en el caso de las hijas, el Departamento de Orientación del centro educativo junto a la psicoterapia privada, son los principales recursos donde se demanda ayuda

(12,5%). Así mismo, en el caso de las mujeres, los resultados señalan que el 10% acuden a Salud Mental y en menor proporción a los Servicios Sociales (2,5 %).

Los progenitores de los menores infractores, tantos de los varones (48,6%) como de las mujeres (35,0%), suelen acudir a más de un recurso en busca de ayuda para sus hijos ante la conducta desajustada, previo a la jurisdicción de menores.

Por otra parte, la Tabla 38 refleja cómo en un 13,3% de los expedientes de varones y en un 27,5% de los expedientes de mujeres, los progenitores no recurren a ninguna institución previa a la Fiscalía de Menores.

En la Tabla 39, se muestran los recursos institucionales, según la edad de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental.

Tabla 39. Recursos institucionales según edad

	14-15 años		16-17 años		Total	
	N	%	N	%	N	%
Servicios Sociales de Base	6	12,0	10	10,5	16	11,0
Departamento de Orientación Educativa	2	4,0	3	3,2	5	3,4
Salud Mental	11	22,0	6	6,3	17	11,7
Consulta de Psicología	7	14,0	10	10,5	17	11,7
Más de uno	20	40,0	45	47,4	65	44,8
Ninguno	4	8,0	21	22,1	25	17,2
Total	50	100,0	95	100,0	145	100,0

La Tabla 39 refleja que tanto en la franja de edad entre los 14-15 años (40,0%) y 16-17 años (47,4%), suelen acudir a más de un recurso en busca de ayuda para sus hijos ante la conducta desajustada, previo a la jurisdicción de menores.

Al igual que ocurre cuando se comparan por sexos, en ambas franjas de edad estudiadas se observa que tanto los padres de los menores más pequeños como de los más mayores acuden a más de una institución en busca de ayuda para paliar el

comportamiento de sus hijos, si bien no piden ayuda en ningún recurso el 8% y 22,1%%, respectivamente.

En el caso de solicitar la asistencia de un solo recurso, los menores con edades comprendidas entre los 14-15 años acuden principalmente a Salud Mental (22%) y a consultas de Psicología privadas (14%). Los Servicios Sociales de Base y el Departamento de Orientación le siguen en orden de preferencia para los padres de menores entre 14-15 años, al primero acuden el 12% y el 4% al segundo. Por otro lado, los resultados informan que los padres con hijos entre 16-17 años demandan ayuda en igual proporción a los Servicios Sociales de Base y a las consultas de Psicología privadas (10,5%), seguido de Salud Mental (6,3%) y el Departamento de Orientación (3,2%).

CAPÍTULO IX:

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

9.1 Discusión y Conclusiones

A lo largo de este apartado mostraremos las principales conclusiones obtenidas de los análisis estadísticos llevados a cabo con objeto de poner a prueba nuestras hipótesis de la investigación.

No debemos olvidar que la finalidad última de esta Tesis Doctoral es aportar un mayor conocimiento sobre las características psicosociales y clínicas de los jóvenes infractores por violencia filio-parental; así como del abordaje y tratamiento que se da a los menores denunciados por violencia filio-parental desde jurisdicción de menores.

A raíz de la investigación podemos concluir la importancia que tiene la familia en el desarrollo y mantenimiento de la violencia filio-parental, así como otros factores de riesgo de carácter personal y clínico. Sin embargo, debemos señalar que no hemos podido identificar ningún aspecto en concreto que sea lo suficientemente significativo para explicar la violencia filio-parental.

En cuanto a la hipótesis 1, en la que se plantea que los jóvenes denunciados por violencia filio-parental presentan dificultades en el contexto familiar, personal y social (relaciones con los iguales, conducta violenta, consumo de sustancias, problemas de disciplina escolar...), se confirma la primera de las hipótesis.

Tal y como podemos comprobar los jóvenes denunciados por violencia filio-parental presentan dificultades en el contexto familiar, personal y social. Predominan unas relaciones sociales conflictivas, pudiendo estas suponer una influencia negativa para

su conducta, mayor presencia de conductas agresivas en las relaciones con los iguales y en la dinámica familiar, el consumo de alcohol/drogas que, aunque es ocasional en muchos de los jóvenes, puede suponer un riesgo potencial, al igual que problemas de disciplina y absentismo escolar. Nuestros resultados van en la misma línea de la investigación realizada por Martínez (2017). Los adolescentes de este estudio tenían como grupo de amigos a otros jóvenes que manifestaban conductas de riesgo, presentaban un consumo abusivo de sustancias tóxicas, mostraron un bajo rendimiento académico y absentismo escolar en un elevado porcentaje de los casos, desafiando a la autoridad en el contexto educativo, conflictividad en el aula y expulsiones del centro escolar.

En lo que respecta a la hipótesis 2, donde planteamos que los jóvenes denunciados por violencia filio-parental dirigen la agresión principalmente hacia sus madres, no existiendo diferencias según el sexo y la edad, la hipótesis se confirma parcialmente.

La Tesis Doctoral pone de manifiesto que tanto los varones como las mujeres denunciados por violencia filio-parental, dirigen la agresión principalmente a sus madres en los diferentes rangos de edad. Sin embargo, sí se aprecian diferencias según el sexo. Son las mujeres denunciadas por violencia filio-parental, las que agreden en mayor medida a sus madres, comparativamente con los varones. En esta misma línea, los resultados de la investigación realizada por Rodríguez-Martín (2014), pusieron de manifiesto que en el 81,6% de los casos fue la madre la víctima principal.

En cuanto a la hipótesis 3, en la que planteamos que la violencia filio-parental se manifiesta en mayor medida en el varón que en la mujer, se confirma nuestra hipótesis. Se evidencia una mayor presencia de agresores varones que de mujeres.

Son varias las investigaciones que señalan que la violencia filio-parental es un fenómeno eminentemente masculino (Bobic, 2004; Calvete et al., 2011; Cottrell y Monk, 2004; Gallagher, 2009; García y Cerezo, 2017; Holt, 2013; Ibabe et al., 2009; Routt y Anderson, 2011; Stewart, Burns y Leonard, 2007; Walsh y Krienert, 2007; 2009). Sin embargo, hay estudios que señalan que existe una distribución similar entre varones y mujeres (Castañeda, 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Nowakowski y Mattern, 2014) y estudios llevados a cabo con población adolescente no clínica que ponen de manifiesto una mayor prevalencia en las mujeres (Calvete y Orue, 2016).

Tal y como señalan algunas investigaciones, las diferencias en cuanto a la prevalencia de la violencia filio-parental según el sexo, pueden venir determinadas por la diferenciación en la forma de ejercer la violencia, en tanto que las mujeres tienden a emitir conductas internalizantes, mientras que los varones tienden a producir conductas externalizantes, manifestándose principalmente en violencia física (Calvete et al., 2014; Contreras y Cano, 2014; Kennair y Mellor, 2007), lo que aumenta la probabilidad de que sea más denunciado en el varón que en la mujer (Gallagher, 2008).

Asimismo, Ortega (2017) señala que la proporción de mujeres denunciadas por violencia filio-parental ha aumentado en los últimos años. En el año 2006 representó el 19,6% de mujeres denunciadas y en el 2014 aumentó al 34,5 %.

En cuanto a la hipótesis 4, en la que nos planteamos que la conducta agresiva dirigida hacia ambos padres se incrementa a medida que aumenta la edad de los jóvenes, los resultados del estudio confirman la hipótesis.

Tras la investigación, los análisis realizados nos llevan a aceptar la hipótesis, puesto que en nuestro estudio se observa que incrementa la conducta agresiva dirigida hacia ambos padres a medida que aumenta la edad de los menores, dato que también se constata en la investigación realizada por Eckstein (2004) y Kennair y Mellor (2007), quienes ponen de manifiesto que la violencia a ambos progenitores acrecienta a medida que se van haciendo mayores. En esta misma línea, Ortega (2017) evidencia que a los 17 años es cuando es mayor la tasa de menores denunciados por violencia hacia los padres, si bien incide en dos aspectos importantes, uno es que se refleja una tendencia al alza de los jóvenes de menor edad y otra que, el porcentaje de jóvenes mayores de edad atendidos por violencia ascendente se reduce considerablemente.

Existe un amplio consenso en señalar que la violencia filio-parental se manifiesta especialmente entre los 15 y 16 años (Contreras y Cano, 2014; Martínez, 2017; Nowakowki y Mattern, 2014; Routt y Anderson, 2011).

En nuestra investigación, condicionada por la edad penal, los varones de 16-17 años representan el grupo más desadaptativo. Tal y como señalan García y Cerezo (2017), la conflictividad en las relaciones sociales puede favorecer el desarrollo de conductas

disfuncionales en los jóvenes. Asimismo, la literatura constata que los jóvenes agresores suelen relacionarse con iguales con dinámicas familiares similares en sus hogares (Calvete et al., 2011; Hong et al., 2012; Kennedy et al., 2010; Rechea et al., 2008).

Respecto al consumo de sustancias, tal y como señala Sancho (2016), se trata de un aspecto al que se le dedica gran atención en la literatura, relacionándolo con la violencia contra los progenitores (Calvete et al., 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2009; Kennair y Mellor, 2007; Routt y Anderson, 2011).

Los resultados de nuestro estudio ponen de manifiesto la presencia de consumo ocasional de sustancias en un elevado número de jóvenes (alrededor del 60%-70% según el sexo), siendo mayor la presencia a los 16-17 años, dato que también se evidencia en las investigaciones realizadas por Ibabe et al., (2007), Romero et al., (2007) y Rodríguez-Martín (2014). Sancho (2016) señala un elevado consumo en los adolescentes que ejercen violencia a sus padres. Destaca que no existen diferencias de género y argumenta que el consumo de cannabis, alcohol y/o tabaco agrava el riesgo de que se produzca agresión a los padres de forma general y en particular el sufrir violencia económica por la necesidad de financiar el consumo, y violencia verbal por el enfrentamiento de padres e hijos. Sin embargo, también comprobamos que existe un importante número de casos de violencia filio-parental donde no se constata la presencia de consumo de sustancias, dato que también pone de manifiesto Ortega (2017). Tal y como señala Calvete et al., (2013), se precisa una mayor investigación en este sentido.

Por otra parte, diferentes estudios señalan que la conflictividad con profesores e iguales y los problemas de disciplina en el contexto educativo pueden llegar a actuar como predictores de la violencia filio-parental (Cottrell, 2004; Holt, 2013; Ibabe et al., 2007; Kennair y Mellor, 2007; Rechea et al., 2008; Routt y Anderson, 2011). Los resultados de la Tesis Doctoral van en la misma línea de estas investigaciones. Los problemas de disciplina escolar aparecen presentes en ambos sexos y en los dos grupos de edad establecidos, con una importante presencia de absentismo escolar en los jóvenes.

Asimismo, los progenitores no saben identificar el origen de la violencia, pero gran parte de ellos la sitúan al inicio de la etapa de la Educación Secundaria e incluso en

el último ciclo de la Educación Primaria, siendo entonces subestimada por los padres (Castañeda, 2014; Estévez, 2016).

En cuanto a las hipótesis 5 y 6, donde se señala que las familias de los menores denunciados por violencia filio-parental, presentan desajustes en el vínculo conyugal, y se caracterizan por un estilo educativo permisivo. Los resultados de nuestro estudio nos permiten confirmar ambas hipótesis.

En cuanto a las características de las familias, nuestro estudio, al igual que diferentes investigaciones muestra que la media de edad para los padres se sitúa entre los 40 y 50 años (Holt, 2013; Morán, 2013; Stewart et al., 2007; Martínez, 2017; Walsh y Krienert, 2007).

Asimismo, en la misma línea del estudio de Cuesta (2017) y Sancho (2016), en nuestro estudio las familias son principalmente biparentales, seguidas de las monoparentales, si bien encontramos estudios que señalan lo contrario, aunque con escasa diferencia (Martínez, 2017). La relación de pareja es negativa en un 44% de los casos, con sospecha de violencia de género en un 13,8%. Por tanto, podemos señalar en relación con la hipótesis 5, que son muchas las familias que presentan desajustes en el vínculo conyugal, circunstancia que favorece la falta de supervisión sobre los hijos y la ausencia de un clima familiar positivo. Martínez (2017) en su trabajo señala que en el 77% de las familias existen conflictos familiares abiertos entre diferentes miembros del sistema familiar y el 27.6% refieren haber vivido situaciones de maltrato ocasionadas por su pareja.

Respecto al nivel de estudios de los progenitores, según la procedencia de las investigaciones, los resultados son dispares (Sancho, 2016). Los trabajos realizados con muestras procedentes de la jurisdicción de menores reflejan familias con un nivel socioeconómico bajo (Ridaura, 2014; Stewart et al., 2007) o medio (Romero et al., 2007), sin embargo, estos estudios no detallan el nivel de estudios de los padres. En nuestro caso, comprobamos que el fenómeno que nos ocupa no atiende al nivel educativo de los progenitores, aunque es más frecuente entre aquellos que sólo han realizado Educación Primaria. Llama la atención el elevado número de padres con formación universitaria, en la misma línea que Sancho (2016).

En cuanto al estilo educativo de los padres, los resultados de nuestra investigación ponen de manifiesto que la mayoría de los menores infractores son educados según un estilo permisivo por parte de alguno de sus padres, donde no existe un establecimiento claro de normas y límites al comportamiento de sus hijos, cediendo ante cualquier demanda de estos, que no admiten un no por respuesta y desarrollan actitudes tiránicas hacia sus padres. Por tanto, podemos señalar que se confirma la hipótesis 6. En este sentido, la investigación realizada por Ibabe et al., (2007) con una muestra judicial, halló mayor permisividad en las madres que en los padres, dato que también se constata en nuestra investigación y Rodríguez-Martín (2014) afirma que el estilo educativo permisivo-indulgente es el más empleado por ambos progenitores en un 44% de los casos, hallando diferencias individuales en cada progenitor.

Son varios los estudios que destacan el estilo permisivo como el más frecuente en los progenitores (Contreras y Cano, 2014, Hong et al., 2007, Kennair y Mellor, 2007, Pereira y Bertino, 2009, Rechea et al., 2008, Romero et al., 2007). Algunos trabajos como el de Holt (2013) justifican este estilo educativo como una reacción al comportamiento conflictivo y violento del joven, más que la causa de este.

En relación al consumo de sustancias tóxicas por parte de los progenitores, en la misma línea de la investigación realizada por Rosado et al., (2017), no hallamos relación entre la violencia filio-parental y el consumo de alcohol o drogas por parte de los padres. Y en cuanto a la presencia de psicopatología en los progenitores, tampoco hallamos resultados lo suficientemente significativos que relacionen la violencia filio-parental con trastornos psicológicos en los padres. Sin embargo, varios estudios consideran que, cuando se dan problemas de conducta en los menores, existe una psicopatología asociada en los progenitores (Costello, Farmer, Angold, Bums y Erkanli, 1997; Wasserman et al., 2003). En nuestro estudio, sí podemos concluir, al igual que Sancho (2016), que las madres manifiestan mayor problemática psicológica que los padres, estando estas alteraciones principalmente relacionadas con trastornos del estado de ánimo, pero sin poder explicar si son previas o posteriores al comportamiento abusivo de sus hijos.

En la hipótesis 7 nos planteamos que los jóvenes involucrados en delitos de violencia filio-parental no presentan psicopatología, y teniendo en cuenta los resultados obtenidos en el inventario de personalidad aplicado (PAI-A) se confirma la hipótesis.

En cuanto a las características clínicas de los jóvenes, son escasos los estudios que centran su interés en la posible psicopatología de los menores que agreden a sus padres y los que lo hacen los resultados son muy dispares. Sancho (2016) señala que no existe demasiada investigación epidemiológica, respecto a los problemas de salud mental de los adolescentes implicados en violencia filio-parental pese a ser señalado como un factor de riesgo. En el estudio realizado por Rodríguez-Martín (2014), sólo al 17,4% de los menores que agredieron a sus padres se les diagnosticó un trastorno psicológico, y de ellos la mitad fueron por un trastorno relacionado con el consumo de sustancias. Para Ibabe y Jaureguizar (2011) el TDAH es el trastorno que más destaca como predictor de la violencia filio-parental.

Holt (2013), señala que existe la creencia de que los comportamientos abusivos y violentos son patológicos y que, por tanto, son causados por trastornos de la personalidad u otros trastornos psicológicos. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes que ejercen violencia filio-parental no presentan trastorno mental alguno (Cottrell, 2001), aunque por parte de los padres exista la necesidad de buscar un diagnóstico para justificar la conducta desajustada.

Según Nock y Kadzin (2002), los menores con violencia filio-parental estudiados en el ámbito de la Justicia de Menores no difieren en trastornos de conducta, conductas antisociales no agresivas, exteriorización general de problemas y en el resto del funcionamiento psicológico de otros menores que no ejercen violencia filio-parental y también se encuentran en el sistema de justicia juvenil.

El estudio llevado a cabo por Ibabe (2012) con una muestra judicial, puso de manifiesto que el 77% de los menores no presentaba ningún problema de salud mental; y Nowakowski et al., (2014) y Sancho (2016) concluyeron que el 75% de los adolescentes involucrados en delitos de violencia filio-parental no presentan psicopatología.

En esta misma línea, nuestra investigación, utilizando el PAI-A, no ha puesto de manifiesto puntuaciones especialmente significativas en las escalas clínicas. Por tanto la hipótesis 7 se confirma, sin embargo, destacan ligeramente algunos rasgos por encima de la media en la muestra global, tales como ansiedad, depresión, rasgos límites y problemas con las drogas, así como actitudes agresivas físicas, de resentimiento (predisposición a detectar injusticias por parte de los otros) y conductas antisociales.

Algunos jóvenes, tienen alguna dificultad para afrontar con eficacia el estrés, la ansiedad y tensión que les pueden generar algunas situaciones. También, presentan alguna queja puntual que les hace tener una visión pesimista de la vida y mostrarse malhumorados o insatisfechos y, en algunas ocasiones, inestables emocionalmente e impulsivos y con ciertas incertidumbres que superan la ambigüedad propia de la etapa que atraviesan. Estos comportamientos pueden acarrearles algunas dificultades en el contexto social y/o escolar.

Al igual que en nuestro estudio, Ibabe et al., (2007, 2009), Calvete et al., (2014), Laurent y Derry (1999), Pereira y Bertino (2009) y Martínez et al., (2013) destacan la presencia de distrés emocional, que puede expresarse a través de ansiedad y depresión, y trastornos de conducta, en algunos jóvenes. Sin embargo, González-Álvarez (2012) señala que la presencia de esta sintomatología es escasa.

En lo que respecta a la hipótesis 8, donde se plantea que existen diferencias significativas en las características de la personalidad de los jóvenes denunciados por violencia filio-parental según el sexo y la edad, concluimos que se confirma parcialmente.

Respecto a las diferencias entre varones y mujeres en las escalas clínicas, comprobamos que las puntuaciones de las mujeres son mayores en ansiedad y trastornos relacionados como el estrés postraumático, depresión, paranoia en todos sus niveles (hipervigilancia, persecución y resentimiento) y en rasgos límites donde predominan la alteración de la identidad y las relaciones interpersonales problemáticas, así como una mayor percepción del estrés. Por otro lado, en los varones destacan las puntuaciones en fobias, nivel de actividad, indiferencia social, autoagresiones, rasgos antisociales, egocentrismo, problemas con las drogas y agresión física.

A nivel de ansiedad, las mujeres experimentan mayor grado de estrés y preocupación, mostrando emocionalmente mayor sensibilidad, aprehensión y tensión que los varones. Sin embargo, en las subescalas de ansiedad, no apreciamos diferencias en la expresión de la ansiedad cognitiva, emocional y fisiológica entre varones y mujeres. Lo que si se evidencia es una mayor presencia del estrés postraumático en la mujer, relacionado con experiencias problemáticas asociadas a algún evento traumático perturbador. Perera (2006), en su estudio, considera la ansiedad el trastorno más prevalente.

Asimismo, en la escala de paranoia, comprobamos que las jóvenes expresan mayor resentimiento que los varones, se sienten insultadas con mayor facilidad y tienden a responder con rencor hacia las partes causantes de las ofensas, mostrando mayor suspicacia y desconfianza.

Y en los rasgos límites, hallamos que las jóvenes tienden a dudar sobre asuntos vitales importantes, mostrando mayor incertidumbre sobre aspectos de la vida y manifestando relaciones más inestables, ambivalentes e incluso problemáticas en algunos casos. Las investigaciones de Calvete et al., (2014), Ibabe et al., (2007), Laurent y Derry (1999), Pereira y Bertino (2009) y Royo (2008), también hallaron rasgos límites en las mujeres.

En cuanto a los varones, comprobamos que algunos adolescentes tienen una historia de conductas antisociales y han manifestado algún trastorno de conducta desde el comienzo de la adolescencia, dato que también se confirma en las investigaciones de Ibabe et al., (2007), Pereira y Bertino (2009), Price (1996) y Royo (2008).

Asimismo, destacamos la presencia de consumo de drogas en varios de los varones, pudiendo haber sufrido alguna consecuencia adversa como resultado de ello.

Y en cuanto a la agresión, la puntuación media es superior en los varones que, en las mujeres, siendo más propensos a expresar físicamente su ira, rompiendo objetos o con confrontaciones físicas, que mediante agresividad verbal. En esta misma línea, Kethineni (2004), con una muestra de judicial, encontró la presencia de ira en un 27,7% de los menores.

Respecto a las escalas clínicas según la edad de los jóvenes, comprobamos que, aunque existen algunas diferencias entre 14-15 años y 16-17 años en los trastornos somatomorfos, ansiedad, trastornos relacionados con la ansiedad, esquizofrenia, rasgos límites y antisociales y problemas con el alcohol y drogas, en general las puntuaciones se sitúan alrededor de la media en los dos intervalos de edad.

Kethineni (2004), en su estudio, halló una mayor presencia de rasgos antisociales, en los jóvenes de mayor edad. Es interesante destacar también, que en la escala estrés, la puntuación es mayor en los jóvenes de 16-17 años. En cambio, en la escala rechazo al tratamiento la media es más elevada en los de 14-15 años, siendo los jóvenes de mayor edad los que reconocen mayores dificultades en su día a día y perciben mayor necesidad de ayuda para tratar sus problemas.

Y, por último, en la hipótesis 9, donde nos planteamos que la medida judicial habitualmente impuesta a los menores denunciados por violencia filio-parental es la modalidad de convivencia con grupo educativo, no existiendo diferencias significativas según el sexo y la edad, los resultados de la investigación confirman esta hipótesis.

En cuanto a las medidas judiciales que les son impuestas a los jóvenes denunciados por violencia filio-parental en sentencia, comprobamos que destaca principalmente la modalidad de convivencia con grupo educativo tanto en varones y mujeres como en los dos grupos de edad, seguida de la libertad vigilada.

Tal y como señalan Esteve (2009) y Aguirre (2000) la medida de convivencia con grupo educativo se utiliza mucho en la justicia de menores anglosajona, habiendo demostrado resultados eficaces.

No obstante, otros trabajos plantean la libertad vigilada como la medida más aplicada (Abadías, 2015; Fernández, 2015; García y Cerezo, 2017; Rodríguez-Martín, 2014; Romero et al., 2007), en ocasiones condicionada por la falta del recurso de convivencia con grupo educativo en algunas Comunidades Autónomas o porque este empieza a saturarse en las provincias que disponen de él.

En la Memoria de la Fiscalía del 2014, se alude al Dictamen 6/2013 que analiza los supuestos de aplicación de esta medida, solicitando que debe evitarse postularla cuando se prevea un riesgo razonable de incumplimiento, teniendo en cuenta la trayectoria delictiva o problemática específica del menor (p. ej., drogadicción), pues además del fracaso individual puede ponerse en riesgo el normal desenvolvimiento del grupo de convivencia. A este respecto la Memoria de la Fiscalía de 2017 propone descartar esta medida cuando se observan factores de drogadicción y psicopatología en los menores.

A modo de conclusión, en base a los resultados de nuestra investigación, podemos señalar que el perfil del menor infractor por violencia filio-parental es el siguiente:

- Varón de nacionalidad española que tiene entre 16-17 años.
- Agresiones en mayor medida hacia las madres.
- Manifiesta violencia física.
- Está escolarizado, cursando el primer ciclo de ESO y no suele ser absentista, aunque tiende a mostrar un comportamiento inadecuado en el aula.
- Su conducta es agresiva no sólo en el ámbito familiar, sino también en su entorno social, donde la relación con sus iguales es negativa y marcada por el consumo de sustancias tóxicas, principalmente de cannabis.
- No destaca psicopatología significativa, si bien con cierta probabilidad puede presentar ansiedad o depresión con manifestaciones tanto a nivel cognitivo como emocional y fisiológico, se aprecia tendencia al resentimiento y a mostrar rasgos límites de la personalidad y conductas antisociales, y se reafirma en problemas con las drogas.
- Reconoce la necesidad de ayuda para afrontar cambios en su día a día.
- Los progenitores suelen acudir a más de un recurso institucional en busca de ayuda para su hijo (SSB, Centro educativo, Salud Mental o consulta privada de Psicología) antes de denunciarlo.
- En la Jurisdicción de menores se lleva a cabo una intervención judicial y el Equipo Técnico suele orientar a los operadores jurídicos la medida de Convivencia con Grupo Educativo como la más conveniente para el menor denunciado, siendo refrendada en sentencia por el Juez de menores.

Y en cuanto a las familias estudiadas, destacan las siguientes características:

- El menor pertenece a una familia biparental, que presenta conflictividad en su relación de pareja.
- La edad media de los progenitores se sitúa en la cuarentena.
- El estilo educativo ejercido con su hijo está basado en el fomento de sus demandas y caprichos, primando la permisividad.
- Los padres no suelen presentar psicopatología, ni consumo de sustancias tóxicas, aunque pueden presentar alteraciones afectivo-emocionales a consecuencia del comportamiento de sus hijos.

La presente Tesis Doctoral contribuye a tener una visión general no solo de las características psicosociales y familiares de los menores infractores, sino de la sintomatología clínica que más incide entre ellos, para ser tomada en cuenta a la hora de orientar la medida judicial y poder intervenir desde los primeros momentos, ya que dicha intervención va a estar condicionada por el peso específico que le demos a unos factores u otros, atendiendo a programas multicomponentes tanto a nivel preventivo como terapéutico, como sugieren González, Morán y García (2011).

Siguiendo el modelo ecológico, podemos afirmar que los factores estudiados no explican por sí solos el fenómeno de la violencia filio-parental. Tal y como señala López (2011), los factores estudiados no son razones de la violencia, sino justificaciones de ésta.

Es una pretensión de esta Tesis Doctoral hacer una llamada de atención a todos los agentes sociales implicados ante este tipo de violencia, para lograr consensuar acuerdos y establecer colaboraciones en una misma dirección.

Es fundamental hacer llegar a los padres la importancia de su rol educativo y la necesidad de establecer pautas de conductas coherentes y consistentes, donde se fomente la cercanía afectiva y se facilite la comunicación con sus hijos.

Los operadores jurídicos deben aplicar, siempre que sea posible la mediación familiar o medidas no privativas de libertad como respuesta institucional, así como programas específicos de intervención por parte de personal cualificado como psicólogos y educadores con el fin de lograr la implicación de padres e hijos, tanto de forma individual como en conjunto, aliviando asperezas y fomentando estrategias educativas que frenen la conducta violenta de los menores.

Los maestros y profesores tienen un papel fundamental en la prevención e intervención temprana de este tipo de conductas, interesaría garantizar tutorías y talleres para hijos y padres que fomentaran en buen entendimiento entre ellos, así como promover su formación como mediadores que garantice el acercamiento entre aquellas familias en las que comienzan a aparecer los conflictos parento-filiales, ya que la situación se abordaría desde un entorno habitual y cercano para los afectados.

Consideramos que este trabajo contribuye, además, a visibilizar la Jurisdicción de Menores, ya que el proceso penal goza de actuaciones reservadas con el fin de protegerles, por ello creo necesario dar a conocer tanto el trabajo de los profesionales, con sus limitaciones, como lo que desde ella se ofrece en vías de ayudarles. Se entiende que no es el ámbito deseado donde guste a las familias llegar, y las que llegan, sabemos que solo son la punta del iceberg por ello desde Justicia sólo queda intervenir en el problema, y llamar la atención para que se invierta en prevención y en espacios de ayuda donde las familias puedan acudir abiertamente.

Por todo lo expuesto, la violencia filio-parental no es sólo un problema de individuos, ni siquiera un problema familiar, sino que como hemos visto, se trata de un problema social, que nos concierne a todos y por ello se considera necesario prestar mayor atención a este problema social cada día más visible que va insertándose en nuestra sociedad a pasos agigantados. Resulta fundamental, por tanto, la coordinación entre todos los profesionales implicados en este fenómeno y entre las instituciones responsables de su abordaje como educación, justicia, servicios sociales, salud mental... dirigidos todos a un fin común: prevenir la violencia filio-parental y saber abordarla adecuadamente.

9.2 Limitaciones y futuras líneas de investigación

No queremos finalizar la investigación sin manifestar algunas de las principales *limitaciones* del trabajo y las futuras líneas de investigación.

En primer lugar, debemos señalar que los resultados obtenidos proceden de un contexto exclusivamente jurídico y de una sola provincia. Sin embargo, la muestra representa la totalidad de expedientes por violencia filio-parental tramitados en el Juzgado de Menores de Badajoz durante un extenso periodo de tiempo.

El tamaño de la muestra puede considerarse apropiado para dotar de validez científica a nuestro estudio, sin embargo, el número de participantes no es lo suficientemente amplio para que estos resultados obtenidos se puedan generalizar. La escasa denuncia de casos de violencia filio-parental a nivel jurídico dificulta tener una muestra más amplia.

En segundo lugar, es preciso señalar que a nivel nacional e internacional es escasa la literatura científica sobre la violencia filio-parental, basada en el contexto jurídico. Esto ha dificultado nuestra labor a la hora de refutar o contrastar algunas de las hipótesis de nuestro estudio en base a otras investigaciones llevadas a cabo.

En tercer lugar, la metodología empleada de tipo transversal no permite atender a la evolución de las puntuaciones presentadas por los jóvenes. Los datos obtenidos en un momento puntual impiden atender a la evolución temporal de las puntuaciones y establecer relaciones causales entre las variables que se analizan, por tanto, sería conveniente llevar a cabo un estudio longitudinal.

En cuarto lugar, debemos señalar que, en la Tesis Doctoral, se ha empleado el instrumento PAI-A en su versión experimental, por lo que en un futuro sería interesante comparar los resultados obtenidos con la versión definitiva.

Finalmente, sería pertinente operativizar de forma más precisa determinadas variables relevantes estudiadas en este fenómeno, como el tipo de conducta violenta

ejercida, la generalización de la violencia, las variables educativas como el rendimiento académico, percepción personal de malestar emocional o de psicopatología, ...

A partir de las conclusiones obtenidas, y en base a las contribuciones que nuestro estudio aporta, se pueden establecer líneas futuras de investigación que pueden resultar de interés para ampliar el campo de conocimiento científico sobre la violencia filio-parental.

Sería sin duda interesante plantear futuras investigaciones que propongan una intervención en las distintas áreas que envuelven a este fenómeno, a nivel personal, familiar y comunitario.

Sería relevante, poder aunar datos de otras provincias españolas para tener una visión más global y llegar a establecer criterios comunes que converjan en una evaluación estandarizada, objetiva y correcta en los casos de violencia filio-parental desde el ámbito jurídico.

Asimismo, sería preciso establecer una comparación respecto a la dinámica familiar y a la sintomatología clínica de los menores una vez finalizada la intervención o la ejecución de la medida aplicada, para conocer la eficacia real conseguida con la misma. Actualmente, solo sabemos que la mayoría de los jóvenes no son reincidentes, y aquellos que lo son, suele ser como una consecuencia de su comportamiento desajustado en su entorno social y no en el contexto familiar por violentar de nuevo a sus progenitores. En un futuro trabajo, se podrían establecer datos objetivos al respecto.

No son pocos los progenitores que llegan a las dependencias del Equipo Técnico en busca de asesoramiento y ayuda para aliviar la conflictividad con sus hijos, lejos de tener intención de interponer una denuncia. Por ello, sería conveniente, confeccionar una información práctica de asesoramiento que incluyera recursos disponibles donde acudir, así como pautas educativas básicas, que pudieran poner en práctica los padres, para frenar algunas de las conductas negativas experimentadas por sus hijos. Con la finalidad de devolverles el poder y control que han ido perdiendo en la relación con sus hijos, es fundamental ofrecerles al menos tres ideas esenciales:

1. Unirse juntos en un frente común: ayudar a su hijo.
2. Poner límites/normas claras de una manera firme.
3. Demostrar el afecto hacia el hijo, diciéndole lo importante que es para ellos y cuánto lo quieren.

En todo caso, si la denuncia es inevitable es muy importante desculpabilizar a los padres, haciéndoles entender que en ocasiones es el último recurso para ayudar a sus hijos, ya que pedir ayuda a tiempo no significa perder autonomía o hacer una declaración acerca de nuestra incapacidad como padres. Generalmente es un paso difícil para ellos, pero sería recomendable hacerles entender que detectar que algo funciona mal y tratar de resolverlo es la manera más eficaz para resolver el problema, y una conducta violenta en el hogar, realmente es un problema inadmisible que hay que atender.

A nivel institucional, habiéndose demostrado la eficacia de la medida de *Convivencia con Grupo Educativo* en nuestro estudio, se insta a las Administraciones competentes, a promover este recurso en otras Comunidades Autónomas, así como a desarrollar programas que han demostrado su eficacia en diferentes investigaciones, no dependiendo de subvenciones temporales, sino que se garantice su continuidad con rigor metodológico.

Dicho lo anterior y teniendo en cuenta el perfil del menor infractor resultante en esta Tesis Doctoral, interesaría en una futura investigación promover un programa de prevención e intervención en nuestra Comunidad Autónoma de Extremadura de forma interdisciplinar, haciendo uso de los resultados encontrados y dirigidos a un menor infractor tipo con características psicosociales, familiares y clínicas conocidas y aportadas en este trabajo.

Confiamos en que los resultados de nuestra investigación puedan ser el punto de partida de otras investigaciones que traten de profundizar sobre las características psicosociales y clínicas de los menores infractores por violencia filio-parental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abad, C. (2018). *La responsabilidad penal del menor*. (Trabajo fin de máster). Universidad de Alcalá de Henares, Madrid.
- Abadías, A. (2016). *La violencia filio-parental y la reinserción del menor infractor. Consideraciones penales y criminológicas*. (Tesis Doctoral). UNED.
- Adrian, M., Lyon, A. R., Oti, R., y Tininenko, J. (2010). Developmental foundations and clinical applications of social information processing: A review. *Marriage & Family Review*, 46(5), 327–345.
- Agnew, R. (1990). The Origins of Delinquent Events: An Examination of Offender Accounts. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 27, 267-94.
- Agnew, R. y Huguley, S. (1989). Adolescent violence toward parents. *Journal of Marriage and the Family*, 51(3), 699-711.
- Agustina, J. y Romero, F. (2013). Análisis criminológico de la violencia filio-parental. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 9, 225-266.
- Alcázar, M. A., García, A. y Bouso, J. C. (2008). El psicólogo forense en el Equipo Técnico de la Jurisdicción de Menores. Propuesta de protocolo de intervención. *Anuario de Psicología Jurídica*, 18, 45-60.
- Alonso, J. M., y Castellanos, J. L. (2006). Por un enfoque integral de la violencia familiar. *Intervención Psicosocial*, 15(3), 253-274.
- Álvarez, F. (2008). Mediación penal juvenil y otras soluciones extrajudiciales. *International e-journal of criminal sciences*, 2, 1-26.
- Álvarez, F. e Hidalgo, M. (1998). Mediación y justicia de menores: un enfoque psicoeducativo. *Zerbitzuan*, 34, 19-28.

- Amante, C. (2008). Abordaje legal sobre la violencia filio parental. Hijos que agreden, padres que delegan. *Jornadas sobre violencia intrafamiliar*, Valencia. Recuperado de <http://www.alteaeuropa.org/documentos/Hijos-agreden-padres-que-delegan.pdf>
- Anderson, L y Routt, G. (2004a). *Step-Up: A consueling program for teens who are violent at home. Parents group.* Recuperado de <https://www.socialservicesdatabase.com/wp-content/uploads/2019/02/parentfacilitatormanual.pdf>
- Anderson, L y Routt, G. (2004b). *Step-Up: A consueling program for teens who are violent at home. Teen group.* Recuperado de <https://www.kingcounty.gov/~media/courts/superior-court/docs/juvenile/stepUp/documents/TeenFacilitatorManual.ashx?la=en>
- Archer, J. (2004). Sex differences in aggression in real-world settings: meta-analytic review. *Review of General Psychology*, 8, 291-322.
- Aroca, C. (2010). La violencia filio-parental: una aproximación a sus claves. (Tesis Doctoral). Universitat de València (Estudio General). Facultad de Psicología.
- Aroca, C., Cánovas, P. y Alba, J.L. (2012). Características de las familias que sufren violencia filio-parental: un estudio de revisión. *Educatio Siglo XXI*, 30, 231-254.
- Aroca, C., Lorenzo, M. y Miró, C. (2014). La violencia filio-parental: un análisis de sus claves. *Anales de Psicología*, 30, 157-170.
- Aroca, C., y Garrido, V. (2005). *La máscara del amor: un programa de prevención de la violencia en la pareja*. Manual de Conocimientos del Profesorado. Valencia: CSV
- Aroca, M.C., Bellver, M. y Alba, J.L. (2012). La teoría del aprendizaje social como modelo explicativo de la violencia filio-parental. *Revista complutense de educación*, 2(23), 487-511.
- Asociación Altea-España (2008). *Violencia Intrafamiliar: Menores que Agreden a sus padres.* Recuperado de <http://www.alteaeuropa.org/documentos/PublicacionLibrodaphneII.pdf>

- Bandura, A. (1973). *Agression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs, N.J: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological Review*, 84, 191-215.
- Bandura, A. (1987). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.
- Bandura, A., y Huston, A. C. (1961). Identification as a process of incidental learning. *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 63(2), 311–318.
- Bandura, A., y Walters, R. H. (1977). *Social learning theory* (Vol. 1). Englewood Cliffs, NJ: Prentice-hall.
- Barberet, R. (1999). La investigación criminológica y la política criminal. En E. Larrauri (Ed.), *Política Criminal, Cuadernos de derecho judicial* (Vol. IV, pp 43-69). Madrid: Consejo General del Poder Judicial.
- Barbolla, D., Masa, E., y Díaz, G. (2011). *Violencia Invertida. Cuando los hijos pegan a sus padres*. Barcelona: Gedisa.
- Baumrind, D. (1967). Child cares practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology Monographs*, 75, 43-88.
- Baumrind, D. (1968). Authoritarian vs. authoritative parental control. *Adolescence*, 3, 255-272.
- Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monographs*, 4.
- Baumrind, D. (1977). Socialization determinants of personal agency. *Biennial Meeting of the Society for Research in Child Development*. New Orleans.
- Beck, A. T. (2003). *Prisioneros del odio: las bases de la ira, la hostilidad y la violencia*, 38. Grupo Planeta (GBS)

- Bell, R.Q. (1968). A reinterpretation of the direction of effects in studies of socialization. *Psychological Review*, 75, 81-95.
- Belsky, J. (1980). Child Maltreatment: An ecological integration. *American Psychologist*, 35(4), 320-335.
- Belsky, J. (1984). The determinants of parenting: A process model. *Child Development*, 55, 83- 96.
- Berkowitz, L. (1990). On the formation and regulation of anger and aggression: A cognitive-neoassociationistic analysis. *American Psychologist*, 45, 494-503.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Desclé de Brouwer
- Berns, R. M. (2011). *Child, family, school, community: Socialization and support* (9th Ed). Wadsworth, NY: Cengage
- Bertino, L., Calvete, E., Pereira, R., Orue, I. y Montes, Y. (2011). El prisma de la violencia filio-parental: diferentes visiones de un mismo fenómeno. En R. Pereira (Dir.), *Entre impotencia, resiliencia y poder: adolescentes en el siglo XXI* (pp. 361-384). Madrid: Morata.
- Binder, A., Geis, G., y Bruce Jr, D. D. (2001). *Juvenile Delinquency: Historical, Cultural & Legal Perspectives* (3rd ed). Cincinnati, OH: Anderson.
- Bobic, N. (2002). *Adolescent violence towards parents: Myths and realities*. Australia: Rosemount Youth & Family Services.
- Bobic, N. (2004). *Adolescent violence toward parents*. Sydney: Australia Domestic and Family Violence Clearinghouse.
- Bragg, H. L. (2003). *Child Protection in Families Experiencing Domestic Violence*. U.S. Department of Health and Human Services Administration for Children and Families Administration on Children, Youth and Families Children's Bureau Office on Child Abuse and Neglect. Recuperado de <https://www.childwelfare.gov/pubPDFs/domesticviolence.pdf>

- Bravo, A. (2009). Violencia y desarrollo afectivo en el contexto social. En Ríos González, J. A. (Dir.), *Personalidad, madurez humana y contexto familiar*, pp. 578-592. Madrid: CCS.
- Bravo, H. R., Ruvalcaba, N. A., Orozco, M. G., González, Y. E. y Hernández, M. T. (2018). Introducción al Modelo Ecológico del Desarrollo Humano. En N. A. Ruvalcaba y M. G. Orozco (Coords.), *Salud Mental. Investigación y reflexiones sobre el ejercicio profesional* (Vol.3, pp.91-106). Jalisco: Amateditorial Guadalajara.
- Brezina, T. (1999). Teenage violence toward parents as an adaptation to family strain. *Youth and Society* 30(4), 416-444.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *La ecología del desarrollo humano*. Madrid: Paidós.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *The ecology of human development: Experiment by nature and design*. Cambridge: Harvard University Press.
- Browne, K. D. y Hamilton, C.E. (1998). Physical violence between young adults and their parents: Associations with a History of Child Maltreatment. *Journal of Family Violence*, 13(1), 59-79.
- Brundtland, G.H. (2002). Reducing risks to health, promoting healthy life. *Jama*, 288(16), 1974-1974.
- Buel, S. (2002). Why juvenile courts should address family violence: promising practices to improve intervention outcomes. *Juvenile and Family Court Journal*, 53(2), 1-16.
- Bugental, D.B., Blue, J.B. y Cruzcosa, M. (1989). Perceived control over caregiving outcomes: Implications for child abuse. *Developmental Psychology*, 25, 532-539.
- Calvete, E. (2008). Justification of violence and grandiosity schemas as predictors of antisocial behavior in adolescents. *Journal of abnormal child psychology*, 36, 1083-1095.
- Calvete, E. (2011). Integrating sociotropy, negative inferences and social stressors as explanations for the development of depression in adolescence: Interactive and mediational mechanisms. *Cognitive Therapy and Research*, 35(5), 477-490.

- Calvete, E. (2014). Emotional abuse as a predictor of early maladaptive schemas in adolescents: Contributions to the development of depressive and social anxiety symptoms. *Child abuse & neglect*, 38(4), 735-746.
- Calvete, E. y Orue, I. (2016). Violencia filio-parental: frecuencia y razones para las agresiones contra padres y madres. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual*, 24, 481-495.
- Calvete, E., Gámez-Guadix, M. y Orue, I. (2014). Características familiares asociadas a violencia filio-parental en adolescentes. *Anales de Psicología*, 30, 1176-1182.
- Calvete, E., Orue, I. y Gámez-Guadix, M. (2013). Child-to-parent violence: emotional and behavioral predictors. *Journal of Interpersonal Violence*, 28, 754 - 771.
- Calvete, E., Orue, I. y González-Cabrera, J. (2017). Violencia filio-parental: comparando lo que informan los adolescentes y sus progenitores. *Revista de Psicología clínica con niños y adolescentes*, 4, 9-15.
- Calvete, E., Orue, I. y Sampedro, R. (2011). Violencia filio-parental en la adolescencia: características ambientales y personales. *Infancia y Aprendizaje*, 34, 349-363.
- Calvete, E., Orue, I., Gámez-Guadix, M., del Hoyo-Bilbao, J. y López de Arroyabe, E. (2015). Child-to-parent violence: an exploratory study of the roles of family violence and parental discipline through the stories told by Spanish children and their parents. *Violence and Victims*, 30, 935-947.
- Calvete, E., Orue, I., Gámez-Guadix, M., del Hoyo-Bilbao, J., y de Arroyabe, E. L. (2015). Child-to-parent violence: An exploratory study of the roles of family violence and parental discipline through the stories told by Spanish children and their parents. *Violence and victims*, 30(6), 935-947.
- Calvete, E., y Orúe, I. (2016). Violencia filio-parental: frecuencia y razones para las agresiones contra padres y madres. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual*, 24(3), 481-495

- Campbell, S. B., Shaw, D. S., y Gilliom, M. (2000). Early externalizing behavior problems: Toddlers and preschoolers at risk for later maladjustment. *Development and Psychopathology*, 12(3), 467–488
- Cardenal, V., Ortiz-Tallo, M. y Santamaría, P. (2012). *PAI-A, Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes (versión experimental)*. Madrid: TEA.
- Cardenal, V., Ortiz-Tallo, M., Campos, M. M. y Santamaría, P. (2018). *Adaptación a lengua española del PAI-A, Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes*. Madrid: TEA.
- Carlson, B. E. (1990). Adolescent observers of marital violence. *Journal of Family Violence*, 5, 285–299.
- Carrasco (2014). Violencia filio-parental: Características personales y familiares de una muestra de servicios sociales. *Trabajo social hoy*, 73, 63-78.
- Casol, L. y De Antoni, C. (2006). Família e abrigo como rede de apoio social e afetiva. En D. Dalbosco Dell’Aglío, S. Koller & M. A. Matter Yunes (Eds.), *Resiliencia e psicologia positiva: Interfaces do risco à proteção*. Sao Paulo: Casa do Psicólogo.
- Castañeda, A. (2014). *Aspectos comunes de la violencia escolar, de pareja y filio-parental en la adolescencia: un estudio cualitativo* (Tesis Doctoral). Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Castañeda, A., Garrido, M. y Lanzarote, M.D. (2012). Menores con conducta de maltrato hacia los progenitores: un estudio de personalidad y estilos de socialización. *Revista de Psicología Social* 27(12), 157-167.
- Cavell, T. (2000). *Working with parents of aggressive children: A practitioner's guide*. Washington, DC, US: American Psychological Association.
- Cervelló, V. (2009). *La medida de internamiento en el Derecho penal del menor*. Tirant lo Blanch: Valencia.
- Chamberlain, P. y Smith, D. (2003). Antisocial behaviour in children and adolescents. The Oregon multidimensional treatment foster care model. In A. Kazdin, & J. Weisz

- (Eds.), *Evidence-Based Psychotherapies for Children and Adolescents* (pp. 281–300). New York: Guilford
- Charles, A. V. (1986). Physically abused parents. *Journal of Family Violence*, 1(4), 343–355.
- Chinchilla, M. J., Gascón, E., García, J. y Otero, M. (2005). *Un fenómeno emergente: Cuando el menor descendiente es el agresor*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Recuperado en: http://www.unizar.es/sociologia_juridica/viointrafamiliar/magresor.pdf
- Circular 1/2010 de 23 de julio, sobre el tratamiento desde el sistema de justicia juvenil de los malos tratos de los menores contra sus ascendientes. Recuperado de https://www.boe.es/buscar/abrir_fiscalia.php?id=FIS-C-2010-00001.pdf
- Claver, E. (2017). Aproximación teórica a la violencia filio-parental. *Revista de psicoterapia relacional e intervenciones sociales*, 35, 21-32.
- Cochran, D., Brown, M.E., y Adams, S. (1994). Young Adolescent Batterers: A Profile of Restraining Order Defendants in Massachusetts. *Massachusetts Trial Court, Boston. Office of Commisioner of Probation*. Recuperado de <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED380731.pdf>
- Coleman, J.C. (1985). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata.
- Constitución Española. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, nº. 29 de diciembre de 1978, nº 311, pp. 29313-29424.
- Contreras, L. y Cano, C. (2014). Adolescents who assault their parents: a different family profile of young offenders. *Violence and Victims* 29, 393-406.
- Contreras, L. y Cano, C. (2015). Exploring psychological features in adolescents who assault their parents: a different profile of young offenders? *The Journal of Forensic Psychiatry and Psychology*, 26, 224-241.
- Coogan, D y Lauster, E (2015) *Responding to Child to Parent Violence in Europe – Development of Self-Efficacy Tools (Workstream 3)*. Brighton. Responding to Child

- to Parent Violence Project. Recuperado de <http://www.rcpv.eu/69-rcpv-ws3-report-final-1-may-2015-pdf/file>
- Coogan, D. (2011). Child-to-Parent Violence: Challenging Perspectives on Family Violence. *Child Care in Practice*, 17(4), 347–358.
- Coogan, D. (2012). Marking the boundaries – when troublesome becomes abusive and children cross the line in family violence. *Journal of the Family Therapy Association of Ireland*, (July), 74-86.
- Cornell, C. P., y Gelles, R. J. (1982). Adolescent to parent violence. *Urban and Social Change Review*, 15(1), 8-14.
- Costello, J. E., Farmer, E. M., Angold, A., Bums, B. J. y Erkanli, A. (1997). Psychiatric disorders among american indian and white youth in Appalachia: the great smoky mountains study. *American Journal of Public Health*, 87, 827-832.
- Costello, J.E., Farmer, E.M., Angold, A., Bums, B.J.y Erkanli, A. (1997). Psychiatric Disorders among American Indian and White Youth in Appalachia:The Great Smoky Mountains Study. *American Journal of Public Health*, 87(5), 827-832.
- Cota-Robles, S., Neiss, M. y Rowe, D. (2002). The role of puberty in violent and nonviolent Anglo American, Mexican American and African American boys. *Journal of Adolescent Research*, 17, 364-376.
- Cottrell, B (2003). Parent Abuse: The abuse of parents by their teenage children. National clearinghouse on family violence. *Population and Public Health Branch*. Ottawa, Canada: Health Canada.
- Cottrell, B. (2001). *Parent abuse: The abuse of parents by their teenage children*. Ottawa, Canada: Health Canada, Family Violence Prevention Unit.
- Cottrell, B. (2004). *When teens abuse their parents*. Nueva Escocia: Fernwood.
- Cottrell, B. y Monk, P. (2004). Adolescent-to-parent abuse: a qualitative overview of common themes. *Journal of Family Issues*, 25, 1072-1095.

- Crespo, M. y Jiménez, S. (2012). Estilos educativos en familias de menores infractores cumpliendo medidas por maltrato intrafamiliar. En C. Nieto-Morales (Coord.), *La violencia intrafamiliar: menores jóvenes y género. Una mirada desde la práctica profesional* (pp. 119-137). Barcelona: J.M. Bosch Editor.
- Crick, N. R. y Dodge, K. A. (1994). A review and reformulation of social information-processing mechanisms in children's social adjustment. *Psychological Bulletin*, 115, 74-101
- Crick, N. R., y Dodge, K. A. (1996). Social information-processing mechanisms in reactive and proactive aggression. *Child development*, 67(3), 993-1002.
- Cruz, B. (2005). La mediación en la Ley Orgánica 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal de los menores: conciliación y reparación del daño. *Revista electrónica de ciencia Penal y criminología*, 7 (14), 1-34.
- Cruz, E. (2010). *Los menores de edad infractores de la ley penal*. (Tesis Doctoral). Universidad Complutense, Madrid.
- Cruzado, J. A., Labrador, F. J., y Muñoz, M. (1993). Introducción a la modificación y terapia de conducta. *Manual de técnicas de modificación y terapia de conducta*, pp. 31-46. Madrid: Pirámide
- Cuello, E. (1958). *La Moderna Penología*. Barcelona: Bosch Editores,.
- Cuervo, A. L. y Rechea, C. (2010). Menores agresores en el ámbito familiar. Un estudio de casos. *Revista de derecho penal y criminología*, 3, 353-376.
- Cuervo, A. L., Fernández, E. y Rechea, C. (2008). Menores agresores en el hogar. *Boletín criminológico*, 106, 1-4.
- Cuervo, K. (2011). *Menores en riesgo: perfil y predicción de la reincidencia delictiva*. (Tesis Doctoral). Universitat Jaume I, Castellón.
- Cuesta, J. (2017). *Violencia filio-parental, escolar y de pareja en la adolescencia desde la perspectiva de género* (Tesis Doctoral). Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

- Daly, K. y Nancarrow, H. (2007). *Restorative justice and youth violence toward parents en J. Ptacek (ed.) Feminism, Restorative Justice, and Violence Against Women*. New York: Press, Editor.
- De la Peña, M.E. (2011). *Conducta antisocial en adolescentes: factores de riesgo y de protección*. (Tesis Doctoral). Universidad Complutense, Madrid.
- De Vega, J. A. (2011). Adicción a Internet y las nuevas tecnologías. La vida a través de una pantalla. En R. Pereira. (Comp.). *Adolescentes en el Siglo XXI. Entre impotencia, resiliencia y poder*, (pp. 212-227). Madrid: Morata.
- Declaración de los Derechos del Niño, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas del 20 de noviembre de 1959 (A/R/1386/XIV).
- Decreto de 11 de junio de 1948, por el que se aprueba el texto refundido de la Legislación sobre Tribunales Tutelares de Menores. Boletín Oficial del Estado. Madrid, 19 de julio de 1948, núm. 201, pp. 3306-3318.
- Dictamen 6/2013, sobre pautas de aplicación de la medida de convivencia con persona, familia o grupo educativo. Fiscal de Sala Coordinadora de Menores. Fiscalía General del Estado. Madrid. Recuperado de <http://web.icam.es/bucket/DICTAMEN%206-2013.pdf>
- Díez, I. (2016). *Violencia Filio-Parental (Si yo fuera Fiscal del Menor)* (Trabajo fin de máster). Universidad Miguel Hernández de Elche
- Dodge, K. A. (1986). A social information processing model of social competence in children. In Perlmutter (Ed.), *Minnesota Symposium on Child Psychology* (Vol. 18), Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Dodge, K. A. (1993). Social-cognitive mechanisms in the development of conduct disorder and depression. *Annual review of psychology*, 44(1), 559-584.
- Dodge, K. A. (2006). Translational science in action: Hostile attributional style and the development of aggressive behavior problems. *Development and psychopathology*, 18(3), 791-814.

- Dodge, K. A. (2008). Framing Public Policy and Prevention of Chronic Violence in American Youths. *American Psychologist*, 63(7), 573–590.
- Dodge, K. A., Bates, J. E., y Pettit, G. S. (1990). Mechanisms in the cycle of violence. *Science*, 250(4988), 1678-1683.
- Dodge, K. A., y Coie, J. D. (1987). Social-information-processing factors in reactive and proactive aggression in children's peer groups. *Journal of personality and social psychology*, 53(6), 1146.
- Dodge, K. A., y Tomlin, A. M. (1987). Utilization of self-schemas as a mechanism of interpretational bias in aggressive children. *Social cognition*, 5(3), 280-300.
- Dodge, K. y Crick, N. (1990). Social information processing bases of aggressive behaviour in children. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 15, 8-22
- Dodge, K.A. y Pettit, G.S. (2003). A biopsychosocial model of the development of chronic conduct problems in adolescence. *Developmental Psychology*, 39, 349-371.
- Domingo, V. (2010). Presente y futuro de la Mediación Penal y Justicia Restaurativa en España. *Criminología y Justicia*. Recuperado de <https://www.lajusticiarestaurativa.com/el-camino-restaurativo-de-la-victima-y>
- Domitrovich, C. E., y Bierman, K. L. (2001). Parenting practices and child social adjustment: Multiple pathways of influence. *Merrill-Palmer Quarterly*, 47(2), 235–263.
- Downey, L. (1997). Adolescent violence: a systemic and feminist perspective. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 18, 70-79.
- Dugas, M.; Mouren, M.C. y Halfon, O. (1985). Les parents battus et leurs enfants. Psychiatrie sociale et problèmes d'assistance. *Psychiatrie de l'enfant*, 28(1), 185-220.
- Dutton, D. (1985). An ecologically nested theory of male violence towards intimates. *International Journal of Women's Studies*, 8(4), 404-413.
- Echeburúa, E. (2001). *Abuso de alcohol: guía practica para el tratamiento*. Madrid: Síntesis.

- Echeburúa, E. (2003). *Personalidades Violentas*. Madrid: Pirámide.
- Echeburúa, E., Amor, P. J., & Cenea, R. (1998). Adicción a Internet: ¿una nueva adicción psicológica?. *Monografías de psiquiatría*, 2, 38-44.
- Echeburúa, E., y De Corral, P. (2010). Adicción a las nuevas tecnologías ya las redes sociales en jóvenes: un nuevo reto. *Adicciones*, 22(2), 91-96.
- Eckstein, N. J. (2002). *Adolescent-to-parent abuse: A communicative analysis of conflict processes present in the verbal, physical or emotional abuse of parents*. Lincoln, University of Nebraska: 285.
- Eckstein, N. J. (2004). Emergent issues in families experiencing adolescent-to-parent abuse. *Western journal of communication* 68, 365-388.
- Edenborough, M., Jackson, D., Mannix, J. y Wilkes, L. M. (2008). Living in the red zone: the experience of child-to-mother violence. *Child and Family Social Work* 13, 465-473.
- Ellickson, P.L. y McGuigan, K. A. (2000). Early Predictors of Adolescent Violence. *American Journal of Public Health*, 90, 566-572.
- Elliott, G. C., Cunningham, S. M., Colangelo, M., y Gelles, R. J. (2011). Perceived Mattering to the Family and Physical Violence Within the Family by Adolescents. *Journal of Family Issues*, 32(8), 1007-1029.
- Emery, R. (1989). Family Violence. *American Psychologist*, 44(2), 321-328.
- Emery, R. E. y Laumann-Billings, L. (1998). An Overview of the Nature, Causes, and Consequences of Abusive Family Relationships: Toward Differentiating Maltreatment and Violence. *American Psychologist*, 53 (2), 121-135.
- Escorihuela, V. (2015). *El Ministerio Fiscal y la Responsabilidad Penal de los Menores (Aplicación práctica del Principio de Oportunidad en la fase instructora)*. (Tesis Doctoral). Universidad Jaume I, Castellón

- Esteve, G. (2009). La respuesta institucional a la violencia filio-parental. *Jornadas La Intervención en violencia filio-parental*, Bilbao, Escuela Vasco Navarra Terapia Familiar.
- Estévez, E. (2016). *Violencia filio-parental o maltrato de hijos a padres*. Madrid: FOCAD. Consejo General de la Psicología en España.
- Estévez, E. y N. Góngora, J. (2009). Adolescent aggression towards parents: Factors associated and intervention proposals. En C.Q. Tawse, *Handbook of Aggressive Behaviour Research* (pp. 143-164). New York: Nova Science Publishers.
- Estévez, E., Martínez, M. L. y Jiménez, T. I. (2016). Ajuste emocional en adolescentes que agreden a sus padres. En J. L. Castejón (Coord.), *Psicología y Educación: presente y futuro* (pp. 2128-2136). Madrid: ACIPE-Asociación Científica de Psicología y Educación.
- Evans, E. D. y Warren-Sohlberg, L. (1988). A pattern analysis of adolescent abusive behaviour towards parents. *Journal of Adolescent Research*, 3(2), 201-216.
- Fernández-Méndez, B. (2015). *Algunas cuestiones de la justicia del menor en relación a la Violencia Filio-Parental*. (Trabajo fin de máster). Universidad de Oviedo, Oviedo.
- Fernández, E. (2012). El maltrato de hijos a padres. Algo más que un delito. En Nieto Morales, C. (Coord). *La violencia intrafamiliar: menores jóvenes y género. Una mirada desde la práctica profesional* (pp. 151-195). Barcelona: J.M. Bosch Editor.
- Fernández, E., y Olmedo, M. (1999). *Trastorno del comportamiento perturbador*. Madrid: UNED-FUE.
- Fernández, M. y García, I. (2007). *Orientación familiar. Violencia familiar*. Burgos: Universidad de Burgos.
- Fernández, M., Cruz, V., Domínguez, M., Abellereira, M. y Amado, A. (2009). El síndrome del emperador: ¿Un problema social o un problema educativo? Universidad de Santiago de Compostela. *Actas do X Congresso Internacional Galego-Português de Psicopedagogia*. Braga: Universidade do Minho.

- Fiscalía General Del Estado (2009, 2010, 2011, 2012, 2013,). *Memorias de la Fiscalía General del Estado*. Recuperado de <http://www.fiscal.es>
- Fiscalía General del Estado (2014). *Memoria Fiscalía General Estado*. (2014). Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2014/FISCALIA_SITE/recursos/pdf/ME MFIS14.pdf
- Fiscalía General del Estado (2015). *Memoria Fiscalía General Estado*. Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2015/FISCALIA_SITE/recursos/pdf/ME MFIS15.pdf
- Fiscalía General del Estado (2016). *Memoria Fiscalía General Estado*. Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2016/FISCALIA_SITE/recursos/pdf/ME MFIS16.pdf
- Fiscalía General del Estado (2017). *Memoria Fiscalía General Estado*. Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2017/FISCALIA_SITE/recursos/pdf/ME MFIS17.pdf
- Fiscalía General del Estado (2018). *Memoria Fiscalía General Estado*. Recuperado de https://www.fiscal.es/memorias/memoria2018/FISCALIA_SITE/recursos/pdf/ME MFIS18.pdf
- Fontaine, R. G., Tanha, M., Yang, C., Dodge, K. A., Bates, J. E. y Petit, G. S. (2010). Does Response Evaluation and Decision (RED) mediate the relation between Hostile Attributional Style and Antisocial Behavior in Adolescence? *Journal of abnormal child psychology*, 38, 615–626.
- Frías-Armentas, M., López-Escobar, A. y Díaz-Méndez, S. (2003). Predictores de la conducta antisocial juvenil: un modelo ecológico. *Estudios de Psicología*, 8(1), 15-24.
- Funes, J. (1995). *Mediació i justícia juvenil*. Barcelona: Generalitat de Catalunya. Departament de Justícia. Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada.

- Gallagher, E. (2004a). Parents victimized by their children. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 25, 1-12.
- Gallagher, E. (2004b). Youth who victimize their parents. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 25, 94-105.
- Gallagher, E. (2008). *Children is Violence to Parents: A Critical Literature Review*. (Tesis Doctoral). Monash University. Australia
- Gallagher, E. (2009). Children's violence to parents. *Research Seminary*. Recuperado de <http://www.noviolence.com.au/public/seminarpapers/-gallagherslides.pdf>
- Gallego, R., Sanmartín, B. y Vilariño, M. (2016). ¿Predice el maltrato infantil la violencia filio-parental?: la hipótesis de la bidireccionalidad. *Congreso Internacional e Interuniversitario contra la Pobreza Infantil en el Mundo*.
- Gámez-Guadix, M., Jaureguizar, J., Almendros, C. y Carroble, J. A. (2012). Estilos de socialización familiar y violencia de hijos a padres en población española. *Psicología Conductual*, 20(3), 585-602.
- Gámez, M. y Calvete, E. (2012). Violencia filio-parental y su asociación con la exposición a la violencia marital y la agresión de padres a hijos. *Psicothema*, 24(2), 277-283.
- García de Galdeano, P., y González, M. (2007). *Madres agredidas por sus hijos/as. Guía de recomendaciones prácticas para profesionales*. Recuperado de <https://www.bienestaryproteccioninfantil.es/imagenes/tablaContenidos03SubSec/Gu%C3%ADa-de-recomendaciones-madres-agredidas.pdf>
- García-Valdés, C. (1991). *Los presos jóvenes*. Madrid: Ministerio de Justicia.
- García, F. y Gracia, E. (2010). ¿Qué estilo de socialización parental es el idóneo en España? Un estudio con niños y adolescentes de 10 a 14 años. *Infancia y Aprendizaje*, 33, 365-384.
- García, R. y Cerezo, A. I. (2017). La respuesta del sistema de justicia juvenil al fenómeno de la violencia filio-parental en la provincia de Málaga entre los años 2011 y 2014. *Boletín Criminológico*, 173, 1-11

- Garrido, F.J. (2016). El proceso penal de menores y la violencia filio parental: consideraciones procesales. *El Criminalista Digital. Papeles de Criminología*, 5, 1-15.
- Garrido, V. (2001). *Amores que matan*. Valencia: Algar.
- Garrido, V. (2005). *Los hijos tiranos. El síndrome del emperador*. Barcelona: Ariel.
- Garrido, V. (2007). *Antes que sea tarde. Cómo prevenir la tiranía en los hijos*. Barcelona: Nabla.
- Garrido, V. (2008). *El Síndrome del Emperador y sus desafíos en el ámbito científico y profesional*. Ponencia presentada en las Jornadas sobre Violencia Intrafamiliar, 28 y 29 de Febrero. Valencia.
- Garrido, V. (2009). Los niños tiranos. En F. Etxebarria (Ed), *Educación y menores en riesgo* (pp.165-179). Barcelona: Sello.
- Garrido, V. (2012). *Prevención de la violencia filio parental: el modelo Cantabria*. Cantabria: Consejería de Sanidad y Servicios Sociales del Gobierno de Cantabria.
- Garrido, V. y López-Latorre, M^a.J. (2005). *Manual de Intervención Educativa en Readaptación Social: Los programas de pensamiento prosocial*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Garrido, V., Stangeland, P. y Redondo, S. (2006). *Principios de Criminología* (3^a ed.). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Gavazzi, S. M. (2013). Theory and research pertaining to families with adolescents. In G. W. Peterson & K. R. Bush (Eds.), *In Handbook of marriage and the family* (pp. 303-327). New York: Springer, Boston, MA.
- Gebo, E. (2007). A Family Affair: The Juvenile Court and Family violence cases. *Journal of Family Violence*, 22(7), 501-509.

- Gecas, V. (1979). The influence of social class on socialization. In W. R. Burr, R. Hill, E. I. Nye, & I. L. Reiss (Eds.), *Contemporary theories about the family* (Vol. 1, pp. 365-404). New York: Free Press.
- Gelles, R. J. (1985). Family violence. *Annual Review of Sociology*, 11, 347-367.
- Gelles, R. J. (1994). Family violence, abuse, and neglect. En P. C. McKenry y J. Price (Eds.), *Families and change: Coping with stressful events* (pp. 262- 280). Thousand Oaks, California: Sage.
- Gewirtz, A. y Eldeson, J. L. (2004). Young Children's Exposure to Adult Domestic Violence: Toward a Developmental Risk and Resilience Framework for Research and Intervention. En Schechter, S. (Dir.), *Early Childhood, Domestic Violence, and Poverty: Helping Young Children and Their Families*. The David & Lucile Packard Foundation, University of Iowa.
- Gibbs, J.C. (1993). Moral cognitive interventions. In P.A. Goldstein y C.R. Huffs (Eds.), *The gang intervention handbook* (pp. 159-185). Champaign, IL: Research Press
- Glasser, W. (1965). *Terapia de la realidad. Un nuevo enfoque a la psiquiatría*. Nueva York: Harper and Row.
- Glasser, W. (1998). *Teoría de la elección: una nueva psicología de la libertad personal*. Nueva York: Harper Collins.
- Goldberg, W. A. (1990). Marital quality, parental personality, and spousal agreement about perceptions and expectations for children. *Merrill-Palmer Quarterly*, 36, 531-556.
- Gómez-Espino, J. M. (2013). Two sides of intensive parenting: Present and future dimensions in contemporary relations between parents and children in Spain. *Childhood*, 20, 22-36.
- Gómez, B. (2012). Violencia filio-parental: aproximación a un fenómeno emergente. *Revista de humanidades y ciencias sociales*, 11, 73-107

- González-Álvarez, M. (2013). *Violencia intrafamiliar: características descriptivas, factores de riesgo y propuesta de un plan de intervención*. (Tesis Doctoral). Universidad Complutense, Madrid.
- González-Álvarez, M., García-Vera, M.P., Graña, J. L., Morán, N., Gesteira, C., Fernández-Arias, I., Moreno, N., y Zarpadiel, A. (2013). *Programa de tratamiento educativo y terapéutico por maltrato familiar ascendente*. Madrid: Agencia de la Comunidad de Madrid para la Reeducación y la Reinserción del Menor Infractor.
- González-Álvarez, M., Gesteira, C., Fernández-Arias, I. y García-Vera, M. P. (2010). Adolescentes que agreden a sus padres. Un análisis descriptivo de los menores agresores. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 10, 37-53.
- González-Álvarez, M., Gesteira, C., Fernández-Arias, I. y García-Vera, M.P. (2009). Programa de Adolescentes que agreden a sus Padres (P.A.P.): Una propuesta específica para el tratamiento de problemas de conducta en el ámbito familiar. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 9, 149-170.
- González-Fernández, M. G (1999). Los Tribunales para niños. Creación y Desarrollo. *Historia de la Educación*, 18, 111-125.
- González, M., Morán, N. y García, M. P. (2011). Violencia de hijos a padres: revisión teórica de las variables clínicas descriptoras de los menores agresores. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 11, 101-121.
- Granic, I., y Patterson, G. R. (2006). Toward a comprehensive model of antisocial development: A dynamic systems approach. *Psychological Review*, 113(1), 101–131.
- Griffin, K. W., Botvin, G. J., Scheier, L.M., Diaz, T. y Miller, N. L. (2000). Parenting Practices as Predictors of Substance Use, Delinquency, and Aggression Among Urban Minority Youth: Moderating Effects of Family Structure and Gender. *Psychology of Addictive Behaviors*, 14(2), 174-184.
- Harbin, H.T. y Madden, D.J. (1979). Battered parents: a new syndrome. *American Journal of Psychiatry*, 136, 1288-1291.

- Hartz, D. (1995). Comparative conflict resolution patterns among parentteen dyads of four ethnic groups I Hawaii. *Child Abuse and Neglect*, 19, 681-689.
- Haw, A. (2010). *Parenting over violence: Understanding and Empowering Mothers Affected by Adolescent Violence in the Home*. Government of Western Australia. Department for Communities Women's interest.
- Hawkins, J. D., & Lishner, D. M. (1987). Schooling and delinquency. In E. H. Johnson (Ed.), *Handbook on crime and delinquency prevention* (pp. 179-221). New York: Greenwood Press.
- Henggeler, S. W. (1989). *Delinquency in adolescents*. Newbury Park, NY: Sage.
- Henggeler, S.W. y Lee, T. (2003). Multisystemic treatment of serious clinical problems. In A.E. Kazdin y J.R. Weisz (Eds.), *Evidenced-based psychotherapies for children and adolescents* (pp. 301-322). New York: Guilford.
- Herzberger, S. D. (1996). *Violence within the Family: Social Psychological Perspectives*. Boulder, CO.: Westview Press.
- Hess, R. D. (1970). Social class and ethnic influences on socialization. In P. H. Mussen (Ed.), *Charmichael's manual of child psychology* (Vol. 2, pp. 457-558). New York: Wiley.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Berkeley: Unversity of California Press.
- Holt, A. (2013). *Adolescent-to-parent abuse*. Bristol: The Policy Press.
- Hong, J. S., Kral, M. J., Espelage, D. L. y Allen-Meares, P. (2012). The social ecology of adolescent-initiated parent abuse: a review of literature. *Child Psychiatry Human Development*, 43, 415-454.
- Honjo, S. (1988). A clinical study of children who refuse to go to school and do violence to family members. *Japanese Journal of Child and Adolescent Psychiatry* 29, 127-135.
- Howard, J. (2011). *Adolescent violence in the home: the missing link in family violence prevention and response*. Australian Domestic y family Clearinghouse. University of New South Wales

- Howard, J. (2011). Adolescent violence in the home. The missing link in family violence. Prevention and response. *Australian Domestic and Family Violence Clearinghouse*, 11, 1-17.
- Howard, J. y Rottem, N. (2008). *It all Starts at Home. Male Adolescent Violence to Mothers*. Inner South Community Health Service Inc and Child Abuse Research Australia, Monash University.
- Huesmann, L. R., y Guerra, N. G. (1997). Children's normative beliefs about aggression and aggressive behavior. *Journal of personality and social psychology*, 72(2), 408.
- Huesmann, L. y Eron, L. D. (1989). Individual differences and the trait of aggression. *European Journal of Personality*, 3(2), 95-106
- Huey, W.C. y Rank, R.C. (1984). Effects of counselor and peer-led group assertive training on black-adolescent aggression. *Journal of Counseling Psychology*, 31, 95-98.
- Ibabe, I. (2007). *Perfil de los hijos adolescentes que agreden a sus padres*. Investigación realizada en la C.A.V. Gizarte Psikologia eta Portaera Zeintzien Metodología Saila. Victoria-Gasteiz, 23 noviembre, 1-28.
- Ibabe, I. (2015). Predictores familiares de la violencia filio-parental: el papel de la disciplina familiar. *Anales de Psicología/Annals of Psychology*, 31(2), 615-625.
- Ibabe, I. y Jaureguizar, J. (2011). ¿Hasta qué punto la violencia filio-parental es bidireccional? *Anales de psicología*, 27, 265-277.
- Ibabe, I., y Jaureguizar, J. (2011). El perfil psicológico de los menores denunciados por violencia filio-parental. *Revista Española De Investigación Criminológica*, 9, 1-19.
- Ibabe, I., Arnoso, A. y Elgorriaga, E. (2014). Domestic violence. Child-to-parent violence. Young offender. Adolescence. Behavior problems. Depressive symptomatology. *The European Journal of Psychology Applied to Legal context*, 6(2), 53-61.
- Ibabe, I., Jaureguizar, J. y Bentler, P. M. (2013). Risk factors for child-to-parent violence. *Journal of Family Violence*, 28, 523-534.

- Ibabe, I., Jaureguizar, J. y Díaz, O. (2007). *Violencia filio-parental: conductas violentas de jóvenes hacia sus padres*. Vitoria: Servicio Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Ibabe, I., Jaureguizar, J. y Díaz, O. (2009). Violence against parents: it is a consequence of gender inequality. *The European Journal of psychology applied to legal context*, 1, 3-24.
- IBM Corporation (2014). IBM SPSS Statistics for Windows. Version 23.0. Armonk, NY: IBM Corporation.
- Infante, D. A. (1995). Teaching students to understand and control verbal aggression. *Communication Education*, 44, 51-63.
- Izard, C.E. (1977). *Human emotions*. New York: Plenum Press.
- Izard, C.E. (1991). *The Psychology of emotions*. New York: Plenum Press.
- Jackson, D. (2003). Broadening constructions of family violence: mothers' perspectives of aggression from their children. *Child and Family Social Work*, 8, 321–329.
- Jakob, P. (2014). NVR and Focus on the Child: Reconciliation in the Service of Restoring Ruptured Relationships while Effectively Harmful Behaviour. First Conference: 'CPV: innovations in Practice, Policy and Research'. National university of Ireland. Galway.
- Jill Murphy–Edwards, L. (2012). *Not just another hole in the wall*. (Tesis doctoral). University of Canterbury, Nueva Zelanda
- Jiménez, S. (2017). La violencia filio parental y la medida de internamiento. Especial referencia a la "prestación por excarcelación". *Revista sobre la infancia y la adolescencia*, 13, 15-44.
- Jones, D. C., Rickel, A. U., y Smith, R. L. (1980). Maternal child-rearing practices and social problem-solving strategies among preschoolers. *Developmental Psychology*, 16(3), 241-242.

- Kazdin, A. E. (1987). Treatment of antisocial behavior in children: Current status and future directions. *Psychological bulletin*, 102(2), 187.
- Kazdin, A.E., y Weisz, J.R. (2003). *Evidence-based Psychotherapies for Children and Adolescents*. New York: Guilford Press.
- Kellam, S.G., Brown, H., Rubin, B y Ensminger, M., (1983). Paths leading to teenage psychiatric symptoms and substance use: Developmental epidemiological studies in Woodlawn. En S. Guze, F. Earls y J. Barret (Eds.), *Childhood psychopathology and development*. Nueva York: Raven Press.
- Kennair, N. y Mellor, D. (2007). Parent abuse: a review. *Child psychiatry of human development*, 38, 203-216.
- Kennedy, T. D., Edmonds, W. A., Dann, K. T. J. y Burnett, K. F. (2010). The clinical and adaptative features of young offenders with histories of child-parent violence. *Journal of Family Violence*, 25(5), 509-520.
- Kethineni, S. (2004). Youth-on-parent violence in a central Illinois county. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 2, 374-394.
- King County (2012). *About Step-Up*. Recuperado de <https://www.kingcounty.gov/courts/superior-court/juvenile/step-up.aspx>
- Kolko, D. J., & Kazdin, A. E. (1990). Matchplay and firesetting in children: Relationship to parent, marital, and family dysfunction. *Journal of clinical child psychology*, 19(3), 229-238.
- Kratcoski, P. C. (1985). Youth violence directed toward significant others. *Journal of Adolescence*, 8, 145-157
- Kumagai, F. (1981). Filial Violence: a Peculiar Parent-Child Relationship in the Japanese Family Today. *Journal of Comparative Family Studies*, 12(3), 337-350.
- Landenberger, N. A., y Lipsey, M. W. (2005). The positive effects of cognitive-behavioral programs for offenders: A meta-analysis of factors associated with effective treatment. *Journal of experimental criminology*, 1(4), 451-476.

- Langhinrichsen-Rohling, J. y Neidig, P. (1995). Violent backgrounds of economically disadvantaged youth: Risk factors for perpetrating violence? *Journal of Family Violence*, 10(4), 379-398.
- Laurent, A. (1997). À propos des familles où les parents sont battus par leur enfant [Families with parents battered by their child]. *Archives De Pédiatrie* 4(5), 468-472.
- Laurent, A. y Derry, A. (1999). Violence of French adolescents towards their parents: characteristics and contexts. *Journal of adolescent health*, 25, 21-26.
- Lema, E. (2015). *La violencia filio parental como proceso. Análisis de las variables personales, familiares y contextuales*. (Tesis doctoral). Universidad de A Coruña.
- Lemerise, E. A., Gregory, D. S., y Fredstrom, B. K. (2005). The influence of provocateurs' emotion displays on the social information processing of children varying in social adjustment and age. *Journal of Experimental Child Psychology*, 90(4), 344-366.
- Lemerise, E. A., y Arsenio, W. F. (2000). An integrated model of emotion processes and cognition in social information processing. *Child development*, 71(1), 107-118.
- Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 24 de noviembre de 1995, nº. 281, pp. 33987-34058.
- Ley Orgánica 15/2003, de 25 de noviembre, por la que se modifica la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 26 de noviembre de 2003, nº. 283, pp. 41842-41875.
- Ley Orgánica 4/1992, de 5 de junio, reguladora de la competencia y el procedimiento de los juzgados de menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 11 de junio de 1992, nº 140, pp. 19794-19796.
- Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 13 de enero de 2000, nº 11, pp. 1422-1441.
- Ley Orgánica 6/1985, de 1 de julio, del Poder Judicial. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 2 de julio de 1985, nº. 157, pp. 20632-20678.

- Ley Orgánica 7/2000, de 22 de diciembre, de modificación de la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal, y de la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la Responsabilidad Penal de los Menores, en relación con los delitos de terrorismo. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 23 de diciembre de 2000, nº. 307, pp. 45503-45508.
- Ley Orgánica 8/2006, de 4 de diciembre, por la que modifica la Ley Orgánica 5/2000, 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 5 de diciembre de 2006, nº. 290, pp. 42700-42712.
- Ley Orgánica 9/2000, de 22 de diciembre, sobre medidas urgentes para la agilización de la Administración de Justicia, por la que se modifica la Ley Orgánica 6/1985, de 1 de julio, del Poder Judicial. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 23 de diciembre de 2000, nº. 307, pp. 45522-45526.
- Liñán, F. L. (2011). El maltrato intrafamiliar en la jurisdicción de menores. IPSE-ds, 4, 9-23.
- Livingston, L. (1986). Children's violence to single mothers. *Journal of Sociology y Social Welfare* 13(4), 920-933.
- Lochman, J. E., y Dodge, K. A. (1994). Social-cognitive processes of severely violent, moderately aggressive, and nonaggressive boys. *Journal of consulting and clinical psychology*, 62(2), 366.
- Lochman, J.E., Barry, T.D. y Pardini, D.A. (2003). Anger control training for aggressive youth. En A.E. Kazdin y J.R. Weisz (Eds.), *Evidenced-based psychotherapies for children and adolescents*. New York: Guilford
- Loeber, R. y Dishion, T. J. (1983). Early predictors of male delinquency: A review. *Psychological Bulletin*, 94, 68-99.
- Loeber, R., Dishion, T. J., y Patterson, G. R. (1984). Multiple gating: A multistage assessment procedure for identifying youths at risk for delinquency. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 21(1), 7-32.

- Loeber, R., y Dishion, T. J. (1984). Boys who fight at home and school: Family conditions influencing cross-setting consistency. *Journal of consulting and clinical psychology*, 52(5), 759
- López, F. (2011). *Programa de menores infractores: intervención educativa y terapéutica*. Madrid: Pirámide.
- Lozano, S., Estévez, E. y Carballo, J.L. (2013). Factores individuales y familiares de riesgo en casos de violencia filio-parental. *Documentos de Trabajo Social*, 52, 239-254.
- Luaces, A. I., y Vázquez, C. (2008). Justicia penal de menores en España. Aspectos sustantivos y procesales. *Curso de la Escuela de Práctica Jurídica*. Facultad de Derecho de la UNED. Recuperado de <https://www.docsity.com/es/justicia-penal-de-menores/5199354/>
- Luque, A. (2014). *Mediación penal con menores infractores: un estudio de las funciones del trabajador social en el proceso de la mediación*. (Trabajo Fin de Grado). Universidad de Jaén.
- Lykken D.T. (1995). *Las personalidades antisociales*. Barcelona: Herder.
- Mahoney, A. y Donnelly, W.O. (2000, June). *Adolescent-to-parent physical aggression in clinic-referred families: Prevalence and co-occurrence with parent-to-adolescent physical aggression*. Comunicación presentada en Victimization of Children and Youth: An International research Conference, University of New Hampshire. Durham, NH.
- Mann, B. y Mackenzie, E. (1996). Pathways among marital functioning, parental behaviors, and child behavior problems in school age boys. *Journal of Clinical Child Psychology*, 25(2), 183-191.
- Marcelli, D. (2002). Enfant tyrans et violents. *Bulletin de l'Academie Nationale de Médecine*, 186(6), 991-999
- Margolin, G., y Gordis, E. B. (2004). Children's exposure to violence in the family and community. *Current Directions in Psychological Science*, 13(4), 152-155.

- Marshall, L. L. (1994). Physical and psychological abuse. En W. R. Cupach y B. H. Spitzberg (Eds.). *The dark side of interpersonal communication* (pp. 281-311). Hillsdale, N. Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Martínez-Pastor, M.L. (2018). Intervención en violencia filio-parental: un estudio cualitativo desde la perspectiva ecológica y la experiencia en el sistema judicial. (Tesis Doctoral). Universidad Miguel Hernández de Elche, Alicante.
- Martínez, M. L., Estévez, E. y Carballo, J. L. (2013). Factores individuales y familiares de riesgo en casos de violencia filio-parental. *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social* 52, 239-254.
- Martínez, M. L., Estévez, E., Jiménez, T. y Velilla, C., (2015). Violencia filio-parental: principales características, factores de riesgo y claves para la intervención. *Papeles del Psicólogo*, 36, 216-223
- McCloskey, L. A. y Lichter, E. (2003). Childhood exposure to marital violence and adolescent aggression: Psychological mediators in the cycle of violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 18 (4), 390-412.
- McFadyen-Ketchum, S. A., Bates, J. E., Dodge, K. A., y Pettit, G. S. (1996). Patterns of change in early childhood aggressive-disruptive behavior: Gender differences in predictions from early coercive and affectionate mother-child interactions. *Child Development*, 67(5), 2417– 2433.
- McGuckin, C. y Minton, S. J. (2014). From theory to practice: Two ecosystemic approaches and their applications to understanding school bullying. *Australian Journal of Guidance and Counselling*, 24(1), 36-48.
- McGuire, J. (2001). What works in correctional intervention? Evidence and practical implications. En G.A. Bernfeld, D.P. Farrington, y A.W. Leschied *Offender rehabilitation in practice: Implementing and evaluating effective programs*, (pp. 25-43). Chichester: Wiley.
- McGuire, J. (2002). *Offender Rehabilitation and Treatment: Effective Practice and Policies to Reduce Reoffending*. Chichester: John Wiley and Sons

- McKenna, M. (2006). *Adolescent parent abuse: The abuse of parents by their adolescents*. Parenting Imperatives: 2nd National Parenting Conference, Adelaide SA.
- McMahon, S. D., Todd, N. R., Martinez, A., Coker, C., Sheu, C. F., Washburn, J. y Shah, S. (2012). Aggressive and Prosocial Behavior: Community Violence, Cognitive, and Behavioral Predictors Among Urban African American Youth. *American Journal of Community Psychology*, 51(3-4), 407-421.
- Meredith, W. H., Abbot, D. y Adams, S. L. (1986). Family violence: Its relation to marital and parental satisfaction and family strengths. *Journal of Family Violence*, 1, 299-305
- Micucci, J.A. (1995). Adolescent who assault their parents, a family system approach to treatment. *Psychotherapy*, 32(1), 154-161.
- Minority Youth: Moderating Effects of Family Structure and Gender. *Psychology of Addictive Behaviors*, 14(2), 174-184.
- Molla, C., y Aroca, C. (2018). Menores que maltratan a sus progenitores: definición integral y su ciclo de violencia. *Anuario de Psicología Jurídica*, 28(1), 15-21
- Monk, P. (1997). *Adolescent-to-parent violence: A qualitative analysis of emerging themes*. British Columbia: University of British Columbia.
- Montero, A. (2006). Adolescencia y violencia. *Revista de estudios de juventud*, 73, 109-115.
- Morán, N. (2013). *Padres víctimas de abuso por parte de sus hijos: características descriptivas, factores de riesgo y propuesta de un programa de intervención psicológica* (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Morán, N., González-Álvarez, M., Gesteira, C. y García-Vera, M. P. (2012). Menores que agreden a sus padres: análisis de los datos de prevalencia a nivel nacional e internacional. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 12, 101-120.
- Morelato, G. (2011). Resiliencia en el maltrato infantil: aportes para la comprensión de factores desde un modelo ecológico. *Revista De Psicología*, 29(2), 203-224.

- Moreno, A. (2009, mayo). Programa educativo de intervención con menores en violencia filio-parental. *I Jornadas sobre violencia Filio-Parental*. Bilbao, España.
- Morey, L. (2007). *Personality Assessment Inventory - Adolescent professional manual*. Odessa, FL: Psychological Assessment Resources.
- Morlachetti, A. (2014). La Convención sobre los Derechos del Niño y la protección de la infancia en la normativa internacional de derechos humanos. En J. Felipe, J.C. Monteiro, I. Gómez, E. Pajares, F. Paredes y Y. Zúñiga. (Coords.), *Derechos Humanos de los grupos vulnerables Manual*, (pp. 21-42). Barcelona, Universidad Pompeu Fabra.
- Mouren, M.C., Halfon, O., Dugas, M. (1985). Une nouvelle forme d'agressivité intra-familiale: les parents battus par leur enfant. *Annuaire Médico-Psychologique*, 143(3), 292-296.
- Musitu, G. y García, J.F. (2001). *ESPA29. Escala de Socialización Parental en la Adolescencia*. Madrid: TEA.
- Musitu, G. y Herrero, J. (1994). La familia: formas y funciones. *Psicosociología de la Familia*, 17-46.
- Musitu, G., Estévez, E., Jiménez, T. y Herrero, J. (2007). Familia y conducta delictiva y violenta en la adolescencia. En S. Yubero, E. Larrañaga y A. Blanco (Eds.), *Convivir con la violencia*, (pp.135-150). Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Musitu, G., Martínez, B. y Murgui, S. (2006). Conflicto marital, apoyo parental y ajustes escolares en adolescentes. *Anuario de Psicología*, 37(3), 247-258
- Nájera, M. J. (2006). La ley orgánica de responsabilidad penal de menores: Últimas modificaciones. *Jornades de Foment de la Investigació. Universitat Jaume I*.
- Navarro, A. (2015). *La justicia procedimental: ¿cómo ven los menores infractores la justicia que se les aplica?*. (Trabajo fin de máster). Universidad de Málaga.

- Nebot, A. (2013). *El fenómeno de la violencia filio-parental: Un proyecto de prevención*. (Trabajo fin de máster). Universidad Complutense, Madrid.
- Neidig, P.M. (1986). *The Modified Conflict Tactic Scale*. Beafourt, SC: Behavioral Sciences Associates.
- Nelson, D. A., Mitchell, C., y Yang, C. (2008). Intent attributions and aggression: A study of children and their parents. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36(6), 793-806.
- Newman, M., Fagan, C., y Webb, R. (2013). The efficacy of nonviolent resistance groups in treating aggressive and controlling children and young people: A preliminary analysis of pilot NVR groups in Kent. *Child and Adolescent Mental Health*, 19(2), 138-141.
- Nock, M. K. y Kazdin, A. E. (2002). Parent-directed physical aggression by clinic referred youths. *Journal of Clinical Child Psychology*, 31, 193-205.
- Nowakowski, E. y Mattern, K. (2014). An exploratory study of the characteristic that prevent youth from completing a family violence diversion program. *Journal of Family Violence*, 29, 143-149.
- Nummenmaa, L., Peets, K., & Salmivalli, C. (2008). Automatic activation of adolescents' peer-relational schemas: Evidence from priming with facial identity. *Child development*, 79(6), 1659-1675.
- Ollefs, B. y Schlippe, A. (2006). Elterliche Präsenz und das Elterncoaching im gewaltlosen Widerstand. *Praxis der Kinderpsychologie und Kinderpsychiatrie*, 55(9), 693-710.
- Omer, H. (2001). Helping Parents Deal With Children's Acute Disciplinary Problems Without Escalation: The Principle of Nonviolent Resistance. *Family Process*, 40 (1), 53-66.
- Omer, H. (2004). *Nonviolent Resistance – A New Approach to Violent and Self-Destructive Children*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

- Organización Mundial de la Salud, OMS (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C.: Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud.
- Organización Mundial de la Salud, OMS (2014). *Informe sobre la situación mundial de la prevención de la violencia*. Recuperado de https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/status_report/2014/es/
- Ornosa, M. R. (2005). *Derecho Penal de Menores. Comentarios a la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de Enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores y a su Reglamento, aprobado por Real Decreto 1774/2004 de 30 de julio*. Barcelona: Ed. Bosch.
- Ortega, D. (2017). *Violencia intrafamiliar e interés superior en justicia juvenil. Su consideración desde el ámbito social, educativo y jurídico* (Tesis Doctoral). Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Ortega, R.; y Mora-Merchán, J. (1997). Agresividad y violencia. El problema de la victimización entre escolares. *Revista de Educación*, 313, 7-27.
- Osofsky, J. D. (1999). The impact of violence on children. *The future of children*, 9(3) 33-49.
- Otero, J. M. (1996). *Droga y Delincuencia: Concepto, Medida y Estado actual del conocimiento*. Madrid: Pirámide.
- Otiz, M.J., Apodaka, P., Etxebarría, I. Ezeiza, A., Fuentes, M. y López, F. (1993). Algunos predictores de la conducta prosocial-altruista: empatía, toma de perspectiva, apego, modelos parentales, disciplina familiar e imagen del ser humano. *Revista de Psicología Social*, 8(1), 83-91.
- Pagani, L. S., Tremblay, R. E., Nagin, D., Zoccolillo, M., Vitaro, F. y McDuff, P. (2004). Risk factors models for adolescent verbal and physical aggression toward mothers. *International Journal of Behavioral Development*, 28(6), 528-537.

- Pagani, L., Larocque, D., Vitaro, F. y Tremblay, R. E. (2003). Verbal and physical abuse toward mothers: The role of family configuration, environment, and coping strategies. *Journal of Youth and Adolescence* 32(3), 215-222.
- Pagelow, M. D. (1989). The Incidence and Prevalence of Criminal Abuse of Other Family Members. En L. Ohlin y M. Tonry, *Family Violence* (pp. 263-313). Chicago, IL, University of Chicago Press.
- Paterson, R., Luntz, H., Perlesz, A. y Cotton, S. (2002). Adolescent violence towards parents: maintaining Family Connections when the going gets tough. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 23(2), 90–100.
- Patr6, R., y Limi6ana, R. M. (2005). V6ctimas de violencia familiar: consecuencias psicol6gicas en hijos de mujeres maltratadas. *Anales de Psicolog6a*, 21(1), 11-17.
- Patterson, G. R. (1982). *Coercive family process*. Eugene: OR: Castalia Publishing Co.
- Patterson, G. R. (1986). Performance models for antisocial boys. *American Psychologist*, 41, 432-444.
- Patterson, G. R. (2002). The early developmental of coercive family process. In J. B. Reid, G. R. Patterson, & J. Snyder (Eds.), *Antisocial behavior in children and adolescents: Developmental theories and models for intervention* (pp. 25– 44). Washington, DC: American Psychological Association.
- Patterson, G. R., Debaryshe, B. y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behavior. *American Psychologist*, 44(2), 329-335.
- Patterson, G. R., Dishion, T. J., y Bank, L. (1984). Family interaction: A process model of deviancy training. *Aggressive Behavior*, 10, 253- 267.
- Paulson, M. J., Coombs, R. H. y Landsverk, J. (1990). Youth who physically assault their parents. *Journal of Family Violence*, 5(2), 123-133.
- Peek, C. W., Fisher, J.L. y Kidwell, J. (1985). Teenage violence toward parents: A neglected dimension of family violence. *Journal of Marriage and the Family* 47(4), 1051-1058.

- Pelletier, D. y Coutu, S. (1992). Substance abuse and family violence in adolescents. *Canada's Mental Health*, 40(2), 6-12.
- Pelletier, D., Beaulieu, A., Grimard, A., y Duguay, L. (1999). Les adolescents qui agressent leurs parents. *Revue Canadienne de Psycho-Education*, 28(2), 171-185.
- Pereira, R. (2006). Violencia filio-parental, un fenómeno emergente. *Mosaico*, 36, 7-8.
- Pereira, R. (2011). Psicoterapia de la Violencia Filioparental. *Entre el Secreto y la Vergüenza*. Madrid: Morata.
- Pereira, R. y Bertino, L. (2009). Una comprensión ecológica de la violencia filio-parental. *Redes: Revista de psicoterapia relacional e intervenciones sociales*, 21, 69-90.
- Pereira, R., Bertino, L., Romero, J.C. y Llorente, M.L. (2006). Protocolo de intervención en violencia filio-parental. *Revista Mosaico*, 36, 1-11.
- Pereira, R., Loinaz, I., del Hoyo-Bilbao, J., Arrospide, J., Bertino, L., Calvo, A., Montes, Y., Gutiérrez, M. (2017). Propuesta de definición de violencia filio-parental: consenso de la Sociedad Española para el Estudio de la Violencia Filio-parental (SEVIFIP). *Papeles del Psicólogo*, 38, 216-223.
- Perera, H. (2006). Parent battering and the psychiatric and family correlates in children and adolescents. *Sri Lanka Journal of Chile Health*, 35, 28-32.
- Pérez-López, J. A. (2011). La explicación sociológica de la criminalidad. *Derecho y cambio social*, 7(22), 13
- Pérez, T. y Pereira, R. (2006). Violencia filio-parental: revisión de la bibliografía. *Revista Mosaico*, 36, 1-13.
- Pons, G. y Del Barrio, V. (1995). El efecto del divorcio sobre la ansiedad de los hijos. *Psicothema*, 7(3), 489-497.
- Potter-Efron, R. y Potter-Efron, P. (1985). Family Violence as a Treatment Issue with Chemically Dependent Adolescents. *Alcoholism Treatment Quarterly*, 2, 1-15.

- Price, J. A. (1996). *Power and compassion: working with difficult adolescents and abused parents*. New York: The Guilford Press.
- Price, J.A. y Margerum, J. (2003). *The right to be the grown-up: Helping Parents Be Parents to Their Difficult Teens*. Phoenix: Zeig, Tucker, & Theisen, Inc.
- Programa de Intervención especializada en violencia intrafamiliar (PIEVI) (2011). *Jornadas de Prevención de las adicciones en la adolescencia*. Cáritas Diocesana Mérida-Badajoz y Servicio de Familia, Infancia y Adolescencia de la Consejería de Salud y Política Social de la Junta de Extremadura.
- Programa de Intervención y Prevención de Violencia Intrafamiliar (PIPVIA) (2015). Dirección General de Políticas Sociales e Infancia y Familia de la Consejería de Sanidad y Política Social del Gobierno de Extremadura.
- Pueyo, A. A., y Redondo, S. (2007). Predicción de la violencia: entre la peligrosidad y la valoración del riesgo de violencia. *Papeles del psicólogo*, 28(3), 157-173.
- Rabadán, J.A. y Giménez, A.M. (2014, 20 de junio). Validación de un registro observacional para la detección del Síndrome del Emperador en el aula. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 14(3), 397-408.
- Rah, Y. y Parke, R. D. (2008). Pathways between parent-child interactions and peer acceptance: The role of children's social information processing. *Social Development*, 17(2), 341-357.
- Ramírez, M. A. (1999). *Conflictos matrimoniales, prácticas de crianza y problemas de conducta en los niños*. Granada: Universidad de Granada.
- Ramírez, M. A. (2002). Prácticas de crianza de riesgo y problemas de conducta en los hijos. *Apuntes de Psicología*, 20 (2), 273-82.
- Real Decreto 1774/2004, de 30 de julio, por el que se aprueba el Reglamento de la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 30 de agosto de 2004, nº. 209, pp. 30127-30149.

- Rechea, C. y Cuervo, A. L. (2009). Menores agresores en el ámbito familiar (Estudio de casos). *Centro de Investigación en Criminología. Informe n° 17*, 1-56.
- Rechea, C. y Cuervo, A.L. (2010). Menores agresores en el ámbito familiar. Un estudio de casos. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 3, 353-375.
- Rechea, C., Fernández, E. y Cuervo, A. L. (2008). Menores agresores en el ámbito familiar. *Centro de investigación en criminología, Informe 15*, 1-80.
- Redondo, S. y Pueyo, A. A. (2007). La psicología de la delincuencia. *Papeles del Psicólogo*, 28(3), 147-156.
- Resolución 40/33, de 29 de noviembre de 1985, sobre las reglas mínimas para la administración de justicia de menores. (Reglas de Beijing). Asamblea General de Naciones Unidas.
- Resolución 45/110, de 14 de diciembre de 1990, sobre las medidas no privativas de libertad (Reglas de Tokio). Asamblea General de Naciones Unidas.
- Resolución 45/112, de 14 de diciembre de 1990, sobre directrices para la prevención de la delincuencia juvenil. (Directrices de Riad). Asamblea General de Naciones Unidas.
- Resolución 45/113, de 14 de diciembre de 1990, sobre la protección de los menores privados de libertad. (Reglas de La Habana). Asamblea General de Naciones Unidas
- Ridaura, M. J. (2014). Violencia filio-parental en primera persona. *Jornada Presentación de la Sociedad Española para el Estudio de la Violencia Filio-parental*, Valencia, Fundación Universidad-Empresa, Universidad de Valencia.
- Robinson. P.W; Davidson. L.J. y Debrot. M. (2004). Parental abuse on the rise: A historical review. *American Association of Behavioral Social Science Online Journal*, 7, 58-67.
- Rodríguez-Martín, A. (2014). *Análisis de la violencia filio-parental en la Comunitat Valenciana*. (Tesis Doctoral). Universidad de Valencia, Valencia.

- Rodríguez-Martín, A. (2015). La violencia filio-parental en la Comunitat Valenciana. Características del menor. *Investigar con y para la sociedad*, 465-474.
- Rodríguez, A. (2007). Violencia en el ámbito familiar. En Collado Medina, J. (Coord.). *Elementos básicos de investigación criminal*. Madrid: Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado” de Investigación sobre la Paz, la Seguridad y la Defensa. Recuperado de <http://iugm.es/> el 12/04/2010.
- Rodríguez, A. (2018). mejorconsalud.com. *La mente es maravillosa*. Recuperado de <https://lamenteesmaravillosa.com/la-teoria-ecologica-de-bronfenbrenner/>
- Rodríguez, G. A., Mayorga, F. M. J., y Madrid, V. D. (2012). *Los menores en un estado de derecho: normativa internacional, nacional y autonómica. Prevención de la delincuencia infanto-juvenil*. Madrid: Dykinson.
- Rojas, J.L., Vázquez, G., y Llamazares, J.A. (2016). Violencia filio-parental: una revisión de un fenómeno emergente en la investigación psicológica. *Ajayu*, 14(1), 140-161.
- Romero, F., Melero, A., Cánovas, C. y Antolín, M. (2005). *La violencia de los jóvenes en la familia: Una aproximación a los menores denunciados por sus padres*. Generalitat de Catalunya: Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada.
- Romero, F., Melero, A., Cánovas, C. y Antolín, M. (2007). *La violencia de los jóvenes en la familia: una aproximación a los menores denunciados por sus padres*. Barcelona: Centro de Estudios Jurídicos del departamento de Justicia de la Generalitat de Cataluña.
- Roncero, D., Andreu, J. M., y Pena, M. E. (2016). Procesos cognitivos distorsionados en la conducta agresiva y antisocial en adolescentes. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26(1), 88-101.
- Roperti, E. (2006). *Padres víctimas, hijos maltratadores. Pautas para controlar y erradicar la violencia en los adolescentes*. Madrid: Espasa.

- Rosado, J., Rico, E. y Cantón-Cortés, D. (2017). Influencia de la psicopatología en la comisión de violencia filio parental: diferencias en función del sexo. *Anales de Psicología*, 33, 243-251.
- Routt, G. y Anderson, L. (2011). Adolescent aggression. Adolescent violence towards parents. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 20, 1-19.
- Royo, J. (2008). *Los rebeldes del bienestar. Claves para la comunicación con los nuevos adolescentes*. Barcelona: Alba.
- Royo, J. (2014, Septiembre). La Experiencia de Amalgama-7 en Violencia Filio- Parental. *Respondiendo a la Violencia Filio-Parental: segunda conferencia internacional. "Retos en Parentalidad Positiva"*. Universidad de Valencia. Valencia.
- Rubin, K.H., y Rose-Krasnor, L. (1992). Interpersonal problem solving and social competence in children. En V.B. Van Hasselt, & M. Hersen (Eds.), *Handbook of social development. A life-span perspective*. Nueva York: Plenum Press.
- Ruíz, L. y Navarro, J. I. (2004). *Menores. Responsabilidad penal y atención psicosocial*. Valencia: Tirant Lo Blanch
- Salazar, M. A. (2018). *La significación de la vivencia de violencia filio parental (VFP) por parte de madres, padres y cuidadores (as) víctimas* (Trabajo fin de grado). Universidad de Concepción, Chile.
- Sameroff, A.J. (1975). Early influences on development: Fact or fancy? *Merrill-Palmer Quarterly*, 21, 267-294.
- Sameroff, A.J. (1995). General systems theories and developmental psychopathology. In D. Cicchetti & D. Cohen (Eds.), *Developmental psychopathology: Theory and methods Vol. 1* (pp. 659-695). Nueva York: Wiley.
- Sánchez-Vázquez, V., y Guijarro Granados, T. (2002). Apuntes para una historia de las instituciones de menores en España. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 84, 121-138.

- Sánchez, J. (2008). *Análisis y puesta en práctica de un programa de intervención con familias y menores que maltratan a sus padres en un centro de menores*. (Tesis Doctoral). Universidad de Valencia, Valencia.
- Sánchez, J., Ridaura, M.J. y Arias, C. (2010). *Manual de intervención para familias y menores con conductas de maltrato*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Sancho, J.L. (2016). *Violencia filioparental: características psicosociales de adolescentes y progenitores en conflicto familiar severo*. (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Sanmartín, J. (2000). *La violencia y sus claves*. Barcelona: Ariel.
- Sanmartín, J., Serrano, A., García, Y., Rodríguez-Martínez, A. (2011). *Maltrato infantil en la familia en España. Informe del Centro Reina Sofía*. Madrid: Ministerio de sanidad, política social e igualdad.
- Sears, R.R., Maccoby, E. E. y Levein, H. (1957). *Patterns of child rearing*. Evanston, Illinois: Row & Peterson.
- Selwyn, J., Wijedasa, D. y Meaking, S. (2014). *Beyond the Adoption Order: Challenges, Interventions and Adoption Disruption*. London: Department for Education, University of Bristol.
- Sempere, M., Losa del Pozo, B., Pérez, M., Esteve, G. y Cerdá, M. (2006). *Estudio cualitativo de menores y jóvenes con medidas de internamiento por delitos de violencia intrafamiliar*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departamento de Justicia. Ámbito social y criminológico, Centro de estudios jurídicos y formación especializada.
- Serrano, J. (2013). *Parentalidad, vínculo conyugal y psicopatología en la infancia y adolescencia* (Tesis Doctoral). Universidad de Extremadura, Badajoz.
- Shaffer, D. (2000). *Psicología del desarrollo. Infancia y adolescencia* (5a. ed.) México: Thomson.

- Shaw, D., Owens, E., Giovannelli, J., y Winslow, E. (2001). Infant and toddler pathways leading to early externalizing disorders. *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 40(1), 36–43.
- Sheehan, M. (1997). Adolescent violence: Strategies, outcomes and dilemmas in working with young people and their families. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 18(2), 80-91.
- Sicilia, S. y Amante, C. (2019). Evaluación psicológico forense en la jurisdicción de menores. Guía de buenas prácticas. *Asociación de Psicólogos Forenses de la Administración de Justicia*.
- Slaby, R. y Guerra, N. (1988). Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders. *Development Psychology*, 24, 580 – 588.
- Sluzky, C. (2002). Violencia familiar y violencia política. Implicaciones terapéuticas de un modelo general. En D. Freíd, D. (Comp.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Smith, J. D., Dishion, T. J., Shaw, D. S., Wilson, M. N., Winter, C. C., y Patterson, G. R. (2014). Coercive family process and early-onset conduct problems from age 2 to school entry. *Development and psychopathology*, 26, 917-932.
- Snyder, C. R. (1994). *The psychology of hope: You can get there from here*. New York: Free Press.
- Snyder, C.R., Rand, K.L. y Sigmon, D.R. (2002). Hope theory: A member of the positive psychology family. En C.R. Snyder y S. Lopez (Eds.), *Handbook of positive psychology* (pp. 257-276). Nueva York: Oxford University Press.
- Snyder, J. J., Edwards, P., McGraw, K., Kilgore, K., y Holton, A. (1994). Escalation and reinforcement in mother-child conflict: Social processes associated with the development of physical aggression. *Development and Psychopathology*, 6, 305–321.

- Snyder, J. J., y Patterson, G. R. (1995). Individual differences in social aggression: A test of a reinforcement model of socialization in the natural environment. *Behavior therapy*, 26(2), 371-391
- Snyder, J. J., y Stoolmiller, M. (2002). Reinforcement and coercion mechanism in the development of antisocial behavior: The family. In J. B. Reid, G. R. Patterson, & J. Snyder (Eds.), *Antisocial behavior in children and adolescents: A developmental analysis and model for intervention* (pp. 65–100). Washington, DC: American Psychological Association.
- Soler y Labernia, J. (1907). *Los hijos de la casa: Juventud viciosa y delincuente*. Madrid: Imp. de Arróyave.
- Steinberg, L., Lamborn, S. D., Darling, N., Mounts, N. S., y Dornbusch, S. M. (1994). Over-time changes in adjustment and competence among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful families. *Child development*, 65(3), 754-770.
- Steinberg, L., Lamborn, S., Dornbusch, S. y Darling, N. (1992). Impact of parenting practices on adolescent achievement: Authoritative parenting, school involvement, encouragement to succeed. *Child Development*, 63, 1266-1281.
- Stewart, M., Burns, A. y Leonard, R. (2007). The dark side of the mothering role: abuse of mothers by adolescent and adult children. *Sex Roles*, 56, 183-191.
- Stewart, M., Wilkes, L. M., Jackson, D. y Mannix, J. (2006). Child-to-mother violence: a pilot study. *Contemporary Nurse*, 21, 297-310.
- Straus, M. (1979). Measuring Intrafamily Conflict and Violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. *Journal of Marriage and the family*, 41(1), 75-88.
- Straus, M. A, Gelles, R.J. y Steinmetz, S.K. (1980). *Behind closed doors*. Doubleday: Anchor Press.
- Suárez, B. (2012). Violencia filio-parental: aproximación a un fenómeno emergente. *Revista de humanidades y ciencias sociales*, 11, 73-107.

- Sutherland, Edwin H. (1939). *Principios de Criminología*. Chicago: University of Chicago Press.
- Teijón, M. (2018). Anomia, frustración y delito: una propuesta de medición para la variable principal de las teorías clásicas de la frustración. Recuperado de <http://criminnet.ugr.es/recpc/20/recpc20-07.pdf>
- Tejedor, A. (2009). La evaluación psicológica de la delincuencia infantil. En F. Jiménez (Coord.), *Evaluación psicológica forense. 3: ámbitos delictivos, laboral y elaboración de informes* (pp.11-64). Salamanca: Amarú.
- Terceño, C. (2017). *Estilos de socialización parental y violencia filioparental en la adolescencia*. (Tesis Doctoral). Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Tew, J., y Nixon, J. (2010). Parent abuse: Opening up a discussion of a complex instance of family power relations. *Social Policy and Society*, 9(4), 579-589.
- Thompson, M.J., Raynor, A., Cornah, D., Stevenson, J. y Sonuga-Barke, E.J.S. (2002). Parenting behavior described by mothers in a general population sample. *Child Care, Health & Development*, 28(2), 149-155.
- Ulman, A. y Strauss, M.A. (2003). Violence by children against mothers in relation to violence between parents and corporal punishment by parents. *Journal of Comparative Family Studies*, 34, 41-60.
- Urra, J. (2002). Tratado de psicología forense. *Univ. Psychol. Bogotá (Colombia)*, 1(2), 81-85.
- Urra, J. (1994). Violencia de los Hijos hacia sus Padres. *Papeles del Psicólogo*, 59, 85-90.
- Urra, J. (2005). Criterios pedagógicos de intervención con menores en conflicto. *Cuadernos de derecho judicial*, 25, 175-282.
- Urra, J. (2006). *El pequeño dictador: cuando los padres son las víctimas*. Madrid: La esfera de los libros.

- Urta, J., Sancho, J.L., Atarés, E., Buale, A. e Isabel, C. (2015). *Violencia Filio-parental. Teoría, Evaluación y Tratamiento*. Madrid: Klinik.
- Vázquez, C. (2003). Factores de riesgo de la conducta delictiva en la infancia y la adolescencia. En C. Vázquez (Ed.), *Delincuencia juvenil. Consideraciones Penales y Criminologías* (pp. 121-168). Madrid: Colex.
- Vázquez, C. (2011). *Delincuencia juvenil. Curso de experto universitario en delincuencia juvenil y derecho penal de menores. Departamento de Derecho Penal y Criminología*. Recuperado de <https://adolescenciaantisocial.blogspot.com/2011/06/teorias-criminologicas-sobre.html>
- Velilla, C. (2014). *La violencia filio-parental desde la perspectiva ecológica: nivel individual y familia*. (Trabajo fin de máster). Universidad de Zaragoza.
- Villanueva, J. (2013). Colaboración entre la familia y la escuela: adolescentes en la familia. *Crítica*, 984, 49-52.
- Villar, P., Luengo, M. A., Gómez, J. A. y Romero, E. (2003). Una propuesta de evaluación de variables familiares en la prevención de la conducta problema en la adolescencia. *Psicothema*, 15(4), 581-588.
- Vizoso, C.M. (2011). Tenemos que hablar de Kevin (2011). La violencia filio-parental. *Revista de Medicina y Cine*, 14(1), 13-19.
- Waldmann, M. R. (1996). Knowledge based causal induction. In D. R. Shanks, K.J. Holyoak, & D. L. Medin, (Eds.), *The Psychology of Learning and Motivation* (vol. 34): *Causal Learning* (pp. 47-88). Academic Press. San Diego
- Walker, L. E. (1979). *The battered women*. Nueva York: Harper and Row Publishers, Inc.
- Walsh, F. (2004). *Resiliencia Familiar. Estrategias para su fortalecimiento*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Walsh, J. A. y Krienert, J. L. (2007). Child-parent violence: an empirical analysis of offender, victim, and event characteristics in a national sample of reported incidents. *Journal of Family Violence*, 22, 563-574.
- Walsh, J. A. y Krienert, J. L. (2009). A decade of child-initiated family violence. Comparative analysis of child-parent violence and parricide examining offender, victim, and event characteristics in a national sample of reported incidents, 1995-2005. *Journal of Interpersonal Violence*, 24, 1450-1477.
- Wasserman, G. A., Keenan, K., Tremblay, R. E., Coie, J. D., Herrenkohl, T. I., Loeber, R. y Petechuck, D. (2003). Risk and protective factors of child delinquency. *Child Delinquency Bulletin Series*, 3-17.
- Weaver, C. M, Shaw, D. S., Dishion, Thomas, J. y Wilson, M.N. (2008). Parenting self-efficacy and problem behaviour in children at high risk for early conduct problems: he mediating role of maternal depression. *Infant Behaviour and Development*, 31(4), 594-605.
- Webster-Stratton, C. (1990). Stress: A potential disruptor of parent perceptions and family interactions. *Journal of Clinical Child Psychology*, 19(4), 302–312
- Wells, M.F. (1987). Adolescent violence against parents: An assessment. *Family Therapy*, 14 (2), 125-133.
- Williams, C. y Press, C. (2015). Who's in Charge? Overcoming Local resistance to Child to Parent Violence. *Responding to Child to Parent Violence: European Perspectives. Final Conference Programme*. University of Brighton.
- Wilson, H. W., Stover, C. S., y Berkowitz, S. J. (2009). Research Review: The relationship between childhood violence exposure and juvenile antisocial behavior: a meta-analytic review. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 50(7), 769-779.
- Wilson, J. (1996). Physical abuse of parents by adolescent children. En D.M. Busby (Ed.). *The impact of violence on the family: Treatment approaches for therapists and other professionals* (pp. 101-123). Massachusetts: Allyn & Bacon

- Wilson, J. Q., y Herrnstein, R. J. (1985). *Crime and human nature*. New York: Simon y Schuster.
- Yubero, S. (2005). Socialización y aprendizaje social. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos y E. Zubieta (Coords.), *Psicología social, cultura y educación* (pp. 819-844). Madrid: Pearson.
- Zelli, A., Dodge, K. A., Lochman, J. E. y Laird, R. D. (1999). The distinction between beliefs legitimizing aggression and deviant processing of social cues: Testing measurement validity and the hypothesis that biased processing mediates the effects of beliefs on aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77, 150–166.
- Zuñeda, A., Llamazares, A., Marañón, D., & Vázquez, G. (2016). Características individuales y familiares de los adolescentes inmersos en violencia filio-parental: La agresividad física, la cohesión familiar y el conflicto interparental como variables explicativas. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 21(1), 21-33.

ANEXOS

Modelo de Informe del Equipo Técnico

INFORME DEL EQUIPO TÉCNICO

AL MINISTERIO FISCAL: Equipo Fiscal n°

El Equipo Técnico del Juzgado de Menores (*n°*) de (*provincia*) emite informe del menor (nombre) con expediente de reforma (*número*), según el artículo 27.1 de Ley Orgánica 5/2000 de Responsabilidad Penal del Menor, tras petición del Ministerio Fiscal el día (*fecha*).

I. DATOS PERSONALES

MENOR:

EXP. N°:

HECHOS:

EDAD Y FECHA NACIMIENTO:

DOMICILIO:

TELÉFONOS:

OBSERVACIONES:

II. METODOLOGÍA

Para elaborar el presente informe se ha hecho uso de las siguientes fuentes de información:

- Vaciado de datos del expediente de reforma del menor
- Lectura de la documentación obrante en este Juzgado.

- Entrevista semiestructurada con el menor realizada el día ____ (*fecha*)
- Entrevista semiestructurada con el/los tutores legales (padres, educadores) el mismo día o realizada el día ____ (*fecha*)
- Contacto telefónico y vía fax con Servicios Sociales, Centros educativos, Unidades de Salud Mental realizada el día ____ (*fecha*)
- Técnica de Observación directa conductual.
- Aplicación de la /s prueba/s psicométrica/s: (*siendo las más habituales*)
 - EPQ-A, Cuestionario de Personalidad de Eysenck y Eysenck (TEA Ediciones)
 - PAI-A, **Inventario de evaluación de la personalidad para adolescentes**, adaptada al español por Cardenal, Ortiz-Tallo y Santamaría (TEA Ediciones).

III. **RESULTADOS**

- **Antecedentes Judiciales**
- **Anamnesis**

IV. **ÁREA SOCIAL**

Genograma

Área Socio-Familiar

- Composición del núcleo familiar
- Historia familiar
- Relaciones familiares
- Situación económica
- Vivienda
- Relaciones sociales

V. ÁREA EDUCATIVA- LABORAL

- Trayectoria escolar y centros educativos
- Absentismo y/o fracaso escolar
- Relación con profesores, iguales, integración al centro
- Competencia curricular
- Perspectivas de futuro
- Trayectoria laboral. Relación contractual.
- Satisfacción profesional.

VI. ÁREA PSICOLÓGICA

- Observación Conductual, actitud ante la entrevista
- Desarrollo psicoevolutivo
- Desarrollo cognitivo
- Dinámica y relación familiar: pautas afectivas, normas
- Actividad diaria y gestión del tiempo de ocio
- Consumo de sustancias
- Evaluación de la personalidad del menor
- Comportamiento (centro escolar, hogar y calle)
- Estado de ánimo
- Competencia Social
- Autoestima
- Aspectos clínicos y Psicopatología, antecedentes familiares
- Proyecto personal de futuro y motivaciones
- Resultados de las pruebas aplicadas
- Situación judicial: antecedentes y respuesta ante las medidas.

VII. VALORACIÓN-CONCLUSIONES

Desde el punto de vista social:

Desde el punto de vista educativo:

Desde el punto de vista psicológico:

Nota: La conclusión que se formula en el presente informe psicológico, social y educativo del caso que nos ocupa, se refiere únicamente a la situación existente en el momento de practicarse la evaluación y por ello los resultados no pueden extrapolarse a otras situaciones y circunstancias.

VIII. ORIENTACIÓN

Sobre la base de los datos anteriores consideramos que la medida adecuada a adoptar si VI. lo considera oportuno sería la de

Ciudad, a _____

T. Social:

Psicóloga:

E. Social:
